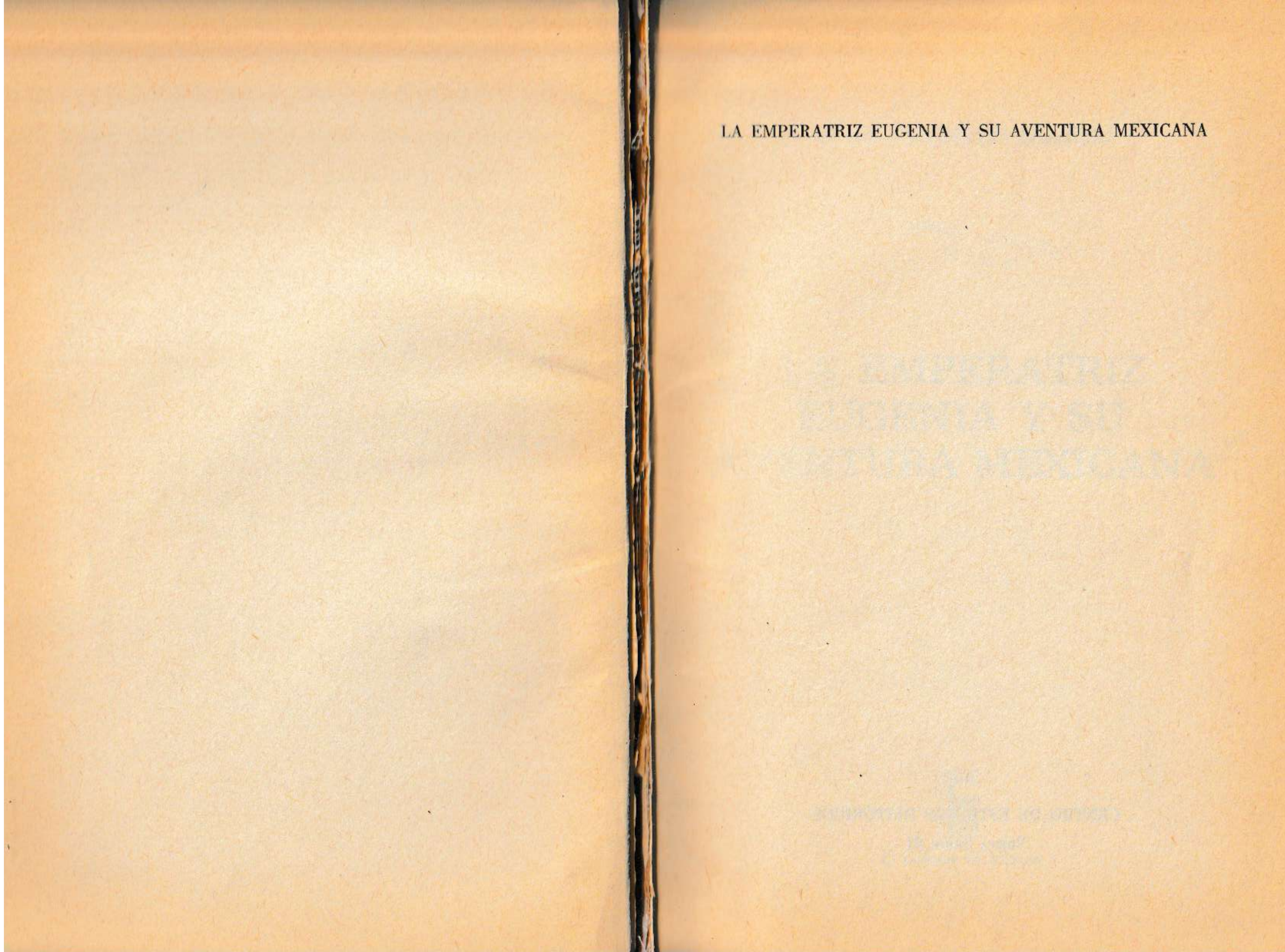


LA EMPERATRIZ EUGENIA Y SU AVENTURA MEXICANA

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

NUEVA SERIE 21

JOSE FUENTES MARES

LA EMPERATRIZ EUGENIA Y SU AVENTURA MEXICANA



El Colegio de México

Primera edición, 1976

Guanajuato 125, México 7, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

ÍNDICE GENERAL

SIGLAS PARA IDENTIFICAR LAS FUENTES PRIMARIAS QUE SE CITAN

A.M.A.E.E.
Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, en Madrid.

A.M.A.E.C.E.B.
Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores y Comercio Exterior de Bélgica, en Bruselas.

A.M.A.E.F.
Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia (microfilm consultado en El Colegio de México).

O.H.H.S.A.
Archivo de la Casa Real, de la Corte y del Estado Austriacos, en Viena.

K.M.M.A.
Archivo del emperador Maximiliano de México, en Viena.

A.L.E.M.
Archivo de la Legación de España en México (microfilm consultado en El Colegio de México).

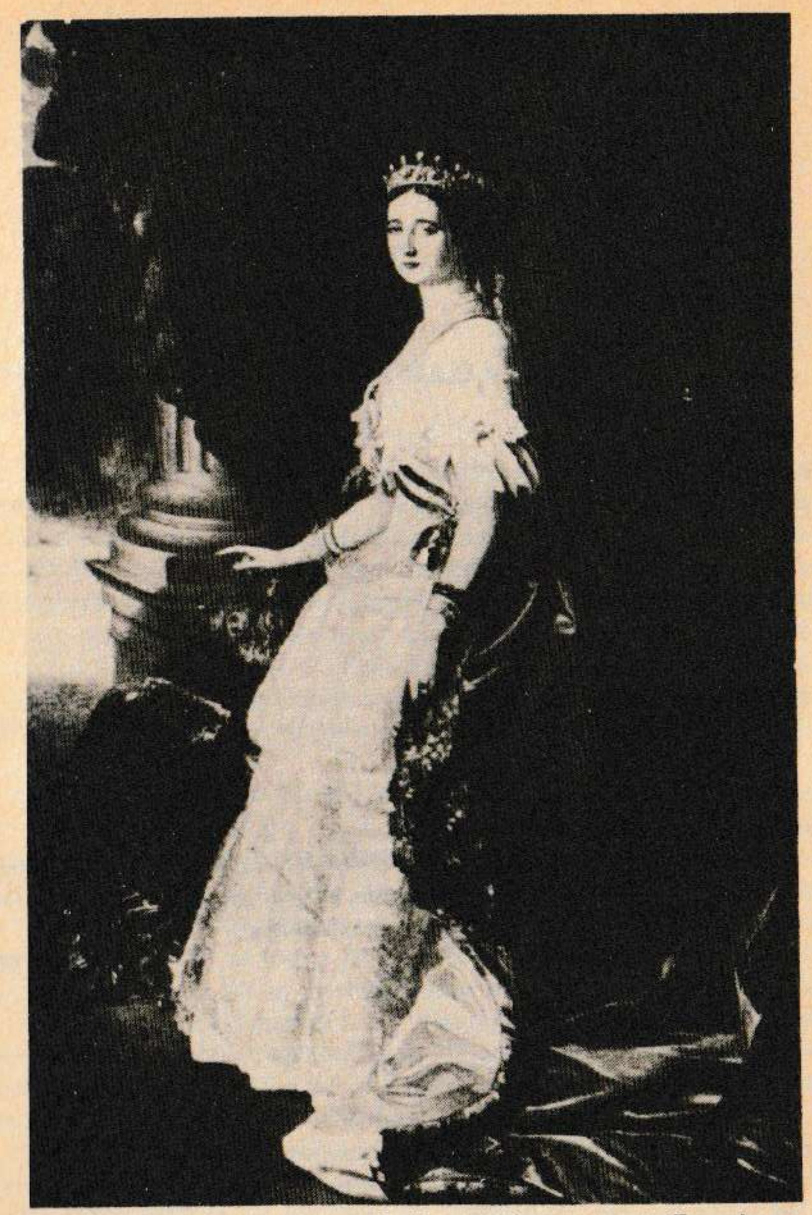
A.H.D.M.
Archivo Diplomático e Histórico Mexicano. Primera Serie. Publicación de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

A.G.F.
Los Archivos Generales de Francia, en París.

A.P.R.M.
Los Archivos del Palacio Real, en Madrid.

A.P.L.
Los Archivos del Palacio de Liria, por cortesía de la señora duquesa de Alba, en Madrid.

S.M.B.N.F.
Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Francia, en París.



Una española en el trono de Francia, la emperatriz Eugenia, según el retrato de Winterhalter

A DANIEL COSÍO VILLEGAS (1898-1976),
póstumo homenaje al gran maestro que tuvo las virtudes de un gran amigo.

J. F. M.

PRIMERA Y ÚLTIMA LLAMADA

Aunque la intervención europea en México sea un suceso que puede historiarse en forma parcial o fragmentada, es también una aventura de remotas fuerzas inexorables. Pagamos tributo al orgullo de nuestra especie cuando hablamos del hombre como autor de la historia; como si hacer historia fuera construir una casa con las propias manos; como si la historia fuera circunstancia creada y no condición creadora; como si nuestra conducta regulara el curso de la vida, y no fuera la vida la que norma y da un sentido a nuestra conducta. Tengo para mí que la circunstancia es factor condicionante de la historia.

Más que coautor, el hombre es actor de la historia, y lo es en cuanto sujeto que capta y expresa el mensaje de una circunstancia, la suya, que aprovecha para representar un papel principal o segundón, según sea limitado o eminente su genio interpretativo. Lo que ocurre es que cuando un hombre actúa de manera lógica en su circunstancia se le atribuye la creación de ésta cuando, en rigor, sólo cabría hablar de su aprovechamiento. El aprovechamiento de la circunstancia en beneficio del hombre es tan antiguo que con frecuencia se establece entre ambos factores una relación causal de tipo mágico, semejante a la que el alma primitiva trabó entre la acción del brujo y la salud del enfermo.

Pienso que cuando se reúnen las condiciones históricas de un suceso, éste se consuma mediante la acción del hombre instrumental —"providencial" se le ha llamado también—, que es quien más oportuna y exactamente capta lo que ordinariamente se llama "la fuerza de los hechos", o sea, en finales, la lógica de la historia.

Sueños, muchos andan sueltos por el mundo: sueños que se convierten en sucesos cuando las condiciones reales abonan su factibilidad. Sabemos de los sueños que al fin se volvieron historia, mas no de los que quedaron inoperantes en la ambición del soñador, y no porque hayan resultado más o menos "impracticables" sino porque, en su momento, no se dieron las condiciones de su facticidad. Lo que quiere decir que sueños y proyectos no son absurdos o "irrealistas", cuerdos o "realistas" sino en función de la circunstancia que los justifica, como se explican y justifican la brujería, la inquisición, el cubismo, el arte figurativo, el capitalismo y el comunismo.

Por eso resulta injustificado que se hable de "la loca" aventura de Napoleón III en México, cuando es obvio que fue uno de los sucesos que mejor respondieron a su contexto histórico. "Loco" habría sido que Napoleón III pretendiera enviar al espacio extraterrestre un vehículo tripulado en 1861, mas nadie calificó de ese modo la hazaña rusa cien años más tarde, y todo porque en 1861 no se reunían las condiciones tecnológicas para ese objeto. Son, pues, las circunstancias reales las que determinan la cordura o insensatez de una conducta y no sus resultados finales, consecuencia no de que faltaran los requisitos fácticos indispensables sino de errores de cálculo en su planteamiento o ejecución. La aventura de Napoleón III en México —como proyecto— se ajustó admirablemente a las condiciones mexicanas e internacionales que prevalecían, independientemente de que al llevarla a la práctica se incurriera en abultados errores. Tampoco podríamos calificar de "insensato" el proyecto de vuelo espacial ruso de 1961 en el caso de morir Gagarín, pues de haber ocurrido tal desenlace sólo cabría decir que no se calcularon todos los riesgos, que fue lo que ocurrió con el intento napoleónico de establecer una monarquía en México.

El "Gran Designio" fracasó al fin no tanto por errores de cálculo como porque, al llevarlo a la práctica, se cometieron —ahora sí— verdaderas locuras, pero el proyecto en sí fue lógico en su momento, tanto que José Manuel Hidalgo pudo escribir con razón, años más tarde, que "nunca más volverían a presentarse las circunstancias de 1861". Independientemente de que el mundo nos haya deparado tal número de sorpresas, sobre todo en los últimos años, que la palabra

"nunca" deberá emplearse cada vez con más cuidado, parece remoto que en un futuro previsible se reúnan de nuevo las condiciones que, al coincidir en 1861, justificaron razonablemente la aventura francesa.

Circunstancias favorables y coincidentes, unas de primer orden y otras de segunda línea, pero todas de importancia superlativa. Destaco entre las primeras la supremacía francesa del momento, la guerra civil de los Estados Unidos, el hecho de que Juárez proporcionara el *casus belli* largamente esperado, y el clímax de la controversia hispano-mexicana. Y, entre las segundas, la existencia de un partido conservador recientemente derrotado, y el hecho sólo en apariencia irrelevante de que la emperatriz Eugenia fuera española. Los errores, por otro lado, fueron varios y muy importantes, pero tres sobre todo con el peso suficiente para dar al traste con la intentona: el primero, no prever que la supremacía francesa pudiera verse muy pronto amenazada por la política hegemónica de Bismarck, que alteró la balanza del poder en Europa; el segundo, no sospechar que la guerra civil en los Estados Unidos terminara antes de lo previsto con la victoria del Norte industrial y "moderno" sobre el Sur esclavista, agrícola y "reaccionario"; y el tercero, desconocer la situación real de México, pues si bien el partido conservador seguía en pie de lucha —con partidas armadas viviendo sobre el país—, no todos sus capitanes eran monárquicos y menos profranceses, circunstancia que afectó tanto su unidad de miras como su agresividad militar y política. Con base en tales elementos resulta más o menos fácil seguir la huella de la Intervención en México —y por supuesto del Segundo Imperio—, desde su génesis en las cortes europeas hasta su epílogo queretano.

El autor deja constancia de su agradecimiento a El Colegio de México por la beca que le concedió, durante 1975, para investigar en los más importantes archivos europeos, así como las facilidades que le proporcionó para consultar los microfilmes de documentos del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, que Lilia Díaz tradujo y El Colegio público posteriormente en tres volúmenes editados bajo el rubro de *Versión Francesa de México*. En

el texto conservamos, sin embargo, las referencias de lugar consignadas en los mismos microfilmes.

Por último, el autor agradece también el apoyo tan generoso que le prestaron, en Madrid, la señorita Consuelo del Castillo, directora del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, y don Juan Manuel Hernández, bibliotecario de la Casa de Alba; en Bruselas: M. Pierre Desneux, archivista general del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y Comercio Exterior; y en Viena la Dra. Christianne Thomas, del Archivo de la Casa Real, de la Corte y del Estado austriacos. Sin olvidar a mi secretaria Gloria Holguín, infatigable en la tarea de transcribir fichas y páginas redactadas en mi caligrafía deplorable.

Chihuahua, Navidad de 1975.

José Fuentes Mares

Capítulo primero

EL ENFERMO Y SUS CURANDEROS

1. El papel de Dios en el drama

El fantasma de los Estados Unidos preside los proyectos monárquicos mexicanos, que nacieron no del capricho o mala fe de pocos sino del temor de muchos, desafiantes frente al Señor que creó no sólo tierra y hombres sino fronteras y razas enemistadas. La vecindad de los Estados Unidos ha sido, y es, *factum* y *factotum* de la historia mexicana, hecho y hacedor de consecuencias inexorables, porque del hecho geográfico siguió el temor, luego la experiencia de atentados innumerables y en la base un activo residuo de antipatías recíprocas. Los mexicanos cargaron con la peor parte —con la parte de los débiles—, pues no fueron ya ellos mismos sino en función de sus vecinos, alterados en su sentido más exacto, vueltos otros por la contigüidad americana.

Durante el siglo XIX muchos mexicanos fueron centralistas no porque tuvieran del centralismo ideas muy claras sino porque vieron en el federalismo un artículo de importación, destinado a debilitar el organismo nacional en beneficio del imperialismo. En su mayoría se aferraban al catolicismo, y no tanto por adhesión dogmática cuanto por descubrir en él un seguro refugio contra los enemigos. Y muchos más, no tanto por imperialistas sino por antirepublicanos, volvieron sus ojos a Europa no sólo por admirar sus instituciones y valores culturales sino por confiar en su respaldo para ponerse a salvo del Destino Manifiesto. Si eso ocurrió en el siglo XIX, en el XX la situación apenas cambia: frente al entreguismo de tantos —fieles a su Dios que les hizo vecinos, pobres y desamparados—, los rebeldes responden a los mismos temores y antipatías, maoístas y sovietizantes tan cerca de los monárquicos de ayer.

Poco, muy poco ha cambiado para estos rebeldes de antaño y hogaño, en rigor para los españoles de siempre.

Lucas Alamán, el gran campeón de la idea monárquica, respondió como nadie a tales incentivos. Expresión cabal de una generación destinada al sacrificio frente a la acción de la geografía y las fuerzas históricas en marcha, no podríamos culparlo por descuidar los imponderables, y menos todavía por enfrentarse a la dialéctica fatal del destino americano. Hijo legítimo de su circunstancia, capaz de leer en los hechos actuales el mensaje de los acontecimientos futuros, Alamán, hombre de acción y gabinete, realista, mexicano y español, torturado por el drama que se le echaba encima, vivió el momento en que los yanquis calzaron las botas para marchar sobre el mundo hispánico con sus aires redentores de soldados de Jehová. Testigo de los primeros intentos sobre Texas, la pérdida de la provincia, en 1836, fue para él ominoso anuncio del porvenir. Para él y para muchos, pues si la antipatía hacia los Estados Unidos nació en aquel —y en aquellos— mexicano al mismo tiempo que nació su sangre, el temor fue una experiencia que les dejó la historia.

La guerra de Texas terminó en 1836, y en 1840 publicó Gutiérrez Estrada su famoso opúsculo en pro del establecimiento de una monarquía en México, con razonamientos que fundaba en las lecciones de la historia. Perseguido y expatriado, don José María conservó intacta la convicción de muchos mexicanos y de tantos europeos avecindados en el país como don Pedro Pascual Oliver, ministro español, quien en 1843 atribuía a la monarquía constitucional, con un príncipe extranjero, la virtud de sacar al país no sólo "de su postración y abatimiento" sino de frenar, a la vez, "la ambición y el orgullo" de los extranjeros.[1]

Los agoreros del monarquismo no levantaban ningún falso. En el Norte llevaban prisa, y los acontecimientos diarios anunciaban mayores desgracias cuando Texas, la república de la Estrella Solitaria, giraba ya en la órbita de sus estrellas congéneres. Los ciudadanos de Texas veían la anexión con simpatía no sólo en razón de consanguinidad sino porque se consideraban los verdaderos fundadores del Nuevo Mundo, sostenes de la causa común de la humanidad, ciu-

[1] Oliver al M. de E.; despacho 211; México, 20 de enero de 1843, en Relaciones Diplomáticas Hispanomexicanas, t. II, p. 217, Edic. El Colegio de México, 1962.

dadanos que bebieron los principios del gobierno libre en la fuente de sus antiguos hogares.[2] Ya en marzo de 1837 tenía el presidente Jackson resuelto el reconocimiento del país recién nacido, tanto que al presentarse en Washington los señores William H. Wharton y Memucan Hunt como ministros texanos ante el gobierno de la Unión, el presidente, aunque "lamentó" no poder recibirles porque sus cartas credenciales no se hallaban en forma, les aseguró también "que los derechos de Texas como una potencia independiente" se encontraban reconocidos de modo tan completo "como si sus ministros hubiesen sido ya recibidos formalmente".[3]

Las cartas credenciales requisitadas no tardaron en llegar, y el 1o. de julio de 1837 envió Hunt al secretario de Estado una copia que le acreditaba como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Texas, consumándose el reconocimiento del gobierno texano cuatro días más tarde. La anexión final se hizo esperar ocho años todavía, o sea hasta que el 29 de diciembre de 1845 aprobó el presidente Polk la resolución conjunta de las Cámaras que hacía de Texas un estado de la Unión. Ese día escribió Polk a Anson Jones, último presidente texano, que la república de la Estrella Solitaria había "sido recibida en cordial bienvenida dentro de la familia de sus hermanas", y que el acontecimiento señalaba "una era nueva y gloriosa de la historia de la humanidad".[4]

La decisión sellaba los destinos de Texas y México a la vez porque dos años y medio antes, el 23 de agosto de 1843, don José María Bocanegra —secretario de Relaciones Exteriores— advirtió al ministro americano Waddy Thompson que el gobierno mexicano "había reunido pruebas suficientes" de que estaba a punto de someterse al Congreso de los Estados Unidos una proposición para la anexión de Texas, y que aunque confiaba que "una autoridad tan circunspecta" rechazaría el injusto proyecto, su gobierno consideraría "como un acto equivalente a declaración de guerra la incorporación de Texas a los Estados Unidos, bastando la certeza de tal hecho para que pro-

[2] Morfit a Forsyth; despacho 10; Velasco, 12 de septiembre de 1836, en Manning: Diplomatic Correspondence of the United States; vol. XII, doc. 5796. Carnegie Endowement for Internacional Peace; Washington, 1939.

[3] Forsyth a W. H. Wharton y Memucan Hunt; Washington, 13 de marzo de 1837, en Manning; *op. cit. supra*; doc. 5680; *edic. cit.*

[4] Polk a Jones; Washington, 29 de diciembre de 1845, en Manning; *op. cit. supra*; doc. 5760; *edic. cit.*

cediera la proclamación del estado de guerra y dejar al mundo civilizado el enjuiciamiento final de un conflicto que México estaba lejos de provocar".[5]

Al comenzar el año de 1844, nadie se hacía ilusiones en México sobre los objetivos que Washington y los texanos compartían, sobre todo entre las clases sociales elevadas, estrato en el que según Oliver las opiniones se dividían entre los que "aborrecían la emancipación" política del país, y los partidarios de volver al Plan de Iguala "que nuestra Corte desdeñó tan desgraciadamente".[6] El ministro español pensaba que aunque grandes dificultades estaban de por medio, la vuelta al Plan de Iguala tendría que producirse al fin, mayormente cuando las potencias europeas tenían interés en "cortar el vuelo al águila americana" mediante el establecimiento, en México, de un poder fuerte y respetable, capaz de tener a raya "las ambiciones vecinas", propósito imposible mientras subsistiera el actual estado de cosas.[7]

Salvador Bermúdez de Castro, nuevo ministro de España, que se instaló en México en plena crisis en las relaciones mexicano-americanas por la cuestión de Texas, adoptó iniciativas que su antecesor dejó pendientes, pues consciente de que la raza española cedía sin remedio "el terreno y la fuerza que sus padres conquistaron", se propuso estrechar los vínculos para que los mexicanos volvieran sus ojos a España "como la más sincera y querida de sus aliadas", en vez de considerarla "como su opresora y enemiga".[8]

Bermúdez contó desde luego con Alamán, quien no abandonaba las esperanzas de comprometer a Europa —a España de momento—, a fin de provocar una decisión conjunta contra la doctrina Monroe y la supremacía de los Estados Unidos en el Nuevo Mundo. La idea no era mala, y don Lucas fue el conducto de las negociaciones secretas que se llevaron entre el general Paredes y el diplomático español, según las cuales el primero se comprometía —dijo Alamán

[5] Bocanegra a Thompson; México, 23 de agosto de 1843, en Manning; *op. cit. supra*; vol. VIII, doc. 3505; Washington, 1937.

[6] Oliver al M. de E.; despacho 347; México, 24 de enero de 1844, en Relaciones Diplomáticas Hispanoamericanas; Despachos Generales, t. III, p. 29; México, 1966.

[7] Oliver al M. de E.; despacho 372; México, 28 de marzo de 1844, en *op. cit. supra*, p. 29; *edic. cit*

[8] Bermúdez al M. de E.; despacho 92; México, 29 de julio de 1845, en *op. cit. supra*, p. 200, *edic. cit.*

a Bermúdez— "a trastornar las instituciones republicanas y a levantar la monarquía, poniendo en el trono a un príncipe o princesa de la sangre real de España", para lo que sólo esperaba órdenes del mismo Bermúdez, quien "detenía la impaciencia" de Paredes tanto en espera de que se reunieran mayores elementos como de que se presentara "un pretexto razonable" para dar el golpe,[9] conducta que apoyaba el secretario de Estado español mientras el ministro no comprometiera el nombre de España en la aventura revolucionaria.[10]

Bermúdez se hallaba desconsolado, pero también seguro de que ante "la inminente disolución" de la República los hombres ilustrados volvían sus miradas a Europa. "Un apoyo cualquiera del exterior podría sólo fundar un sistema político estable en este agitado país —escribió a Madrid bajo el efecto de las primeras derrotas mexicanas ante el ejército de los Estados Unidos. Para nada hay ya elementos de acción ni de resistencia. Sólo existe un deseo general de estabilidad y de orden después de tantos años de revolución y de desastres."[11]

La caída del gobierno de Paredes y la guerra con los Estados Unidos dieron al traste con el proyecto monárquico que se proponía llevar al trono mexicano al infante don Enrique de Borbón, hermano de la reina de España, mas algún cabo de la trama quedaría suelto cuando el 20 de octubre del mismo año el gobierno mexicano comisionó a don Juan Nepomuceno de Pereda para que, en Europa averiguara los planes y miras intervencionistas de las potencias marítimas.[12] Don Juan Nepomuceno nada sacó en claro, y terminó por decir que no había ninguna combinación "para establecer monarquías en algunos de los Estados de la América por los medios coercitivos de una intervención,[13] conclusión apresurada que no acreditaba sus luces para llevar a cabo con éxito la misión que le encomendaron.

[9] El Plan Paredes-Alamán en: Legajo de papeles reservados de Fernando VII, caja 297, legajo 4o. Archivo General del Patrimonio Nacional en el Palacio Real de Madrid.

[10] M. de E. a Bermúdez de Castro, Palacio, 17 de febrero de 1846, en *arch. cit. supra*, f. 147; *loc. cit. supra.*

[11] Bermúdez al M. de E.; despacho 294; México, 28 de julio de 1845, en Relaciones Diplomáticas Hispanomexicanas, t. III, p. 280; *edic. cit.*

[12] Juan Nepomuceno de Pereda y su Misión Secreta en Europa, con un estudio preliminar de Jorge Flores D. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores; México, 1964. Las instrucciones al señor de Pereda en pp. 262-265.

[13] *Op. cit. supra*, p. 147; *edic. cit.*

Mejor enterado que don Juan Nepomuceno se hallaba por lo visto el general Scott, quien dueño de Puebla lanzó un manifiesto con alusiones muy claras a la "intriga monárquica" contra el sistema republicano, que sus soldados llegaban a proteger. "El gobierno (mexicano) desconoció los intereses nacionales así como los continentales americanos —dijo Scott—, y eligió además las influencias extrañas más opuestas a esos intereses y más funestas para el porvenir de la libertad mexicana y del sistema republicano que los Estados Unidos tienen el deber de conservar y proteger. El deber, el honor y el propio decoro nos impuso la necesidad de no perder un tiempo que violentaban los hombres del partido monárquico... mexicanos: dejad de una vez esos hábitos de colonos, sabed ser verdaderamente republicanos, y muy pronto podréis ser muy ricos y muy felices pues tenéis todos los elementos para serlo, *mas pensad que sois americanos*, y que no ha de venir de Europa vuestra felicidad."[14]

La guerra se aproximaba al desenlace, y en junio de 1847 trascendieron los objetivos territoriales que los Estados Unidos se proponían conquistar a costa de México. Eran éstos tan enormes, y tan riesgosos para el futuro, que Bermúdez de Castro escribió a Madrid: "El desmesurado engrandecimiento de los Estados Unidos puede llegar a ser fatal para los intereses marítimos y colonialistas de España. La extensión cada vez mayor de su dominio en el seno mexicano amenaza nuestras Antillas, mientras la adquisición de la Alta California va a acercarlos a nuestras posesiones en Asia".[15] El temor no era ya sólo patrimonio de los mexicanos. España y Francia —casi al mismo tiempo— advertían la amenaza que se les echaba encima. El imperialismo yanqui, bajo los afeites del monroísmo, amenazaba la balanza del poder mundial.

Cierto que Alamán fracasó con su proyecto de 1845, mas el hombre era de convicciones arraigadas y no daba su brazo a torcer. Si en 1830, como secretario de Relaciones Exteriores en el gobierno de Bustamante gestionó el apoyo británico para lograr el gran objetivo de su vida, y si quince años más tarde volvió los ojos a

[14] Bermúdez al M. de E.; despacho 498; México, 29 de mayo de 1847, en *op. cit. supra*, vol. IV (1846-1848) p. 109, *edic. cit.* [Las cursivas son de Bermúdez.]
[15] Bermúdez al M. de E.; despacho 518; México, 29 de junio de 1847, en *op. cit. supra*, p. 121, *edic. cit.*

España con el mismo fin, en 1853, ahora como Jefe del último gobierno de Santa Anna, don Lucas dio de nuevo rienda suelta a sus viejas antipatías y temores, pues el 24 de abril de 1853, tan pronto como el jalapeño se hizo cargo del gobierno, don Lucas volvió a la carga. Aconsejado por él, desde 1842 llegó a pensar Santa Anna en la posibilidad de un príncipe español para el trono mexicano, y así lo indican numerosas referencias sobre la viabilidad del Plan de Iguala en la correspondencia española de ese tiempo.[16] Ahora, en 1853, Santa Anna regresaba resuelto por lo visto, y así lo confió a don Juan Jiménez de Sandoval, marqués de la Ribera y nuevo ministro español en México, cuando ambos viajaban de San Tomás a Veracruz, el primero para tomar las riendas del gobierno y el segundo para sustituir a Antoine y Zayas en la Legación de España.

Durante los días de la navegación por el Seno mexicano, tan largos y tediosos, Santa Anna soltó la lengua; dijo que por hallarse México en agonía, sin que alguno de los sistemas políticos adoptados pudieran salvarlo de una muerte segura, él se proponía regenerar al país con el auxilio de las grandes potencias europeas, con el de España sobre todo, ya que difícilmente podría separarse la cuestión mexicana de la de Cuba: "Quién sabe si dentro de algún tiempo no convendría a España venir a hacer la guerra a su enemigo en un país extraño", remachó, sólo que Jiménez de Sandoval redújose a decir que en Europa se consideraba asunto muy grave el de las alianzas defensivas y ofensivas, y que en su opinión México debería confiar más en sus fuerzas que en hipotéticas colaboraciones extranjeras,[17] juiciosa advertencia que el jalapeño escuchó a su modo, o sea sin hacer el menor caso. Días más tarde, ya en México, el Ministro del S.M.C. comprobó que un fin político se escondía bajo las formas de una gran amistad hacia todo lo español. "A mi juicio —razonaba— Santa Anna quisiera traer las cosas a hacer posible la realización del Plan de Iguala. Aun voy más lejos: me parece que el conde de Montemolín sería la persona preconizada...",[18] y

[16] Pedro Pascual de Oliver al M. de E.; despacho 109 y 192 del 18 de junio y del 18 de diciembre de 1842 en Correspondencia Diplomática Hispanomexicana, t. II, pp. 176 y 266; *edic. cit.* La mención del Plan de Iguala se encuentra en clave en este último documento.
[17] Jiménez de Sandoval al M. de E.; despacho 5, muy reservado; México, 30 de abril de 1853, en Archivo de la Legación de España en México, caja 64, legajo 1.
[18] Jiménez de Sandoval al M. de E.; *op. cit., loc. cit. supra.*

un mes después, aunque el proyecto se hallaba "muy en embrión todavía", Jiménez Sandoval pensaba que no sería remota su viabilidad en el caso de que la fortuna continuara siendo propicia "a su atrevido autor".[19]

Por cierto que el mismo día —30 de abril— en que el marqués de la Ribera comunicaba a Madrid los proyectos de Santa Anna, Alamán se entrevistaba con Levasseur, ministro galo en México, a quien tras de hacer un elogio encendido de las instituciones francesas, que según don Lucas pretendía "calcar" su gobierno, le comunicó la decisión de establecer en el país "una monarquía hereditaria", en cuyo apoyo aducía las exigencias del equilibrio americano:

> ¿No sería peligroso para Europa que la potencia marítima de los Estados Unidos se extienda sobre todo México y quizás hasta el itsmo de Panamá? Me parece que el asunto merece toda la atención de Francia y de Inglaterra; incluso España deberá preocuparse en extremo en razón de su soberanía sobre la Isla de Cuba, codiciada por los Estados Unidos porque la consideran la llave del Golfo de México... El general y yo estamos convencidos de que si el emperador Napoleón quiere salvarnos puede hacerlo; puede garantizar nuestra independencia y contribuir al desarrollo de nuestra potencia, que se convertiría en contrapeso de la de los Estados Unidos. *Habría entonces un equilibrio americano como hay un europeo,* y algo ganaría con ello la tranquilidad del mundo... Le bastará pues una palabra (a Napoleón) para decidir a Inglaterra y a España para que, junto con Francia, se unan en un pacto que asegure la realización de una obra que les sería tan provechosa...[20]

También en abril comisionó Alamán a don José Ramón Pacheco para que planteara en Francia los temores de México hacia "el mastín que gruñendo ahuyenta al que quiere participar de su presa, lanzando a los mexicanos pacíficos del suelo en que nacieron".[21] Pacheco, en París, empleaba tintas apocalípticas para describir la gran crisis "que dividiría a la civilización" en cuanto irrumpieran

[19] Jiménez de Sandoval al M de E.; *op. cit. supra.* El texto citado, en cifra en el original.

[20] Levasseur a M. A E.; México, 30 de abril de 1853, en AMAEF, Fond Mexique, vol. 41, f.f. 151-160. [Las cursivas son nuestras.]

[21] Pacheco a M. de A. E.; París, 24 de octubre de 1853, en *arch. cit.*, vol. 41, f.f. 294-314.

en el Nuevo Mundo "los nuevos vándalos y godos", que de allí saltarían al viejo Continente sin llevar consigo bellas artes ni bellas letras, ni historia, ni trato suave", mas independientemente de tales arranques, don José Ramón —que no era mal profeta— excitaba a Francia para que hiciera en América "aplicación de los principios que la han guiado en la cuestión de Oriente, y que le han granjeado el aplauso de todos los amantes de la humanidad", o sea que pensaba en la posibilidad de una Santa Alianza contra los Estados Unidos —idea típicamente alamanista—, para cuyo fin ofrecía ya que no su espada, porque no era hombre de armas tomar, sí al menos su colaboración obediente.[22]

Es imposible saber hasta dónde habría llegado Santa Anna bajo el patrocinio de Alamán, pues una pulmonía fulminante se llevó a don Lucas el 2 de junio, tal vez porque Dios no aprobaba del todo la política de uno de sus más aguerridos defensores, y en su lugar quedó don Manuel Díez de Bonilla, alamanista de clara estirpe, a quien tocó en suerte capear la nueva tarascada del Destino Manifiesto, o sea el Tratado de La Mesilla que se firmó en México el 3 de diciembre. México cedía esta vez a los Estados Unidos ese territorio —La Mesilla— perteneciente a los Estados de Chihuahua y Sonora, mas el nuevo despojo —amén de la grave amenaza que surgía en el Sur con la revolución de Ayutla— resolvió por fin a Santa Anna a dar el paso largamente aconsejado por el difunto don Lucas, y el 1o. de julio de 1854 dirigió a Gutiérrez Estrada la famosa carta que le autorizaba a gestionar oficialmente el establecimiento de la monarquía:

> Por tanto, y para cumplir ese fin, teniendo confianza en el patriotismo, ilustración y celo del señor D. José María Gutiérrez de Estrada, le confiero por las presentes los plenos poderes necesarios para que cerca de las Cortes de Londres, París, Madrid y Viena, pueda entrar en arreglos y hacer los debidos ofrecimientos para alcanzar de todos estos gobiernos, o de cualquiera de ellos, el establecimiento de una monarquía derivada de alguna de las casas dinásticas de estas potencias, bajo las calidades y condiciones que por instrucciones especiales se establecen.[23]

[22] Pacheco a Drouyn de Lhuys; *op. cit., loc. cit. supra.*

[23] Esta carta se publicó por primera vez en el *Diario del Imperio,* No. 318. t. III, del 20 de enero de 1866. Se dio a conocer seguramente como represalia, ya que Santa Anna ofrecía en esos días su espada a la República, y él mismo armaba en San Tomás una expedición contra el Imperio.

Equipado con tales armas principió Gutiérrez Estrada su peregrinación por las cortes europeas, mientras Díez de Bonilla reiteraba ante el nuevo ministro de Francia —el vizconde Alexis de Gabriac— la tesis alamanista de la balanza del poder continental. El 2 de marzo de 1855, por ejemplo, dirigió Bonilla al Ministro una larga nota sobre los nuevos vientos amenazadores que soplaban del lado de los Estados Unidos, país que "para satisfacer sus rapaces instintos, y deseos de predominio, sirve hoy de escándalo a todas las naciones". Pasaba revista Bonilla a cada uno de los atentados americanos sobre México, y ponía en guardia al diplomático sobre los riesgos que sobrevendrían al apoderarse los yanquis de Centroamérica, Cuba y las Antillas para monopolizar los mercados de América y comprometer, al fin, "la paz del mundo". Todo eso ocurriría en el caso de que Europa y el emperador Napoleón no tomaran medidas "para contener el torrente del Norte de América que se desborda, y de que la Providencia divina ha designado a México, por su posición, a ser la primera víctima o el antemural, según el sistema que se adopte".[24] La pintura era muy exacta, lirismo decimonónico aparte: víctima o antemural, la alternativa inevitable.

En el vizconde de Gabriac hallaron los monarquistas mexicanos un aliado de primera línea, pues convencido del riesgo en puerta, y de la "impotencia de la raza española para cualquier empresa de regeneración y salvación", entendía que si los yanquis se apoderaban de nuevos territorios mexicanos, y explotaban sus minas, esa riqueza financiaría la producción de las fábricas americanas, cuyo número crecía "como por encanto". Seguro de que tras de apoderarse de Cuba y cerrar el Golfo de México, para convertirlo "en un nuevo Mar Negro", la industria americana revolucionaría el comercio europeo mediante alzas o bajas de aranceles, Gabriac se pronunciaba por una política que asegurara en estas regiones "una salida para el excedente de nuestros productos fabricados así como la de nuestra población flotante".[25]

Menos de un año más tarde, en París, el ex ministro mexicano en Londres don Tomás Murphy dirigía al gobierno francés una larga exposición que vale como antecedente muy exacto de la Convención

[24] Díez de Bonilla a Gabriac; México, 2 de marzo de 1855, en *arch. cit.*, vol. 43; ff. 281-288.
[25] Gabriac al M.A.E.; México, 6 de julio de 1855, en *arch. cit.*, vol. 44 ff. 55-56.

de Londres. Casi cinco años antes de que Francia, España e Inglaterra resolvieran intervenir en México, Murphy utilizaba conceptos emparentados con los que Hidalgo esgrimió cerca de Eugenia y Napoleón, tales como anunciar que México terminaría por "ser presa de la raza anglosajona dentro de muy poco tiempo a menos que una mano poderosa" lo salvara, destruido como estaba "todo lo que existía en los comienzos de su independencia". No descuidaba Murphy el argumento fundamental de que si las potencias europeas se ocuparon hasta entonces del equilibrio continental, ahora, ante los avances angloamericanos, afrontaban el problema más serio todavía del "equilibrio del mundo", pues el sistema de conquistas, sobre México primero y luego sobre Cuba y las Antillas, estaba destinado a aumentar en forma tal el poderío angloamericano que "la paz universal no podría ya estar segura".

Grave error —pensaba Murphy— suponer que su independencia y nacionalidad sean cuestiones que sólo interesan a México, pues las grandes potencias marítimas tienen allí intereses comerciales y coloniales que salvaguardar. Al lado de la guerra de Crimea y del "problema de Oriente" —del que tanto se hablaba en esos días—, el ex ministro planteaba el "problema de Occidente", o sea el desbordamiento anglosajón en el mundo, amenaza que sólo podría contenerse mediante el establecimiento, en México, de un gobierno monárquico bajo un príncipe español o de otra monarquía católica, "con la garantía colectiva de Francia, Inglaterra y España", y con el apoyo militar y económico indispensable. "Pocos años bastarán —terminaba don Tomás— para que el gobierno mexicano se consolide perfectamente. Durante ese tiempo las finanzas y el ejército mexicanos habrán podido ser reorganizados, y el país estará en condiciones de defender su independencia, de sostener su gobierno, y de devolver las sumas que se le hubieran anticipado para su regeneración".[26]

Sobre el mismo asunto martillaba Gabriac cuatro meses más tarde, como si le fueran familiares los argumentos de Murphy. Por esos días se conoció en México el Tratado de París, que puso fin a la guera de Crimea y resolvió la "cuestión de Oriente", y el

[26] Murphy al gobierno de Francia; París, 17 de febrero de 1856, en *arch cit. supra*, vol. 45, ff. 142-149.

acontecimiento envalentonó a quienes ya veían en Napoleón al hombre "que representaba el primer papel en la guerra como en la paz". Finiquitado el "problema de Oriente", cuando "ya no hay distancias" y las relaciones entre Europa y Nuevo Mundo eran más fáciles de lo que fueron medio siglo atrás en Europa misma, llegaba la oportunidad de que las potencias marítimas volvieran a América sus ojos. "Carentes de fuerzas de agresión, pero muy fuertes en la defensiva —escribía Gabriac—, los Estados Unidos creen que pueden doblegar a Europa simplemente con fomentar la navegación, el comercio y la industria con el envío de materias primas. Pero no es por una invasión ni por una guerra directa como se le puede reducir, sino por el camino de México. Si Europa pudiera ponerse de acuerdo sobre el establecimiento y el mantenimiento de un gobierno monárquico en la Constantinopla de América, la Unión Americana del Norte no tardaría en dividirse ella misma."[27]

El Ministro de Francia formulaba sensatos vaticinios, tales como decir que la prosperidad de los Estados Unidos exigía que "pequeñas repúblicas en la anarquía" rodeasen al coloso, y como prever que, al llegar a la presidencia, James Buchanan replantearía el tema de la expansión americana.[28] Mas lo que al diplomático importaba, sobre todo, era la gran cuestión del restablecimiento del equilibrio continental, que por cierto adornaba con palabras que le confió don Luis de la Rosa, secretario de Relaciones Exteriores: "¿Hasta cuándo dejarán ustedes al escandaloso sistema de los yanquis establecerse en nuestras ricas provincias, en lugar de venir a civilizarlas en provecho de Europa y del único principio de gobierno que ofrece posibilidades de prosperidad, de felicidad, de orden y de grandeza en el mundo?"[29]

Asegura José Manuel Hidalgo que en 1856 el partido monárquico envió a Europa a "dos personas respetables" para que ofrecieran la corona al duque de Montpensier, y que si las dificultades de entonces no hubieran sido insuperables Francia no se habría opuesto a esa elección,[30] personas cuya identidad se desconoce pero

[27] Gabriac al M. A. E., México, 1o. de julio de 1856, en *loc. cit. supra*, vol. 45, ff. 270-272.
[28] Gabriac al M. A. E.; *op. cit., loc. cit., supra*:
[29] Gabriac al M. A. E.; México, 26 de julio de 1856, en *loc. cit. supra*, vol. 45, ff. 311-313.
[30] J. M. Hidalgo: Proyecto de Monarquía en México, p. 4; edic. cit.

a la que Gabriac se refiere —en singular— cuando en su despacho del 1o. de septiembre habla de un plan "bastante bien concebido" para hacer caer "al asqueroso gobierno de los puros en el desprecio y en el odio de todo el mundo" y proclamar finalmente la monarquía.[31] No estaría el plan "tan bien concebido" cuando abortó en su cuna, pero alguna fuerza tendría si el marqués de Radepont obtuvo recursos de un mexicano "rico, inteligente y de buena posición" para plantear en Londres y París su *Proyecto para la Regeneración de México* sobre la base de establecer una monarquía con un príncipe extranjero en el trono.[32]

Los argumentos que Radepont hace valer en su *Proyecto* son los siguientes:

1º Las actuales comunicaciones, independientemente de las riquezas intrínsecas del Nuevo Mundo, determinan que éste pese hoy en la balanza de los intereses políticos y materiales de Europa.

2º Si para contener en Europa la influencia rusa se levantó la gran barrera del Imperio otomano, en América está llamado México a convertirse en barrera natural frente a los Estados Unidos.

3º En consecuencia, y para levantar esa barrera, será preciso apoyar en México una intervención europea que tenga todas las ventajas de ésta y no sus inconvenientes: en suma, hacer que México se salve, por sus propios medios y esfuerzos, mediante el establecimiento de un gobierno monárquico que al fin de pocos años lo coloque entre los estados ricos y florecientes.[33]

Del *Proyecto* de Radepont se concluye que los objetivos propuestos se lograrían con sólo:

a) Que Francia —con el apoyo de Inglaterra— tomara "la dirección moral" de un movimiento para que los mexicanos pudieran expresar libremente su decisión mayoritaria, y la hicieran pre-

[31] Gabriac al M. A. E.; México, 1o. de septiembre de 1856, en *loc. cit. supra*, ff. 33-37.
[32] A. de Radepont, antiguo oficial del Estado Mayor, agregado militar de Francia en Washington durante la guerra con México, se instaló en este último país desde 1848. Llegó a hablar con Thouvenel en París, a quien presentó su *Proyecto*, pero no consiguió ser recibido por Napoleón por lo que, desalentado, anunció a Thouvenel que iría a Londres, con la esperanza "de que su voz pudiera ser oída allí".
[33] Radepont al M. A. E.; París, septiembre de 1856, en arch. cit. *supra*, vol. 46, ff. 104-121.

valecer mediante el establecimiento de un gobierno monárquico. El apoyo moral se volvería material en el caso de que los Estados Unidos trataran de impedir que se llevara a cabo esa decisión mexicana.

b) Que México llamara a un príncipe extranjero, quien rodeado de hombres honestos, y sin herir susceptibilidades nacionales, fuera capaz de atacar los abusos que pierden al país. El "partido nacional" encargado de formular el llamamiento estaba en pie, y sólo en espera de que se satisficiera la condición anterior.

c) Que se aprovechara el momento actual, el más favorable por cuanto los Estados Unidos, ocupados con su elección presidencial y con el problema de la esclavitud, no podrían prestar una atención muy activa a los problemas mexicanos.

> Algún día —terminaba el *Proyecto*— Europa se dará cuenta de que los norteamericanos son los dueños de la Habana; que se preparan para ocupar Santo Domingo, y que amenazan las posesiones inglesas y francesas de las Antillas. Ese día se llegará a la guerra que ha sido evitada con tanto cuidado, a la guerra que podrá hacer brotar en el seno de Europa tantos fermentos de desorden y desorganización social. El medio que propongo evita todas esas desgracias. Detiene el progreso de la ambición norteamericana por medios pacíficos, y en el nombre de los principios que han sido siempre su arma más temible.[34]

Todo el texto deja la impresión de que Radepont leía en el futuro con el auxilio de alguna milagrosa pitonisa consejera, y sin embargo, no obstante sus postulados y consecuencias impecables, el *Proyecto* de 1856 era al fin una pura construcción teórica, pues ¿cómo iba a caer de la noche a la mañana el gobierno de Ayutla, que el francés consideraba "el más absurdo que haya habido desde la Independencia"? Radepont reconocía que faltaba en el país "el hombre" capaz de consumar ese milagro, mas concluía que para salvar esa carencia bastaría "proporcionarlo", especie de filtro mágico por cuya gracia "se vería caer, ante la reprobación general, al gobierno democrático que arrastra a México a su perdición".[35]

El mayor de sus errores consistía en suponer que todo podría lograrse sin que mediaran "bayonetas extranjeras", opinión que segu-

[34] Radepont; *op. cit. supra; loc. cit.*
[35] Radepont al M. A. E.; *op. cit. supra; loc. cit.*

ramente reflejaba la de sus consejos mexicanos, seguros —con insigne falsa seguridad— de que formaban una inmensa mayoría nacional oprimida por unos cuantos demagogos. En perspectiva actual se advierte cómo se corrigió ese error entre 1856 y 1861, ya que cuando cinco años más tarde los exiliados mexicanos en Francia plantearon el asunto sobre bases similares, modificaron en cambio su criterio en punto a que la *presencia inicial* de bayonetas extranjeras fuera condición *sine qua* para que la "mayoría oprimida" expresara libremente su voz. Tesis que con todas sus pegas era bastante más razonable, y sobre todo indudablemente más práctica.

Que en los últimos meses de 1856 arreciara la acción monárquica sugiere la posibilidad de que, desde México, se reforzara la gestión de Radepont, sobre todo por el empeño que Gabriac tomaba en ese tiempo para impresionar el ánimo de Sus Majestades. Ilustra esta táctica su despacho del 7 de octubre, sobre todo porque ahora disparaba sobre Napoleón y Eugenia al mismo tiempo: sobre el primero al insistir en "el mantenimiento del equilibrio en América", y sobre Eugenia al subrayar el interés de Francia "en la conservación del catolicismo en México". Todo para concluir con apocalíptica sentencia:

> Si los norteamericanos llegaran a ser dueños de la América del Norte hasta Panamá, es decir hasta el Istmo inclusive, y se transformaran oficialmente en aliados y defensores de Rusia, podrían llegar a ser los amos del comercio mundial y los dictadores de Europa.[36]

Los conceptos del vizconde Gabriac preparaban el terreno para una nueva gestión mexicana, pues el 29 escribió a París sobre la visita que le hicieron dos prominentes ciudadanos, interesados en saber si podría recibir y transmitir "un mensaje firmado por los miembros más notables y más respetados del clero, del ejército, de los propietarios y del comercio mexicanos" para pedir a Napoleón que considerara la aflictiva condición del país, y que apoyara sus intentos "para establecer aquí un gobierno monárquico", fin para el cual contaban ya con mil o mil quinientos hombres armados. "La historia dirá —terminaron los confiados caballeros— si hemos juzgado sanamente esta posición, y si las grandes potencias del viejo continente

[36] Gabriac al M. A. E.; México, 7 de octubre de 1856, en arch. cit. vol. 46, ff. 122-125.

han comprendido, o no, el inmenso interés que deben tener en el mantenimiento de nuestra raza, de nuestra religión, y de nuestro territorio en el Nuevo Mundo", argumento que Gabriac reforzó al decir a su gobierno que entre Washington y San Petersburgo existía un tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva, destinado a que Rusia interviniera en los asuntos de América tan pronto como las circunstancias lo hicieron necesario.[37]

De todos los frentes convergía el ataque sobre el objetivo largamente acariciado.

2. El paciente en estado de coma

El rompimiento de España con el gobierno de Ayutla al comenzar 1857, y la presencia en México del nuevo Ministro de los Estados Unidos Mr. Forsyth, áspero y aguerrido gladiador del Destino Manifiesto, fueron nuevos y poderosos argumentos en favor de los planes monarquistas. No se conocían todavía los recientes proyectos de Washington —las instrucciones a Forsyth para adquirir por compra buena parte de los Estados fronterizos se le enviaron hasta el 17 de julio— mas Gabriac seguramente los presentía cuando el 30 de enero reiteró el riesgo de la absorción de México por los Estados Unidos, con la consiguiente pérdida del mercado de ambos países para los productos manufacturados de Francia e Inglaterra.

> La razón es muy sencilla y natural, agregaba, pues a partir del momento en que sea absorbida la producción de metales preciosos de México, ésta deberá quintuplicarse infaliblemente, es decir, alcanzar por fuerza los cien millones de pesos, ya que actualmente nueve de cada diez minas están abandonadas por falta de capital, de brazos, de seguridad y de caminos. Con ayuda de una tarifa diferencial establecida contra Europa para esta nueva porción de territorio, se alentará la industria de los Estados Unidos, que recibiría como pago metales preciosos de México, en donde el rápido crecimiento de la población proporcionará una salida segura a todos los nuevos productos monopolizados antes por Europa. A causa del precio elevado de la mano de obra, que será siempre una consecuencia del aumento en la producción del numerario, México jamás podrá crear una industria capaz de competir con Estados Unidos, y le enviará su hierro, cobre, azúcar, madera, café,

[37] Gabriac al M. A. E.; México, 29 de octubre de 1856, en arch. cit. vol. 46, ff. 144-148.

> índigo, sebo, cáñamo, pieles, aceite... materias que regresarán a México en forma de productos fabricados, [perdiendo] Europa de un golpe dos mercados importantes, y haciendo más completa y más profunda la crisis que cree poder alejar mediante actitudes condescendientes, o permaneciendo a la expectativa de los acontecimientos internos de los Estados Unidos.[38]

Por lo visto el Vizconde contaba, como Radepont, con alguna esfera mágica para hurgar en el futuro, y más le puso en ascuas oír del mismo presidente Comonfort que estaba resuelto a luchar contra España si los españoles se decidían por la guerra, objetivo principal —según don Ignacio— de una serie de *provocadores* que actuaban en México. "Es evidente para mí —dijo el Presidente— que se trata de un proyecto preconcebido, y que los deplorables acontecimientos de San Vicente[39] son únicamente el pretexto. Y bien, yo no he buscado la guerra, pero repito que no la temo. Para sostenerla necesito dinero y lo obtendré a toda costa, así tenga que sacrificar la mitad de la República para salvar la otra mitad."[40] Bravata nada despreciable cuando el Vizconde sabía, según él de buena fuente, que Mr. Forsyth aseguró a Comonfort que de llegar las cosas al extremo de una guerra, "su gobierno estaba resuelto a impedir a cualquier precio que Europa interviniera en los asuntos de América, en los que no tenía ninguna injerencia".[41]

La Guerra de Reforma o Guerra de Tres Años (1857-1860), en el curso de la cual liberales y conservadores agotaron sus respectivas posibilidades de trazar el futuro de México por sus propios medios, acentuó entre unos y otros la convicción no sólo de que el apoyo exterior era necesario para imponerse definitivamente por las armas, sino la más importante todavía de que ese apoyo era condición *sine qua* para la subsistencia de una victoria capaz de garantizar el desenvolvimiento social, político y económico del país. Y digo que la acentuó porque en 1858 era ésa una convicción ya vieja, la de los liberales *puros* en pro de una anexión, de un protectorado o de una

[38] Gabriac al M. A. E.; México, 30 de enero de 1857, en arch. cit. *supra*, vol. 46, ff. 275-278.

[39] Se refería Comonfort al asesinato de varios españoles en la hacienda de ese nombre, así como en la de Chiconcuac, ambas en el Partido de Cuernavaca, perpetrado por elementos no identificados la noche del 17 de diciembre de 1856.

[40] Gabriac al M. A. E.; México, 6 de julio de 1857, en arch. cit. vol. 47, ff. 137-140.

[41] Gabriac al M. A. E.; *op. cit. supra; loc. cit.*

alianza con los Estados Unidos —que de todo hubo—,[42] y la de los conservadores, que para lograr sus fines pusieron sus esperanzas en el apoyo de las potencias marítimas, de Francia sobre todo. Distó de crearse una situación nueva al calor de la Guerra de Reforma, pues actuaron los mismos curanderos con sus recetas irreconciliables.

En lo que toca a las gestiones conservadoras, es interesante destacar el escrito que un grupo de mexicanos dirigió a Napoleón el 15 de diciembre de 1858, desalentados por la acción *mediadora* que Inglaterra, Francia y España adoptaban con motivo de la guerra civil. El intento conciliador, en el que por añadidura se daba intervención a los Estados Unidos, puso en brete a quienes como Arrangoiz pensaban que era el mayor de los absurdos pretender amalgamar o confundir "a conservadores con federales; al ateísmo con el catolicismo; a la monarquía con la república roja; a los independientes de 1821 con los hombres de 1810".[43] Reacios a mediaciones amistosas, en una nota colectiva del 15 de diciembre planteaban muy concretamente sus propósitos:

1º Asolado por un partido funesto, "que acoge bajo su bandera a lo más inmundo y prostituido de la sociedad", partido que por añadidura "tiende su vista más allá de nuestras fronteras" con el fin de que el país sea absorbido por una nación que "exterminará nuestra raza, nuestras costumbres y nuestra religión", México levantaba su voz en demanda de auxilio para establecer por sí mismo un gobierno fundado en instituciones duraderas.

2º Que con el deseo de que cesara una "larga e ignominiosa contienda", y para evitar la desaparición del país, "devorado por la codicia de sus vecinos" confiaban en que Napoleón no viera sus súplicas "con indiferencia".

3º Que, por último, se viera en la solicitud de intervención "una prueba de la opinión nacional y del verdadero voto público", voto que constituía el "juicio recto de la parte sana e ilustrada de la nación". Napoleón estaba llamado a ser el libertador de

[42] La posición dependiente de los liberales puros hacia los Estados Unidos se analiza en: Fuentes Mares; *Santa Anna: aurora y ocaso de un comediante*, 3a. edición, Jus, México, 1967; así como del mismo autor, en *Juárez y los Estados Unidos*, 5a. edición, Jus, México, 1970.

[43] Arrangoiz: *México de 1808 a 1867*, t. II, p. 376; Madrid, 1872.

un pueblo que proclamaría "serle deudor de su existencia y su engrandecimiento".[44]

El vuelco decisivo en la Guerra de Reforma se produjo en abril de 1859, cuando los Estados Unidos reconocieron al gobierno constitucional mientras Miramón sufría un descalabro irreparable en su intento de poner fin a la lucha con la toma de Veracruz. Muchos pensaron entonces que el reconocimiento de Washington resolvería finalmente la guerra, como ocurrió al cabo de ocho meses, y entre esos muchos figuraban los que solicitaban una decisión europea que fuera contrapeso de la acción americana. No fue pues casual que en abril —el ministro Mc Lane presentó sus credenciales al presidente Juárez el 7 de ese mes— los conservadores argumentaron de nuevo a Napoleón:

1º Que los Estados Unidos acababan de reconocer "al que se llama gobierno de don Benito Juárez", y que la medida había consternado "a quienes en México tienen algo que perder, alguna industria o capital que conservar, hijos y familia a quienes legar una patria y una religión".

2º Que el reconocimiento ocultaba, sin lugar a dudas, "un tratado secreto" destinado a proporcionar a los Estados Unidos "las ventajas que apetecían", y a Juárez los medios de perseguir con éxito la guerra civil.

3º Que la doctrina Monroe terminaría por alterar "el equilibrio político de cuya conservación se mostraban tan celosas las potencias de Europa" una vez que este país, "privilegiado por su clima, producciones y posición geográfica" llegara a ser monopolio "de una nación de aventureros y especuladores".

4º Que con el solo hecho de intervenir, Europa pondría coto al "gravísimo peligro que corre la nacionalidad en lo exterior, y en lo interior permitría a los hombres de bien sobreponerse a los embates de los comunistas, que por todas partes se multiplican."[44bis]

Desde su punto de vista, la argumentación conservadora era correcta, y adecuada su estimación de los hechos. Que en diciembre se celebrara el Tratado Mc Lane-Ocampo, y que una de sus conse-

[44] AMAEF. Fonds Mexique, vol. 50, ff. 7-14. Documento calzado por unas 40 firmas.

[44bis] AMAEF, vol. 51, ff. 78-82. Documento calzado por unas 65 firmas.

cuencias fuera el nuevo y definitivo fracaso de Miramón frente a Veracruz, confirmaba que los suscriptores del pliego no eran por cierto adocenados. Hoy podrá gustarnos o no el padrino que buscaban, pero ciertamente desde el ángulo de sus intereses resultaba urgente su respaldo. Lo menos que puede proporcionar la perspectiva de los años es la convicción de que liberales y conservadores actuaron al parejo, con lógica impecable y pasmosa intuición política. Conocían el objetivo que perseguían, y estaban al corriente de los riesgos que corrían para alcanzarlo, absolutamente conscientes de que el fin justificaba los medios. ¿Traidores o patriotas? Hoy por hoy una cuestión sin importancia, y de la competencia exclusiva de nuestros profesores de educación primaria elemental.

Sangrienta la lucha mexicana, ahora agravada por el reconocimiento americano en favor del gobierno constitucional, su conclusión tendría que ser, a juicio del Ministro de Francia, "la final absorción del país por los Estados Unidos" con las consecuencias ya conocidas en Texas, Nuevo México y la California. "La raza latina será la primera en desaparecer —sentenciaba—; la india, la segunda; la raza anglosajona habrá triunfado sobre el catolicismo, y asentado las bases de la demagogia sobre la parte septentrional de las Américas.[45] Riesgo que La Londe, encargado de Negocios en ausencia del Ministro, reducía a los términos de una ominosa advertencia: "Estados Unidos es todavía un coloso con pies de arcilla. Pero la arcilla adquiere con el tiempo la dureza de la piedra".[46]

Por cierto que Gabriac, temeroso de que las denominaciones de "constitucionalistas", "reaccionarios" y "clericales" indujera a la opinión pública francesa a error, sobre todo por la antipatía que pudieran despertar estos últimos calificativos, se apresuró a puntualizar que los primeros "sólo habían tomado la máscara de la Constitución para saquear mejor, robar y apropiarse de los empleos públicos", en tanto que los clericales o conservadores, "aunque distaban de ser unos santos" pertenecían a la clase "mejor educada y distinguida del país".[47] Mas en lo que realmente importaba no erra-

[45] Gabriac al M. A. E.; México, 12 de octubre de 1858, arch. cit.; vol. ff. 91-94.
[46] La Londe al M. A. E.; México, s/f; diciembre de 1858, en arch. cit. vol. 49, ff. 286-297.
[47] Gabriac al M. A. E.; México, 5 de junio de 1858, en *op. cit. supra*, vol. 51, ff. 134-136

ban los conservadores ni el ministro de Francia, o sea en que el reconocimiento del gobierno constitucional por los Estados Unidos llevaba aparejada la negociación de "un tratado secreto". Las cláusulas del futuro Tratado Mc Lane-Ocampo se discutían ya en Veracruz, y particularmente las de la temida alianza ofensiva y defensiva destinada a que los constitucionalistas se impusieran definitivamente sobre sus enemigos interiores y exteriores, una de cuyas consecuencias tendría que ser el apoyo de Washington para que el conflicto con España les permitiera, sin graves complicaciones, organizan "bajo pabellón mexicano una expedición de yanquis contra Cuba y las Antillas españolas", política habilísima que halagaría las pasiones de los dos pueblos "contra los antiguos conquistadores de México".[48]

El 14 de diciembre Mc Lane y Ocampo suscribieron en Veracruz el Tratado que lleva sus nombres, y la noticia llenó de pánico a los observadores en México y el extranjero. El Tratado significaba la consagración del monroísmo ya no como una doctrina norteamericana sino ahora, oficialmente, en los términos de un instrumento bilateral de consecuencias tan obvias que hasta el ministro de Prusia se mostraba escandalizado por las ventajas que obtenían los Estados Unidos, "en primer lugar la pérdida para México del Istmo y de Yucatán, y en segundo la pérdida del Golfo". Las ventajas concedidas al comercio norteamericano resultaban tan ruinosas para el europeo —informaba a Berlín— que desde Veracruz escribió al Rey de Prusia para sugerirle que protestara contra tales estipulaciones,[49] mientras el *Times* en Inglaterra advertía a los tenedores de bonos mexicanos que sus ganancias tendrían que mermar por los favores excepcionales que el Tratado concedía a los yanquis.[50] Pero era Gabriac, sobre todo, quien no quitaba el dedo del renglón:

> El tratado Mc Lane cambiará todas las condiciones actuales de equilibrio, al lanzar una ola invasora de aventureros sobre las vías de comunicación que les han sido abiertas, así como sobre los almacenes portuarios: en eso reside el peligro de una absorción de México y la exclusión del comercio europeo. Amo de los principales agentes del tesoro

[48] Gabriac al M. A. E.; México, 12 de mayo de 1859, arch. cit. vol. 51; ff. 94-97.
[49] Así lo dijo a Gabriac. Cfr. Gabriac al M. A. E.; México, 27 de enero de 1859, en arch. cit., vol. 52, ff. 289-292.
[50] Gabriac al M. A. E.; México, 22 de enero de 1859; en arch. cit. vol. 52, ff. 273-275.

público, no tardará en serlo del país. Unido a él por sus fronteras, tiene sobre nosotros la ventaja contra la que nos será imposible luchar.[51]

Días más tarde un nuevo acontecimiento, gravísimo, puso en un brete al Ministro de Francia. La intromisión de naves de guerra americanas en el fondeadero de Antón Lizardo, para proteger el gobierno constitucional del amago de Miramón, era, en su opinión, un acto digno de "un examen serio, oportuno y urgente" pues dejaba abierta la posibilidad de que, en el futuro, ninguna de las potencias coloniales de las Antillas quedara a salvo de ataques semejantes. Al fracasar el asedio conservador sobre el Puerto, por obra y gracia de la acción naval, los yanquis consumaban su obra como instigadores de la contienda civil mexicana, y salvaban "al indito de Veracruz" para capitalizar en su provecho la guerra de castas, en cuyos avatares los blancos, los mestizos y los indios acabarían por destruirse inexorablemente.

La raza latina desaparecerá —concluía Gabriac—, y la raza anglosajona no tendrá más que extender su mano sangrienta para apoderarse de una presa que expira en la agonía de las revoluciones... Francia no posee colonias donde pueda extraer metales preciosos. La desproporción que aumenta cada día entre el oro y la plata influirá en nuestra población obrera, que quedará a merced de las crisis financieras de los Estados Unidos desde el momento que invadan la Nueva España y escarben todos los rincones de su suelo. Bastará para ello la trampa de una tarifa diferencial.[52]

La situación se planteaba en términos inequívocos cuando la guerra de Tres Años tocaba a su fin y don Francisco Pacheco, embajador de S.M.C. ante el agonizante gobierno de Miramón, se presentaba en México entre vivas aclamaciones. Comentaba el diplomático que si en Veracruz "estaban fijos los ojos en Washington", era natural que en México "se volviesen hacia Madrid", y que a él se le viera como "enviado del cielo en el que se cifraban toda las esperanzas, así de lo posible como de lo imposible",[53] aunque la verdad fuera

[51] Gabriac al M. A. E.; México, 20 de febrero de 1859, en arch. cit., vol. 52, ff. 344-347.
[52] Gabriac al M. A. E.; México, 11 de abril de 1860, vol. 53, arch. cit. ff. 128-133:
[53] Pacheco al M. de E.; despacho 2, México, 8 de junio de 1869, en AMAEE. Legajos México, 1859-1867.

que las tales esperanzas se cifraran a esas alturas en lo totalmente imposible, como lo presumía el capitán general de Cuba don Francisco Serrano.

Serrano no vio con buenos ojos que su país tomara pasaje de primera clase en un buque a punto de hundirse, que a eso equivalía la designación de una personalidad de tan alta alcurnia como Pacheco para representar a España cerca de un gobierno condenado a desaparecer. Sospechaba el Capitán General que en los Estados Unidos no pasarían inadvertidos tales pormenores, que se juzgarían como un indicio de proyectos intervencionistas,[54] y muy sensatamente puntualizaba que, por la naturaleza de las cosas y "las indeclinables leyes de la historia", la política de España en América no podía "ser parcial" en el sentido de entenderse hoy con México, y mañana con Venezuela, sin contar con los Estados Unidos, y que por eso debería dirigir sus esfuerzos a reunir paulatinamente "en un interés común y antinorteamericano a los esparcidos restos de nuestra raza en este Continente", fin para el cual resultaba urgente apartar de los hispanoamericanos todo recelo hacia posibles designios contra su independencia, "procurando allanar en vez de envenenar las cuestiones que surjan entre los que al fin y al cabo pertenecen a una misma familia y tarde o temprano, a pesar de todo, han de ser nuestros naturales aliados contra el común enemigo".[55]

De su criterio participaba en buena medida el embajador Pacheco, por más que éste, ya instalado en México, no fuera tan optimista en cuanto a las posibilidades futuras de la hispanidad. Convenía el diplomático con el Capitán General en punto a que expediciones como la de Barradas eran actos que no debían repetirse, pero pensaba también que de momento la política española hacia México tenía que centrarse en dos puntos: el primero "proteger a la República de todo peligro exterior" —pensaba por supuesto en los Estados Unidos—, y el segundo "hacerse respetar y temer (no nos amarán nunca) de todos sus partidos interiores" sin vacilaciones, pues cada minuto que pasaba haría más difícil el último objetivo.[56]

[54] Serrano al M. de E.; despacho 36, reservado. La Habana, 9 de septiembre de 1860, en *op. cit. supra*, legajo 1653.
[55] Serrano al M. de E.; despacho 42, reservado. La Habana, 11 de octubre de 1860, en arch. cit.; *loc. cit. supra*.
[56] Pacheco a Serrano; México, 20 de septiembre de 1860, en arch. cit.; *loc. cit. supra*.

Tal era la trama más o menos oficial de los acontecimientos al consumarse tres hechos sucesivos y de importancia superlativa: la victoria final de Juárez sobre Miramón, el comienzo de la guerra civil en los Estados Unidos, y la suspensión de pagos de la deuda extranjera que Juárez decretó el 17 de julio de 1861. Sólo que también, extraoficialmente, se movían en Europa otras influencias. ..

3. Por el ojo de la aguja

Desde 1840 vivía en Europa José María Gutiérrez Estrada, absolutamente seguro de que sólo una monarquía con un príncipe católico de sangre real en el trono podía salvar a su patria. Abogado de todos los planes monárquicos fraguados en esa y la siguiente década —motivo con el cual visitó cortes y palacios, monarcas, príncipes y pretendientes a lo largo y ancho de Europa—, nunca seguramente estuvo más cerca de su objetivo que cuando Santa Anna le confió poderes, en 1854, para que consiguiera un candidato para el trono mexicano, mas la caída del dictador en agosto del año siguiente —y el ascenso al poder de los hombres de Ayutla—, pusieron fin a sus negociaciones y enfriaron el interés que pudo existir en Europa por el establecimiento de una monarquía en México, liadas Francia e Inglaterra en la "cuestión de Oriente" que les tocaba tan de cerca. Obligado por el gobierno de Ayutla a dejar la Legación de México en Madrid, don José María terminó por refugiarse en su palacio romano, más agrio el carácter y la obsesión más viva.

También de largo atrás vivía en Europa otro mexicano, primero soldado en la batalla de Churubusco y luego diplomático aprendiz en Londres, Madrid y la Santa Sede. Algún encanto personal tendría cuando mereció la simpatía de Pío IX, a quien acompañó en su refugio de Gaeta, y cuando años más tarde tuvo acceso a las alcobas de la emperatriz Eugenia por la misma escalera privada de Napoleón aunque no, como algunos ligeros han supuesto, para emular privilegios exclusivos del Emperador de los franceses. Este hombre, don José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar, nacido en México el 6 de abril de 1826 y muerto en París setenta años más tarde, ocupaba en Madrid el puesto de secretario de la Legación cuando se negó a jurar la Constitución de 1857, y por ello perdió el empleo.

Cierto que el golpe tacubayista le reintegró a la nómina del servicio, ahora como secretario de la Legación en París, pero el triunfo final de Juárez le dejó en la calle nuevamente. ¡Extraordinario caso el de este hombre, a quien el destino deparó llevar a la práctica el viejo sueño del Imperio mexicano! Hidalgo, el que tuvo la confianza de Eugenia y de Napoleón; el que apoyó en el instante preciso el nombre de Maximiliano para el trono de México; el que murió al fin abandonado, como un pobre solterón cualquiera. "Fui engendrado y concebido en el dolor —escribió ya viejo— y mi alma vino enferma al mundo." Una vida tan rica en aventuras como pudo ser la de un ente forjado a golpes de imaginación. Un personaje de la novela que nadie ha escrito todavía.

Baladíes en apariencia, una serie de coincidencias trazaron su destino. La primera, vivir en Madrid en los días en que doña María Manuela Fizpatrick, condesa de Montijo, reunía en su palacio de la Plaza del Ángel y en su finca de Carabanchel a lo más distinguido de la sociedad madrileña. Cierto que Hidalgo no conoció a la futura Emperatriz de los franceses en esas reuniones,[57] pero sí entabló relaciones de amistad con la señora de la casa y con la mayor de sus hijas, Paca, poco después Duquesa de Alba por su matrimonio con Jacobo Luis Stuart Fitzjames, XV Duque de Alba. Cuenta Hidalgo que cierto día, cesante de su empleo en Madrid, bajó en Bayona de su carruaje, y que aún cubierto de polvo tuvo "uno de esos encuentros providenciales y la fortuna inesperada de ser presentado a las más altas personalidades del Estado, que por allí pasaban".[58] Pero Hidalgo no tuvo en Bayona solamente la fortuna "de ser presentado" a la Emperatriz sino además, y seguramente a instancias de la madre y hermana de ésta —que la acompañaban—, la de ser invitado a la excursión marítima que la soberana emprendió al siguiente día. Aunque "providencial" el encuentro, no está claro cómo se las arregló Hidalgo para abordar con Eugenia el asunto de Mé-

[57] Así lo confiesa Hidalgo en una carta que fechada en París el 22 de julio de 1892, dirigió a García Pimentel: "Me dijo la princesa Carlota —escribe—: 'mi primo Luis Napoleón se casa con una española, la señorita Montijo, condesa de Teba'. No habiendo tenido la honra de conocer a ninguno de los dos, recibí la noticia del matrimonio del Emperador de los franceses con la serenidad natural de quien vive alejado de esos acontecimientos. ¡Quién me hubiera dicho que poco después había de ser yo recibido en la intimidad de esos soberanos!" Cfr., *Cartas*; p. 196, edic. cit.

[58] Hidalgo: Apuntes para la Historia del Imperio, en *Cartas*, p. 81; edic. cit.



Eugenia y su hermana Paca en 1837
ninguna de las dos imaginaba . . .

xico, si bien cabe en lo posible que ella misma lo sugiriera por ser corrientes, en las Tullerías, los vaticinios catastróficos de los diplomáticos franceses sobre el futuro de "la raza latina" en el continente americano. Lo cierto fue que el mexicano aprovechó su "fortuna inesperada" para atacar el flanco español de la Emperatriz, con especial hincapié en la opresión en que vivían los españoles y sus descendientes en la antigua colonia ultramarina, condenados a desaparecer por la acción de los Estados Unidos si una nación poderosa, latina y católica como Francia, no acudía en su auxilio.[59]

Ese día del verano de 1857, en Biarritz, José Manuel Hidalgo echó los cimientos del Segundo Imperio mexicano. Ajustaba apenas treinta y un años, y llevaba casi diez en Europa. Nada tenía en común con Gutiérrez Estrada este "bon vivant" fino y cultivado, ágil, inteligente sin exceso, de maneras amables, capaz de ganar las voluntades imperiales a ritmo tan prodigioso que al siguiente año se conducía en la corte como un veterano. Atento a su fin: que la cuestión de México no desapareciera de los asuntos pendientes, opinaba y sugería en este o aquel sentido cada vez que la conversación rozaba el tema. Se dejaba ver en las recepciones de París, y sobre todo en las fiestas campestres donde una etiqueta más flexible permitía acceso fácil a Sus Majestades; se cuidaba de no resultar inoportuno, y desde el primer momento tuvo la precaución de no mencionar mucho ni muy directamente el problema de su interés. "En cuanto a Napoleón —escribirá más tarde—, a menos de que fuera algo urgente, esperaba yo que me hablase, y entonces, al responderle, le decía yo lo que convenía, más bien como informe que como consejo; pero ya comprendía él bien la intención. Era necesario tacto, precisamente porque era yo su huésped, pues aun un particular encontraría muy inconveniente que teniendo un huésped al que hubiese ofrecido ocuparse de un asunto estuviese todo el día hablándole de él, sin dejarle atender a los suyos, como aquel de la comedia que a todo decía: 'Prenez mon ours'. El emperador Napoleón era el ár-

[59] Hidalgo: Notes secrètes a developper le jour ou il conviendra d'écrire l'histoire de l'Empire Mexicain, citadas por Conte Corti en Maximiliano y Carlota, p. 60. Trad. V. Caridad; México, 1946. Busqué inútilmente este documento en el archivo de Viena, donde lo consultó Conte Corti en 1923. Las *Notas* de Hidalgo se perdieron seguramente, junto con la gran cantidad de documentos del Kaiser Maximilian von Mexiko Archiv, destruidos a resultas de la Segunda Guerra Mundial.

bitro de Europa, y no cesaba de trabajar con aquella calma proverbial y aquel eterno cigarrillo con tabaco lavado en té, y si yo, como el del oso, le dijera todo el día 'Le Mexique', habría hecho cobrarle horror al negocio y al negociador".[60]

Corrieron así los días, los saraos y las entrevistas hasta que cierto día de 1858, al terminar de comer en el palacio de Compiègne, el éxito recompensó su cautela. El Emperador se levantó de la mesa, y con él sus invitados; tomó a Hidalgo del brazo para cruzar la sala, y con el tono del que no quiere la cosa preguntó por la situación de México: "las noticias son muy malas, y el país se hundirá si V.M. no le ayuda", respondió Hidalgo.

El cumplido satisfizo a Napoleón, que habló luego sobre el asunto durante media hora, lapso que aprovechó el mexicano para insistir en el viejo sueño de los exiliados y para abonar la inquietud que dejó en Eugenia un año antes. Pero Napoleón veía todavía con reservas el proyecto de establecer una monarquía en México, y se redujo a decir que en los asuntos de América nada haría sin contar con Inglaterra.[61] Una semana antes había hablado sobre el asunto con Lord Palmerston.

—Hemos dicho que para eso se necesita un ejército, millones. . . y además un príncipe— agregó con su habitual voz opaca.

Hidalgo comprendió que aquel podía ser el momento más importante de su vida, y sin pensarlo dos veces lanzó un buscapié.

—¿Sabe V.M. que se habló de don Juan?

—Hemos pensado en el duque de Aumale, pero no quiere —respondió Napoleón.[62]

El joven diplomático quedó de una pieza pues el buscapié había dado en el blanco. Esta vez hubiera insistido dos, diez veces, hasta que el Emperador repitiera sus mágicas palabras y le autorizare a gritarlas por las calles de París: ¡que el Emperador había hablado con el duque de Aumale y que el duque de Aumale no había aceptado, pero que ahora haría eso mismo con otro y con otros hasta dar con quien aceptara! ¡Por lo visto el Emperador estaba resuelto! "Mi coloquio en 1858 con Napoleón, aunque corto, es muy grave, y sería bueno que usted lo revelase sin pronunciar mi nombre", es-

[60] Hidalgo: Cartas, p. 27; edic. cit.
[61] Conte Corti; *op. cit. supra.*, p. 63, edic. cit.
[62] Conte Corti: *op. cit. supra.*; *loc. cit.*

cribió en 1889 a don Luis García Pimentel.[63] ¡Sin pronunciar su nombre! El Hidalgo de 1889 era ya un hombre sin bríos. Un hombre resuelto "a morir callando".

Fue seguramente a fines de 1858 cuando Hidalgo redactó un opúsculo que tituló *Algunas Indicaciones acerca de la Intervención Europea en México*, fechado en París en enero de 1859,[64] y destinado a probar que la nacionalidad mexicana desaparecería de no salvarla una intervención europea. El escrito tiene todo el aire de un memorándum para Napoleón y Eugenia, y en él razona Hidalgo —casi con las palabras de Gabriac—, que no podía justificarse que Europa, tan resuelta al surgir "la cuestión de oriente", permaneciera sin embargo indiferente ante el problema más amenazador todavía de la "cuestión de occidente", provocada por los Estados Unidos para destruir el equilibrio político americano mediante su "dominio exclusivo del continente".

En obvio de posteriores desgracias, don José Manuel patrocinaba la intervención de las tres potencias marítimas; de Francia tanto "por los grandes intereses" que tenía que defender en América como por simpatías de raza y religión, como "hija mayor de la Iglesia católica"; de Inglaterra, porque aunque "extraña a nuestra raza y a nuestra religión" no se ocultaría a su política, "sagaz y previsora", los inconvenientes de que los Estados Unidos ejercieran en América "la influencia que se han arrogado" en perjuicio de la industria y el comercio británico; y de España porque, con tantos intereses en América era natural que viera con simpatía "la salvación de pueblos que tienen su mismo origen". Esgrimía Hidalgo, para terminar, el argumento clave de los exiliados: que ellos ejercían en Europa la representación "de la parte sana y más numerosa de la población mexicana", que emergería como una sola voz —como verdadera voluntad nacional"—, el día en que "los demagogos" no la impidieran, para acoger "con sincero regocijo" la intervención europea.

Parece difícil encontrar planteamiento más simple y argumentos más elementales. El escrito de Hidalgo es un tejido de verdades

[63] Hidalgo a García Pimentel: Cobourg, 23 de agosto de 1889, en Cargas, p. 10; edic. cit.
[64] Se encuentra como apéndice a su libro Proyectos de Monarquía en México, editado en París por Garnier en 1867. Lo reproduce también la primera edición mexicana de Angel Pola, de 1904, y la segunda que publicó Editorial Jus en 1962.

patentes y afirmaciones discutibles, pero el conjunto tenía que resultar seductor para quien reconociera las primeras y estuviera dispuesto a dejarse engañar por las segundas. Un capítulo de la victimiología que se repite con frecuencia en la historia del hombre, donde mil ejemplos prueban que dos o tres planteamientos obvios, y algún argumento elemental, bastan en ocasiones para torcer el curso de los acontecimientos.

Y sin embargo, pese a todas las esperanzas, ni en 1858 ni en 1859 se reunían todavía las condiciones para la viabilidad del proyecto, los requisitos que el mismo Hidalgo señala en su carta de 1889 a García Pimentel: "Dice usted que es monárquico y de ello lo felicito, pero será un monarquismo platónico que allí no tendrá nunca jamás sanción. *No es posible vuelva a reunirse el conjunto de circonstancias y elementos que se presentaron en 1861*".[65] Y entre el conjunto de hechos favorables que Hidalgo menciona sin nombrar, uno sobre todo: los disparos sobre el Fuerte Sumter, que partieron en dos a los Estados Unidos.

Cuando, por añadidura, Hidalgo se creía a punto de cantar victoria a raíz de su entrevista de 1858 con Napoleón, una nube —la decisión napoleónica de consumar la unidad italiana a costa de Austria y el Papa— vino a ensombrecerlo todo. En el caso de la "cuestión italiana" se hallaba Napoleón cogido entre varios fuegos: uno, el muy graneado de Eugenia en pro del poder temporal del Papa; otro, el de Cavour y Víctor Manuel en sentido contrario, y, por último, el muy riesgoso de los terroristas que apoyaban en bombas su decisión libertaria y unitaria. La posición del Emperador era pues bastante incómoda, cogido entre las exigencias de su mujer y sus propias inclinaciones antiaustriacas y antipontificias de antiguo "carbonieri". Dos atentados terroristas no lograron resolverlo —uno el de Panieri, el 21 de abril de 1855, y otro más grave, el de Orsini en 1858. Hasta que, en vez de bombas, el sagaz Cavour arrojó sobre la cama del Emperador el argumento de la condesa Castiglione, tan infalible que lo que no pudieron disparos ni explosiones lo consiguió la sabiduría de la Castiglione en las faenas del amor. En 1859 Napoleón satisfizo la primera mitad de las aspiraciones italianas, pues

65 Hidalgo a García Pimentel, Caburgo, 23 de agosto de 1889, en *Cartas*, p. 5; edic. *cit.* La cursiva es nuestra.

vencidos los austriacos en Solferino y Magenta, entregó la Lombardía al rey Víctor Manuel.

Resuelto parcialmente el problema de la unidad italiana, José Manuel Hidalgo volvió a las andadas. Contaba sobre todo con el ascendente de la Emperatriz sobre Napoleón, "inmenso" según él, pues Eugenia "tomaba nuestro asunto con el mismo ardor que Isabel la Católica tomó la empresa de Colón",[66] tanto que desde mayo de 1860 pensó en el general Elío para encabezar un ejército monárquico mexicano que ofreciera el trono al duque de Módena,[67] un candidato muy al gusto de Gutiérrez Estrada.

> El duque de Módena —escribió a Hidalgo—, me convendría más que ningún otro candidato para México por sus principios eminentemente monárquicos y católicos, por su incontrastable convenio en sostenerlos, por la moralidad de sus costumbres, y además porque cuenta con un pequeño ejército de acrisolada fidelidad, y con bastantes medios propios para sostenimiento del mismo, y aun para socorrer al extinto tesoro mexicano.[68]

Cierto que Eugenia hablaba de prestar "el apoyo moral de Francia", mas el Duque no parecía resuelto a embarcarse en una aventura que tantos riesgos anunciaba, y ventajas tan aleatorias. Gutiérrez tuvo el "triste desengaño de que contar con él sería machacar en hierro frío", seguro además de que con "apoyos morales" no irían a ninguna parte, pues ¿cómo podría bastar ese apoyo —argumentaba don José María— "cuando en México no había literalmente hombres, ni moral, ni casi piedra sobre piedra? Alguna potencia marítima, por fuerza, habrá de dar la cara y prestar su brazo. Esta potencia, que había de ser católica y monárquica, y poderosa en el mar además ¿cuál otra podrá ser si no la Francia?

Si bien con el "apoyo moral" de Francia no se iría a ningún lado, era también cierto que "las circunstancias de 1861" se reunían poco a poco. Hidalgo parecía no darse cuenta, desesperado porque Napoleón repetía una y otra vez que no actuaría "sino de acuerdo con

66 Hidalgo: Apuntes... En *Cartas*, p. 29, edic. cit.
67 Hidalgo: *op. cit. supra.*, p. 15. También en Conte Corti: *op. cit. supra.*, cap: III, p. 76; edic. cit. Don Joaquín Elío y Ezpeleta, secretario del llamado Carlos VII, Carlos Luis de Borbón, conde de Montemolín y primo lejano de la Emperatriz.
68 Gutiérrez a Hidalgo: El Havre, 19 de agosto de 1861, en *Cartas*, p. 15; edic. cit.

Inglaterra, la cual quería que se contara también con los Estados Unidos, lo que equivalía a negarse",[69] mas el mexicano no advertía por lo visto que las relaciones anglofrancesas eran más estrechas que nunca, afianzadas por las visitas de Napoleón y Eugenia a Londres en 1855, por la de la reina Victoria a París al siguiente año, y por la acción militar conjunta que ambas potencias emprendieron en Crimea para resolver "la cuestión de Oriente". En cambio Donoso Cortés, embajador español en París, subrayaba desde 1856 que Napoleón fincaba su política exterior en una estrecha unión con Inglaterra, seguro también de que haría "grandes sacrificios" por mantener esa alianza.[70] Ignoraba Donoso si la anglofilia del Emperador provenía de que su larga residencia en Albión le hizo admirador del país, o si recordaba que la hostilidad de Napoleón I hacia sus vecinos insulares fue la causa determinante de su ruina,[71] pero la verdad era que en Inglaterra, a su vez, cobraban tal auge los sentimientos francófilos que el Embajador español en Londres informaba, en enero de 1860, que la popularidad de Lord Palmerston en la jefatura del gobierno tenía mucho que ver con la circunstancia de haber hecho de Napoleón "un amigo leal de Inglaterra".[72] Desesperado porque el problema mexicano desaparecía o pasaba a quinto orden ante las presiones de la diplomacia europea, Hidalgo no captaba la importancia del acercamiento franco-inglés a un futuro cercano,[73] y tampoco reparaba en el vuelco favorable que se consumaba en la política interna de la Unión Americana con la nueva elección presidencial que favorecía el enfrentamiento entre demócratas y republicanos con motivo del problema de la esclavitud.

No, las circunstancias no eran ya malas en 1860 a pesar de que Hidalgo escribiera, entonces, que "la horrible situación interior de México", y lo amenazado que su nacionalidad quedaba por el trata-

[69] Hidalgo: *op. cit. supra.*, p. 16, edic. cit.
[70] Donoso Cortés al M. de E.; despacho 735, París, 7 de noviembre de 1856, en APL, caja 51-24, Madrid.
[71] Donoso Cortés al M. de E.; *op. cit. supra.; loc. cit.*
[72] Isturiz Calderón, Ministro de Estado, despacho 14, Londres, 16 de enero de 1860, en: AMAEE, legajo 1539. Inglaterra, 1860-1863.
[73] Parece improbable que su amigo don Alejandro Mon no le hubiera igualmente dicho un año antes que Napoleón había hablado con él, y con gran interés, sobre "los nuevos acontecimientos de México", refiriéndose a las noticias que recibió sobre la suscripción del Tratado Mc Lane-Ocampo. Mon a Calderón; despacho 14 del 7 de enero de 1859 en AMAEE, legajo Francia 1850-1870.

do Mc Lane-Ocampo, le hicieron llegar a la conclusión de que el país estaba "perdido para siempre".[74] Contra esa opinión, tan mal fundada, la situación era ya bastante mejor que en las dos décadas anteriores, con la *entente cordiale* anglofrancesa "en su cenit", según Istúriz; con Hidalgo dueño de la confianza de Eugenia, y con los Estados Unidos a punto de su guerra civil. Napoleón, por si todo fuera poco, no abandonaba la vieja ilusión de sus días solitarios en la prisión de Ham: el de crear un imperio francés en las tierras tropicales de la América Central, sueño que por lo visto alentaba también un rey pacífico —Leopoldo I de Bélgica—, quien aunque sólo con fama de "gran casamentero" estaba llamado a desempeñar un papel importante en el drama. "El Rey, usted lo sabe —escribía el hijo del Monarca en 1860—, ha deseado siempre fundar un establecimiento belga en la América Central."[75]

Aunque Hidalgo escribió que en ese tiempo decidió "no hablar más del proyecto", la verdad fue que nunca se interesó más en él. Sabemos que pasó catorce días en compañía de la Emperatriz, y aunque alguna vez hablaran de la obra poética de Mallarmé —otro de los frecuentes invitados— no se requiere mucha imaginación para concluir que el gran tema de sus conversaciones fue el mismo de los últimos tres años: el de salvar a la raza latina del otro lado del Atlántico; el de introducir orden y progreso en un país destrozado por cuarenta años de guerra civil; el de levantar un valladar al Destino Manifiesto de los Estados Unidos, que bajo el patrocinio de Monroe hacían de la América española un solar de conquistas exclusivas. Hablarían. . .

Sí, mucho hablaría Eugenia con ese mexicano tan simpático. El mexicano a quien la Emperatriz, arrepentida ya, dirigirá pocos años después una graciosa reprimenda: "Ah, si en lugar de usted hubiese sido Gutiérrez Estrada quien solicitó la Intervención, ni un soldadito habría llegado a embarcarse . . ." "Si au lieu d'être vous . . . pas un petit soldat!"[76]

Un reproche tan lisonjero como el más descomunal de los elogios.

[74] Hidalgo: *op. cit. supra; loc. cit.*
[75] Cfr. Duque de Brabante a Beyens; Bruselas, 29 de febrero de 1860, en Papiers Beyens. Correspondence avec le duc de Brabante Leopoldo IIème. AMAECEB.
[76] Notas manuscritas sobre la Intervención en el OHHSA. Maximilian von Mexiko Archiv. Karton 8, supplement 328-346. Aunque la letra no es de Hidalgo, el texto parece escrito bajo el dictado o la inspiración de Hidalgo.

Capítulo segundo

COMBUSTIBLES JUNTO A LA HOGUERA

1. Fricciones con España

Mal pintaba para España el año de 1861. En Europa corrían rumores de una intriga franco-inglesa contra los Borbones, y aún se hablaba de proyectos napoleónicos sobre territorios peninsulares. En febrero, el conde Rechberg confiaba al Embajador español en Viena que Palmerston y Napoleón convinieron en Compiègne un plan contra la Casa de Borbón, inclinado el inglés a colocar en el trono de Madrid al rey de Portugal, y el francés por anexar a su Imperio la provincia de Navarra y tal vez las Vascongadas.[1] Algún arroyo correría cuando sonaba el agua, pues independientemente de las noticias vienesas, tan fehacientes que señalaban a un tal Reeves como agente británico encargado de esos proyectos en España, don Javier de Istúriz y Montero, embajador hispano en Londres, recelaba que pudiera llegar el día en que obraran de concierto "los intereses dinásticos del Emperador de los franceses y el antagonismo británico al nombre de Borbón".[2]

No era para que Madrid estuviera muy confiado en esos días, cuando por añadidura la cuestión de Cuba se agravaba al canto de la pugna esclavista de los Estados Unidos. Las noticias de México eran poco tranquilizadoras para colmo, pues el ya seguro triunfo de Juárez sobre Miramón nada bueno presagiaba para el restablecimiento de la Convención de 1853, y sobre todo para el cumplimiento del Tratado Mon-Almonte, objeto de violento rechazo por parte del

[1] Luis López de la Torre Ayllón a Calderón; despacho 22, cifrado; Viena, 9 de febrero de 1861, en AMAEE, legajo 1363. Austria.

[2] Istúriz a Calderón; despacho 40; Londres, 18 de febrero de 1861, en arch. cit.; legajo 1559. Inglaterra, 1860-1863.

gobierno constitucional. Ni en México ni en el mundo cabía la menor duda sobre las inclinaciones españolas en la Guerra de Tres Años, cuando Miramón compró y armó dos barcos en La Habana para emplearlos sobre el reducto juarista de Veracruz, como tampoco eran un secreto las simpatías de los Estados Unidos, cuyas naves de guerra apresaron en el fondeadero de Antón Lizardo a los barcos armados en La Habana, y como piratas los llevaron a Nueva Orleáns. No era pues fácil explicar el nombramiento de don Francisco Pacheco como embajador de España ante el gobierno conservador, pues si la victoria del gobierno constitucional estaba a la vista ¿cómo interpretar la designación de Pacheco, un hombre de primera fila? Que el gobierno español fletara a tan distinguido personaje en un barco a punto de hundirse no tenía otra explicación —salvo la muy corriente de la tontería— que el propósito de arrimar elementos combustibles a la hoguera del rompimiento.

Es indudable que ni el gobierno de Juárez ni el de doña Isabel II temían un enfrentamiento, éste para vengar las afrentas y sacar adelante el Tratado Mon-Almonte, y aquél para fortalecer y afianzar la Reforma a costa del país que a sus ojos representaba el conservadurismo mexicano que combatían, confiado don Benito, además, en que los Estados Unidos no permanecerían neutrales y ejercerían los sagrados derechos del monroísmo. No cabe duda de que el conflicto con España estaba calculado cuando, a raíz de la derrota final de Miramón en Calpulalpan, el gobierno constitucional se instaló en la capital, con Ocampo en el ministerio de Relaciones Exteriores. Algo tranquilizaba a Pacheco la conciliadora actitud inicial de González Ortega —conquistador de la capital—, mas Ocampo puso fin a sus sueños cuando el 12 de enero le comunicó su expulsión de la ciudad y del país "por los esfuerzos que usted ha hecho en favor de los rebeldes usurpadores", aunque también advirtiera don Melchor que la medida, "puramente personal", dejaba a salvo "el respeto y la estima" del Presidente por España.[3] La distinción entre la persona de un diplomático y su representación oficial es ortodoxa, sobre todo en circunstancias anormales, mas no obstante ello don Francisco la rechazó al contestar que si llegó a México no como particular

[3] Ocampo a Pacheco; México, 12 de enero de 1861, en arch. cit. Legajo Francia 1850-1870.

sino como embajador de S.M.C., "las comunicaciones de oficio que personalmente se le dirijan son y no pueden menos de ser personalmente dirigidas al Embajador de la Reina de España", argumento que si bien no mejoraba su situación le permitía crear un nuevo foco conflictivo, que don Francisco abultaba al puntualizar que el emperador Napoleón tomaría como insulto la sucedánea expulsión de monseñor Clementi, el Nuncio de Su Santidad.[4] Influyente en el ánimo de Juárez, y fiel al principio de que una revolución a medias era una revolución abortada, Ocampo no se anduvo por las ramas cuando Saligny, nuevo ministro de Francia, le visitó para advertirle las posibles consecuencias de la medida, pues don Melchor agregó que si Alexis de Gabriac estuviera en México, también él habría sido expulsado.[5]

El primero en conocer tales sucesos fue el juicioso general Serrano, Capitán General de Cuba, quien aunque dispuesto "a vengar por las armas" la ofensa, si así lo ordenaba su gobierno, ponderaba tanto los riesgos de una guerra con México como el doble peligro de empujar al gobierno de Juárez "a los últimos extremos de la demagogia antiespañola y anticatólica" por un lado, y por el otro el de favorecer que los esclavistas y antiesclavistas americanos llegaran a un entendimiento sobre la base de que los primeros se apoderaran de México para constituir "una gran Confederación de Sur",[6] idea que también compartía Gabriel Tassara, embajador de España en Washington, quien al tanto de lo que ocurría en la capital de los Estados Unidos informaba a Madrid el 8 de febrero que Juárez no accedería a ninguna reclamación española, y que en caso de guerra "pediría ayuda a los Estados Unidos", apoyo que seguramente proporcionarían los hombres de Washington con la esperanza de que una guerra con España sirviera "para dar otra dirección al espíritu público", a punto de un grave enfrentamiento con motivo de la cuestión esclavista.[7]

Por cierto que cuando una copia de la nota de Tassara llegó a La Habana, Serrano redondeó las idea del Embajador con opiniones dignas de un político consumado. Si en los Estados Unidos la guerra

[4] Pacheco a Calderón; despacho 61; México, 15 de enero de 1861, en arch. cit. *supra.*
[5] Saligny al M. A. E.; México, 28 de enero de 1861, en AMAEF, vol. 54, ff. 360.
[6] Serrano a Calderón; despacho No. 18; La Habana, 25 de enero de 1861, en AMAEE, *loc. cit. supra.*

con España distraía la atención pública de los asuntos domésticos —razonaba—, los gobernantes mexicanos "desesperanzados de poder dominar la situación y llevar los negocios públicos a un carril regular", podrían llegar a ver "sin susto, y quién sabe si con regocijo, una invasión española que les procurase la unión de las voluntades en lo interior, justamente con la ayuda encubierta de sus vecinos", máxime que contando con millares de españoles como rehenes podían permitirse el lujo de imponer a España una guerra "en la que ellos nada tienen qué arriesgar". Serrano sospechaba que el destino final de Cuba andaba también en juego, pues siendo probable que los del Norte ofrecieran la Isla a los del Sur como gaje para salvar sus diferencias, recomendaba que mientras en el caso de México era prudente contentarse con ejercer una espera vigilante en la de Cuba urgía una acción resuelta para recuperar Santo Domingo y protegerse las espaldas contra riesgos futuros.[8] Cargado de responsabilidades, a tres pasos del teatro de los acontecimientos, el Capitán General temía que entre los objetivos mexicanos y norteamericanos llegara a presentarse peligrosa coincidencia.

La política que Serrano recomendaba era sagaz, además, porque Juárez sustituyó el 21 de febrero al extremista Ocampo por el sensato Zarco, lo que era indicio de propósitos conciliadores en el ánimo presidencial. Saligny —como representante de los intereses españoles en México— fue el primero en advertir el cambio cuando Zarco le confió que el gobierno enviaría a Madrid una misión especial con objeto de proponer al Emperador de los Franceses como árbitro de las reclamaciones pendientes entre ambos países, mediación que Serrano hallaba "muy recomendable", salvo por el escozor que le producía la prevalencia de Saligny, su política tendiente a fincar la influencia francesa en México "de una manera omnipotente y exclusiva".[9]

El Capitán General de Cuba pensaba con la cabeza a pesar de la espada que llevaba al cinto, mas tal parece que en Madrid resulta-

[7] Tassara a Calderón; despacho 19, cifrado; Washington, 8 de febrero de 1861, en arch. cit., *loc. cit. supra.*
[8] Serrano a Calderón; despacho 73, muy reservado; La Habana, 5 de marzo de 1861, en arch. cit.; *loc. cit. supra.*
[9] Serrano a Calderón, despacho 75; La Habana, 9 de marzo de 1861, en arch. cit. en *loc. cit. supra.*

ron al fin cargantes sus consejos pues Calderón le contestó el 7 de abril "que se limitara a recibir y a transmitir al gobierno de S.M. todas las comunicaciones que le lleguen de México", máxime que el cambio ministerial parecía alejar el riesgo de llegar a tomar "medidas enérgicas", que "repugnarían" al gobierno español.[10] El "nuevo gobierno mexicano" —como Calderón llamaba muy europeamente al cambio en el ministerio— tendía efectivamente la rama de olivo al de Madrid, pues el 3 de abril la Legación de México en París puso en manos del embajador de España en Francia un pliego con las proposiciones del "nuevo gobierno mexicano",[11] y el 27 dio México un paso más al nombrar a Juan Antonio De la Fuente enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del gobierno de S.M.C.,[12] misión condenada al fracaso porque Madrid no daría su brazo a torcer. Cierto que admitía el arbitraje francés sobre asuntos menores, mas no cedería en el cumplimiento de Tratado Mon-Almonte,[13] convertido ya en cuestión de honor por los de allí y los de aquí.

Saligny, por su parte, no desperdiciaba ocasiones para llevar agua a su molino. Hacia fines de abril se entrevistó con Zarco en busca de un acuerdo sobre los bonos Jecker, negocio que "no desesperaba" concluir antes de junio a pesar de que Mr. Mathew, el Encargado inglés, ejercía "las más bajas intrigas" para obstaculizarlo, tales como decir que Francia no contaba con agravios "suficientemente legítimos" para hacer la guerra a México, y que aun en el caso de proponérselo "Inglaterra no se lo permitiría".[14]

Unos días más tarde se instaló en México Sir Charles Lennox Wyke, nuevo ministro de S.M.B., con instrucciones para gestionar la pronta satisfacción de las reclamaciones británicas, así de las reconocidas en Tratados o Convenciones como de las aún pendientes, aludiendo entre estas últimas a la devolución de las sumas que tomó Degollado de la conducta de Laguna Seca y las que Miramón sustrajo, en los últimos días de su gobierno, de un local protegido con

[10] Calderón a Serrano; Minuta. Aranjuez, 7 de abril de 1861, en arch. cit., *loc. cit. supra.*
[11] Mon a Calderón; despacho 116, París, 3 de abril de 1861, en arch cit.; *loc. cit. supra.*
[12] Zarco a Saligny; México, 27 de abril de 1861, en arch. cit.; *loc. cit. supra.*
[13] Calderón a Serrano. Real Orden; Aranjuez, 25 de abril de 1861.
[14] Saligny al M. A. E.; en AMAEF, fons Mexique, vol. 54, ff. 226-270.

los sellos de la legación británica en México.[15] Cierto que Lord Russel le previno para que en cuestiones domésticas no fuera más allá "de dar consejos sobre tolerancia de cultos, con el objeto de fomentar la inmigración", pero en cuanto el hombre llegó a México se adhirió resueltamente a la idea intervencionista que flotaba en el ambiente, de la que su antecesor Mr. Mathews fue abogado tan resuelto que hasta el embajador de España en Washington comunicó sus planes para la intervención europea en México.[16] En rigor no existía diferencia en las ideas de ambos ingleses, pues si Wyke convenía en que el país se hundía "más y más cada día", mientras la población se embrutecía y degradaba "hasta un punto que causa horror el contemplar", era lógica su conclusión en el sentido de que sólo "empleando la fuerza, para exigir con ella lo que la persuasión o la amenaza no podían conseguir", sería posible llegar a obtenerse justicia "de semejante pueblo".[17]

Si las condiciones políticas eran en esos días inestables, peor andaba la situación financiera del gobierno. Según Saligny la prensa daba rienda suelta "a las lucubraciones más increíbles, y a veces las más grotescas", para restablecer las finanzas. Alarmado cuando algún periódico sugirió "la idea de suspender el pago de las convenciones extranjeras", el Ministro fue a ver a Zarco, quien no sólo protestó contra semejante posibilidad sino que le dio seguridad de que mientras él permaneciera en el Gabinete se opondría a que un proyecto tan absurdo pudiera presentarse y discutirse.[18] La decisión de Zarco parecía firme en abril, y así sería la de Juárez, pero los acontecimientos corrían por una pendiente nada favorable a los buenos propósitos: en mayo, gavillas conservadoras atacaban en Querétaro y San Juan del Río, mientras Zuloaga y Vicario se apoderaban de Cuernavaca. Otras guerrillas combatían en Tlalnepantla y en el Monte de las Cruces, a tres pasos de la capital. Al comenzar junio fue asesinado Ocampo, y poco después murieron Degollado y Leandro Valle en el empeño de vengar su muerte. Y como en la tesorería

15 Russel a Wyke; Londres, 30 de marzo de 1861, en arch. cit. vol. 54, ff. 201-206.
16 Así lo informó Tassara a Matías Romero, ministro mexicano en Washington. Cfr. Matías Romero: *Diario*, p. 409. Edición, prólogo y notas de Emma Cosío Villegas; México, 1960.
17 J. M. Hidalgo Proyectos..., Cap. III, p. 74. También J. de P. Arrangoiz: México de 1808 a 1867, T. II, p. 394; edic. cit.
18 Saligny al M. A. E.; México, 3 de abril de 1861, en AMAEF, vol. 54; ff. 227-231.

no quedaba un solo peso para pagar a los soldados, el gobierno volvió a las viejas andadas del préstamo forzoso. El 4 de junio se impuso el primero por un millón de pesos —que sólo rindió unos pocos miles—, y en el último extremo de la miseria se ocuparon los cuarenta mil pesos de la Convención Pénaud, con la promesa de devolverlos en ocho días. Zarco mientras tanto había dejado su puesto, y cuando Saligny, furioso, vio el 10 de junio al nuevo ministro Ramón Guzmán, interpelándolo sobre los rumores de que el gobierno estuviera resuelto a decretar la suspensión del pago de las convenciones extranjeras, el funcionario negó que tales chismes pudieran tener fundamento alguno.[19]

Y sin embargo algo podrido habría en Dinamarca cuando tantos malos olores corrían por la capital. El 15 de junio rindió Juárez su protesta como Presidente constitucional de la República, y al comenzar julio envió al Congreso el proyecto de una Ley de Amnistía tendiente a echar un poco de aceite sobre las aguas del revuelto frente doméstico. Pero al mismo tiempo, en sesión archisecreta, los diputados discutían otra iniciativa del Ejecutivo para suspender temporalmente —durante dos años— el pago de las convenciones extranjeras. Tan secretamente que ni Wyke ni Saligny se enteraron lo que se tramaba. Si acaso sospecharían algo, Saligny sobre todo, pues el mismo 17 de julio, fecha del célebre decreto, escribía a su gobierno: "En la situación en que se encuentran, creo capaces de todo a los hombres de este gobierno para procurarse, a cualquier precio, los recursos de que carece la administración".[20]

Mientras el Ministro escribía esas líneas, Juárez cedía a las exigencias de la penuria absoluta, la más poderosa de las leyes no escritas. Trataría de alejar de sí mismo y del país los fantasmas que avizoraba cuando, aparentemente confiado, escribió a De la Fuente: "Esta medida estaba indicada por la opinión pública, y por eso ha sido adoptada por el Congreso por una mayoría inmensa de ciento doce votos, contra cuatro de personas que sólo por temor votaron por la negativa".[21] Argumento que Saligny contradijo al decir que si cuarenta o cincuenta diputados de la oposición votaron en favor

19 Saligny al M. A. E.; México, 12 de junio de 1861, en arch. cit. vol. 55, ff. 33-42.
20 Saligny al M. A. E.; México, 17 de julio de 1961, en arch. cit. Fonds Mexique, vol. 55 ff. 88-93.
21 O. Castañeda Batres: La *Convención de Londres*, p. 13; México, 1962.

los sellos de la legación británica en México.[15] Cierto que Lord Russel le previno para que en cuestiones domésticas no fuera más allá "de dar consejos sobre tolerancia de cultos, con el objeto de fomentar la inmigración", pero en cuanto el hombre llegó a México se adhirió resueltamente a la idea intervencionista que flotaba en el ambiente, de la que su antecesor Mr. Mathews fue abogado tan resuelto que hasta el embajador de España en Washington comunicó sus planes para la intervención europea en México.[16] En rigor no existía diferencia en las ideas de ambos ingleses, pues si Wyke convenía en que el país se hundía "más y más cada día", mientras la población se embrutecía y degradaba "hasta un punto que causa horror el contemplar", era lógica su conclusión en el sentido de que sólo "empleando la fuerza, para exigir con ella lo que la persuasión o la amenaza no podían conseguir", sería posible llegar a obtenerse justicia "de semejante pueblo".[17]

Si las condiciones políticas eran en esos días inestables, peor andaba la situación financiera del gobierno. Según Saligny la prensa daba rienda suelta "a las lucubraciones más increíbles, y a veces las más grotescas", para restablecer las finanzas. Alarmado cuando algún periódico sugirió "la idea de suspender el pago de las convenciones extranjeras", el Ministro fue a ver a Zarco, quien no sólo protestó contra semejante posibilidad sino que le dio seguridad de que mientras él permaneciera en el Gabinete se opondría a que un proyecto tan absurdo pudiera presentarse y discutirse.[18] La decisión de Zarco parecía firme en abril, y así sería la de Juárez, pero los acontecimientos corrían por una pendiente nada favorable a los buenos propósitos: en mayo, gavillas conservadoras atacaban en Querétaro y San Juan del Río, mientras Zuloaga y Vicario se apoderaban de Cuernavaca. Otras guerrillas combatían en Tlalnepantla y en el Monte de las Cruces, a tres pasos de la capital. Al comenzar junio fue asesinado Ocampo, y poco después murieron Degollado y Leandro Valle en el empeño de vengar su muerte. Y como en la tesorería

[15] Russel a Wyke; Londres, 30 de marzo de 1861, en arch. cit. vol. 54, ff. 201-206.
[16] Así lo informó Tassara a Matías Romero, ministro mexicano en Washington. Cfr. Matías Romero: *Diario*, p. 409. Edición, prólogo y notas de Emma Cosío Villegas; México, 1960.
[17] J. M. Hidalgo Proyectos..., Cap. III, p. 74. También J. de P. Arrangoiz: México de 1808 a 1867, T. II, p. 394; edic. cit.
[18] Saligny al M. A. E.; México, 3 de abril de 1861, en AMAEF, vol. 54; ff. 227-231.

no quedaba un solo peso para pagar a los soldados, el gobierno volvió a las viejas andadas del préstamo forzoso. El 4 de junio se impuso el primero por un millón de pesos —que sólo rindió unos pocos miles—, y en el último extremo de la miseria se ocuparon los cuarenta mil pesos de la Convención Pénaud, con la promesa de devolverlos en ocho días. Zarco mientras tanto había dejado su puesto, y cuando Saligny, furioso, vio el 10 de junio al nuevo ministro Ramón Guzmán, interpelándolo sobre los rumores de que el gobierno estuviera resuelto a decretar la suspensión del pago de las convenciones extranjeras, el funcionario negó que tales chismes pudieran tener fundamento alguno.[19]

Y sin embargo algo podrido habría en Dinamarca cuando tantos malos olores corrían por la capital. El 15 de junio rindió Juárez su protesta como Presidente constitucional de la República, y al comenzar julio envió al Congreso el proyecto de una Ley de Amnistía tendiente a echar un poco de aceite sobre las aguas del revuelto frente doméstico. Pero al mismo tiempo, en sesión archisecreta, los diputados discutían otra iniciativa del Ejecutivo para suspender temporalmente —durante dos años— el pago de las convenciones extranjeras. Tan secretamente que ni Wyke ni Saligny se enteraron lo que se tramaba. Si acaso sospecharían algo, Saligny sobre todo, pues el mismo 17 de julio, fecha del célebre decreto, escribía a su gobierno: "En la situación en que se encuentran, creo capaces de todo a los hombres de este gobierno para procurarse, a cualquier precio, los recursos de que carece la administración".[20]

Mientras el Ministro escribía esas líneas, Juárez cedía a las exigencias de la penuria absoluta, la más poderosa de las leyes no escritas. Trataría de alejar de sí mismo y del país los fantasmas que avizoraba cuando, aparentemente confiado, escribió a De la Fuente: "Esta medida estaba indicada por la opinión pública, y por eso ha sido adoptada por el Congreso por una mayoría inmensa de ciento doce votos, contra cuatro de personas que sólo por temor votaron por la negativa".[21] Argumento que Saligny contradijo al decir que si cuarenta o cincuenta diputados de la oposición votaron en favor

[19] Saligny al M. A. E.; México, 12 de junio de 1861, en arch. cit. vol. 55, ff. 33-42.
[20] Saligny al M. A. E.; México, 17 de julio de 1961, en arch. cit. Fonds Mexique, vol. 55 ff. 88-93.
[21] O. Castañeda Batres: La *Convención de Londres*, p. 13; México, 1962.

de la medida "como un solo hombre" fue porque la consideraron el tiro de gracia que se asestaba el mismo gobierno, en tanto que los cuatro votos en contra procedían de "los amigos más abnegados y más inteligentes de Juárez".[22] Vistas las consecuencias, es obvio que los cuatro votos contra el decreto del 17 de julio no expresaban "el temor" de sus emisores, como suponía el Presidente, sino la "abnegación e inteligencia" de sus verdaderos amigos, como sospechaba el ministro de Francia.

Consumado el trámite en el Congreso, y antes de que la noticia pasara a los periódicos, el nuevo ministro de Relaciones Zamacona quiso comunicar personalmente la noticia a los ministros de Inglaterra y Francia, pero ninguno tuvo la gentileza de recibirle. Saligny le mandó decir que hablaría con él cuando le llevara los cuarenta mil pesos de la Convención Pénaud y el inglés se fingió ausente,[23] de donde ambos caballeros se enteraron por los periódicos del decreto que según Wyke era un "verdadero acto de suicidio", en cuyo examen se negó a entrar su colega Saligny "por ser de las cosas que no admiten discusión".[24] Ninguno de ellos lo quiso discutir, barruntando que resultaría peligroso practicar ese deporte con los mexicanos. Sospecharían, también, que el decreto juarista del 17 de julio era la primera piedra del Segundo Imperio mexicano.

El decreto del 17 de julio de 1861 era una virtual declaración de quiebra, o cuando menos un acto de suspensión de pagos que cubría la última esperanza de evitar la quiebra. Pero era, sobre todo, fuego junto a la dinamita. A las cuatro de la tarde del 25 de julio las legaciones de Francia e Inglaterra arriaban sus respectivas banderas, al expirar el plazo que los señores Wyke y Saligny fijaron al gobierno para que derogara el decreto en lo que les afectaba. Pero el gobierno no podía dar marcha atrás. Ni podía ni debía. Si la desamortización de los bienes de la Iglesia no rindió lo que se esperaba; si no había dinero ni de dónde tomarlo, no quedaba otro camino que jugar la carta terrible para morir de una vez si era ése el caso, en vez de agonizar lentamente como un deudor moroso cualquiera.

22 Saligny al M. A. E.; México, 27 de julio de 1861, en arch. cit. *supra*, vol. 55, ff. 113-124.

23 Zamacona a Wyke; México, 16 de julio de 1861, en arch. cit. *supra*, vol. 55, ff. 88-93 y Zamacona a Saligny; México, 21 de julio de 1861; en AHDM, vol. XXVIII p. 10, edic. cit.

24 Saligny al M. A. E.; México, 27 de julio de 1861, en arch. cit. *supra*, vol. 55, ff. 113-124.

Ahora —pregunta de respuesta difícil— ¿pesó Juárez cabalmente los riesgos del decreto del 17 de julio? Es posible que no, y que se fiara sobre todo en su buena estrella y en una serie de circunstancias favorables, como en ellas confió cuando se negoció en Veracruz el Tratado Mc Lane-Ocampo. Dejan esa impresión las palabras que dirigió al Congreso el 16 de septiembre de ese año, seguro al parecer de que la cuestión extranjera terminaría por arreglarse favorablemente, y no sólo porque ninguna potencia extranjera deseaba, a su juicio, suscitar problemas a una nación que como México se consolidaba a base de grandes esfuerzos sino, además, porque el gobierno adoptaba ya medidas tendientes a abreviar el término de la suspensión, "a la que sólo por la ley de la necesidad está sujeta la deuda pública".[25]

Creo que Juárez mantuvo hasta el fin su convicción de que podría a la vez zanjar la amenaza francoinglesa y aprovechar para sus fines políticos el inminente conflicto con España, y la circunstancia de que valorara mal los riesgos no prueba que los desconociera. Por otro lado, justo es reconocer que una serie de hechos objetivos, puramente históricos, abonaban el criterio presidencial. En cuanto a Inglaterra, Juárez sabía que durante los últimos cuarenta años el gobierno de S.M.B. había fomentado en México principios como los de libertad de religión y de comercio, para cuya protección contaba dicho gobierno con la consolidación definitiva del gobierno liberal. No es tampoco remoto que Juárez previera la resistencia inglesa a embarcarse en una aventura que de seguro le traería dificultades con los Estados Unidos, y aunque era cierto que el vecino país afrontaba en esos días una guerra civil que le impedía acudir en defensa de los postulados monroístas, también era cierto que Juárez confiaría tanto en la pronta victoria del Norte como en su respaldo frente a la amenaza europea. Político sagaz —el más sagaz en la historia mexicana—, las previsiones de Juárez se cumplieron con sorpren-

25 Benito Juárez: Mensaje al Congreso, en *Un siglo de relaciones internacionales de México*; AHDM. vol. XXXIX, p. 35; México, 1935.

dente exactitud, y si bien se equivocó en el caso de la conducta final que adoptaron los gobiernos de Francia y España, su error resultó por lo menos explicable. Para los liberales mexicanos del siglo XIX —y para medio mundo, dicho sea en descargo de aquéllos—, Francia era una especie de santón venerado, cuna de la cultura, de la belleza, y sobre todo de la libertad. Su admiración, que nacía *ex abundancia cordis*, les hacía difícil admitir que Lutecia pudiera —por cobrar algunos pesos —tomar las armas contra un gobierno que llevaba años combatiendo por la libertad, mayormente cuando esos pesos eran menos que los que se debían a las otras potencias en juego. Cierto que estaba de por medio el problema de las reclamaciones españolas —sobre todo el cumplimiento del Tratado Mon-Almonte— pero ¿cabía siquiera la posibilidad de que Francia e Inglaterra se embarcaran en una expedición armada para apoyar las pretensiones de España? Y por otro lado ¿no era deseable un ataque español para cimentar, de una vez y para siempre, las instituciones liberales nacionales?

Por mi parte no dudo que Juárez, el extraordinario político, acariciaba la oportunidad de un conflicto con España *como medio* para resolver algunos de sus más importantes problemas políticos, el de la guerra civil en primer lugar y, en segundo, el de la consolidación de las instituciones nacidas de la Reforma, pues ¿qué iban a hacer Márquez y Zuloaga, Mejía y Vicario, Cobos, Buitrón y tantos más en presencia de una invasión española? Contaba ya Juárez con la Ley de Amnistía aprobada en julio por el Congreso, y contará en enero siguiente con otra ley para aplicar la pena de muerte a cualquier colaborador de la Intervención. Su lógica era pues inobjetable: la de negociar con Inglaterra y Francia para pelear con España una especie de guerra santa mexicana, la misma que con clarividencia extraordinaria temía el Capitán General de Cuba. De aquí que, cuando en abril de 1862 Prim fastidió los planes de Napoleón III, echó a rodar también los de don Benito Juárez, porque si el Benemérito quería la guerra con su odiada España, gracias al Conde de Reus la tuvo con su amada Francia. El error de los dirigentes liberales de 1861 se produjo en el círculo de sus rencores antiespañoles, seguros por un lado de que España era la "enemiga natural" de las instituciones que defendían, e ignorantes por el otro

de los fines que escondía la conducta de Dubois de Saligny, alguno tan importante —el de los bonos de Jecker—, que multiplicaría por quince las cifras de las reclamaciones francesas que tenían ellos sobre el escritorio.[26]

Mientras la noticia del decreto del 17 de julio cruzaba el mar, Saligny pintaba en colores sombríos la situación general del país, la repulsa de los Estados de la Federación al famoso decreto, y la inminencia de que los liberales moderados derrocaran a Juárez para sustituirlo por Comonfort. Todo para concluir que, si las potencias europeas no se decidían "a tomar a este infeliz país bajo su protección directa y efectiva", la anarquía concluiría en el desmembramiento de la República, en la guerra de castas y en la destrucción del orden social. "Es el curso que han seguido las cosas en América Central —pontificaba—, y México está evidentemente condenado a la misma suerte a menos que Europa, *aprovechando lo que sucede en este momento en América del Norte*, tome la resolución de intervenir para dar al país instituciones más en armonía con las aspiraciones, ideas y necesidades del noventa y cinco por ciento de la población".[27] Nota interesante porque deja ver los goznes sobre los que la intriga giraba en Francia en esos momentos: uno, responder al llamado de la "parte sana de la población" —que Saligny elevaba al 95%—, y el otro la convicción de que la Guerra de Secesión les dejaba manos libres frente al monroísmo.

26 En uno de los primeros actos al ocupar la ciudad de México, a raíz de Calpulalpan, el gobierno constitucional decretó la insubsistencia de los actos y contratos celebrados por el gobierno conservador, con la mira puesta sobre todo en el Tratado Mon-Almonte y en el Contrato Jecker. Miramón, en virtud del contrato que celebró con el banquero Jecker, emitió bonos pagaderos en las aduanas con valor de quince millones, que se admitirían por su valor íntegro en la proporción de la quinta parte de las exhibiciones. En dinero, vestuario y equipo Jecker entregó a Miramón 1 491 328 000. O sea que mediante la entrega bastante simbólica de un millón y medio de pesos, el famoso banquero se proponía recibir quince, ahora sí que contantes y sonantes, gracias al apoyo que a su reclamación prestaba en Francia el Duque de Morny, medio hermano del Emperador, quien con el definido propósito de que actuara como su representante en el negocio obtuvo de Napoleón el nombramiento de Saligny como ministro de Francia en México.

27 Saligny al M.A.E.; México, 28 de agosto de 1861, en *arch. cit. supra*: Fonds Mexique, vol. 55; f.f. 230-245. [Las cursivas son nuestras.]

2. Todo fue cuestión de minutos

El pobre de don Juan Antonio de la Fuente no ganaba para penas en París. Designado en abril ministro plenipotenciario para ajustar con el gobierno español las divergencias entre ambos países, en agosto no se le concedía aún el *placet* para pasar a Madrid, y su situación resultaba en París bastante desairada. Primero se pusieron trabas a su recepción, bajo el pretexto de que su antecesor, Almonte, no había sido retirado oficialmente por el gobierno mexicano,[28] y luego, cuando por fin le recibieron el 10 de agosto, el Emperador aprovechó la ocasión para manifestar "la pena que le causaba" ver que un país como México, tan hermoso, "estuviese devorado por las guerras civiles".[29] Las palabras del Emperador no eran para tranquilizar a nadie, y menos a quien, como don Juan Antonio, estaba al tanto de las intrigas de Saligny, pero así y todo su verdadero calvario principió cuando recibió las primeras noticias del decreto del 17 de julio. Colocado en situación desesperada, seguro del fracaso rotundo de su gestión, el diplomático no recató sus opiniones: vehemente, con un halo dramático al correr de la pluma, pidió a Juárez que derogara el decreto si esperaba algún éxito de su viaje, convencido de que la medida adoptada por el Congreso aparejaba "posibilidades tan fuertes que equivalían casi a la certeza" de atraer sobre el país un conflicto con Francia e Inglaterra.[30] No se requería gran sensibilidad para sopesar el fardo que le echaban sobre las espaldas, pero así y todo se dispuso a visitar Thouvenel para comunicarle, oficialmente, el decreto de Suspensión de Pagos. . .

El tres de septiembre, desalentado, don Juan Antonio de la Fuente abandonó el Ministerio de Asuntos Exteriores. Trató de explicar al Ministro el decreto del 17 de julio, y sus alcances de medida temporal impuesta por la situación económica interna, que por ello no lesionaba a fondo los derechos de Francia y sus ciudadanos. El pre-

[28] Thouvenel a De la Fuente; París, 8 de julio de 1861. en Notas de J. A. De la Fuente; AHDM. t. x, p. 4. También en De la Fuente a Thouvenel; París, 8 de julio de 1861, en *op. cit. supra*, p. 7

[29] De la Fuente al M.R.E.; París, 20 de agosto de 1861; despacho 28, en *op. cit. supra.*

[30] De la Fuente al M.R.E.; París, 31 de agosto de 1861, en *op. cit. supra.*, p. 20; edic. cit.

sidente Juárez contaba con el prestigio del nombre francés "en defensa de las libertades humanas" para suponer que el gobierno galo no se prestaría a hacer el juego a los enemigos de México, entre los que se contaban España y los exiliados conservadores de París. Todo muy sensato y bien planteado, pero Thouvenel le dio con la puerta en las narices: "Hemos aprobado absolutamente la conducta de M. de Saligny —le contestó—; hemos dado nuestras órdenes, de acuerdo con Inglaterra, para que una escuadra compuesta de buques de ambas naciones exija una satisfacción al gobierno mexicano, y vuestro gobierno sabrá, por nuestro Ministro y por nuestro Almirante, cuáles son las demandas de Francia".[31]

Y sin embargo mentía Thouvenel, pues ningún acuerdo había con Inglaterra todavía, ni tampoco mediaban órdenes para que buques de guerra partieran con destino a puertos mexicanos. Mas aunque la suya fuera una típica "boutade" se ajustaba en cambio a los rumores que corrían por las Tullerías, tanto que el mismo don Alejandro Mon, embajador de España, cayó en el garlito al telegrafiar en clave al Ministro de Estado el 6 de septiembre:

> Francia e Inglaterra van a apoderarse de las aduanas de Veracruz y Tampico para reintegro de las cantidades que les debe México. *Fuerzas de mar van sobre aquellos puertos. No parece se cuiden para nada de nosotros.* Yo, aunque sin instrucciones de V. E. pienso hablar al Ministro en el momento que venga del campo. Se ya que la idea de una monarquía les es grata. La situación es favorable para una solución porque todos estamos ofendidos y los Estados Unidos muy debilitados, y mucho me alegra (?) no saliésemos perdiendo.[32]

En Madrid, el telegrama de Mon produjo los efectos de un cubetazo de agua fría, sobre todo cuando la frase poco galana "no parece que se cuiden de nosotros" rasguñaba tan dolorosamente el viejo orgullo castellano. Sólo que también un duchazo frío suele sacudir los organismos y estimular las dormidas energías, y esa fue la reacción que produjo en la corte española el telegrama del 6 de septiembre:

[31] De la Fuente al M.R.E.; París, 4 de septiembre de 1861, en Notas, p. 24; edic cit. También The Present Condition of Mexico. Diplomatic Correspondence, doc. 100. House of Representatives, Washington, 1862.

[32] Mon a Calderón. Telegrama totalmente cifrado. París, 6 de septiembre de 1861, en AMAEE. Legajo Francia 1850-1870. [Las cursivas son nuestras.]

El gobierno de S. M. está dispuesto a obrar enérgicamente —contestó Calderón a Mon el mismo día. Saldrá un vapor llevando al Capitán General de la Isla de Cuba instrucciones terminantes para obrar sobre Veracruz o Tampico con todas las fuerzas de mar y tierra que pueda disponer. Se enviarán buques a reforzar la escuadra, y se presentarán en aquellas aguas como cumple a la dignidad de España. V. E. puede manifestarlo a ese gobierno. *Si la Inglaterra y la Francia convienen en proceder de acuerdo con España*, que se reúnan las fuerzas de las tres potencias tanto para obtener la reparación de los agravios como *para establecer un orden regular y estable en México*. Si prescinden de España, el gobierno de la Reina, que esperaba un momento favorable para obrar con vigor sin dar motivo a que se le atribuyesen miras políticas de ningún género, obtendrá las satisfacciones que tiene derecho a reclamar empleando las fuerzas que posee, superiores a las que se necesitan para realizar una empresa de este género.[33]

España —en un acto de prestidigitación— introducía en los acontecimientos un vuelco sensacional. De ese acto ilusionista resultaba que si Inglaterra y Francia "convenían" en proceder "de acuerdo" con ella, las tres potencias marcharían juntas a reparar agravios, pero que de "prescindir" de su compañía ella procedería con sus propias fuerzas, "superiores" a las necesarias para consumar la empresa. Sobre la marcha, Calderón Collantes desplazaba de París a Madrid el fiel de la balanza, y convertía a España de indeseable invitada en generosa anfitriona. Frente a los secretos planes de Napoleón; frente a los titubeos de Lord Russel, reacio a comprometerse en una aventura en la que España figurara, Calderón Collantes forzaba la situación, subía al tren en movimiento, y anotaba el primer tanto en favor del gobierno de doña Isabel II.

Decidido el primer paso, Calderón actuó como si el tiempo fuera oro en pasta. Al siguiente día telegrafió a Istúriz para que averiguara cuáles eran los propósitos de los ingleses,[34] y cuando éste contestó el 10 que el gobierno británico simplemente había aprobado el rompimiento con México,[35] y Mon a su vez le comunicó que Thouvenel "abundaba" en las ideas del gobierno español, don Saturnino

[33] Calderón a Mon; telegrama cifrado. Madrid, 6 de septiembre de 1861, en *arch cit.* Legajos Francia 1850-1870. [Las cursivas son nuestras.]
[34] Calderón a Isturiz; telegrama cifrado. Madrid, 7 de septiembre de 1861, en *arch. cit. loc. cit. supra.*
[35] Isturiz a Calderón; telegrama cifrado; Londres, 10 de septiembre de 1861, en *arch. cit., loc. cit. supra.*

ordenó al mariscal Serrano que organizara y desembarcara en México una expedición que exigiera el cumplimiento de las obligaciones pendientes, empresa en la que "era posible" que fuerzas anglofrancesas "actuaran conjunta o separadamente", y no porque España no dispusiera de medios para obtener las reparaciones del caso sino porque, con la concurrencia francoinglesa, el resultado de las operaciones sería "ya que no más seguro, sí más estable y duradero".[36]

En el pliego de instrucciones a Serrano, del que se enviaron copias a los embajadores españoles en Londres y París, Calderón Collantes puntualizaba que, "en un término perentorio que no deberá exceder de doce horas", el Capitán General exigiría al gobierno mexicano una respuesta a las demandas del gobierno de la Reina, o sea la "satisfacción solemne" que se le debía por la expulsión "violenta e infundada del embajador Pacheco; el cumplimiento del tratado Mon-Almonte, y la indemnización a súbditos españoles por daños y exacciones padecidas. "Si tan legítimas demandas no fuesen atendidas en el breve y perentorio término señalado —concluía Calderón— se emprenderán las operaciones necesarias para obligarlo a someterse a ellas.[37]

El paso estaba dado, y a partir de ese momento España no se dejará arrebatar la iniciativa, que ejercerá hasta el día del rompimiento de Orizaba y el reembarco de los efectivos angloespañoles. Y sin embargo, pese a lo mucho que la actitud española afectaba los planes de Napoleón en esos primeros días de septiembre, el problema fundamental que afrontaba el Emperador era la renuencia de Inglaterra a comprometerse en una expedición que nada bueno prometía. El 16 ordenó Calderón a Istúriz que comunicara al gobierno británico la decisión española, agregando que "si otros gobiernos, como por ejemplo los de Inglaterra y Francia tuvieran ofensas que vengar, y quisieran unir sus esfuerzos a los de España", el resultado, "sin ser más seguro", sería más permanente y evitaría la repetición de los hechos escandalosos,[38] pero la verdad era que todavía dos días más tarde Lord Russel continuaba en el campo y que nada resolvía

[36] Calderón a Serrano. San Ildefonso, 11 de septiembre de 1861, en *arch. cit.* México, 1859-1867, legajo 2548.
[37] Calderón a Serrano; en *arch. cit., loc. cit. supra.*
[38] Calderón a Isturiz; Madrid, 16 de septiembre de 1861, en *arch. cit.* Legajos Francia 1850-1870.

sobre la acción tripartita, según dijo Thouvenel al embajador de España en París.[39] El 23, al dirigirse de nuevo Thouvenel al gobierno inglés, adujo tanto su acuerdo con España como el hecho de que efectivos militares de esta nación "estaban ya listos a partir a México,[40] más no por ello los ingleses abandonaban su cautela, en la que jugaba algún papel la actitud de Mr. Adams, ministro americano en Londres, quien no sólo advirtió al gobierno de S.M.B. que "la intervención de España provocaría resentimiento en los Estados Unidos" sino que recordó también el tácito entendimiento de que "mientras las potencias europeas se abstuvieran de intervenir en América, los Estados Unidos se abstendrían de hacer alianzas europeas".[41]

Hacia el 20 de septiembre tomaba Londres una decisión que, en pocas palabras, se reducía a prestar su concurso bajo dos condiciones: la primera, que se invitara a participar a los Estados Unidos, y la segunda, que no se llevaran miras de intervención en los asuntos interiores del país. El 23 preguntó el embajador inglés en Madrid si el gobierno de la Reina tendría objeción a que se contara con los Estados Unidos "para combinar una mediación colectiva en los asuntos de México", y Calderón contestó que no, independientemente de que su gobierno tampoco renunciaría "a su plena libertad de acción" para ventilar sus conflictos con México.[42] El mismo día comunicó don Saturnino a Istúriz que el gobierno admitiría contar con los Estados Unidos a pesar del "entorpecimiento" que la consulta acarrearía al proyecto; el 24 accedió también el gobierno francés en parecidos términos,[43] y al siguiente día, finalmente, el gobierno británico notificó a los de Francia y España que obraría conjuntamente en México, en reparación de comunes agravios, y bajo la única condición de que la Intervención no se mezclara con "los asuntos interiores del país".[44] La última resistencia inglesa estaba ven-

[39] Mon a Calderón; despacho 350. Reservado. París, 18 de septiembre de 1861, en *arch. cit., loc. cit. supra.*

[40] Thouvenel a Russel; París, 23 de septiembre de 1861, en AMAEF Fonds Mexique vol. 55, f.f. 300-303.

[41] *Cfr. supra,* p. 86.

[42] Calderón a Mon; San Ildefonso, 23 de septiembre de 1861, en AMAEE, legajo 1342.

[43] Mon a Calderón. Telegrama cifrado. París, 24 de septiembre de 1861, en *arch cit., loc. cit. supra.*

[44] Mon a Calderón. Telegrama cifrado, París, 25 de septiembre de 1861, en *arch cit., loc. cit. supra.*

cida. Londres transigía con la compañía de España —allanados los temores de que pudiera perseguir en México a los protestantes—, a condición de que se invitara a los Estados Unidos. "Creo que podremos entendernos e ir juntos a México", dijo Lord Cowley a Mon, en París, el 26 de septiembre.[45] La empresa estaba en marcha.

Y sin embargo, bien poco satisfacía a Napoleón que los ingleses se mostraran dispuestos a llegar a un convenio cuando él tenía ya configurado no sólo el lado "público" del proyecto sino su importantísimo aspecto "secreto", o sea el establecimiento de una monarquía con el archiduque Maximiliano en el trono de México. Que Londres mostrara interés en el lado "público" estaba claro, pero que llevara su buena disposición hasta compartir la parte "secreta" parecía más remoto, y así lo veía el príncipe de Metternich, embajador de Austria, al escribir el 3 de octubre al conde Rechberg que si bien París, Madrid y Londres convenían en exigir a México el cumplimiento de sus obligaciones, disentían en cambio en cuanto a los medios para obtener seguras garantías futuras:

> España se mueve por viejos recuerdos de dominación —informó a Viena—; Francia quiere restablecer en América el ascendiente del nombre francés, e Inglaterra se contenta con reclamar a mano armada lo que se le debe, y siente repugnancia por ir más lejos.[46]

La verdad era que Inglaterra, por grande que fuera su antipatía hacia España, no podía frenar la maquinación hispanofrancesa ni resignarse a quedar al margen, como simple observadora de un asunto en que se ventilaban intereses propios y superiores a los de sus presuntas asociadas, de modo que al tanto de las instrucciones españolas al Capitán General de Cuba, y enterada también de que el Consejo francés de Ministros resolvió el 3 de octubre la marcha inmediata de fuerzas francesas con destino a México —el ministro de Marina aseguró que la marcha podría ser el 20—,[47] el gobierno británico se contentó con someter a París y a Madrid sus condiciones pa-

[45] Mon a Calderón; París, 26 de septiembre de 1861; despacho 356, reservado en *arch. cit., loc. cit. supra.*

[46] Metternich a Rechberg; despacho 61-B, París, 3 de octubre de 1861, en OHHSA. Frankereich Berichte; caja 70 P.A. IX, 1861.

[47] Mon a Calderón; telegrama cifrado 16893; París, 4 de octubre de 1961, en AMAEE, legajos Francia, 1850-1870.

ra suscribir el convenio. La nota del embajador inglés a Calderón, del 7 de octubre, fijaba claramente las bases de la participación británica:

El gobierno de Su Majestad Británica está dispuesto a firmar una Convención con España y Francia, con el fin de (pedir a) México la reparación de agravios que han padecido sus respectivos súbditos y de asegurar el respeto a las obligaciones que el gobierno mexicano tiene contraídas con esos gobiernos.

El gobierno británico desea que en la Convención se estipule que las fuerzas de las partes contratantes no puedan emplearse para otros fines, y de modo especial que no intervendrán en los asuntos interiores de México.

Opina el gobierno británico que los Estados Unidos deben ser invitados a suscribir la Convención, sin que por motivo de dicha invitación se produzca dilación alguna en el comienzo de las operaciones activas.[48]

No conozco el memorándum que Lord Cowley, embajador en París, llevó al despacho de Thouvenel, pero seguramente estuvo concebido en parecidos términos ya que Mon, el 10 de octubre, informó a Madrid que independientemente de que Napoleón "recelaba" de la presencia de los Estados Unidos en la Convención, "por la diversidad de sus intereses y por las diferentes obligaciones contraídas entre ellos y México, que Europa no tiene interés en garantizar", aceptaba que se suscribiera un convenio en el que no se aludiera a proyectos dinásticos ni adquisiciones territoriales, por más que tampoco deseaba atarse las manos con obligaciones que pudieran resultar insostenibles en el porvenir.[49] Eso fue lo que Mon telegrafió a Madrid el 10, y dos días más tarde Thouvenel le recibió para comunicarle la decisión final del Emperador:

Ayer di cuenta al Emperador de la conversación que tuve con Lord Cowley y con usted —le dijo— y está conforme. Cree que la expedición en común de las tres potencias debe tener por objeto obtener las reparaciones de las ofensas conocidas, pero que si a la vista de nuestra acción los mexicanos quieren establecer orden en el gobierno de su país, nosotros debemos prestarles apoyo en la manera que sea posible.

[48] Crampton a Calderón; Madrid, 7 de octubre de 1861, en *arch. cit.*, legajo 1342.
[49] Mon a Calderón; telegrama cifrado 17267; París, 10 de octubre de 1861, en *arch cit.*, *loc. cit. supra.*

Que si por medio de un congreso o una votación espontánea pretendieran establecer una monarquía debemos prestarles el mismo apoyo, y que si nada de eso quisieran deberemos contentarnos con exigir y obtener la reparación de nuestros agravios.[50]

Por cierto que Thouvenel intentó introducir en la conversación el tema del candidato al trono, "en el caso de que los mexicanos quisieran un rey", pero Mon se escurrió como pudo y no soltó opiniones comprometedoras.[51] Mas como los planes de Napoleón no admitían demora, convencido de que no podía engañar a los ingleses como si fueran tontos o niños, cinco días más tarde se resolvió el Emperador a poner sobre la mesa algunas de sus cartas, que sin ser demasiado delatoras le permitieran, llegado el caso, llevar a la práctica el aspecto "secreto" del proyecto. De la interesantísima nota que el 15 de octubre envió Napoleón al conde Flahault, embajador en Londres, resultan las siguientes ideas y consideraciones:

a) Que era obvio el interés de todos en ver a México en paz, con un gobierno estable que le permitiera aprovechar sus recursos y levantar una barrera a las amenazas de los Estados Unidos, abriendo de paso sus puertos al comercio anglo-franco-español.
b) Que aunque desde hacía largo tiempo los emigrados mexicanos en Francia le hablaban de establecer un Imperio, él les dijo que nada haría sin el concurso de Inglaterra; que se corría el riesgo de un conflicto con los Estados Unidos, y que era preciso esperar mejores días.
c) Que el fin "ostensible" de la Intervención versaba sobre las reparaciones legítimas a que las tres potencias tenían derecho, pero que también era justo prever lo que pudiera suceder, "y no maniatarse hasta entorpecer una solución que pudiera ser del interés de todos".
d) Que tenía noticias de que en cuanto las escuadras llegasen a Veracruz "un partido considerable" estaba listo a hacerse del poder, convocar a una asamblea nacional "y proclamar la Monarquía".

[50] Mon a Calderón; despacho 371, reservado. París, 13 de octubre de 1861, en *arch. cit.*, *loc. cit. supra.* [Las cusivas son nuestras.]
[51] Mon a Calderón; *op. cit.*, *loc. cit. supra.*

e) Que si le preguntara por un candidato no tenía ninguno, pero que tambien era posible que, por sus cualidades, pudiera surgir la candidatura del archiduque Maximiliano, "idea que ha sido aceptada con alegría por el pequeño comité que reside en Francia", y por añadidura gesto elegante suyo porque el candidato pertenecía a una dinastía "con la que he estado recientemente en guerra". Austria, por su parte, había aceptado y puesto sus condiciones.
f) Que sólo se proponía salvaguardar los intereses del porvenir mediante una organización "que arranque a México de una devastación india o de una invasión americana", cuando además los Estados Unidos se hallaban imposibilitados de mezclarse en el asunto, y México proporcionaba el *casus belli.*
g) Que estaba dispuesto a formar una Convención "en la que el fin ostensible de nuestra intervención fuera la satisfacción de nuestras reclamaciones", aunque no querría comprometerse, "sin faltar a la buena fe", a apoyar por lo menos moralmente "un cambio que es el objeto de todos mis votos".[52]

Al calzar con su firma tales instrucciones era Napoleón mucho más franco que listo, pues no era de creerse que los astutos ingleses pudieran tragar a la vez tantos anzuelos, algunos con carnada y otros sin ella. Pero en fin, ésa era por lo visto la nueva *tessitura* de la política napoleónica, tanto que al hablar en esos días el Encargado austraico de Negocios con Thouvenel, éste le confió que aunque el "fin principal" de la Intervención era cobrar las indemnizaciones que México debía a los nacionales de las tres potencias interventoras, no era posible reducir la expedición a sólo ese objeto, que se frustraría de sobrevivir el gobierno que tomara a su cargo las nuevas obligaciones. Por eso, agregó el Ministro, "pensamos aprovechar los elementos conservadores que hay en el país, para, con nuestra ascendiente moral, y con el concurso de nuestras fuerzas de mar y tierra, fundar un orden de cosas que ofrezca garantías para el porvenir". Ante el atónito Müllinen agregó Thouvenel que para satisfacer a Inglaterra no inscribirían la palabra *Monarquía* en sus banderas, pero

[52] Napoleón a Flahault; Compiegne, 15 de octubre de 1861, en caja 70, P.A. IX-1861, en OHHSA, Frankreich Berichte.

que en cambio no estaban dispuestos a "maniatarse" si el voto de un partido suficientemente poderoso se pronunciaba por el establecimiento de un gobierno duradero, pues en esa coyuntura, agregó, "Europa no se colocaría en el caso de rechazar sus gestiones".[53]

Para sorpresas no ganaba Herr Müllinen, pues el día mismo de su entrevista con Thouvenel —el 21 de octubre— habló con el conde Walewski, ministro de Estado, y éste le confió que el Emperador, al proponer que la Convención dejara manos libres a los contratantes sólo pretendía no maniatarse para apoyar, en su momento, el voto de los mexicanos que deseaban el establecimiento de una Monarquía. De ese modo —razonaba el Ministro de Estado—, la Convención tripartita que vamos a firmar resultará al fin insignificante, y no comprometerá el porvenir".[54]

Müllinen pudo convencerse de que la discreción no era una de las virtudes que adornaban al conde Walewski, pues no contento con confesar que estampar su firma en la Convención "no comprometería el porvenir" de los propósitos franceses, llevó las cosas hasta el extremo de reconocer que la acción militar de Francia en México escondía "una cuestión de orden más elevado, y por decirlo así moral", como era la de poner un dique a la contaminación de las ideas republicanas que amenazaban en el mundo la solidez de las instituciones monárquicas. El fantasma de los Estados Unidos desempeñaba un papel principalísimo en el Gran Designio napoleónico, pues —según Walewski— "cuando ese ideal de las repúblicas (Estados Unidos) se parte en dos y amenaza ruina ¿cuál no sería el efecto de tal acontecimiento sobre las ideas de los centros demagógicos de Europa?", sobre todo si la segunda República americana, después de los Estados Unidos, renunciaba voluntariamente a esa forma de gobierno y volvía a la monarquía ¿cuánto más verían los demagogos "desaparecer la influencia de las utopías que han difundido entre las masas".[55]

Por último, y en lo tocante a los intereses no franceses de la aventura —en concreto los de Inglaterra y España—, el ministro de

[53] Müllinen a Rechberg; carga particular; París, 17 de octubre de 1861, en *arch. cit., loc. cit. supra.*
[54] Müllinen a Rechberg; despacho 64-C, secreto; París, 21 de octubre de 1861, en OHHSA, Frankreich Berichte, *loc. cit.*
[55] Müllinen a Rechberg; *op. cit., loc. cit. supra.*

Estado no perdía el sueño. Cierto que Albión parecía complacerse en llenar el camino de obstáculos, pero en el fondo su oposición era más aparente que real, y en cuanto a España —aseguró— era positivamente ridículo que pretendiera "aprovechar, en su beneficio, los acontecimientos que se preparaban", pues esa sola contingencia frecuenta la colaboración inglesa. "No hay lugar para preocupaciones —cerró el Conde—, yo les respondo que haremos marchar a España, y que a nada conducirán sus veleidades para reconquistar su posición perdida en el Nuevo Mundo, que jamás podrá recuperar".[56]

En Londres, mientras tanto, los plenipotenciarios Flahault, Russel e Istúriz discutían los términos definitivos de la Convención tripartita. El gobierno inglés presentó un proyecto que satisfacía "el fin ostensible" de la Internvención, pero que también ataba las manos de los signatarios en forma nada satisfactoria para los objetivos secretos hispanofranceses, que aunque divergentes en cuanto a candidatos y mecanismo perseguían finalidades semejantes, y tal vez por eso Thouvenel lo calificó como "detestable".[57] Flahault rechazó sobre todo el texto del artículo 2º, que facultaba a los oficiales aliados para que, ocupada Veracruz, enviaran "a las autoridades que ejercen el poder en la República de México una comunicación explicatoria de los fines de la Intervención, invitándolas "a iniciar desde luego negociaciones que aseguren el arreglo de las dificultades surgidas por los daños causados a sus súbditos". La pretensión británica era ilógica, pues ejercer la acción armada contra un gobierno que violaba sus obligaciones internacionales, y aprovechar esa acción para convenir con el mismo gobierno otras obligaciones que sustituyeran las anteriores no parecía razonable, a pesar de que el mismo proyecto reservara a las tres potencias el derecho de tomar las medidas necesarias "para velar e insistir en la ejecución de esos arreglos".[58]

Cierto que el proyecto inglés —que incluía una invitación al gobierno de los Estados Unidos para que "accediera" a sus disposiciones— venía como anillo al dedo al gobierno de S.M.B., pero obviamente bloqueaba los objetivos hispanofranceses cuando en el ánimo de todos estaba, según Beyens, ministro de Bélgica en París, que Francia y España se proponían establecer una monarquía, la primera con Maximiliano como candidato, y la segunda con un príncipe de la Casa de Borbón.[59] Es probable que los ingleses, seguros de que Napoleón jamás admitiría el texto del artículo 2º cedieran a sus propias urgencias al aprobar finalmente el contraproyecto francés, que seguía al inglés en cuanto al objetivo "ostensible de la Intervención y en punto a la invitación que se haría a los Estados Unidos, pero que remitía en cambio el contenido del artículo 2º del proyecto inglés al capítulo de las instrucciones especiales que cada gobierno proporcionara a sus comisionados.

Fue así como Flahault, Russel e Istúriz suscribieron el 31 de octubre el texto definitivo de la Convención de Londres, en cuyo preámbulo y artículo 1º se definía el fin "ostensible" de la Intervención, consistente en exigir a las autoridades de la República de México "una protección más eficaz para las personas y propiedades de sus súbditos", así como "el cumplimiento de las obligaciones" que dichas autoridades habían contraído con las potencias signatarias, facultando a los jefes de las fuerzas aliadas para emprender las operaciones que fueren necesarias para alcanzar dichos fines específicos. En cuanto al artículo 2º, ingleses, franceses y españoles coincidieron en sus términos con extraña unanimidad: ninguna de las tres potencias signatarias buscaría para sí misma, mediante el empleo de las medidas coercitivas previstas por el convenio, "adquisición de territorio ni ninguna ventaja particular", obligándose a no ejercer en los asuntos interiores de México "influencia alguna capaz de menoscabar el derecho de la nación mexicana para escoger y constituir libremente la forma de su gobierno".[60] Nunca seguramente se ajustó más velozmente un convenio entre tres potencias con intereses similares pero con objetivos divergentes. Nunca. Hasta España se salió con la suya en lo que más le interesaba: que la atención de invitar a los Estados Unidos se corriera sobre la base del *fait accompli*, o sea de que ni la aceptación ni el rechazo americanos

[56] Müllinen a Rechberg; *op. cit., loc. cit. supra.*
[57] Müllinen a Rechberg; *op. cit., loc. cit. supra.*
[58] El proyecto inglés en AMAEE. Fonds Mexique, vol. 56 f.f. 117-120.

[59] Beyens a Rogier; despacho 751; París, 19 de octubre de 1861, en AMAECEB, Vol. xx, France, 1861-1862.
[60] El texto final de la Convención en AMAEF, Vol. 56, f.f. 107-112.

retardarían la marcha de las operaciones, como se hizo constar en el artículo 4º.

Pero era Napoleón quien, sobre todo, lograba que la Convención del 31 de octubre respondiera a las instrucciones que el 15 de ese mes envió el conde Falhault. El Convenio cubría ambos flancos, el público y el secreto, pues si establecía como "fin ostensible" la reparación legítima de las reclamaciones pendientes, por otro lado no se ataba las manos en forma de estorbar "la solución que fuera del interés de todos". Napoleón finiquitaba el arreglo sobre la base de una convicción simplísima, la que Eugenia recibió de Hidalgo: que tan pronto como las escuadras estuvieran en Veracruz, "un partido considerable" estaría "prêt à s'emparer du pouvoir, à convoquer une assemblée nationale et à proclamer la Monarchie", el sórdido lazo con que el mexicano atrapó el espíritu romántico, ambicioso y apostólico de Eugenia de Montijo. El ministro de Bélgica Eugenio Beyens, bien enterado de los "pourparleurs" de las Tullerías, y no sólo en razón de su puesto sino por ser compadre de Sus Majestades, informaba el 30 de octubre a Bruselas: "Aunque la cláusula de no-intervención figurara en la Convención será letra muerta, pues la caída del actual gobierno mexicano será inevitable, y las potencias dominarán necesariamente la escena política con otros hombres en el poder, que ejercerán éste en la dirección monárquica".[61] También Müllinen confirmaba el 3 de octubre el gran éxito de Napoleón: "Se ha consumado la primera parte de la *combinaison* mexicana... El acta (de la Convención), al decir del ministro de Asuntos Exteriores, tiene la ventaja de dejar en entera libertad la acción de las tres potencias, y *por eso mismo puede y debe parecer insignificante a quienes no están al tanto de los planes* del Emperador",[62] escribía en clave a su gobierno.

El Emperador de los franceses y la emperatriz Eugenia se anotaban un éxito aparente y total. Mas Napoleón erró al desdeñar ciertos elementos destinados a arruinar finalmente la construcción entera. Uno de ellos fundamental, pues remitir el contenido del artículo 2º del proyecto inglés a *las instrucciones personales y confidenciales que cada gobierno proporcionara a sus comisionados* —nada menos que la posibilidad de negociar con las autoridades del país las cuestiones pendientes— fue un error sólo explicable por no calcular las grandes facultades negociadoras de los políticos mexicanos. De tener algunas ideas sobre Juárez, Zamacona y Doblado, jamás habría dejado Napoleón tan importante cabo al arbitrio de los comisionados de cada gobierno. Error de grandes consecuencias, sólo inferior al de suponer que le bastaría "no maniatarse" para que se le proporcionara, en charola de plata, la solución que promovería "la parte sana de la población", de la que tantos elogios vertieran los mexicanos exiliados en Francia y los ministros Levasseur, Gabriac y Dubois de Saligny.

[61] Beyens a Rogier; despacho 790, París, 30 de octubre de 1861, en AMAECEB, Vol. xx, France, 1861-1862.

[62] Müllinen a Rechberg; despacho 65, secreto. París, 3 de noviembre de 1861, en OHHSA, Frankreich Berichte, caja 70, P.A. IX, 1861. [Las cursivas son nuestras.]

Escribí hace años, y me parece verdadero, que la Convención de Londres fue obra de tres: de Inglaterra que podía y no quería; de España que quería y no podía, y de Francia que quería y podía. Obra de tres, e infalible regla para comprender el desenlace.

3. El generoso apoyo de los Estados Unidos

La invitación de los suscriptores de la Convención londinense al gobierno de los Estados Unidos para que "accediera a las disposiciones de la misma" no respondían, por supuesto, ni a grandeza de alma ni a mera cortesía. La Doctrina Monroe distaba de ser un espantapájaros para los estadistas europeos, y aunque las condiciones internas de la Unión fueran críticas en esos días —con la guerra civil encima y los iniciales éxitos militares del Sur—, no era menos cierto que los cachorros del Destino Manifiesto en Europa —los ministros americanos en Londres, París y Madrid— no perdían ocasión de mostrar los dientes en espera del día oportuno para enseñar las garras. Cierto que Lincoln no era un expansionista al estilo de sus antecesores los presidentes demócratas. Distaba de ser un Franklin Pierce, un James Polk o un James Buchanan. Pero su Secretario de Estado no curtía malas pieles: Mr. William H. Seward era un "manifestdestinist" apenas disfrazado.

Hacia mediados de agosto se supo en Washington que el gobierno mexicano había decretado la suspensión de pagos de la deuda extranjera, y Mr. Seward, en previsión de la tormenta, adoptó, para

conjurarla, las medidas a que se refieren las instrucciones que el 2 de septiembre envió a Mr. Corwin, ministro de los Estados Unidos en México, y que en opinión de Rippy marcan el punto culminante de la política agresiva de Mr. Seward en su fase incipiente.[63] El Presidente —decía el Secretario de Estado— deseaba que el *status* de México como nación independiente se mantuviera permanentemente, máxime que el pueblo americano difícilmente podría justificar que no se hiciera algún esfurezo por prevenir, en este Continente, "una calamidad tan grande como sería la extinción de esa República". Generosos conceptos que servían de preámbulo para autorizar a Mr. Corwin a negociar con el gobierno de México un tratado en virtud del cual los Estados Unidos asumirían el pago de la deuda contraída con los tenedores de bonos, al tipo del 3% anual y durante cinco años contados a partir del 17 de julio, obligándose México, por su parte, a reembolsar dichas sumas en seis años, al tipo del 6% anual, amén de garantizar el cumplimiento de esas obligaciones mediante un gravamen específico (*specific lien*) sobre tierras baldías y derechos mineros en la Baja California y en los estados de Sinaloa, Sonora y Chihuahua, derechos y tierras que pasarían "a poder absoluto de los Estados Unidos en el caso de que, al expirar el término fijado, no se reembolsaran las sumas en cuestión.[64]

El mismo 2 de septiembre habló Seward con Matías Romero y le mostró las instrucciones para Mr. Corwin, explicándole la conducta que se proponía seguir con los gobiernos de Inglaterra y Francia (no se tomó la molestia de pensar en España), de cuyo asentimiento dependía la viabilidad del proyecto.[65] Días más tarde, el 10, habló Seward con Lord Lyons, ministro inglés en Washington, y el 28 recibió de nuevo a Romero, quien sugirió que hicieran extensivas a España las proposiciones hechas a Londres y a París, mayormente cuando en Madrid —según Romero— se hablaba sin recato de la expedición destinada a la campaña de México.[66] Por cierto que

[63] Fred J. Rippy: *The United States and México*, Cap. XIII, p. 225; New York, 1931.
[64] Seward a Corwin, Instrucciones bajo el No. 17; Washington, 2 de septiembre de 1861; en: The Present Condition of Mexico, Diplomatic Correspondence; Washington, 1862.
[65] Matías Romero, *Diario*, p. 425; *edic. cit.*
[66] Matías Romero; *op. cit., loc. cit. supra.*

Lyons, al comunicar a su gobierno la proposición de Mr. Seward, no le atribuía más interés "que el de la importancia que para él tiene la independencia de México",[67] prueba de que la identidad de sangre les contagiaba la misma generosidad conmovedora.

Por lo visto el Secretario de Estado accedió a la sugerencia de Romero, pues el 14 de octubre informó Tassara que se hacían a España las mismas proposiciones que a Francia y a Inglaterra, oferta que a su juicio definía "en la manera hoy posible" que los Estados Unidos eran "los mediadores necesarios y los protectores reconocidos de México".[68] Mediadores podrían ser, mas a Tassara no le resultaba muy claro que fueran también "protectores", sobre todo porque la historia probaba cuán onerosa era la paga que Washington cobraba por su protección. Así, independientemente de que las seguridades del gobierno de la Unión no podían ser garantía suficiente para Europa, Tassara preguntaba justamente escamado: "¿Quid custodiat ipsos custodes?"[69]

Por extraño que parezca, la proposición americana no se hizo oficialmente al gobierno francés,[70] pero sí la llevó Mr. Adams a Lord Russel y Mr. Schurtz a Calderón Collantes. Adams expresó sin rodeos la seguridad de que "la intervención de España provocaría resentimiento en los Estados Unidos", un tema que sabía grato a los oídos ingleses, y puntualizó el tácito entendimiento de que "mientras las potencias europeas se abstuvieran de intervenir en América, los Estados Unidos se abstendrían de practicar alianzas europeas". De violarse este principio, amenazó Mr. Adams, Washington se vería en el caso de "escoger sus aliados en Europa y de participar en guerras y tratados europeos". Lord Russel tomó por lo visto muy en serio la amenaza del yanqui, pues le aseguró que los gobiernos de Inglaterra, España y Francia no se proponían más que reclamar el cumplimiento de obligaciones contractuales contraídas por el gobier-

[67] Lyons a Russel; Washington, 10 de septiembre de 1861, AMAEF. Fonds Mexique, Vol. 55, f.f. 287-288.
[68] Tassara a Calderón; despacho 170; Washington, 14 de octubre de 1861, en AMAEE, legajo 177. Negociación del Convenio entre España, Francia y Gran Bretaña para ejercer una acción común en México.
[69] Tassara a Calderón; despacho 175; Washington, 18 de octubre de 1861, en *loc. cit. supra.*
[70] Así lo asegura Thouvenel en sus instrucciones al almirante Jurien de la Graviere del 30 de diciembre de 1861, en AMAEF, Fonds Mexique, Vol. 57, f.f. 64-67.

no mexicano, sin pretender apoderarse de territorios, obtener ventajas especiales o inmiscuirse en los asuntos domésticos del país.[71] Todo eso dijo el paciente Lord Russel al impetuoso Mr. Adams, en vez de concretarse a mandarlo a paseo.

Que esto —descolarlo— fue lo que hizo Calderón Collantes con Mr. Schurtz cuando le llegó con la embajada de Mr. Seward. Planteado el asunto, Calderón rechazó cualquier forma de asentimiento a semejante proyecto, y puntualizó que las divergencias entre México y España eran muy antiguas sin que los Estados Unidos se hubieran ocupado de ellas; que de por medio andaban cuestiones de honor y seguridad para los súbditos de la Reina que sólo con México podrían ventilarse, y por último, que las cosas estaban tan adelantadas que no era ya posible alterar el Convenio firmado en Londres.[72] Tampoco contarían los Estados Unidos con Francia, por último, pues aunque según Thouvenel no se le había hecho "ninguna proposición oficial", no por eso admitiría que el gobierno de los Estados Unidos interviniera "como mediador", pues de hacerse a Francia las proposiciones que se llevaron al gobierno británico "las consideraríamos como absolutamente inaceptables" sobre todo porque la combinación terminaría por asegurar a Washington, "como premio por el apoyo que ofrecía a México, la frontera de Texas y la ocupación de territorios codiciados desde hace mucho tiempo por los Estados Unidos, y nosotros seríamos los que habríamos hecho los gastos de esa combinación".[73] Washington, pues, fracasaba en su empeño. Por lo visto la generosidad del gobierno de los Estados Unidos no hallaba eco en los corrompidos gabinetes de París y Madrid.

Por su parte, el mariscal Serrano, en su isla, veía bastante más lejos y claro que su gobierno y los demás gobiernos interesados en el asunto. Para él la proposición de Washington envolvía "una segunda intención harto clara para tratar de demostrarla", o sea la de atar de pies y manos al gobierno mexicano en tanto llegaba el día en que, cansados de no percibir lo que habían anticipado, "la

[71] Russel a Cowley; Londres, 27 de septiembre de 1861, en *arch. cit. supra*, Vol. 55, f.f. 323-33.
[72] Calderón a Tassara; Madrid, 10 de noviembre de 1861, en AMAEE, *loc. cit. supra.*
[73] Thouvenel a J. de la Graviere. Instrucciones, París, 30 de diciembre de 1861, en AMAEF, Vol 57 f.f. 64-67.

absorción sería la consecuencia inmediata y precisa". Advertirlo era percatarse de lo que adivinaban todos, pero lo que ya no resultaba muy claro para los europeos era la moraleja que sacaba don Francisco:

> Que si tales son sus intenciones; que si no se propone otra cosa que tener asido a aquel gobierno con mano de hierro ¿verá tranquila la Unión Americana que España vaya a exigir por la fuerza lo que en su nombre se ofrece voluntariamente? ¿No se figurará, como sin duda se figura, que tenemos pretensiones de recuperar nuestros antiguos territorios, tomando pretexto de esta idea para oponerse al desembarco de las fuerzas españolas en aquella costa? Yo no afirmo que así suceda, pero no puedo prescindir de pensar en la posibilidad del hecho.[74]

Si es por cierto que el diablo sabe más por viejo que por diablo, algo por el estilo ocurría con el Capitán General de Cuba. Contaba con la lección del pasado reciente. Si dos años antes Cuba facilitó dos barcos para que Miramón atacara a Juárez en Veracruz, y los Estados Unidos intervinieron y apresaron las naves ¿qué no ocurriría ahora que andaba de por medio algo bastante más gordo que lo que se jugaba entonces, tan gordo como la supervivencia de la Doctrina Monroe? Claro que Serrano ignoraba que en Londres se había suscrito ya la Convención tripartita, y que no era probable que la armada de los Estados Unidos intentara sobre la escuadra anglo-franco-española el golpe que descargó en marzo de 1860 sobre las naves *General Miramón y Marqués de la Habana*, pero así y todo sus previsiones eran correctas, pues obviamente la proposición que Washington hacía al gobierno mexicano escondía "una segunda intención", tan clara que sobraba tener que demostrarla.

El encargado de llevar a la práctica la "segunda intención" americana fue el ministro Thomas Corwin, quien recibió instrucciones de Seward para su misión el 6 de abril de 1861 y se instaló en México a mediados de mayo. Al contacto del país sufrió Corwin una curiosa y lamentable alteración de sus principios, pues de apóstol que fue —casi mártir— al defender en el Congreso la causa de Mé-

[74] Serrano a Calderón, despacho de gobierno No. 7, La Habana, 6 de noviembre de 1861, en AMAEE. Legajo 2548, México.

xico durante la guerra de 1846 a 1848, el hombre principió a acariciar la ambición de que su efigie figurara algún día en la galería de los grandes personajes del Destino Manifiesto. El 29 de junio, tres semanas antes de conocerse el decreto de suspensión de pagos, Corwin dirigió a Seward un largo despacho para relatar los embarazos económicos del gobierno y la presión anglofrancesa en apoyo de sus reclamaciones, concluyendo que aunque la venta de territorio sería "el último expediente" al que acudiría México para resolver sus carencias, sugería la posibilidad de que Baja California pudiera adquirirse con el consentimiento de ambos gobiernos.[75]

Mr. Corwin, ya en el camino de convertirse en un conspicuo "manifestdestinist", dio el vuelco final tan pronto como en julio conoció el decreto de suspensión de pagos. Ahora el antiguo defensor de México no era más que un émulo de sus antecesores demócratas —sólo un Forsyth o un Gadsden republicanos— que el 29 de ese mes escribió a Washington:

> México, estoy persuadido, comprometerá voluntariamente todas sus tierras baldías y derechos mineros en Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa, así como su honor nacional, al pago de dicha garantía. Todo terminará, probablemente, en la cesión de la soberanía a nuestro favor, y así sera, por cierto, de no pagarse el dinero con la debida puntualidad.[76]

El Secretario de Estado contestó el 2 de septiembre con su proposición para asumir el pago de la deuda mexicana mediante la constitución de un "gravamen específico" sobre derechos mineros y tierras baldías de los estados del Norte,[77] y todo bajo el entendimiento de que los gobiernos de Francia e Inglaterra consintieran en suspender su acción, fin para el cual el mismo Seward se dirigía ya por sus conductos diplomáticos a los gabinetes de Londres y París.[78]

En México, mientras tanto, no requería Juárez gran perspicacia para concluir que, de ceder a las proposiciones de Washington, el resultado sería el previsto por Corwin mismo, por Thouvenel y por

75 Corwin a Seward, despacho 2; México, 29 de junio de 1861, en The Present Condition of Mexico. House of Representatives. Documents; Washington, 1862.
76 Corwin a Seward; despacho 2; México, 29 de julio de 1861, *op. cit. supra*, p. 15.
77 Cfr. infra, p. 84.
78 Seward a Corwin; despacho 17, Washington, 26 de septiembre de 1861, en *op. cit. supra*, p. 22; edic. cit.

Serrano, o sea la pérdida de la soberanía mexicana sobre buena parte de los Estados de Chihuahua, Sonora, Sinaloa y buena parte del territorio de la Baja California, y por eso recurrió a soluciones tales como proponer a Corwin que se garantizara el préstamo mediante una reducción de aranceles en beneficio de mercaderías americanas hasta por un 50% de los derechos de importación "y por cinco o diez años si tal cosa llegara a aceptarse".[79] La medida no era aconsejable porque se corría el riesgo de que Inglaterra y Francia adujeran esa preferencia como nuevo agravio para justificar la Intervención, y más todavía porque, encontrándose en vigor tratados de comercio que incluían la cláusula de "la nación más favorecida" con dichas potencias, México tendría que conceder también a ellas el nuevo privilegio, con el resultado final de que los Estados Unidos soltarían el dinero por beneficios que Inglaterra y Francia obtendrían sin gastar un solo peso.[80]

Inadmisible y todo la proposición, era lógico que Juárez la intentara si los tiempos habían cambiado y las circunstancias no eran las de Veracruz en 1859. Cuando autorizó a Ocampo para que suscribiera con Mc Lane el Tratado del 14 de diciembre, Juárez no tenía a quién rendir cuenta de sus actos, y ahora funcionaba un Congreso del que formaban parte los 51 diputados que tres meses antes le pidieron que renunciara como Presidente de la República.

Juárez era sobre todo un gran político que si por un lado buscaba entenderse con Corwin, por el otro instruyó a Zamacona para que propusiera a Mr. Wyke la celebración de un tratado que zafara a Inglaterra del conflicto y redujera la nómina de sus enemigos. Sólo que, al llevarse al Congreso el tratado que Wyke y Zamacona suscribieron el 2 de noviembre, los diputados de la oposición lo objetaron y en un ambiente tormentoso la mayoría lo rechazó como "indecoroso para la dignidad e independencia de la República". Juárez quedaba tan mal parado que Corwin, seguro de que ya nada prevendría la intención europea, resolvió retirar la oferta cuya negociación le confió el Secretario de Estado el 2 de septiembre.[81]

El mismo Seward se daba por vencido a esas alturas, pues los go-

79 Corwin, despacho 5, México, 7 de septiembre de 1861, en *op. cit. supra*, p. 23.
80 Corwin a Seward; *op. cit. supra*.
81 Corwin a Seward; despacho 8; México, 29 de noviembre de 1861, en *op. cit. supra*; p. 35; edic. cit.

biernos de Francia, Inglaterra y España se negaron a aceptar las proposiciones norteamericanas fincadas en el tratado que Washington propuso a México, contentándose con proporcionar Washington un ejemplar de la Convención londinense, amén de la invitación aliada para que el gobierno de la Unión se adhiriera a ella.[82] Nada bueno prometía a futuro la situación mexicana, y así lo entendía Mr. Seward, pues aunque según él el gobierno de México había aceptado "nuestra proposición para asumir o garantizar su deuda sobre la base de las seguridades que habrían de otorgarse", los gobiernos de Inglaterra y Francia declinaban aceptar el arreglo, de donde el asunto quedaba "en situación absolutamente insatisfactoria para todos" hasta el extremo de que, de momento por lo menos, Seward se consideraba incapaz de pensar "en las medidas que podríamos adoptar para allegar un alivio de la situación mexicana".[83]

El tratado que Washington pretendió negociar nació muerto porque era incompatible con los intereses europeos en juego. Tampoco bastaba que Juárez pudiera aceptarlo, pues ¿cómo contar con los ingleses empeñados, como estaban, en frenar la influencia de los Estados Unidos en el continente americano?[84] ¿Cómo contar con Francia, cuando Napoleón estaba resuelto a "salvar el destino de la raza latina en América", fundar un Imperio y reservarse la tajada del león en el comercio continental? Si los Estados Unidos hubieran contado entonces con su poder entero habrían hecho el Tratado con o sin el consentimiento francoinglés, pero su guerra civil no les permitía decisiones tan violentas, y al pretender obtener la anuencia de las tres potencias suscriptoras de la Convención de Londres renunciaban de antemano a la posibilidad de consumarlo. La criatura nació muerta, y la resolución del Senado de los Estados Unidos, el 25 de febrero de 1962, echó la última palada de tierra sobre su sepultura.

> Resolución: que en respuesta a los dos diversos mensajes del Presidente, respecto de un tratado con México, el Senado opina que no es recomendable su negociación, que reclamaría por parte de los Estados Unidos asumir alguna parte de la suerte principal o de los intereses de la deuda de México, amén del consentimiento de las potencias europeas.[85]

[82] Seward a Corwin, despacho 32; Washington, 5 de diciembre de 1861 en *op. cit. supra.*, p. 36; edic. cit.
[83] Seward a Adams; despacho 128; Washington, 21 de noviembre de 1861, en *op. cit. supra.*, p. 205; edic. cit.
[84] Zamacona a De la Fuente; México, 16 de octubre de 1861, en AHDM, t. XXVIII, p. 82, edic. cit.

Si bien los tres gobiernos interventores corrieron al de los Estados Unidos la invitación contenida en el artículo 4º de la Convención, ciertamente lo hicieron en parte como deferencia francoespañola hacia Inglaterra, y en parte porque estaban seguros de que Washington rehusaría participar. No imaginaron en cambio que el gobierno de la Unión aprovecharía la oportunidad para sentar, de una vez y por todas, su posición tanto ante el conflicto que se avecinaba como frente a sus futuras consecuencias. Ésa, ni más ni menos, era la sorpresa que Mr. Seward les tenía reservada.

El 30 de noviembre los señores Tassara, Mercier y Lyons pusieron en manos del Secretario de Estado el ejemplar de la Convención que las potencias marítimas asignaron al gobierno de Washington, y el 4 de diciembre Mr. Seward les proporcionó la respuesta oficial, que Tassara remitió a Madrid al siguiente día,[86] magistral exposición de la posición americana frente a la acción resuelta en Londres:

> 1° El Presidente no discutía el derecho de las potencias convencionistas para intervenir en México respecto a los fines pactados en Londres el 31 de octubre.
> 2° Los Estados Unidos ratificaban su profundo interés en que ninguna de esas potencias buscara adquisiciones territoriales a costa de México, ni interviniera de manera alguna en sus asuntos interiores, afectando el derecho del pueblo mexicano a escoger libremente su forma de gobierno; y
> 3° En cuanto a la invitación consignada en el artículo 4o. de la Convención, el gobierno de los Estados Unidos prefería mantener su política exterior tradicional, contraria a la celebración de alianzas con otras naciones, mayormente cuando dicha invitación se dirigía contra México, profundamente perturbado tanto por la lucha de las facciones en lo interior, como por la guerra que tendría que sostener contra las naciones extranjeras.[87]

[85] Sesión Ejecutiva del 25 de febrero de 1862, en The Present Condition of Mexico, p. 49, edic. cit.
[86] Tassara a Calderón; despacho 207; Washington, 5 de diciembre de 1861, en AMAEE. Legajo 177; *loc. cit. supra.*
[87] Seward a Lyons, Mercier y Tassara; Washington, 4 de diciembre de 1861, en The Present Condition of Mexico, p. 187, edic. cit.

La declaración del Departamento de Estado es, sin lugar a dudas, uno de los documentos más completos de la diplomacia americana de todos los tiempos, y sus conceptos exactos, tajantes, eficaces, no reclamarán en el futuro ni la más pequeña corrección. Pocas veces se dijo tanto en tan pocas palabras, y pocas también se soslayó tanto más. Si la guerra civil no les permitía de momento tomar medidas drásticas, se contentaban con sentar principios, normas que sin aludir siquiera al presidente Monroe pulían su imagen. Los europeos podrían cobrar, nada más. Ninguna ventaja territorial a costa de México, solar de sus conquistas exclusivas. Ninguna intervención en los asuntos interiores del país, cuyas instituciones velaban como celosos protectores. Toda una convicción geopolítica al canto del monroísmo.

La doctrina del Destino Manifiesto evolucionaba ya hacia la O.E.A., o hacia el M.A.C., que es lo mismo: el Ministerio Americano de las Colonias.

Capítulo tercero

JUEGO DE CORTES Y CORTESANOS

1. Biarritz, septiembre de 1861

Sobre el terreno largamente abonado por cuarenta años de guerras civiles, por la acción de los diplomáticos europeos acreditados en México y de los exiliados mexicanos en Francia, tres fueron los acontecimientos que en 1861 determinaron que el proyecto monárquico cobrara su forma definitiva: el primero, en enero, la expulsión del embajador español Pacheco; el segundo, en abril, el comienzo de las hostilidades entre esclavistas y abolicionistas en los Estados Unidos, y el tercero, en julio, el decreto del gobierno mexicano que suspendió por dos años el pago de la deuda y convenciones extranjeras. En el curso de siete meses se presentaban, en rara coincidencia, las condiciones que según Hidalgo nunca volverían a repetirse.

España en ascuas desde que en febrero llegaron a Madrid las primeras noticias de la afrenta que se infirió a su Embajador; Francia e Inglaterra inquietas desde fines de mayo, cuando Londres y París se sacudieron con los disparos sobre el Fuerte Sumter, y todos febriles al saber que los ministros Wyke y Saligny arriaron las banderas de sus respectivas legaciones al expirar el plazo de 24 horas que fijaron al gobierno mexicano para derogar el decreto del 17 de julio, nadie dudaba, al comenzar septiembre, que del rompimiento francoinglés a la Intervención mediaba sólo un paso.[1] El 1o. de

[1] El decreto del 17 de julio fue finalmente derogado por el congreso mexicano el 23 de noviembre, cuando se ignoraba todavía en México la suscripción en Londres de la convención tripartita del 31 de octubre. Este paso, y el que en abril se dio al acreditar a don Juan Antonio De la Fuente como ministro plenipotenciario para que en Madrid ajustara las diferencias con España, fueron las dos tardías medidas que adoptó el gobierno mexicano para conjurar la Intervención.

septiembre, cuando Hidalgo —de veraneo en Biarritz con los soberanos de Francia— recibió pliegos de México con la noticia, comprendió que la medida desesperada que adoptó Juárez barrería los últimos escrúpulos de las potencias ofendidas. Ese 1o. de septiembre fue para el exiliado mexicano el punto final de la larga espera, y el principio de la aventura que le llenó al fin de amargura y remordimientos. Años hacía que pesaba sobre su cabeza la sangre de Querétaro cuando escribió:

> Y no fue culpa mía si poco después, en septiembre de 1861, hallándome en Biarritz al mismo tiempo que los emperadores de Francia, recibí cartas de México en que se me decía la ruptura de los representantes de Francia e Inglaterra con el gobierno de Juárez.[2]

Era la Intervención en marcha, para la que Hidalgo reclamara más tarde el juicio de la posteridad:

> Seamos sinceros: ¿quién en mi situación no habría comprendido que debía aprovechar tan inesperadas circunstancias para realizar lo que en tanta buena fe creíamos necesario para salvar aquella nacionalidad y dar la paz y la tranquilidad? Hasta la circunstancia providencial de haber yo recibido esas cartas momentos antes de tener la honra de sentarme a la mesa de los Emperadores parecía brindarse a renovar mis gestiones... Así comprendí la cuestión, y tres horas después de haber recibido mis cartas expuse respetuosamente al Emperador lo que acabo de escribir, lo cual fue escuchado por S. M. con suma benevolencia...[3]

Con apoyo en documentos del archivo de Maximiliano, consultados antes de su parcial destrucción en 1945, Conte Corti proporciona una versión más o menos fiel de lo ocurrido ese famoso día. Según él fue Hidalgo en busca de la Emperatriz, a quien halló ocupada en sus labores de costura, y aproximándose a ella intentó el gran golpe: "Majestad —le dijo al oído— acabo de recibir cartas muy importantes; los sucesos nos favorecen, y creo que la idea de la Intervención y del Imperio se puede realizar. Quisiera decírselo al Emperador"... Eugenia le miró de hito en hito, dejó la costura a un lado y sin decir palabra se dirigió al gabinete de su marido, al que minutos más tarde fue llamado el mexicano. "Cuente usted al Emperador lo que me acaba de decir", ordenó la Emperatriz:

[2] Hidalgo: Apuntes para la Historia del Imperio, en *Cartas*, p. 16, *edic. cit.*
[3] Hidalgo: *op. cit. supra.*, p. 17; *edic. cit.*



Eugenia, por Winterhalter.
El perfil que enloqueció a Napoleón III

septiembre, cuando Hidalgo —de veraneo en Biarritz con los soberanos de Francia— recibió pliegos de México con la noticia, comprendió que la medida desesperada que adoptó Juárez barrería los últimos escrúpulos de las potencias ofendidas. Ese 1o. de septiembre fue para el exiliado mexicano el punto final de la larga espera, y el principio de la aventura que le llenó al fin de amargura y remordimientos. Años hacía que pesaba sobre su cabeza la sangre de Querétaro cuando escribió:

> Y no fue culpa mía si poco después, en septiembre de 1861, hallándome en Biarritz al mismo tiempo que los emperadores de Francia, recibí cartas de México en que se me decía la ruptura de los representantes de Francia e Inglaterra con el gobierno de Juárez.[2]

Era la Intervención en marcha, para la que Hidalgo reclamara más tarde el juicio de la posteridad:

> Seamos sinceros: ¿quién en mi situación no habría comprendido que debía aprovechar tan inesperadas circunstancias para realizar lo que en tanta buena fe creíamos necesario para salvar aquella nacionalidad y dar la paz y la tranquilidad? Hasta la circunstancia providencial de haber yo recibido esas cartas momentos antes de tener la honra de sentarme a la mesa de los Emperadores parecía brindarse a renovar mis gestiones... Así comprendí la cuestión, y tres horas después de haber recibido mis cartas expuse respetuosamente al Emperador lo que acabo de escribir, lo cual fue escuchado por S. M. con suma benevolencia...[3]

Con apoyo en documentos del archivo de Maximiliano, consultados antes de su parcial destrucción en 1945, Conte Corti proporciona una versión más o menos fiel de lo ocurrido ese famoso día. Según él fue Hidalgo en busca de la Emperatriz, a quien halló ocupada en sus labores de costura, y aproximándose a ella intentó el gran golpe: "Majestad —le dijo al oído— acabo de recibir cartas muy importantes; los sucesos nos favorecen, y creo que la idea de la Intervención y del Imperio se puede realizar. Quisiera decírselo al Emperador"... Eugenia le miró de hito en hito, dejó la costura a un lado y sin decir palabra se dirigió al gabinete de su marido, al que minutos más tarde fue llamado el mexicano. "Cuente usted al Emperador lo que me acaba de decir", ordenó la Emperatriz:

[2] Hidalgo: Apuntes para la Historia del Imperio, en *Cartas*, p. 16, *edic. cit.*
[3] Hidalgo: *op. cit. supra.*, p. 17; *edic. cit.*



Eugenia, por Winterhalter.
El perfil que enloqueció a Napoleón III

> Sire —comenzó Hidalgo—; hace mucho tiempo que había perdido las esperanzas de ver realizarse las ideas de las cuales ya hace cuatro años que tengo el honor de hablar a V. M., pues Inglaterra, del mismo modo que Francia y España, enviará barcos a nuestros puertos. Ahí tenemos, Majestad, la intervención inglesa que necesitábamos. Francia no procederá sola, cosa que V. M. deseó siempre evitar. España hace tiempo que tiene dispuesta en La Habana una fuerza de seis mil hombres para desembarcar en Veracruz, pero el gobierno de Madrid prefiere actuar de acuerdo con Francia, y de ser posible con Inglaterra. Se podría pues enviar a Veracruz la escuadra francesa, inglesa y española, y desembarcar a los seis mil españoles. México, ante las tres banderas unidas, reconocería todo el poder y la superioridad de esta alianza, y la inmensa mayoría del país podría apoyarse sobre las potencias intervencionistas, aniquilar a los demagogos y proclamar la monarquía, que es lo único que puede salvar a la nación. Los Estados Unidos están sufriendo las calamidades de una guerra; no se moverán, y por otra parte nunca se enfrentarían a las tres potencias unidas. *Que se presente la bandera aliada, Sire, y yo respondo a V. M. que el país en masa se levantará y apoyará a la bienhechora intervención.*[4]

Nunca habló nadie en nombre de tantos y con tamaña desenvoltura. De tantos que no habían oído en su vida una palabra sobre la existencia de don José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar. Y en cuanto a Napoleón, que pudo reaccionar en mil formas ante audacia semejante, eligió entre todas la más inesperada, pues según Hidalgo respondió secamente: "Todavía no recibo los despachos de M. Thouvenel, pero si Inglaterra y España están resueltas a ir allá, y los intereses de Francia lo exigen yo iré también, pero no enviaré más que la escuadra, sin tropas de desembarco; y si el país dice que desea organizarse apoyándose en las potencias de Europa, le tenderemos la mano".[5]

De tomarlo a la letra no resulta muy convincente el relato de Hidalgo que Conte Corti proporciona, pues en primer lugar resulta inadmisible que Napoleón supiera por el mexicano que Francia se disponía a enviar barcos de guerra a Veracruz, y en segundo todo hace suponer que para el 1º de septiembre el Monarca estaba decidido en principio por lo menos, tanto que cuando el 3 visitó De la Fuente a Thouvenel le dijo éste que el gobierno no sólo aprobaba

[4] Conte Corti: *op. cit. supra*; p. 78; *edic. cit.* [La cursiva es nuestra.]
[5] Conte Corti: *op. cit. supra*; p. 17; *edic. cit.*

la conducta de Saligny sino que, "de acuerdo con Inglaterra", había ordenado que escuadras de ambas potencias se presentaran en Veracruz para exigir satisfacciones por las ofensas recibidas.[6] En esta incidencia, como en general cuando Hidalgo relata su actuación cerca de Eugenia y Napoleón, será preciso dejar un margen generoso en beneficio no de su fantasía pero sí de su vanidad, tan hipertrofiada que según él veía a Eugenia "cando lo necesitaba", y para hacerlo "sin etiquetas" aprovechaba "una escalerita a las habitaciones de la Emperatriz", donde también solía encontrarse con el Emperador, privilegio del que gozó durante muchos años "dos o tres veces por semana".[7] Mas así y todo, con las debidas reservas, los testimonios del exiliado mexicano son hasta hoy fuente de valor excepcional para conocer los pormenores secretos de aquellos días previos al convenio tripartita de Londres.[8]

Cierta sin lugar a dudas la entrevista del 1º de septiembre en Biarritz, justo será también conceder ascenso a la afirmación del mexicano en el sentido de que, por marchar las cosas "bien y aprisa", consideró urgente tocar desde luego la delicada cuestión del candidato al trono, sabedor de que Napoleón no se inclinaba en definitiva por alguno.

[6] Cfr.: V. capítulo segundo, p 65 de esta obra.
[7] Hidalgo: *op. cit. supra*; p. 31; *edic. cit.*
[8] Desgraciadamente Hidalgo no confió a la pluma todas sus experiencias sobre la génesis de la Intervención y del Imperio, pues tal vez por los desaires de que fue objeto después, y más seguramente por el remordimiento que le produjo el desastre final del Segundo Imperio se resolvió —como lo dijo a García Pimentel— a "morir callado". De su pluma, e independientemente de los capítulos de sus *Apuntes para la Historia del Imperio Mexicano*, y de la correspondencia epistolar que doña Sofía Verea de Bernal publicó en el volumen titulado *Cartas de José Manuel Hidalgo*; México, 1962, se conocen los siguientes libros: *Apuntes para escribir la Historia de los proyectos de Monarquía en México, desde el reinado de Carlos III hasta la instalación del emperador Maximiliano*, París, Garnier, 1868. De esta obra se han hecho dos ediciones mexicanas bajo el título de *Proyectos de Monarquía en México*, una en 1904 y la última de la Editorial Jus, S. A. en 1962. Se trata de una obra de interés, que sin embargo no responde a las esperanzas que podrían justificar los antecedentes de su autor, y en concreto su intervención tan directa en los hechos que relata. Hidalgo escribió además varias novelas, muy mediocres todas, que fueron: *Al cielo por el sufrimiento*; París, 1894; *Las dos condesas*, París, 1891; *Lelia y Marina*, París, 1894; *Las confesiones de una mundana*, París, 1896; *La sed de oro*, con un prólogo de don Juan Valera, París, 1891; y *Víctimas del Chic*, París, 1892. También fue autor de unos *Apuntes biográficos del Excmo. Sr. D. Ignacio Valdivielso*, París, 1861, y una traducción al francés del famoso discurso que Salvador Bermúdez De Castro pronunció ante las cortes españolas sobre los asuntos de México. Todas estas obras se encuentran registradas y pueden consultarse en la Biblioteca Nacional de París.

Hidalgo comprendía cuán grata sería para la Emperatriz una candidatura española, tanto que desde 1857 acarició ésta el proyecto de llevar al trono de México a don Juan de Borbón, el pretendiente carlista, sólo que en ese momento su marido, ocupado como estaba con la cuestión italiana, no se prestó a secundar sus miras.[9] Hidalgo llegó a comentar el proyecto de la Emperatriz con don Alejandro Mon, embajador de España en París, solterón, amante de la buena mesa y de las faldas como asturiano bien nacido, quien no se anduvo por las ramas a la hora de las opiniones: "¿De dónde van a sacar ustedes un candidato de España —exclamó— si los disponibles son unos solemnes mamarrachos?".[10] Tampoco se ocultaba a Hidalgo el riesgo, mayor todavía de que al adoptar la candidatura de un príncipe español muchos pensarían en México que se trataba "de una disfrazada conquista" por parte de la antigua Metrópoli,[11] independientemente de que la prudencia aconsejaba evitar los motivos de rivalidad entre las potencias interventoras.[12]

—No podemos pensar en un príncipe español, se aventuró a decir Hidalgo, mirando a la Emperatriz de hito en hito.

—En realidad —convino Eugenia— es imposible una elección por ese lado, y es una desgracia porque de haber un príncipe español sería el más indicado.

También tres años antes se pensó en un francés —Enrique de Aumale—, contra quien Napoleón no opuso su reto a pesar de ser un miembro de la familia de Orleáns, mas hoy, con la empresa en marcha, se advertía que un candidato de este origen suscitaría de inmediato la oposición angloespañola. En Alemania y en otros países había príncipes disponibles, pero —escribe Hidalgo— "unos no eran católicos, y otros pertenecían a países de poca importancia política". En cambio

> El Austria contaba en aquellas regiones con el recuerdo del dominio de Carlos V, cuya dinastía empezó a gobernarlas y las gobernó durante siglos: el águila de dos cabezas se encuentra hoy en muchos edificios de

[9] Nichols: Distaff Diplomacy. The Empress Eugenie and The Foreign Policy of the Second Empire, p. 88; Austin, 1967.
[10] Hidalgo: Apuntes para la Historia del Imperio Mexicano; en *op. cit. supra*; p. 29; *edic. cit.*
[11] Hidalgo a Arrangoiz; París, 18 de abril de 1862, en: *op. cit. supra*, p. 39; *edic. cit.*
[12] Hidalgo: Apuntes, p. 18, en *op. cit. supra*.

> la América española. Su poder marítimo no es tal que pueda dar celos a las tres potencias interventoras, pero su importancia política y el prestigio y alianzas de la Casa de Habsburgo daban mucho peso e importancia a la candidatura de un Archiduque...[13]

Hidalgo mencionó entonces los sondeos de Gutiérrez Estrada ante el gobierno imperial austriaco, gestión que don José Manuel deja en el misterio pero a la que Metternich se refiere en un despacho secreto del 12 de agosto. El embajador, en efecto, habla aquí de la nota secreta que dirigió a Rechberg el 23 de julio para comunicarle la visita que le hizo Gutiérrez, planteándole el proyecto "de llevar al trono de México a un Príncipe de la Augusta Casa Imperial de Austria", idea que tanto Metternich como su gobierno calificaron de "inoportuna en el momento actual", cuando no se daban las condiciones que pudieran hacer pensar "en obtener un resultado favorable".[14]

¿En quién pensaba Gutiérrez cuando en julio visitó a Metternich? Seguramente no en Maximiliano, que no era por entonces de sus simpatías. ¿En algún otro miembro de la familia imperial? Desgraciadamente nos hallamos a ciegas sobre quién fuera el candidato del viejo yucateco cuando en julio visitó a Metternich, y tampoco Hidalgo estaría muy decidido ese 1º de septiembre en Biarritz, pues según Conte Corti don José Manuel se concretó a decir:

—¡Si un Archiduque austriaco aceptara la corona . . . ! Pero ¿cuál Archiduque? Creo que se habló del archiduque Rainero. . .

—Si, dijo Eugenia, pues el archiduque Maximiliano no querría. . .

—Oh, no, no aceptaría. Y Napoleón asintió con un movimiento de cabeza.[15]

Sobre la cadidatura para el trono de México, Hidalgo juró mil veces que Napoleón jamás propuso un solo nombre, dejando la iniciativa a los mexicanos fuera cual fuere su elección,[16] mas según Corti la elección de Maximiliano como candidato no fue tan mexicana puesto que Eugenia propuso su nombre ese mismo día cuando

[13] Hidalgo: Apuntes, p. 18; *edic. cit.*
[14] Metternich a Rechberg; despacho 49-F, secreto. París, 12 de agosto de 1861 en Frankreich Berichte, P.A. caja 69-IX, OHHSA.
[15] Conte Corti: *op. cit. supra*, cap. III, p. 80, *edic. cit.*
[16] Hidalgo: *op. cit. supra*; p. 19; *edic. cit.*

dijo: "Tengo el presentimiento de que el archiduque Maximiliano aceptará", palabras que Hidalgo aprovechó para proponer que Gutiérrez Estrada sondeara cómo recibiría la oferta el emperador Francisco José. Napoleón asintió, puso el telégrafo ministerial a disposición del mexicano para que se comunicara con Gutiérrez, y éste contestó el 9 con un proyecto de dictadura provisional con Zuloaga a la cabeza y el padre Miranda como ministro universal, sólo un paréntesis mientras se establecía la verdadera dictadura "con cetro y corona", pues el yucateco estaba convencido, "aunque con pena", de que "los mejores entre nosotros sólo como auxiliares pueden servir en la ocasión".[17]

Gutiérrez recibió la noticia de Biarritz con alborozo, pues no en vano durante veinte años buscó un príncipe para México en las cortes europeas, empeño que todavía en el mes de julio inmediato le llevó a plantear el asunto al príncipe de Metternich. Mas parece indudable que no pensaba por entonces en Maximiliano, ya que según Hidalgo la presunta candidatura del Archiduque le hizo muy poca gracia, aduciendo, por un lado, que no tenía hijos de su matrimonio, y por el otro que le parecía muy improbable que la Corte de Viena apoyara la gestión, pues a su juicio "por la misma razón que nosotros lo aceptamos han de querer, y con más derecho que nosotros, conservarlo ellos",[18] tanto más que en su caso convergían no sólo sus reconocidas prendas personales sino razones tan fuertes como ser "hermano inmediato" del Emperador de Austria "y el más popular de su familia". Gutiérrez ejercía su insigne tontería, pues al señalar los motivos adversos a la candidatura del Archiduque esgrimía justamente los argumentos que Viena adoptó para dar luz verde a la proposición que los mexicanos hicieron al Segundo Agnado de la Corona. Gutiérrez, según Hidalgo, nunca digirió las ideas liberales de un discurso que Maximiliano pronunció en Inglaterra años antes, y fue tan necio que todavía en septiembre, cuando Napoleón tenía resuelto el problema del candidato, él sugería a Hidalgo "si no convendría mejor el de Módena".

Ampuloso y corto de luces como era, don José María defendía una idea de la Intervención y del Imperio que no tenía más defecto

[17] Citado por Hidalgo en *op. cit. supra*; p. 19; *edic. cit.*
[18] Gutiérrez a Hidalgo; París, 23 de septiembre de 1861, en *op. cit. supra*; p. 23; *edic. cit.*

que partir de dos supuestos falsos: el primero creer que las tres potencias marítimas iban a invertir prestigio, soldados y dinero en levantar un trono a gusto de él, y el segundo suponer que la llegada de las escuadras aliadas a Veracruz, y la marcha de los infantes hasta la capital, bastaría para "alentar los ánimos" y hacer que se pidiera "lo que a todos conviene".[19] En la cabeza de nuestro hombre no cabía que ingleses, franceses y españoles protegieran en México otra solución política que no fuera la suya, y llegó a quejarse de que Hidalgo le pusiera "de mal olor" en las Tullerías, sin sospechar que ese olor lo producía él mismo y al primer contacto. Cuando el Emperador le vio por primera vez le chocó que fuera un hombre "que jamás terminaba las frases", y que por añadidura no pareciera dispuesto a comprender que Francia apoyaría en México sólo un Imperio semejante a sus propias instituciones.[20] En cuanto a Eugenia, todos los testimonios coinciden en que don José María le recordó nada menos que a Felipe II. Refiere Hidalgo que la Emperatriz le pidió que advirtiera a Gutiérrez —como si fuera cosa de él—, que en el interés mismo de la causa cesara de predicar sistemas que el imperio democrático francés no podría secundar,[21] y finalmente optó por reducir sus contactos personales con el viejo exiliado, quien por lo visto la sacaba de quicio. "Me produce la impresión de un retrato que estuvo durante siglos colgado a una pared, y que de pronto cae entre las cosas de este tiempo. Preveo que este hombre será para nuestro negocio lo que un bastón entre los rayos de una rueda", dijo Eugenia entonces.[22]

Es muy posible que al recibir las noticias de Biarritz Gutiérrez pensara en la posibilidad de tomar el negocio por su cuenta, y eliminar a Maximiliano en beneficio de algún otro Archiduque de sus preferencias, pues cuando el 20 de septiembre habló de nuevo con Metternich no sugirió siquiera quién pudiera ser el candidato, contentándose con plantear el negocio en sus aspectos generales. "Al coincidir una serie de circunstancias que podrían llamarse providenciales —decía Gutiérrez— el asunto hizo tales progresos y ad-

[19] Gutiérrez a Hidalgo; *op. cit. supra*; *loc. cit.*
[20] Gutiérrez a Hidalgo; *op. cit. supra*; *loc. cit.*
[21] Hidalgo: *op. cit. supra*; *loc. cit.*
[22] Documento en OHHSA, Maximilian von Mexico Archiv, Karton 8, suplement 328-246.

quirió tal importancia a últimas fechas" que llegaba el momento "de aplicar un remedio radical a la anarquía que devoraba a México",[23] bálsamo que no podría consistir sino en el establecimiento de una monarquía personificada en un príncipe de sangre real, perteneciente de toda preferencia a la familia imperial austriaca. Agregaba el mexicano que si quince años atrás el emperador Francisco José se dignó acoger favorablemente su solicitud, bajo la condición de que las potencias marítimas interesadas prestaran al proyecto todo su apoyo, hoy era posible satisfacer el requisito que resultó entonces imposible. "Tengo *buenas razones* —concluía—, para creer que tanto Francia e Inglaterra como España se encuentran resueltas a actuar en México por los medios a su alcance para obtener reparaciones por lo pasado, y, lo que es más importante, garantías sólidas y permanentes para el porvenir". Mas no esperaba una respuesta categórica, no. Modestamente se conformaba con saber si se le podría recibir en Viena "para examinar la conveniencia y la oportunidad" de que el gobierno de Su Majestad Apostólica cooperara a la realización de la gran obra, "esencialmente católica y monárquica, a la que en 1846 estuvo dispuesto a prestar su poderoso apoyo".[24]

Autorizado por el Emperador pidió Hidalgo al conde Walewski que falicitara la gestión de Gutiérrez en Viena, mas cuando don José María ocurrió al Ministerio de Asuntos Exteriores para que se le proporcionara el pasaporte se encontró con que Thouvenel, temeroso de extender ese documento a un mexicano tan notorio por sus ideas, y portador de la oferta de una corona para el Imperio inexistente todavía, se negó a proporcionarlo. Resulta confuso que si Napoleón accedió el 1º de septiembre a que Gutiérrez sondeara en Viena las posibilidades de que el emperador Francisco José adoptara el proyecto imperial con base en la candidatura de su hermano, el 26 su Ministro de Asuntos Exteriores se opusiera al viaje del emisario, aunque es posible que el Emperador mismo rectificara su primera decisión, consciente de los riesgos que corría al confiar al yucateco misión tan delicada, sobre todo contando con los medios para manejar el negocio con sus propias manos. Tanto, que Walewski escribió confidencialmente el 16:

[23] Gutiérrez a Metternich; París, 20 de septiembre de 1861, en Frankreich Berichte, P.A. caja 72, IX, 1861, OHHSA.
[24] Gutiérrez a Metternich; *op. cit., loc. cit. supra.* [Las cursivas son de Gutiérrez.]

> La Emperatriz se ocupa de nuevo del asunto del que le había hablado en Etiolles, y una solución le parece hoy más que nunca deseable. Considera aún la posibilidad de un acuerdo sobre la elección del candidato. Se estaría aquí (en Biarritz) dispuesto del todo a sostener la candidatura del Archiduque Maximiliano si eso convinera a Viena. En este caso se estaría en disposición —así lo creo— de tomar la iniciativa, en el momento oportuno, con Inglaterra, España y los demás países.[25]

Mas Gutiérrez no se dio por vencido, y volvió a la Embajada austriaca en busca de Metternich. Sólo que ausente éste por haber ido a Viena para comentar personalmente con el conde Rechberg las grandes novedades, y sobre todo las decisiones comprometedoras que se avecinaban, el viejo exiliado se contentó con plantear de nuevo al conde Müllinen la urgencia de que hiciera llegar a la Casa Real austriaca la oferta de la corona de México. Gutiérrez, decía el Encargado de Negocios al telegrafiar a Rechberg el 27, "pretendía estar enterado" de que Francia deseaba ver a un Archiduque de Austria en el trono de México; aseguraba que Inglaterra aceptaría tal combinación, y en consecuencia pretendía recibir seguridades confidenciales en el sentido de que el gabinete austriaco no rechazaría las gestiones que Francia hiciera, estando como estaba dispuesta a tomar la iniciativa.[26]

La sola gestión parecía insólita en la posición de un desterrado político, mas contra lo que era de esperarse —y seguramente por haber mediado algún apoyo del gobierno francés—, dos semanas más tarde Müllinen llamó a Gutiérrez para decirle que el Emperador no rechazaría "las proposiciones serias" que se le hicieran para colocar a un Archiduque de Austria en el trono mexicano,[27] "y que el archiduque Fernando Maximiliano no rehusaría ceder eventualmente a los deseos de la nación mexicana, si ésta lo llamara al tro-

[25] Walewski, probablemente a Metternich; Biarritz, 16 de septiembre de 1861, en *arch. cit., loc. cit. supra.*
[26] "Gutiérrez prétend savoir... das Frankreich einen Erzherzog auf den Thron du Mexique zu sehen wünscht, und glaubt dass England accepterait cette combinaison. Il voudra avoir assurance confidentielle que si des propositiores étaient faites a ce sujet par la France, que serait disposé a prendre l'initiative, elles ne seraient pas repoussées par le cabinet autrichen" Telegrama No. 6, en cifra, a Rechberg; París, 27 de septiembre de 1861, en *arch. cit.* Frankreich Berichte, *loc. cit. supra.*
[27] Müllinen a Rechberg; despacho 63-B secreto; París, 15 de octubre de 1861, en *arch. cit. supra.* Frankreich Berichte, *loc. cit.*

no". Don José María, según Müllinen, se puso loco de alegría, pues nunca creyó que Su Majestad Apostólica pudiera "compartir sus puntos de vista", y su entusiasmo era todavía mayor porque Napoleón le confió que si Austria aceptaba el proyecto "la cosa estaría hechas en 24 horas".[28] El negocio marchaba pues "à la vapeur", como dijo el viejo Gutiérrez, sin imaginar los graves tropiezos que el futuro le deparaba.

Mas el gobierno imperial no se contentaba con "compartir" los puntos de vista del mexicano sino que, además, puntualizaba que las ofertas que se hacían a su Archiduque "deberían estar rodeadas de todas las garantías suceptibles de asegurar el éxito en el presente, evitar decepciones en el porvenir, y salvaguardar la dignidad tanto de Su Alteza Imperial como de su Augusto Hermano". Las garantías que el gobierno austriaco exigía para plegarse a los deseos franco-exiliados eran dos: el apoyo "no solamente moral sino material" de las dos grandes potencias marítimas, y "el voto claramente emitido por parte de México".

Puntualizaba Müllinen, para terminar, que Austria no obtendría ninguna ventaja a resultas del proyecto imperial, y que sólo asentía "por consideraciones de humanidad", aunque sin tomar en el asunto la menor iniciativa, competiendo a los mexicanos y a las potencias marítimas satisfacer las condiciones planteadas. Cuando Müllinen terminó de hablar, don José María tuvo el gracejo de comparar la actitud del gobierno de Viena con la de una muchacha casadera, cuyo único papel consistía en esperar a que se llegara modestamente a pedir su mano. Metáfora que resultó poco exacta al Encargado de Negocios, salvo en el caso de admitir que no se exigiera dote a la muchacha.[29]

Tan pronto como Gutiérrez comunicó a Hidalgo la aceptación condicional austriaca, éste llevó a Compiègne la noticia a los Emperadores. Napoleón, como ya se dijo, redactó el mismo 15 las instrucciones finales para Flahault, y también ese día escribió al rey

[28] Müllinen a Rechberg; despacho 63-C; París, 18 de octubre de 1861, en *arch. cit., loc. cit. supra.*
[29] Müllinen a Rechberg; despacho 63-B secreto; París, 15 de octubre de 1861, en *arch. cit., loc. cit. supra.*

Leopoldo tanto para ponerle al corriente de los últimos acontecimientos como para que actuara cerca de su sobrina, la reina Victoria, y entre ambos forzaran la indecisión inglesa.[30] Gutiérrez se enteró de tales "demarches" por otra persona, pues confesó a Müllinen que ni Napoleón ni Eugenia le habían recibido, pero así y todo estaba tan entusiasmado que dijo al diplomático: "Una mujer española consumó el descubrimiento de América; otra mujer, igualmente española, consumará por así decirlo el descubrimiento moral de una de las más bellas regiones de aquel continente".[31] Müllinen, al fin germano, no se dejaba arrebatar por los excesos tropicales del yucateco, y aunque admiraba también la resuelta entrega de Eugenia a una causa "tan noble y bella", le sorprendía que el Emperador, "más tranquilo y positivo", se hubiera dejado llevar por tales "impulsos caballerescos inmotivados", punto en el que Gutiérrez adujo que la conducta del Emperador respondía a motivos tan poderosos como la defensa de la vida e intereses de sus súbditos, ultrajados por "un gobierno salvaje", y al propósito de establecer en México un régimen estable para tratar con él, amén de la natural avidez de gloria que ambicionaba "para él y su país".[32]

Hacia los primeros días de noviembre la empresa marchaba sobre ruedas, o "à la vapeur" para decirlo con las palabras de don José María Gutiérrez Estrada, suscrita en Londres la Convención tripartita, resuelta la elección del candidato al trono, y anuente Su Majestad Apostólica a que fuera éste un miembro de su familia. José Manuel Hidalgo era el hombre más feliz del mundo. Cenital su privanza en las Tullerías, distinguido por Eugenia hasta el extremo de confiarle la lectura de documentos tan confidenciales como las instrucciones que su marido envió el 15 de octubre a su embajador en Londres, y con ilimitado derecho de picaporte en las cámaras imperiales. Todo era tan hermoso como el sueño que el más ambicioso de los hombres pudo soñar. Hidalgo se sentiría una especie de Príncipe de la Paz, pues ¿no se llamó también Manuel el gran Privado, dueño en Madrid de las reales voluntades?

Y sin embargo una nube nada lejana amenazaba: España. Nube

[30] Müllinen a Rechberg; despacho 63-C secreto; París, 18 de octubre de 1861, en *arch. cit., loc. cit. supra.*
[31] Müllinen a Rechberg; *op. cit., loc. cit. supra.*
[32] Müllinen a Rechberg; *op. cit., loc. cit. supra.*

insignificante si se quiere, pero tan molesta como una pequeña espina. Ahora mismo en noviembre, durante las famosas series de Compiègne, Napoleón le dijo que el Cuerpo expedicionario francés quedaría bajo las órdenes de un general español —seguramente por dar gusto a la Emperatriz—, y su decisión sentó mal al mexicano, preocupado por el subido color hispano de la expedición, que —sospechaba— llegaría a despertar suspicacias entre los que temían que la empresa ocultara ulteriores propósitos de reconquista por parte de la antigua metrópoli.[33] Pensaría Hidalgo contrarrestar los efectos de esa decisión con la concurrencia de algunos miles de zuavos cuando sugirió a Napoleón:

—Sire: en México harán falta algunos pantalones rojos. . .

—Los llevan azules, contestó sonriente el Emperador, aludiendo a sus 800 infantes de marina.[34]

Sí, esa era la pequeña nube que al comenzar noviembre perturbaba el buen humor de José Manuel Hidalgo: muchos españoles con destino a México, y pocos franceses. Por cierto: ¿en quién se pensaría en Madrid como jefe de la expedición. Sin género de dudas el mejor sería el general Concha, fervoroso intervencionista y leal colaborador de los planes exiliados y franceses. Serrano, menos indicado. Demasiado español al viejo estilo. Y en cuanto al peor. . . ¡ni pensarlo!

2. Las primeras amarguras

Mientras tanto, en Madrid, estaba a punto de reventar la bomba. El 5 de noviembre telegrafiaba Mon que el Emperador y la Emperatriz deseaban "vivamente saber quién será el general español que mandará nuestras fuerzas",[35] y su mensaje coincidió casi con la noticia que disipó la duda. Hidalgo y Mon regresaron juntos de Compiègne, y en París recibieron la gran sorpresa. Muchos años más tarde, la vehemencia de Hidalgo daba la medida del golpe:

[33] Seguimos el manuscrito anónimo, redactado seguramente bajo la inspiración de Hidalgo, que se encuentra en OHHSA; Maximilian von Mexico Archiv, Karton 8, supplement 328-346.
[34] *Op. cit. supra; loc. cit.*
[35] Mon a Calderón, telegrama cifrado; París, 5 de noviembre de 1861, en AMAEE. México 1856-1867; legajo 1653.

> Prim era un bandido sin escrúpulos, un *condottieri* cuya vida privada y pública era un escándalo, y tanto en España como aquí se desaprobó su nombramiento, que él pidió, para el mando de las tropas en México. Napoleón le había visto en las aguas de Vichy, y allí se hizo Prim el más adicto amigo suyo. El Emperador lo creyó, y por eso no participaba de nuestros temores, que yo expresé con tanta vehemencia que Napoleón me miró y pareció reflexionar pero ¿cómo obligar a España a que nombrara otro?. . . Mon, Almonte y yo, todos estabamos desolados de esa elección. . .[36]

Como primera providencia tomó Hidalgo de nuevo el tren para Compiègne, y sin rodeos dijo a Eugenia: "Señora, es preciso impedir a cualquier precio el nombramiento del general Prim", en lo que la Emperatriz convino. "Dígaselo al Emperador después del almuerzo —agregó—; yo se lo he dicho ya".[37] Cuando el mexicano habló con Napoleón le halló molesto, un poco harto ya de un negocio con el que apenas comenzaba. Que los españoles hubieran partido sin esperar a sus aliados le tenía descontento, y así lo hizo saber por telégrafo al gobierno de S.M.C. En cuanto al nombramiento de Prim, la verdad era que no podía evitarlo y se contentaba con enviar 4 000 hombres más —con un general de división— para contrarrestar sus efectos.[38] Sin ser mucho, era lo que cabía en aquellas circunstancias.

Indudablemente la actitud española fue desde el principio poco clara y hasta enigmática, tanto que el mismo embajador Mon terminó por pagar los platos rotos del juego con cartas marcadas. Desde el 23 de septiembre se dirigió Calderón a Mon y a Istúriz para decirles que el gobierno de S.M.C. *no* se había ocupado "de la cuestión recientemente suscitada del establecimiento de una monarquía en México", ni por consiguiente había tratado punto alguno relativo a la designación del príncipe destinado a ocupar el trono "que allí se creara".[39] Hasta ese momento el Ministro español de Estado se podía permitir el lujo de "no ocuparse" de la cuestión —pues no se le había hecho ninguna proposición oficial—, pero la situación cambió cuando el 12 de octubre llamó Thouvenel a Mon

[36] Hidalgo: Apuntes. . . en *Cartas*, p. 30; *edic. cit.*
[37] *Op. cit. supra; loc. cit.*
[38] Maximilian V. Mexiko Archiv, Karton 8, OHHSA.
[39] Calderón a Isturiz; San Ildefonso, 23 de septiembre de 1861, en AMAEE, legajos Francia, 1850-1870.

y le comunicó los puntos de vista del gobierno francés sobre la cuestión mexicana. Principió el Ministro de Francia por decir que si los mexicanos deseaban establecer un gobierno de orden en su país debería prestárseles apoyo, y que si por medio de un Congreso o votación espontánea resolvían establecer una monarquía debería respaldárseles igualmente, a lo que Mon respondió que ése era criterio del Ministro español de Estado, consignado en una nota que acababa de recibir.[40] Mas a continuación se resolvió Thouvenel por la franqueza, y confesó que "el deseo y la decisión del Emperador era que el príncipe que reinara en México fuera un Archiduque austriaco", a lo que Mon, sabiamente, se concretó a decir que él no conocía otra voluntad de su gobierno que "la de ir juntos a México a obtener la reparación de nuestros agravios, y a apoyar y proteger el establecimiento de un gobierno de orden y hasta de forma monárquica, si tal era el deseo de los mexicanos".[41]

En este punto, de tan capital importancia por lo que hace a la futura conducta de España, Gutiérrez Estrada dijo al siguiente día a Müllinen que Mon aseguró a Thouvenel que no tenía "ninguna objeción al plan proyectado ni al candidato propuesto", y que se encontraba listo a intervenir en lo que fuera necesario "para que un Archiduque llegara a ocupar el trono de México".[42] Ante la versión contradictoria de un hecho tan importante me inclino a creer que Mon —gran simpatizador de los planes exiliados— pudo decir tal cosa a Gutiérrez, mas sería honrar poco sus dotes de viejo y hábil diplomático suponer que también lo dijo a Thouvenel, cuando lo menos que pudo ocurrírsele fue poner en duda la simpatía de su gobierno hacia los planes destinados a llevar al trono de México al archiduque Maximiliano. Tanto que al hablar en esos días el diplomático español con Müllinen, sin tocar para nada el asunto del Archiduque, el avisado Encargado austriaco de Negocios principió a sospechar "que España no era tan franca" como pensaba Gutiérrez.[43]

[40] Mon a Calderón; despacho 371, reservado; París, 13 de octubre de 1861, en *arch. cit., loc. cit.*
[41] *Ibid.*
[42] Müllinen a Rechberg, despacho 63-D secreto. París, 15 de octubre de 1861, en Frankreich Berichte, caja 69, OHHSA.
[43] Müllinen a Rechberg; despacho 64-C secreto; París, 21 de octubre de 1861, en *arch. cit., loc. cit. supra.*

Mas independientemente de que don Alejandro Mon hubiera cometido o no un error de tal calibre, lo cierto fue que Calderón Collantes se hallaba *perfectamente al corriente* de los planes de Napoleón desde que recibió el despacho del 13 de octubre, o sea presumiblemente hacia el 20 del mismo mes.[44] Y tan se hallaba enterado que sobre la cubierta del mismo despacho escribió de su puño y letra:

> El gobierno de S. M. C. verá con gusto el establecimiento en México de un gobierno sólido y estable, que ya sea que se constituya bajo la forma monárquica, ya con otra menos segura, siempre deseará la España que la elección sea obra de la voluntad de los mexicanos. La misma amplia libertad deberá dejárseles para elegir el soberano que haya de regirles si prefieren la Monarquía a la República, *pero no podrá ocultar el gobierno de la Reina que, en este caso, creería conforme a las tradiciones históricas y a los vínculos que deben unir a los dos pueblos que fuese preferido un príncipe de la dinastía de Borbón* o íntimamente enlazado con ella.
>
> Sin embargo, nada hará para llegar a este resultado, siendo su general deseo que México y los demás estados de la América española recobren la paz y el bienestar que alcanzaron a la sombra del trono de nuestra patria.[45]

Ahora que lo verdaderamente sensacional del caso fue que la respuesta del Ministro de Estado *no se envió* a Mon sino meses más tarde, pues todavía el 29 de enero de 1862 el Embajador se quejaba de que no se hubiera dado respuesta a su despacho del 13 de octubre, y sobre todo porque se enteraba de la nueva política de su gobierno gracias a las instrucciones que se dieron a Prim para su misión en México, copia de las cuales recibió entonces.[46] Era pues explicable que cuando don Alejandro leyó en este documento que el gobierno del Emperador (Napoleón) no había hecho al de España "la menor indicación acerca del proyecto de establecimiento de una monarquía en México", experimentara "profundo sentimien-

[44] Mon a Calderón; despacho 371, reservado; París, 13 de octubre de 1861, en *arch. cit., loc. cit.*
[45] La respuesta de Calderón a Mon, manuscrita sobre la cubierta del mismo despacho del 13 de octubre, que se cita. [Las cursivas son nuestras.]
[46] Mon a Calderón; despacho reservado; París, 29 de enero de 1862, en *arch. cit., loc. cit.*

to" por la situación comprometida en que le dejaban frente al gobierno francés.[47]

Calderón ignoró pues el despacho del 13 de octubre, y el 13 de noviembre telegrafió a Mon para que averiguara el tono de las instrucciones que el gobierno imperial proporcionó a Saligny y al almirante De la Graviere, a lo que el Embajador contestó que de seguro responderían al propósito de establecer en México una monarquía con el archiduque Maximiliano en el trono, despacho *al que tampoco dio respuesta* Calderón Collantes. Todavía volvió Mon a la carga el 3 de diciembre,[48] para que se le dijera "oficialmente" si era posible que el archiduque Maximiliano fuera rey de México, a lo que al fin respondió Calderón ¡en los términos consignados de su puño y letra sobre la cubierta del despacho que Mon le envió dos meses antes, el 13 de octubre! Mon estab evidentemente hasta la coronilla cuando contestó el 29 de enero:

> Después de lo expuesto, V. E. comprenderá que no puede serme indiferente el ver que V. E. asegura no haber recibido ninguna comunicación del gobierno del Emperador respecto al proyecto de establecimiento de una monarquía en México.
>
> En el momento en que este gobierno tenga conocimiento de la aseveración de V. E. me hará serias y amargas reconvenciones porque supondrá en mí una omisión que no ha habido... Ruego también a V. E. que medite cuál vá a ser la confusión que resultará entre las relaciones del general Prim y el plenipotenciario francés cuando tengan que discutir acerca de si V. E. conoce o ignora los designios del Emperador.[49]

A tan justas reclamaciones Calderón respondió que el Emperador "conocía las razones que obligaban a guardar silencio", y aunque sin proporcionar desgraciadamente luces para penetrar en el misterio aprovechó el viaje para reiterar los puntos cardinales de la política española en el caso de México. Según la minuta que se encuentra en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Calderón dijo al embajador inglés, Crampton, que antes de promover el establecimiento de una monarquía en México, y por supuesto antes de pensar en tal o cual candidato para el trono, era

[47] Mon a Calderón; *op. cit., loc. cit. supra.*
[48] *Ibid.*
[49] *Ibid.*

necesario que las tres potencias interventoras llegaran a un acuerdo, dado que de apoyar una de ellas tal o cual candidatura las restantes podrían sentirse autorizadas a promover otra distinta, lo que conduciría sin duda a "complicaciones sensibles".[50]

El Ministro de Estado español acentuaba que, de llegar el caso, España tendría derecho "a imitar el ejemplo que se le diese" para apoyar a un príncipe de la dinastía reinante, en lo que según Calderón convino el embajador inglés. Ahora que, si dentro del espíritu de la Convención del 31 de octubre la nación mexicana se daba la monarquía como forma de gobierno, y si para el trono escogiera a un príncipe no español, el gobierno de la Reina no se ofendería, ni tampoco, —"aunque vacilara mucho antes de tomar semejante determinación"—, rehusaría el trono para un príncipe español en el caso de ser ésa la decisión mexicana.

> El gobierno de la Reina —terminaba el Ministro de Estado—, tiene ante todo empeño de hacer comprender a los mexicanos y a todos los pueblos de América que, sin renunciar a la influencia legítima que le corresponde en aquellos países, no aspira a establecer en ellos su dominación ni a coartarles en el ejercicio de sus derechos, sino que desea que volviendo a la calma, si esto es posible, establezcan gobiernos sólidos y durables, consultando únicamente sus necesidades.[51]

La posición española era tan diáfana como insensata, pues se requería gran dosis de ingenuidad política para creer que Napoleón abandonaría sus planes favorables al Archiduque, y otra dosis parecida de ignorancia para suponer que, en el caso de que el pueblo mexicano ejerciera libremente sus derechos políticos, resultara favorecido un príncipe de la Casa de Borbón por obra y gracia "de las tradiciones históricas y los vínculos que deben unir a los dos pueblos", cuando la verdad era que el pueblo de México no tocaba ningún instrumento en esa orquesta.

Hoy parece incuestionable que España jugaba sus cartas dinásticas con el apoyo del general Miramón, quien por entonces se hallaba desterrado en Francia, y a fines de 1861 hizo un viaje a Es-

[50] Calderón a Mon; Minuta, Madrid, 6 de febrero de 1862, con copias para los embajadores de España en Londres, Washington y Viena, así como para el general Serrano, Capitán General de Cuba, y para el general Prim, jefe de las fuerzas expedicionarias y plenipotenciario español en México. En *arch. cit., loc. cit.*
[51] Calderón a Mon; *op. cit. supra, in fine.*

paña con objetivos entonces desconocidos. Antes de partir habló con Gutiérrez, a quien dio su palabra "de caballero y de general" de trabajar por una monarquía con un príncipe de sangre real en el trono mexicano, lo que según don José María no fue óbice para que ya en Madrid dijera "que si se trataba de una monarquía para México, allí estaba él primero, y que hasta tenía preparada la diadema para su señora", lo que el viejo exiliado entendió como "una retractación de las protestas" que le hizo antes de partir.[52] Seguramente jamás pronunció Miramón tales palabras, pues no existen indicios de que pretendiera coronarse alguna vez, mas parece claro que a fines de 1861 sus planes tendían a engañar a los exiliados "afrancesados" por un lado, y por el otro a intentar su propio juego con los españoles, con cuyo apoyo pretendía imponerse en México sobre juaristas y franceses a la vez. Tengo por cierto, más todavía, que en círculos oficiales peninsulares tuvieron algún eco sus proyectos, pues de otro modo no se justificaría su decisión de presentarse en México al mismo tiempo que las fuerzas expedicionarias anglo-franco-españolas, dejando en Sevilla a su mujer y a sus hijos.

Todavía camino del Havre habló en París con Gutiérrez, a quien reiteró su decisión de "sacrificarse por su patria" y de hacer lo que la nación quisiera, para lo que contaba con los generales conservadores que se pondrían de inmediato a sus órdenes, conceptos que no le comprometían en cuanto al planteamiento monarquista francés de los exiliados. Gutiérrez, que tonto y todo desconfiaba, se concretó a apostillar que cuantos habían hecho la guerra en México declararon eso mismo: que buscaban el bien del país, y que derramarían su sangre por conseguirlo. "Así está de mal parado México con tantos espontáneos como le han salido", agregó al dar por terminada la entrevista.[53] También en esos días quiso Miramón ver al Emperador, y al no conseguirlo, "humillado con tan terrible desaire" según Hidalgo, dejó París furioso y resuelto "a oponerse a la Intervención que se ha hecho sin consultarlo".[54]

[52] En relación con este incidente puede consultarse mi libro Miramón, el Hombre, cap. III, p. 112, segunda edición, México, 1975.
[53] Gutiérrez a Miramón; París, 28 de noviembre de 1861, en Jorge L. Tamayo: Benito Juárez: Correspondencia; t. V, p. 291; México, 1965.
[54] Hidalgo a Miranda, París, 20 de noviembre de 1861, en Tamayo: *op. cit. supra*; t. V, p. 389; edic. cit.

Ciertamente Miramón barajaba sus propias cartas —por lo menos su misteriosa carta española—, pues cuando desembarcó en Nueva York, en diciembre, lo primero que hizo fue ver a Tassara, en cuya casa se hospedó hasta tomar de nuevo el barco para La Habana. Don Matías Romero —ministro juarista en Washington— no perdía de vista los ires y venires de "este mal mexicano", cuya visita a Tassara atribuía a la circunstancia de hallarse comprometido en los planes españoles contra México. Don Matías daba por un hecho que Miramón pretendía reunirse con sus antiguos correligionarios "para organizar un simulacro de gobierno" que mereciera el reconocimiento español, como paso previo "para desarrollar los designios que aquella nación tiene contra nuestro país", opinión que apoyaba el cónsul mexicano en Nueva York al decir a Romero que el antiguo caudillo conservador no reconocería al gobierno de Juárez pero que tampoco establecería ligas con la Intervención, resuelto "a introducir en México un cambio político que entronice ciertos principios, y que tenga a ciertos hombres a su frente, de los que tal vez él contará con ser uno de ellos, para tratar con los interventores sobre la base de garantía o protectorado a ese gobierno".[55]

Miramón, como es sabido, se presentó en Veracruz en los primeros días de enero de 1862, y puesto a buen recaudo por los ingleses por haber dispuesto en 1860 de fondos que se guardaban en México bajo la protección de sellos británicos, fue finalmente enviado a La Habana sin que valieran sus protestas ni las del general Prim. El Conde de Reus adujo que conforme a la Convención de Londres ninguno de los comisarios aliados en México podía actuar en perjuicio o beneficio de personajes o partidos políticos contendientes en el país, opinión que expresó también Calderón Collantes, en términos de inequívoco disgusto, con el argumento de que si cada uno de los comisarios aliados se sentía autorizado a tomar medidas contra cualquier mexicano, "semejantes a la adoptada contra el expresidente Miramón", sería tanto como ejercer en México "una especie de soberanía" contraria a la letra y al espíritu de la Convención de Londres.[56]

[55] Matías Romero a Sebastián Lerdo de Tejada; Washington, 25 de diciembre de 1861, en Tamayo: *op. cit., supra*, t. V, p. 479; edic. cit.
[56] Calderón a Prim; Madrid, 7 de marzo de 1862, en Tamayo: *op. cit., supra*; t. VI, p. 52; edic. cit.

El mismo Jurien de la Gravière llegó a sospechar el doble juego español, pues sabía que cuando Prim invitó a Miramón en La Habana para que volviera a México lo hizo "con la esperanza de asegurarse con esta condescendencia el apoyo del partido adicto al antiguo adversario del presidente Juárez", actitud que el de Reus se vio obligado a modificar cuando Wyke —con el apoyo de Saligny— tronó contra el indeseado visitante, cuyo desembarco entendía "como un ultraje a Inglaterra", por lo que reclamaba su arresto como el de un malhechor. Prim, según el almirante Jurien, terminó por abandonar al hombre "que no se atrevía a confesar que protegía", y tuvo que acomodarse a las circunstancias.[57] ¿Que cuáles eran los alcances de la combinación española en la que Miramón desempeñaba un papel? La ausencia de por lo menos algún documento explícito impide precisarlos, pero es de suponerse que durante la permanencia en Madrid del antiguo "Campeón de Dios" se pensara en utilizar su prestigio para sacar la castaña con la mano del gato. Si en Prim se confió para "desbaratar" los planes de Napoleón en México, no es improbable que se viera en Miramón al mexicano capaz de apoyar la obra antifrancesa para llevar adelante el proyecto dinástico de doña Isabel II. De omitirse tal presunción no podría explicarse la actitud de Calderón, la de Prim, y menos todavía el hecho de que el embajador español, don Gabriel Tassara, recibiera al mexicano como su huésped cuando pasó por los Estados Unidos camino de México.

Visto el asunto desde el ángulo francés, es también de presumirse que Napoleón comprendiera los alcances del doble juego español, aunque sin concederle posibilidades de éxito. Eugenia dijo a Metternich que su marido se concretaría a ejercer su influencia sobre la prensa peninsular, a efecto de que los españoles entendieran que era imposible echar abajo al gobierno de Juárez en beneficio de algún candidato de ese origen,[58] y es también sabido que Napoleón se apresuró a ordenar que marcharan a México tantas fuerzas de tierra como fuera necesario para igualar a las españolas, pues por lo visto —dijeron a Metternich—, España "no se resignaba a perder la oportunidad favorable a ciertos planes".[59] Bastante más preocupaba al Emperador que la expedición española hubiera tomado la delantera, y por eso expresó a Mon "su descontento por esa conducta" al recibir al Cuerpo Diplomático con motivo del Año Nuevo, ocasión que también aprovechó Eugenia para reclamar "en tono festivo" al mismo don Alejandro: "¡Está bueno! Los españoles se han marchado sin esperar a los franceses. Quieren ir solos, pero no les ha valido. ¡Cómo! ¿Infringir el artículo 1º de un Tratado? ¡Para eso más valdría que no lo hubieran hecho!".[60]

57 De la Gravière a Thouvenel; Veracruz, 25 de enero de 1862, en Tamayo: *op. cit., supra*; t. V, p. 615; edic. cit.

58 Metternich a Rechberg; despacho confidencial 4-A; París, 20 de enero de 1862, en: OHHSA. Frankreich Berichte, caja 72; P. A. IX, 1861.

El diplomático español pudo contestar a la Emperatriz que ella veía la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, mas prefirió explicar que el general Serrano, al ordenar la marcha sobre México, no sabía que la Convención de Londres se hubiera firmado. Verdad a medias que Eugenia admitió para no empeorar las cosas, pero así y todo Mon se apresuró a sugerir que en previsión de mayores dificultades los españoles permanecieran en Veracruz en espera de los ingleses y los franceses,[61] un buen consejo cuando Napoleón reforzaba su contingente con algunos miles de zuavos en una medida —y se lo dijo a Mon—, que "debió adoptar desde un principio".[62]

La Emperatriz se hallaba particularmente furiosa por la actitud de la prensa peninsular, y no cesaba de repetir que el Emperador recordaría a España que, según la Convención, las potencias interventoras no podían actuar por su propia cuenta,[63] furia femenina y poco sólida cuando su marido hacía lo mismo que los españoles, y utilizaba la Convención como pantalla para sus designios secretos.

Aunque parezca mentira, los únicos que se condujeron sensatamente en la comedia de las equivocaciones fueron dos viejos diplomáticos españoles, uno Luis López de la Torre Ayllón, embajador en Viena, y el otro Gabriel Tassara, ministro en Washington. En la convicción de que Maximiliano se hallaba ya comprometido, De la Torre lamentaba carecer de instrucciones para actuar, pues de lo

59 Metternich a Rechberg; *op. cit., loc. cit. supra.*

60 Mon a Calderón; despacho 3, reservado. París, 3 de enero de 1862, en: AMAEE, legajos Francia 1850-1870.

61 Mon a Calderón; *op. cit., loc. cit. supra.*

62 Mon a Calderón; telegrama cifrado; París, 10 de enero de 1862; *arch. cit., loc. cit. supra.*

63 Metternich a Rechberg; telegrama cifrado No. 7, París, 16 de enero de 1862, en OHHSA, Frankreich Berichte, caja 72, P. A. IX, 1861.

contrario "procuraría animar" a los austriacos para que favorecieran los planes francoingleses, persuadido de que nada fomentaría tanto la influencia de España entre los mexicanos "como el contraste entre nuestras declaraciones en favor de la completa libertad en que queremos dejarles de elegir la forma de gobierno que más apetezcan", y las gestiones precipitadas de aquellas potencias "para darles un soberano".[64] Tassara por su parte, con prodigiosa intuición política, escribía unos días antes a Madrid:

> Por lo demás, yo no he participado nunca de muchas ideas acreditadas en el mundo sobre México. Tengo y he tenido siempre, como V. E. lo sabe, mucha más confianza en la fuerza de su nacionalidad y en su capacidad de reconstruirse por sí mismo, y creo que se reconstruirá con la Europa y sin la Europa. Las ideas que se tienen de México son tan erróneas y tan exageradas como las que en otro sentido se han tenido de este país (los Estados Unidos), y el tiempo lo dirá en breve cuando con la Europa y sin la Europa, y mucho más probablemente sin la Europa, vuelva a ser lo que definitivamente está destinado a ser en el mundo. Entre tanto nos conviene cada vez más apercibirnos para lo que hoy o mañana, con esa o con otra ocasión, pueda suceder en esas regiones.[65]

Un mes más tarde, finalmente, el gobierno español proporcionaba a sus diplomáticos en el exterior las instrucciones definitivas para normar su conducta en el caso de México. La posición del gobierno de S.M.C. afincaba en tres criterios fundamentales: el primero, que sólo a los mexicanos competía decidir cuál era la forma de gobierno que deseaban adoptar; el segundo, que en el caso de resolverse por la monarquía España no renunciaría su derecho a "apoyar las eventuales pretensiones de cualquier príncipe real de la Casa de Borbón", y el tercero, que España no consentiría que algunas de las potencias signatarias de la Convención de Londres introdujera en ella modificaciones que no resultaran de un previo acuerdo entre las mismas.[66] Tardados, pero seguros, los españoles daban el toque final a su política en el caso de la Intervención, y allegaban

[64] De la Torre Ayllón a Calderón; despacho 21, reservado. Viena, 27 de enero de 1862, en AMAEE; legajo 1653; México, 1855-61.
[65] Tassara a Calderón; despacho 10; Washington, 17 de enero de 1861, en *arch. cit., loc. cit.*
[66] De la Torre Ayllón acusa recibo de dichas instrucciones en su despacho 34, reservado al Ministro de Estado, Viena, 24 de febrero de 1862, en *arch. cit.; loc. cit. supra.*

al general Prim el respaldo necesario para cerrar el paso a los proyectos franceses en México. Por eso, cuando Prim resolvió en abril romper la alianza, y reembarcar sus fuerzas, no obraba con los "secretos designios" que le atribuían los exiliados sino, sencillamente, con las espaldas bien cubiertas por el gabinete de Madrid.

A esas alturas, claro está, los exiliados mexicanos no se hacían ilusiones sobre las posibilidades de contar con España. Desde diciembre había recibido Almonte la comisión de efectuar sondeos en la corte de S.M.C., y cuando en enero habló don Juan Nepomuceno con O'Donell y Calderón concluyó que nada había qué sondear. El Ministro de Estado, sobre todo, soltó la lengua para que el hijo de Morelos disipara sus dudas:

> Creo que han equivocado ustedes la dirección y que llega usted tarde —le dijo—; ustedes han concebido un proyecto en París y han ido a Viena a buscar la aceptación. Hoy pretenden ustedes que sancionemos lo acordado en París y en Viena, y no es posible.[67]

Nada más diáfano que la actitud de Calderón Collantes: si lo acordaron sin nosotros, resuélvanlo sin nosotros. Si las suyas sólo fueran palabras, Almonte y sus amigos podían dormir tranquilos, pero Prim estaba ya en La Habana y muy al corriente de las ideas de su gobierno. Si esa Navidad de 1861 les había deparado en Miramar a su "mesías político", en Madrid, en cambio, les prepararon la primera gran amargura. Hidalgo, Gutiérrez, Arrangoiz, todos sospechaban que las ideas de Calderón pudieran ser las de la Reina misma, mayormente cuando según Arrangoiz el mismo general O'Donell dijo que nadie era más a propósito que Prim "para desbaratar los planes de Napoleón en México,[68] de lo que nuestro hombre concluyó que del gobierno español nada podía esperarse: "Nuestra única esperanza es Napoleón", escribía al padre Miranda.[69]

Mal, muy mal principiaba 1862 para los exiliados mexicanos en punto a las alianzas destinadas a proteger sus intereses políticos. Verdaderamente contaban con Eugenia y Napoleón; Viena veía con

[67] Calderón a Prim; Madrid, 22 de enero de 1862, en: Arrangoiz, *op. cit. supra*, p. 15, edic. cit. También Zamacois: *op. cit. supra*, t. XVI, p. 40, edic. cit.
[68] Arrangoiz a Miranda; Madrid, 27 de marzo de 1862, en Genaro García, *op. cit. supra*, t. IV, p. 53; edic. cit.
[69] Arrangoiz a Miranda; Madrid, 8 de abril de 1862, en *op. cit. supra*, p. 53.

buenos ojos la candidatura del archiduque Maximiliano, y era también cierto que éste parecía resuelto en principio. Pero por el lado de España soplaban vientos de fronda. Por donde menos lo esperaban, tan seguros como les parecía que España se sumaría sin más al carro de Napoleón. Hidalgo escribirá más tarde:

> El año de 1862 empezó pues con el tratado que las tres grandes potencias marítimas, Inglaterra, España y Francia formaron en Londres para intervenir en los asuntos interiores de México porque así lo exigían sus intereses propios, pero sabiendo que el partido monárquico de México se iba a aprovechar de esa Intervención para proclamar emperador al archiduque Maximiliano. Sin embargo, desde un principio, todo lo embrolló el funesto Calderón Collantes.[70]

Es inexplicable el empeño de Hidalgo en cargar a don Saturnino con tan duros calificativos cuando el Ministro de Estado era sólo un fiel servidor de Su Majestad Católica. Por lo demás ¿sabían en Madrid que Maximiliano —para aceptar su candidatura— exigió el apoyo moral y material de Francia e Inglaterra, y que ni siquiera recordó que España estaba en el mapa? Si lo sabían, reconozcamos que contaban en Austria con sabuesos de fino olfato, y si lo ignoraban admitamos sus facultades para adivinarlo. El orgullo herido es dondequiera un magnífico disolvente, y si ese tan lastimado es el orgullo castellano...

> La Reina prefiere la República con Juárez que el Imperio con el Archiduque.

Horrible, pero a esa conclusión llegó don Francisco de Paula Arrangoiz.[71]

3. En busca del mesías

El 30 de octubre, para coincidir con la Convención de Londres, Hidalgo, Gutiérrez, Almonte y demás exiliados menores dirigieron a Maximiliano la proposición final de su candidatura, y el 8 de di-

[70] Hidalgo: Apuntes... en *Cartas,* p. 35; edic. cit.
[71] Arrangoiz a Miranda; Madrid, 27 de marzo de 1862, en Genaro García: *op. cit. supra,* t. IV, p. 41, edic. cit.

ciembre definió el Príncipe las condiciones de su aceptación, de las que por cierto eliminó pudorosamente toda mención relativa a la garantía moral y material que esperaba por parte de las dos grandes potencias marítimas, para concretarse a reclamar una "manifestación nacional" que probara el deseo de los mexicanos de llevarlo al trono, pues sólo en esa forma —sentenció— "se establecería mi poder desde su origen sobre la confianza mutua entre el gobierno y los gobernados, que es a mis ojos la base más sólida de los imperios, después de la bendición del cielo".[72]

Era tan natural a esas alturas que el candidato mostrara interés en la catadura de sus posibles súbditos como que éstos desearan conocer a su presunto salvador, y por ello el gobierno francés extendió finalmente el pasaporte para que Gutiérrez emprendiera a Viena y Miramar el viaje que las precauciones de Thouvenel frustraron en septiembre. El 14 de diciembre tuvo Gutiérrez su primera entrevista con el conde Rechberg, y el 15 escribió a Hidalgo para confirmar que el Emperador consentía en que se ofreciera la corona a su hermano, aunque también se le advirtió que el gobierno austriaco guardaría una actitud "bienveillante, mais sans faire des avances".[73] El 23, por último, dejó Viena don José María y se dirigió a Miramar, de seguro con el propósito de tener el primer contacto personal con Maximiliano bajo los buenos augurios de la Noche Buena. Según Arrangoiz, Gutiérrez encontró a Maximiliano y a Carlota entregados al estudio del español y absolutamente inclinados a aceptar la candidatura y el trono,[74] pero lo mejor del encuentro fue que el mexicano dejó a un lado sus prevenciones hacia el Príncipe, cuyas ideas liberales y "modernas" le daban tan mala espina. Claro que Hidalgo atribuyó no a la sensatez de Gutiérrez sino a la fina política del Archiduque tan ostensible vuelco, pues dice que Maximiliano, al tanto del fanatismo religioso del recién llegado, le habló mucho de religión, le mostró varias reliquias y el altarcito que llevó siempre consigo en su juventud, confiándole finalmente su adhesión a la Santa Sede y su devoción por la persona de Pío IX.[75] Pero si se ex-

[72] Arrangoiz, en *op. cit. supra,* t. III, p. 7, reproduce esta carta, a la que también se refiere Hidalgo en sus *Apuntes.* Cfr. *Cartas,* p. 32, edic. cit.
[73] Hidalgo: *op. cit. supra;* p. 34, edic. cit.
[74] Arrangoiz, *op. cit. supra,* t. III, p. 12, edic. cit.
[75] Hidalgo: *op. cit., loc. cit. supra.*

plica que don José María dejara Miramar convencido de que el Archiduque era nada menos que "un mesías político",[76] en cambio revela poco juicio que Maximiliano no entrara en recelos al conocer a Gutiérrez. Suponer que como el yucateco pudieran ser los demás mexicanos bastaba para que el más templado se echara a temblar, que fue lo que hicieron en Viena puesto que según Rechberg tomaron medidas para limitar el trato directo entre el Archiduque y Gutiérrez, temerosos "de que el ardor, a menudo excesivo" de este último pudiera comprometer los intereses austriacos y la dignidad de la Casa Imperial.[77]

Maximiliano estaba pues decidido en diciembre de 1861, aunque por supuesto decidido a su estilo, o sea con todas las reservas de un indeciso. Resuelto, pero no hasta el extremo de justificar los temores de Viena en el sentido de que Gutiérrez pudiera arrastrarlo con su "ardor excesivo". El 2 de enero escribió a Napoleón para decirle que, según "la opinión de hombres competentes que había consultado", para vivir y poner en orden sus cosas necesitaría negociar un empréstito de cinco millones de pesos. "Sobra decir —agregaba— que si el gobierno de V.M., por su influencia sobre las grandes casas de banca quisiera facilitar este empréstito, se haría acreedor a grandes títulos de reconocimiento por parte de México".[78] Hablaba también el Archiduque de acompañarse de un cuerpo de voluntarios enrolados en Europa, y hasta la minucia de referirse al pabellón —el austriaco— bajo cuyo amparo haría su entrada en Veracruz,[79] exhibía su decisión de aceptar el trono mexicano. Por último, entre el 18 y el 22 de enero Maximiliano recibió a Almonte en Miramar y le hizo faena como a Gutiérrez, sin escatimar palabras para realzar su significación tanto en su país como en Europa, ni elogios "por alguna de las víctimas de la Independencia de México que le era tan cara", como escribió Hidalgo con toda la mala fe necesaria para dejar constancia de la bastardía de don Juan Nepomuceno.[80]

[76] Hidalgo: *Apuntes*, p. 34, en *Cartas*; edic. cit.
[77] Rechberg a Metternich; carta particular; Viena, 8 de febrero de 1862, en OHHSA, Frankreich Berichte, *loc. cit. supra.*
[78] Maximiliano a Napoleón; Miramar, 2 de enero de 1862, en KMMA, caja 7.
[79] *Op. cit., loc. cit. supra.*
[80] Hidalgo: *op. cit. supra*; p. 34, edic. cit.

Con Almonte fue el Archiduque bastante más lejos que con Gutiérrez, pues le confirió poderes y discutió con él las bases generales del futuro Imperio, que se consignaron en la minuta de un Memorándum de 12 puntos que se encuentra en el archivo de Maximiliano en Viena, documento de gran interés porque revela cuánto maduró el criterio del Archiduque sobre la cuestión de México en los veinte días que corrieron entre su carta a Napoleón del 2 de enero y la visita de Almonte. En la minuta se consignan los siguientes puntos:

1º 10 000 hombres, se calcula, para sostener al gobierno.

2º En espera de que lleguen, el ejército francés quedará en el país.

3º Se podrá contar con una fuerza indígena de 6, 7 u 8 mil hombres.

4º Un empréstito de cinco millones de dólares, al 5%, con hipoteca de los bienes del Clero. Será necesario que el Clero obtenga el consentimiento del Papa. El gobierno garantizará al Clero el reembolso de esa suma, o por lo menos un interés de 5% en el caso de que sea necesario vender esos bienes por cuenta del Estado.

5º Pendiente establecer un Senado, una Cámara de Diputados y un Consejo de Estado con facultades semejantes a los de Francia.

6º Reconocer los títulos de nobleza de las antiguas familias.

7º Para utilizar los servicios de los jefes conservadores (testado *reaccionarios*) y aun de aquellos otros partidos (testado *demagógicos*) será importante poder contar desde luego por lo menos con 200 000 dólares.

8º De establecerse una Regencia durante la ausencia del Senado deberá expedir decretos en nombre de éste y con la reserva expresa de quedar sujetos a su ratificación. La Regencia se compondrá de tres personas. S. A. I. propondrá los nombres del general Santa Anna, del general Almonte y de Mgr. Labastida, obispo de Puebla.

9º Si los Estados del Sur llegan a ser reconocidos por las potencias signatarias del Tratado de Londres, se obtendrá de ellas

la promesa de que no darán ese paso sin garantizar, por parte de esos estados, la integridad del territorio.

10º Creación de una Nunciatura de primer orden. Dirigirse al Papa.

11º La marcha de todos los obispos, por lo menos de tres de ellos, es urgente.

12º Para llevar a buen fin la empresa de que se trata, es indispensable la unión y cooperación de las personas que conocen del asunto con Santa Anna, Almonte y Labastida.[81]

En el Memorándum de Miramar constan muestras de buen juicio tales como el temor hacia la posible victoria sudista en la guerra civil americana, y el explicable interés de obtener por parte de los presuntos vencedores una garantía sobre la integridad territorial del país. Entre los mexicanos de Francia privaban sentimientos encontrados hacia los confederados, ya que si por un lado daban por cierto que los del Sur no se opondrían al establecimiento del Imperio —pues buscaban de momento aliados en su lucha contra la Unión—, temían también que en el nada remoto caso de vencer extendieran la esclavitud sobre los Estados mexicanos del Norte, sobre todo porque los exiliados sabían que los mayores expansionistas, y más perversos apóstoles del Destino Manifiesto, figuraban entre los rebeldes surianos. Que de momento los sudistas eran los naturales aliados de sus planes, y a futuro sus más peligrosos enemigos, era tan obvio para Hidalgo que años más tarde escribió a García Pimentel: "los confederados querían ser amigos nuestros y reconocer el Imperio según lo dijo Slidell, su representante oficioso aquí, pero ¿no cree usted que luego la habrían emprendido contra nosotros para cogerse territorio que le ensanchase?[82]

Ciertamente la Guerra de Secesión era una trampa tanto para los imperialistas mexicanos como para los estadistas de las potencias interventoras, pues no se les ocultaba que *de momento*, en el caso de México, sus intereses estaban con los del Sur y no con los del Norte. Napoleón pensó mucho en la conveniencia de reconocer a

[81] Minuta de 12 puntos convenidos entre S. A. I. y el general Juan N. Almonte; sin fecha, en KMMA. Caja 8, OHHSA.
[82] Hidalgo a García Pimentel; París, 6 de abril de 1893, en *Cartas*, p. 247; edic. cit.

la Confederación, y sólo se detuvo porque sabía que la medida produciría pésimo efecto en la opinión pública francesa, contraria a cualquier apoyo que se prestase al esclavismo. En Inglaterra ocurría algo por el estilo, y si bien Merimée escribió años más tarde que algún día se maldeciría el nombre de Lord Palmerston "por la enorme falta que cometió al rehusar el reconocimiento de la Confederación del Sur en forma conjunta con nosotros"[83] fue porque don Próspero era un literato y no un político. Entonces, como en tantos otros casos, chocaron los intereses políticos exteriores con los interiores, y es razonable que Napoleón y Palmerston se resolviera por los últimos en detrimento de los primeros. Cortar las alas al águila americana no era tan fácil, y menos cuando las tijeras estaban en las desprestigiadas manos de quienes defendían la "peculiar institución", execrable a los ojos de Europa.

Era también plausible el propósito de atraer a la causa imperial no sólo a los jefes conservadores sino a los "demagogos", por más que fuera un mal principio utilizar el soborno para ese fin (los 200 000 dólares del punto 7º), y era por lo menos juiciosa la idea de establecer una Regencia que se encargara del gobierno mientras llegaban al país los nuevos soberanos, mas la idea de cifrar las finanzas del Imperio en la disposición de los bienes del clero equivalía a la adopción de la política juarista contra la que luchaban encarnizadamente la misma Iglesia y el partido conservador. Claro que se hablaba de establecer un Concordato con Roma para ese fin, pero tanto Maximiliano como Almonte contaban con los elementos de juicio necesarios para saber que ese arreglo era imposible —como lo fue al fin— cuando ni la Iglesia de México ni el Vaticano cejaban en la defensa de sus intereses temporales. Cierto que por un momento Maximiliano mostró interés en conocer las condiciones reales del país, tanto que en febrero pidió a Napoleón autorización para que su consejero Sebastián Schertzenlechner viajara a México con ese fin, aduciendo que "las oportunidades que con el apoyo bené-

[83] P. Merimée: Lettres a Panizzi, II, p. 258, París, 1881. Napoleón, en principio, llegó a pensar en el reconocimiento de los Estados del Sur, tanto que cuando Maximiliano le pidió que antes de dar ese paso exigiera de dichos Estados garantías para con el futuro de México, el Emperador encontró la idea "excelente" y dijo a Metternich que en esos términos plantearía el asunto al llegar el momento. Cifrado. Metternich a Rechberg; despacho 2; París, 8 de enero de 1862, en Frankreich Berichte, caja 71, P. A. 1862 OHHSA.

volo de V.M. se me deparan en México me imponen el deber de no descuidar punto alguno para que no me tomen desprevenido si llegan a realizarse".[84] Mas ésa fue sólo una de las golondrinas solitarias que no indican la llegada del verano.

Frente a ese intento de enterarse, de muy relativa eficacia, pues ¿qué información veraz podía allegarle Schertzenlechner sin conocer la lengua del país, sus costumbres y su historia?, Maximiliano siguió de frente en su intento de formular una política que, lógicamente, tenía que fracasar en su primer contacto con la realidad mexicana. Pretender servirse del poder moral de la Iglesia para echar las bases del nuevo régimen, y plantear la subsistencia de éste con base en los bienes de aquélla, era caer en una contradicción insalvable y condenar a muerte a la creatura nonata todavía.

84 Maximiliano a Napoleón; Miramar, 9 de febrero de 1862, en: KMMA, caja 7.

Capítulo cuarto

MUCHOS SUEÑOS Y PESADILLAS

1. Un baile de máscaras

Que Francia suscribiera la Convención de Londres deja lugar a pensar que Eugenia y Napoleón tragaron con todo y caña el anzuelo que tan amañadamente y durante largo tiempo les tiraron Levasseur, Gabriac, Hidalgo y tantos más, cuyo cebo era la seguridad de que "un partido considerable" se haría del poder tan pronto como las fuerzas aliadas se apoderasen de Veracruz y avanzaran a la capital, sospecha que prospera en apariencia porque el Emperador admitió en el artículo 2º del convenio londinense no ejercer influencia alguna en los asuntos internos del país, ni menoscabar el derecho de la nación mexicana "para escoger y constituir libremente la forma de su gobierno".

Bajo el doble supuesto de que el "partido considerable" aprovecharía la presencia de las fuerzas aliadas para hacerse del poder, y de que la acción armada estimularía la formación de otro gobierno aparte del de Juárez, los aliados podrían escoger con cuál de ellos tratar, que fue lo que hicieron los americanos en la favorable circunstancia de 1859. A mi juicio no cabe duda de que Francia suscribió la Convención de octubre porque tanto Eugenia como su marido confiaban en que las fuerzas expedicionarias se encontrarían con un gobierno —aparte del de Juárez— dispuesto a entrar en arreglos con ella. Que las cosas no resultaran de ese modo, y que el único gobierno existente fuera el de Juárez, sin que los jefes aliados advirtieran el menor signo de vida del "poderoso partido", permitió que el general Prim jugara sus cartas sin violar los términos de la Convención, y que echara a rodar los "planes ocultos" de Napoleón.

Pero además hay elementos para concluir que si bien Eugenia,

apasionada y crédula, tomó a pie juntillas los informes de Hidalgo, su marido sólo tragó del anzuelo lo que le convenía —digamos que la carnada—, cubriendo al mismo tiempo sus espaldas por si las cosas no resultaban como lo prometían sus agentes diplomáticos y los exiliados mexicanos en Francia. Seducido por el Gran Designio, no confirmó siquiera su punto de partida, o sea la existencia en México del "numeroso partido" que se haría del poder en presencia de las fuerzas expedicionarias, y no quiso comprobarlo porque deseaba embarcarse, y porque admitir sin mayor análisis el supuesto era recomendable para dorar la píldora a sus aliados y al mundo entero. Pero en las instrucciones secretas que Thouvenel proporcionó al almirante La Graviere, para su misión en México, el Emperador dejaba ver con qué fina maña se ponía en guardia frente al más grave de todos los riesgos:

> Perseguir en común la reparación de los agravios, y obtener garantías de poner a los residentes extranjeros al amparo de nuevas afrentas es, si puedo hablar así, el *terreno legal* del acuerdo entre Francia, Inglaterra y España.[1]

Mas el "terreno legal" era sólo punto de partida, pues era probable que el "partido numeroso" que existía en México quisiera aprovechar la ocasión para instalar un gobierno monárquico y de orden, a cuyo establecimiento no se opondrían España e Inglaterra. Mas aquí surge la cuestión espinosa, la que deja ver el doble juego:

> Pero ¿existe ese partido, y realmente se encuentra en condiciones de expresar sus miras con probabilidades de éxito? Éste es, mi querido Almirante, el punto que deberá ser motivo de sus entrevistas con el señor De Saligny y de nuestras más serias investigaciones. Tan generoso y útil es ayudar a una nación a salir del abismo, como sería temerario y contrario a nuestros intereses arriesgarnos en una aventura.[2]

Temía el Emperador que la premisa fundamental pudiera ser una simple hipótesis, y comprendía el riesgo de embarcar a Francia en una empresa tan aleatoria, pero también hallaba que el "terreno legal" del acuerdo suscrito en Londres —o sea el "fin ostensible" de la Convención— era tan elástico que se prestaba a cubrir los riesgos,

[1] Thouvenel a Jurien de la Gravière. Instrucciones confidenciales. París, 11 de noviembre de 1861, en AMAEF, vol. 57, ff. 15-20. La cursiva es nuestra.
[2] Thouvenel a Jurien de la Gravière; *op. cit., loc. cit. supra.*

> Si la nación permanece inerte —razonaba—; si ella no siente que nosotros le ofrecemos una tabla de salvación inesperada, si ella no se da a sí misma un sentido o una moralidad y las aplica en nuestro apoyo, es evidente que nosotros no tenemos más que atenernos a los términos de la Convención del 31 de octubre, y a no intentar otra cosa que ocuparnos de los intereses precisos en vista de los cuales ésta ha sido concluida.[3]

Con verdadero genio político cubría ambas posibilidades el hombre del 2 de diciembre: la de que fueran ciertas las noticias que le proporcionaron los emigrados y sus propios agentes diplomáticos, y la de que de buena o mala fe le hubiesen engañado. En el primero de los casos echaría mano de la fórmula neutral pactada en Londres para llevar a cabo una empresa de ribetes tan humanitarios como la salvación de la raza latina al otro lado del Atlántico, la liberación de un pueblo oprimido por una minoría demagógica aliada con los lobeznos del Destino Manifiesto, y en el segundo se contentaría con ajustarse a los "objetivos públicos" del pacto londinense. De inspirar a "la parte honesta y pacífica del pueblo mexicano" pasaría a la historia como el Salvador, y de no conseguir ese fin se contentaría con adoptar el papel más modesto de sus socios los ingleses, que sólo iban a cobrar. O Napoleón el Salvador, o Napoleón el Cobrador, una feliz alternativa sin riesgos.

Ahora bien, como al presentarse en Veracruz no encontraron los aliados oposición armada, ni apoyo por parte del "poderoso partido" tantas veces anunciado, obviamente Prim, Dunlop y el almirante Jurien se ajustaron a lo dispuesto por el Convenio y presentaron su ultimátum al gobierno de Juárez, acto con el que le reconocieron implícitamente su carácter de único al gobierno mexicano. Mas lo grave del caso fue que al llegar no tenían aún resueltas sus demandas, pues en Londres se habló genéricamente de las reclamaciones de cada uno sin llegar a definirlas, semilla ésta del futuro desacuerdo y rompimiento. Aunque por otro lado fuera también natural que las cosas se hicieran de ese modo, pues de lo contrario ¿habrían firmado In-

[3] *Ibid.*

glaterra y España de conocer las reclamaciones francesas y los alcances del "plan oculto"? Napoleón estaría seguro de que el gobierno mexicano jamás reconocería la deuda con Jecker, mas supondría también que "el otro" posible gobierno la admitiría. Y aun en el caso de que ese otro gobierno no apareciera por ninguna parte, haría la guerra con sus aliados hasta imponer sus demandas por la fuerza, ya que no parecía probable que por escrúpulos de este orden se diera marcha atrás a la empresa que comprometía a los ojos del mundo el honor de las potencias marítimas. De no haber tenido fe completa en la solidez de sus premisas, jamás habría autorizado que antes de firmarse la Convención se hicieran los primeros sondeos en Viena y Miramar sobre la candidatura del archiduque Maximiliano.

Todo ello explica la turbación que en las Tullerías produjeron las primeras noticias de Veracruz, donde Prim, Wyke y Jurien no hallaban la cuadratura al círculo. Desde la primera reunión de los comisionados, el 13 de enero, surgió la discordia cuando el inglés y el español se negaron a apoyar la reclamación francesa en beneficio de Jecker, por lo que al fin se concretaron a enviar un ultimátum, tan curioso que en vez de plantear exigencias perentorias advertía al gobierno mexicano que las tres potencias *no llegaban a reclamar* por los ultrajes recibidos sino "a tender una mano amiga y generosa" para ayudar al país a salir de su postración, interesadas por añadidura en "ser testigos" de su regeneración.[4] El ultimátum aliado era tan insólito que Juárez pudo responder que si no llegaban a reclamar eran bienvenidos; que si deseaban tenderle una "mano amiga y generosa" podrían de momento facilitarle recursos para salir de sus problemas, y que si pretendían "ser testigos" de la regeneración del país lo más lógico sería que se instalaran en La Habana, un estupendo puesto para disfrutar de tan fausto espectáculo. Aunque esto último lo sugiriera Doblado el 23 de enero, al invitar a los jefes aliados para que con sus escoltas pasaran a Orizaba con el objeto de ajustar las reclamaciones pendientes, reembarcando de inmediato al resto de sus fuerzas para no dar lugar a la injuriosa suposición de que tuvieran "otras miras más que las manifestadas en su nota del 14".[5]

[4] La nota colectiva angloespañola en AMAEF, vol. 57, ff. 105-107.
[5] Arrangoiz: *op. cit. supra*, cap. III, p. 23; edic. cit. *supra*.

Mas el ultimátum o nota colectiva no reflejaba la tontería de los señores comisionados sino el desacuerdo en cuestión tan seria como la de sus reclamaciones, por más que en París —y sobre todo en Madrid— no captaran de momento la razón ni los alcances de la disidencia. Thouvenel por ejemplo, tan pronto como tuvo conocimiento de la famosa nota conjunta, escribió a Calderón para lamentar que los plenipotenciarios no se hubieran ocupado de plantear sus demandas ni de exigir la reparación de los agravios, temeroso de que los mexicanos pudieran aprovechar la coyuntura para organizar la resistencia. Anunciaba que pondría en guardia al almirante Jurien "contra falaces negociaciones", y rogaba a su colega español que transmitiera análogas instrucciones al Conde de Reus.[6]

El 7 de marzo satisfizo Calderón los deseos de Thouvenel, y de paso reiteró su vieja convicción en el sentido de que la acción mancomunada sólo era posible sobre la base de que no se examinaron separadamente las reclamaciones, ya que, de hacerlo, se introduciría en el negocio graves motivos de divergencia, improcedentes cuando en su opinión existía la "presunción moral" de que las demandas de cada parte serían siempre "conformes a la justicia",[7] idea en la que insistía desde un mes antes por lo menos.[8] En cuanto a Thouvenel, el 21 telegrafió al almirante Jurien, descontento porque en vez de exigir desde luego la reparación de los agravios estampaba su firma en una nota que favorecía al gobierno mexicano, y permitía que una divergencia sobre el valor de las reclamaciones fuera obstáculo para llevar adelante las operaciones militares.[9] Turbias andarían las aguas en las Tullerías cuando Beyens escribía a su gobierno que el Emperador se mostraba descontento por la marcha del asunto de México, "tan contraria a sus intenciones",[10] y Metternich informaba al suyo que la Emperatriz, furiosa, arrojaba "fuego y llamas contra sus compatriotas".[11]

[6] Thouvenel a Calderón; París, 20 de febrero de 1862, en AMAEE, México, 1859-1867. Legajo 1653.
[7] Calderón a Prim; Madrid, 7 de marzo de 1862, en ALEM, caja 109, legajo XXX i.
[8] Calderón a Mon; 6 de febrero de 1862, en ALEM, *loc. cit. supra*.
[9] Thouvenel a J. de la Gravière; París, telegrama del 21 de febrero, y nota del 28 de febrero de 1862, en AMAEF, vol. 57. ff. 268 y vol. 58, ff. 279-282.
[10] Beyens a Rogier; despacho 169; París, 23 de febrero de 1862, en AMAECEB, vol. XX France 1861-1862.
[11] Metternich a Rechberg; París, 9 de marzo de 1862, en: OHHSA Frankreich Berichte, caja 72, P. A. IX.

Pero las nuevas y tajantes instrucciones de París y Madrid no podían llegar a tiempo para evitar el desenlace. Napoleón lamentaba que Prim, en vez de avanzar y hablar como dueño de la situación (*en maître*) se humillara ante el gobierno de Juárez, y que su Ayudante de Campo dijera en México "que pronto no habría ya monarquías en Europa",[12] pero al mismo tiempo confiaba en que la llegada de Lorencez cambiaría la situación, dado que según sus informes en México se detestaba a los españoles en la medida en que se amaba a los franceses.[13] Seguro de que el negocio seguiría por los cauces previstos, y de que el gobierno español censuraría la conducta de Prim y tomaría medidas para remplazarlo,[14] el Emperador destituyó al almirante Jurien, en desgracia porque según Eugenia se dejó "llevar a remolque por los españoles" en vez de tomar el asunto por su cuenta,[15] mas para su desgracia los acontecimientos de México marchaban a un ritmo superior a sus cálculos: el 2 de febrero comunicó Prim a Doblado que para que las fuerzas expedicionarias quedaran a salvo de los peligros de las tierras cálidas las llevaría a Orizaba y a Jalapa, y el 4 contestó Doblado que el gobierno se vería en la necesidad de cerrarles el paso mientras no se conocieran sus intenciones.[16]

Era muy obvio que los mexicanos se proponían mantener a los expedicionarios en la zona mortífera de las tierras bajas para que el vómito diera buena cuenta de ellos, y lo era también que los aliados carecían de medios para avanzar "en maître" —o sea por la fuerza—, como el mismo general Prim lo confesó más tarde: "Si hubiésemos tenido que marchar en son de guerra en la fecha que marchamos en son de paz, no hubiéramos podido salir de Veracruz. No, no y mil veces no. Tengo demasiada experiencia en esas cosas para haber expuesto a las armas de Castilla a una catástrofe".[17] Los preliminares de la Soledad, que Prim y Doblado ajustaron el 19 de

[12] Napoleón a Maximiliano; París, 7 de marzo de 1862, en Conte Corti: Apéndice a *op. cit.*, p. 634; edic. cit. *supra*.
[13] Napoleón a Maximiliano: *op. cit.*, *loc. cit. supra*.
[14] Beyens a Rogier, despacho 233; París, 14 de marzo de 1862, en AMAECEB, vol XX. France 1861-1862.
[15] Metternich a Rechberg, despacho 22-C; París, 23 de marzo de 1862, en *arch. cit.* Frankreich Berichte, caja 72, P. A. IX. OHHSA.
[16] Arrangoiz, *op. cit.*; t. III, p. 23; edic. cit. *supra*.
[17] Prim en el Senado español; sesiones del 10 al 12 de diciembre de 1862, en: AHDM, t. XXV, p. 174; edic. cit. *supra*.

febrero, permitieron que las fuerzas angloespañolas salieran de México "en son de paz", pero fueron también el golpe de muerte de la Intervención:

> Supuesto que el gobierno constitucional ha manifestado a los comisarios de las potencias aliadas que no necesita el auxilio que benévolamente han ofrecido al pueblo mexicano, pues tiene en sí mismo los elementos de fuerza y de opinión para conservarse contra cualquier revuelta intestina, *los aliados entran desde luego en el terreno de los tratados, para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones.*[18]

Podrá imaginarse el efecto que los Preliminares de la Soledad produjeron en Europa —sobre todo en París—, donde se entendió que el convenio dejaba en el aire las miras ocultas de Napoleón. La nueva situación era tan clara que aunque según Metternich el Emperador se empeñaba en seguir adelante, y en que España marchara de acuerdo con sus ideas, la confusión que produjo el Convenio fue tan grande que el mismo Embajador de Austria confesaba que, de no ser tan sólida la confianza que depositaba en la habilidad de Napoleón, creería llegado el momento de renunciar a la candidatura de Maximiliano.[19]

Antes de que en Orizaba se tomara la decisión de reembarcar Metternich daba por cierto que los ingleses lo harían, paso que si bien desde el ángulo francés podría ser un consuelo —por cuanto no provocarían mayores problemas— desde el punto de vista austriaco desplazaba "una de las condiciones de nuestra aceptación eventual".[20] Los franceses mismos principiaban a ver la situación tan clara que cuando el 8 de abril habló con Thouvenel el Encargado español de Negocios, y éste le dijo que los mexicanos exiliados estaban muy

[18] El texto de los Preliminares de la Soledad en AHDM, t. XXV, p. 97 edic. cit. *supra*. Las cursivas son nuestras. Juárez anotó en sus apuntes correspondientes al 13 de abril lo siguiente: "Las instrucciones que se dieron a Doblado son que si los aliados no reconocen al gobierno constitucional, y no ofrecen respetar la soberanía e independencia de la nación en todas sus consecuencias, no convenga en dar permiso para que las tropas extranjeras tomen cuarteles en Jalapa y Tehuacán". Epistolario, cap. IX, p. 159; México, 1957.
[19] Metternich a Rechberg, despacho 24-A-B, París, 1o. de abril de 1862, en caja 72 P.A. IX, OHHSA.
[20] Metternich a Rechberg; despacho 24-B; París, 1o. de abril de 1862, OHHSA; *loc. cit. supra*.

mal informados sobre la situación real de su país, el Ministro francés convino en ello.[21] Una cierta desazón invadía el mundillo oficial de París. "Hoy por hoy el asunto no tiene buena cara", escribía Merimée a la Condesa de Montijo,[22] madre de la Emperatriz.

Los Preliminares de La Soledad marcan el acontecimiento más importante de esos días, pues gracias a la genial habilidad de Doblado el gobierno mexicano logró introducir en el *gentlemen's agreement* de Londres un elemento de tan singular importancia perturbadora que puso fin a la alianza y dejó a Francia sola en la empresa. España, aunque censuró la conducta de Prim en el caso del ultimátum, se conformó con el *fait accompli* de La Soledad, e Inglaterra hizo lo mismo, convencido Lord Russel, además, de que desde el punto de vista español la solución adoptada en La Soledad era la más prudente, dado que el establecimiento de un Imperio a las puertas de los Estados Unidos terminaría por poner en peligro las posesiones de S.M.C. en Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.[23] En abril, sólo el Embajador belga esperaba que un pronunciamiento se produjera en la capital mexicana tan pronto como avanzaran las fuerzas francesas.[24] Sólo él confiaba, todavía, en la promesa de Hidalgo y los exiliados.

El Conde de Reus, por lo demás, jugaba sus cartas magistralmente, resuelto no sólo a responder a la confianza de su gobierno sino a justificarse ante Napoleón, con quien estuvo en las aguas de Vichy donde según Hidalgo se hizo su amigo muy adicto, y deseoso de quedar bien con Dios y con el diablo escribió al Emperador la famosa carta del 17 de marzo[25] con motivo tanto de la llegada de Almonte, Haro y Miranda a Veracruz, con Lorencez y los nuevos efectivos franceses, como de que Jurien sostuviera en Tehuacán que

[21] Gaspar Muro a Calderón; despacho 132; París, 9 de abril de 1862, en AMAEE legajo 2549.

[22] Lettres de Prosper Merimée a la Comtesse de Montijo, publieés par les soins du Due d'Alba. Preface de Gabriel Hanotaux, vol. II, p. 207; París, 1930.

[23] Antonio González, encargado de Negocios de España a Calderón; Londres, 12 de abril de 1862, en AMAEE; legajo 2549. Metternich informaba que aunque el gobierno español había desaprobado la conducta de Prim, parecía hacerlo "de mala gana", temeroso de herir las susceptibilidades del General. Despacho 28, a Rechberg; París, 22 de abril de 1862, en PAFB, caja 72, OHHSA.

[24] Beyens a Rogier; París, 18 de abril de 1862, en AMAECE, vol. XX France, 1861-1862.

[25] Prim a Napoleón; Orizaba, 17 de marzo de 1862, en AMAEE, México, 1859-1867, legajo 1625.

los tres gobiernos aliados estaban de acuerdo en apoyar la candidatura de Maximiliano, punto en el que tenía la "absoluta evidencia" de que no eran tales las miras del gobierno español.[26]

En la carta a Napoleón decía Prim que la llegada de los exiliados mexicanos, con el proyecto de una monarquía en favor del príncipe Maximiliano, terminaría por provocar una situación difícil para todos y "angustiosa" para él en lo personal, ya que instruido por su gobierno para sujetarse y observar lo dispuesto por la Convención de Londres, "se vería en el caso de no poder coadyuvar" a la realización de las miras francesas en el caso de pretender "levantar un trono en este país", donde por lo demás tenía la convicción de que había pocos hombres de sentimientos monárquicos, tanto que en los dos meses que llevaban en Veracruz, Córdova, Tehuacán, ni los monárquicos ni los conservadores habían hecho la menor demostración, "siquiera para hacer ver a los aliados que tales partidarios existen". Reconocía el de Reus que el Emperador contaba con el poder necesario para levantar un trono y sentar en él a Maximiliano, pero advertía también que para ese fin se contaría sólo con el sostén de los jefes conservadores, quienes no pensaron establecer la monarquía cuando estuvieron en el poder, y la promovían "hoy que están emigrados, dispersos y vencidos". También algunos hombres ricos lo apoyarán —concluía— para abandonarlo el día en que el respaldo de Francia les falte, "y el Monarca caerá del trono elevado por V.M. el día en que el manto imperial de V.M. deje de cubrirlo y escudarlo".[27]

Con más bellos y certeros conceptos, si cabe, cerraba Prim su despacho el 29 de marzo a Calderón Collantes:

> Si por culpa del gobierno de México hubiera lugar a un rompimiento, o si en nuestros movimientos fuésemos molestados por las fuerzas mexicanas; en fin, si se presentara razón legítima para declarar la guerra a este gobierno, la declararemos noble y lealmente, sin buscar pretextos bastardos... Pero si se quiere crear violentamente y por la fuerza de las armas una Monarquía contra la voluntad de la nación, las fuerzas españolas no darán su ayuda a semejante proyecto mien-

[26] Prim a Calderón; despacho 24. Orizaba, 29 de marzo de 1862, en *arch. cit.* México 1855-1861; legajo 2549.

[27] Prim a Napoleón; *op. cit., loc. cit. supra.*

> tras yo me encuentre a su cabeza, antes bien, desde la capital misma emprendería mi retirada hasta el Puerto y llevaría a cabo el reembarque, seguro de que tal proceder daría a España más prestigio en México, y en todos los estados hispanoamericanos y en el mundo entero, que una serie de victorias conseguidas en defensa de una mala causa, y cualquiera que sea el gobierno que en lo futuro se establezca en México guardará más consideraciones al de España que al de cualquier otra nación.[28]

Al terminar el mes de marzo el Alto Mando aliado era una cena de negros, pues la llegada de Lorencez con los exiliados —más la cándida confesión del almirante Jurien— había dejado sin máscara a los personajes más importantes del baile. No era posible, sin embargo, que cada uno levantara el campo unilateralmente, pues si llegaron juntos era razonable también que juntos decidieran la ruptura, y para ese fin resolvieron convocar en Córdova, el 9 de abril, a una conferencia en la que cada quien tomara "el partido más conforme con las miras y propósitos de su gobierno".[29]

Todavía ese día —el 9—, Wyke y el Conde de Reus propusieron que no se adoptaran resoluciones definitivas hasta conferenciar con los delegados mexicanos el 15 de abril, pero Saligny y Jurien llevaban en el bolsillo la reprimenda que Napoleón les envió por los Preliminares, y se negaron. Ambos comprendían que de concurrir a la reunión con los mexicanos quedarían atados de pies y manos, y para cubrir el expediente adujo Saligny que el gobierno mexicano no cumpliría los nuevos compromisos, y que en consecuencia sería inútil esperar seis días más. Prim atacó la imputación, pues ¿por qué se negaban los franceses a dar crédito a las promesas solemnes del gobierno mexicano? Cuando Wyke preguntó a Saligny si era cierto que no daba a los preliminares de La Soledad ni el valor del papel en que se habían escrito, el Conde respondió "que no abrigaba ni la menor confianza" en las promesas del gobierno mexicano. "¿Qué podíamos hacer los representantes de España e Inglaterra en tal situación?", se preguntaba Prim:

> Retirarnos; no cooperar al buen éxito de proyectos que no entraban

[28] Prim a Calderón, en *op. cit., loc. cit. supra.*
[29] Prim a Calderón; Orizaba, 4 de abril de 1862, en AHDM. t. XXV, p. 93; edic. cit. *supra.*

> en las miras de nuestros gobiernos, ni autorizar con la presencia de nuestras fuerzas la serie incalculable de males que tendrá que sufrir esta desventurada nación. Ya en mi correspondencia anterior he dado cuenta a V. E. de que ésta sería mi resolución, y hoy me veo en el caso de llevarla a efecto a pesar de su mucha gravedad y aceptando toda la responsabilidad de mis actos.[30]

La retirada angloespañola significaba la guerra. "Acabo de tomar una determinación que preparaba hace un mes —escribió el almirante Jurien a Napoleón; las hostilidades van a iniciarse".[31]

2. Aplausos y protestas entre el público

Tan pronto como se conocieron en Europa los Preliminares de La Soledad, los más avisados concluyeron que la cláusula de no intervención, consignada en la Convención de Londres, distaba de ser una pura fórmula para ingleses y españoles como llegó a propalarlo don José María Gutiérrez Estrada. Ahora saltaba a la vista que no existía la menor posibilidad de acuerdo en ese punto, y también que Inglaterra, aunque indiferente a que se estableciera o no una monarquía con Maximiliano en el trono, se había negado en términos absolutos a garantizar su subsistencia,[32] decisión empeorada por la circunstancia de que, también en marzo, Washington envió instrucciones a sus ministros en Madrid, París y Londres para que protestaran por el proyecto monárquico. "Ningún imperio establecido por armas extranjeras y en presencia de naves extranjeras tendrá la menor posibilidad de consolidarse en México", amenazaba el Secretario de Estado.[33]

El gobierno mexicano "lamentó profundamente" el rompimiento aliado puesto que malograba la genial jugada política de Juárez y Doblado, quienes aún así pretendieron capitalizar la retirada angloespañola para exhibir a Francia en la picota internacional. "Abrigo

[30] Prim a Calderón; despacho 28; Orizaba, 26 de abril de 1862, en AHDM; *loc. cit. supra.*
[31] Jurien a Napoleón; Orizaba, 10 de abril de 1862, en AMAEF, vol. 57; ff. 520-524.
[32] Beyens a Rogier, despacho 286; París, 28 de marzo de 1862, AMAECE, vol. XX, France 1861-1862.
[33] Tassara a Calderón; despacho 59, Washington, 11 de marzo de 1862, en AMAEE, México, 1855-1861; legajo 1653.

la íntima persuasión —escribió Doblado a Prim— de que no hay motivos para que continúen interrumpidas las relaciones de dos pueblos hermanos y de costumbres idénticas; si usted se presta, yo iría violentamente a Orizaba o al punto que usted me designe."[34] A Mr. Wyke dirigió una nota por el estilo, en la que sólo eliminó lo de "pueblos hermanos" y "costumbres idénticas" y ambos, Prim y Wyke aceptaron acudir a la reunión,[35] mas el curso de los acontecimientos impidió tanto la junta como "el día de gloria" de la reconciliación entre México y España al que aludió Doblado en su nota a Prim. Y tan esperado día quedó pendiente por unos años más.

Como era de suponerse, la noticia del reembarco de los efectivos angloespañoles produjo vivas y diversas reacciones en los círculos políticos de América y Europa. En Washington, por ejemplo, todos se preguntaban si el general Prim obró de acuerdo con instrucciones secretas o si su conducta sería desaprobada y regresaría la expedición,[36] mas en tanto que el Ministro de Francia en los Estados Unidos presionaba a su colega español para que aconsejara que las fuerzas de su país volvieran a México,[37] los ministros de "la otra América" —como Tassara llama a los diplomáticos hispanoamericanos— reaccionaban en la misma línea del gobierno mexicano, y "lamentaban" la retirada de las fuerzas españolas.[38] "Los ministros de la otra América —reiteraba un mes más tarde—, ven con malos ojos la retirada española, pues han cambiado de opinión y ahora consideran que la presencia de esas tropas es salvaguarda de la Independencia y las instituciones".[39]

Tassara mismo anduvo al principio desorientado, pues al saber que el Capitán General de Cuba se oponía al retiro de las fuerzas españolas apoyó su actitud, argumentando que dejar a Francia sola era tanto como allanar el camino para que cualquier arreglo con México se hiciera sin España, con el consiguiente incremento de la in-

34 Arrangoiz; *op. cit. supra*, t. III, p. 63; edic. cit.
35 Prim y Wyke a Doblado; Orizaba, 16 de abril de 1862, en: ALEM, caja 116, legajo 1.
36 Tassara a Calderón; despacho 101; Washington, 9 de mayo de 1862, en AMAEE, México, 1859-1867; legajo 1653.
37 Tassara a Calderón; *op. cit. supra*.
38 Tassara a Calderón; despacho 95, cifrado; Washington, 2 de mayo de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra*.
39 Tassara a Calderón; despacho 115; Washington, 30 de mayo de 1862, en AMAEE; México 1859-1867, legajo 2549.

fluencia francesa en el país,[40] pero cinco días más tarde cambió de opinión —seguramente bajo la influencia de los ministros de "la otra América"—, para concluir que el rompimiento haría a España "un inmenso bien" al situarla ante los mexicanos como "una amiga desinteresada",[41] con la ventaja adicional de que Madrid podría adoptar el papel de mediador entre México y Francia, hasta proponer la reunión de un Congreso en el que estuvieran representadas las repúblicas de "la otra América".[42]

Don Gabriel Tassara había descubierto por lo visto el huevo de Colón, y el gran banquete que en junio reunió a los hispanoamericanos de Nueva York en un acto de homenaje a España le abrió los ojos en cuanto a la conducta de los Estados Unidos y a las posibilidades de la hispanidad. "La reconciliación de las dos ramas de la familia española —escribió a Madrid en clave—, es un fantasma que inquietará siempre a este país, y para desvirtuar los efectos de los últimos acontecimientos se recurre a distinciones entre la conducta del general Prim y la política del gobierno español, a dudas sobre nuestras intenciones de respetar el régimen republicano en las naciones de la otra América, a vulgaridades y estupideces que nosotros mismos, los españoles, somos lo bastante cándidos para acreditar".[43] El Ministro de España sospechaba que tales ideas, propaladas por la prensa neoyorquina, habían salido nada menos que de la Secretaría de Estado, y sabía que Mr. Seward habló con algunos ministros de "la otra América" para atenuar los efectos de la acción española, dado que "la idea de una unión interna entre España y los pueblos hispanoamericanos" resultaba tan antipática en los Estados Unidos como simpática tendría que ser en España. La prensa repetía que los españoles eran sólo instrumento de los franceses, y el embajador de Francia en Washington presionaba a su colega en pro de un nuevo entendimiento, pero Tassara contaba ya con ideas perfectamente definidas: "Por mi parte le he dicho (a Mercier) que

40 Tassara a Calderón; despacho 92; Washington, 27 de abril de 1862, en AMAE, legajo 163.
41 Tassara a Calderón; despacho 95; cifrado. Washington, 2 de mayo de 1862, en AMAEE; *loc. cit. supra*.
42 Tassara a Calderón; despacho 101; Washington, 9 de mayo de 1862, en AMAEE; *loc. cit. supra*.
43 Tassara a Calderón; despacho 132, cifrado. Washington, 23 de junio de 1862, en AMAEE, legajo 2549.

en el estado a que han llegado las cosas no creo que para nosotros sea solución el establecimiento de ninguna monarquía, y que la política que yo trato de inspirar a mi gobierno es la unión más estrecha con la otra América".[44] De todo el enredo intervencionista, pensaba el Ministro, Francia tendría que salir más pequeña y España más grande: "De América es de donde volveremos a salir otra vez verdaderamente grandes, sin hacer ni soñar más reconquista que la reconquista bien fácil de nuestra influencia".[45] No estaría por demás que en las ciudades de la América española se destine una calle —antes de que se acaben— a honrar la memoria de don Gabriel Tassara, uno de los muy pocos hombres que en el siglo XIX tuvo fe en ella.

La noticia del rompimiento fue, en Francia, la explosión inesperada que produce el consiguiente desconcierto. Inicialmente "irritadísimos" tanto Eugenia como su marido, y no tanto por la conducta de Prim cuanto porque el gobierno de S.M.C. se dignó aprobarla,[46] la Emperatriz llegó a sugerir al Encargado español de Negocios que el incidente "podría alterar las relaciones entre los dos países",[47] mas el enojo vino a menos tan pronto como se cotejaron las ventajas del rompimiento con los objetivos finales de la empresa. El gobierno pidió a los periódicos que moderaran su lenguaje hacia España, y la confianza renació una vez que se tuvo la seguridad de que la decisión que Prim adoptó en México no afectaría las relaciones entre ambos países, al menos en la medida que inicialmente llegó a temerse.[48]

Los acontecimientos tenían a Eugenia fuera de quicio, pero así y todo, tan "irritada" como estaba según Beyens, puso al mal tiempo

[44] Tassara a Calderón; despacho 135; Washington, 27 de junio de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*

[45] Tassara a Calderón; despacho 141; Washington, 15 de julio de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*

[46] Beyens a Rogier; despacho 432; París, 8 de mayo de 1862, en AMAECEB, *loc. cit.* También Metternich a Rechberg; telegrama cifrado; París, 18 de mayo de 1862, en OHHSA, *loc. cit. supra.*

[47] Muro a Calderón; telegrama cifrado; París, 20 de mayo de 1862, en AMAEE. Francia, legajo 2550. Así lo daba por cierto también Metternich al telegrafiar a Rechberg: "Es dürfte dieser Umstand zu grösseren Spannungen mit Madrid Anlass geben". Telegrama No. 30, París, 20 de mayo de 1862, PAFB, *loc. cit. supra.*

[48] Muro a Calderón; telegrama cifrado; París, 21 de mayo de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*

buena cara y se sumó a la alegría de los exiliados mexicanos, que ellos sí estaban hasta la coronilla del "funesto Calderón Collantes". El 17 de julio se dirigió a la archiduquesa Carlota para informarle que el general Lorencez era ya dueño del país; que las adhesiones de generales y ciudades llegaban a su mesa todos los días, y que la nación entera ponía sus esperanzas en la Monarquía.[49] En cuanto al rompimiento, lo explicaba y aplaudía porque estaba segura de que Prim trabajaba en México para sus propios fines, y sobre todo porque mientras actuaron las tres potencias de consuno ningún mexicano se les unió, en tanto que ahora todo mundo cerraba filas en torno de Almonte, "apenas ayer proscrito". La carta tenía el mal disfrazado propósito de tranquilizar a la Archiduquesa, a quien seguramente no calentaba el sol desde que conoció los últimos sucesos mexicanos: "El próximo correo nos traerá probablemente la noticia de la llegada a México —vaticinaba— ¡Henos aquí, sin aliados gracias a Dios!".[50]

En cuanto a Napoleón, se consolaba pensando —según Metternich— que el gobierno inglés le dejaría por fin en la libertad de actuar y no se opondría más a sus designios, aunque también, a juicio del diplomático austriaco, la retirada angloespañola complicaba la situación desde el punto de vista de las garantías que Viena exigía en beneficio de Maximiliano.[51] Casi dos meses más tarde lamentaba el Embajador que si por un lado las cosas habían llegado a tales extremos, por el otro no podía negarse que ahora eran mayores las posibilidades de éxito, puesto que una vez libre de trabas impuestas por sus aliados, Napoleón se hallaba en condiciones de actuar con mayor eficacia.[52]

Claro que desde este ángulo las ventajas eran patentes, pero por otro lado no era remoto que el Archiduque advirtiera en lo ocurrido algunos signos ominosos para con el futuro de su presunto reinado. Por fortuna para Napoleón, Eugenia y los exiliados, Maximiliano no aprovechó la lección que gratuitamente recibía, pues si bien al

[49] Eugenia a Carlota; París, 7 de junio de 1862 ,en KMMA; caja 7. También la reproduce Conte Corti en el Apéndice de *op. cit. supra.* p. 636; edic. cit.

[50] Eugenia a Carlota: *op. cit., loc. cit. supra.*

[51] Metternich a Rechberg; despacho 24-B; París, 1o. de abril de 1862, en OHHSA, *loc. cit. supra.*

[52] Metternich a Rechberg; despacho 33-A-D; París, 22 de mayo de 1862, en OHHSA; *loc. cit. supra.*

comenzar junio circuló en París la noticia de que había escrito al Emperador para decirle que la actitud de Inglaterra y España —amén de que los Estados Unidos no tolerarían el establecimiento de un Imperio en México— anulaban las condiciones que impuso para su aceptación,[53] Beyens informó luego a su gobierno que aunque Napoleón recibió esa carta, nada contenía destinado a liberarlo de "sus promesas", pues si bien Maximiliano insistía todavía en el apoyo inglés, no parecía resuelto a renunciar a su candidatura si para ella contaba con el respaldo de Francia.[54]

Obviamente Beyens, que adoptaba el punto de vista francés, no justificaba el proceder de Prim, quien al tanto según él de las miras secretas de Napoleón sobre Maximiliano no protestó sin embargo.[55] Razonaba que no a los generales sino a los gobiernos competía resolver problemas como los que surgieron en México, y se hacía solidario de las preguntas que Thouvenel planteó al gobierno español —"verdaderos desafíos a respuestas razonables"—, una de las cuales aludía insidiosamente a que la Reina se hubiera hecho representar por un general de ideas republicanas y simpatías juaristas. De atribuirse a la Convención de Londres sólo "el fin mezquino" de obtener compromisos sobre cuestiones pecuniarias por parte "de un gobierno sin fe o respetabilidad" —concluía Beyens—, más hubiera valido quedarse en casa y no haber emprendido un viaje tan costoso.[56]

Calderón Collantes, por su parte, comunicó a Prim el 22 de mayo que la Reina y el Consejo de Ministros se habían dignado aprobar su conducta "en las difíciles circunstancias en que se ha encontrado, y la decisión de reembarcar las tropas de la expedición a su mando",[57] y se dispuso a sortear la inminente tormenta, la interior

[53] Beyens a Rogier; despacho 256; París, 2 de junio de 1862, en AMAECEB, *loc. cit. supra.*
[54] Beyens a Rogier; despacho 552; París, 8 de junio de 1862, en AMAECEB; *loc. cit. supra.*
[55] Beyens a Rogier; despacho 478; París, 20 de mayo de 1862, en AMAECEB, *loc. cit. supra.*
[56] Beyens a Rogier; despacho 512; París, 28 de mayo de 1862, AMAECEB, *loc. cit. supra.*
[57] Calderón a Prim; minuta rubricada; Madrid, 22 de mayo de 1862, en AMAEE, 1859-1867; legajo 2549.

que le deparaban los partidarios de la línea dura contra México, y la que con toda seguridad llegaría por el lado de Francia.

No era difícil para el Ministro de Estado defender la posición española si se piensa que le bastaba con echar mano de la Convención de Londres, pues si bien los aliados llevaron sus fuerzas a México en espera de que se produjera allí una reacción favorable al establecimiento "de un gobierno sólido y estable", de ninguna manera pudo pensarse en el empleo de medios directos —y menos todavía coercitivos— "para asegurar ese resultado".[58] Para colmo de bienes se supo en Madrid en los primeros días de junio que el gobierno inglés aprobaba la conducta del general Prim en México,[59] y la noticia comunicó mayores arrestos a don Saturnino, sobre todo para contestar las preguntas que Thouvenel planteó —las que según Beyens eran "un desafío a respuestas razonables"—, en el sentido de que ningún derecho tenía el Ministro francés de Asuntos Exteriores "para calificar de republicanos a los jefes que mandan las fuerzas españolas", cuando en sana lógica no era posible que dichas fuerzas combatieran en alianza con las que se proponían "realizar un pensamiento que no ha estado en el ánimo del gobierno que ha enviado las otras".[60]

Mas la sangre no llegaría al río porque ni el gobierno de París —con el compromiso de una campaña lejana encima y con una Emperatriz española en el trono— deseaba llevar las cosas hasta los extremos del rompimiento, ni el de Madrid podía tener el más remoto interés en un conflicto con Francia. Tal era la decisión de ambos gobiernos cuando Thouvenel instruyó a Barrot, embajador en España, para que dijera a Calderón que Francia respetaba la decisión del gobierno de S.M.C. en punto a la conducta de Prim, aunque al consumarse el rompimiento de Orizaba "ninguna ofensa se hubiera vengado ni reparado perjuicio alguno". Lamentaba el ministro, para terminar, que los franceses tuvieran que consumar solos una tarea en la que habían estado "contentos y orgullosos de com-

[58] Calderón a Muro; minuta del 21 de mayo de 1862, en *arch. cit.*, *loc. cit. supra.*
[59] González a Calderón; telegrama 4769; Londres, 23 de mayo de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*
[60] Calderón a Muro; minuta rubricada; Madrid, 8 de junio de 1862, en AMAEE, legajo 2549.

partir los peligros con la gloriosa armada española"[61] y dobló la hoja del conflicto. Faena digna del Chiclanero que los españoles aplaudieron a morir porque, según Metternich, esperaban "recriminaciones violentas",[62] y aunque según Merimée nadie entendiera en París cuál era el interés de Francia en México ni cómo se llegó a transigir con la actuación del general Prim.[63]

Todos aparecían dispuestos a olvidar el mal rato cuando un acontecimiento —éste sí que inesperado— turbó la calma y dio nueva cuerda al resentimiento. El 28 de abril forzaron los franceses el paso de Acultzingo, y la escaramuza proporcionó a Lorencez la oportunidad para enviar a París un parte digno de Solferino o Sebastopol. Lorencez era un pobre diablo, intolerable para sus mismos servidores, y más todavía para quienes, en razón de rango o circunstancias, sentíanse avocados a diverso tratamiento. Rompió recién llegado con Saligny, tal vez por la imposibilidad de que aleznas parecidas llegaran a picarse, principiando con Almonte dio con la puerta en las narices a los mexicanos, por lo que don Juan Nepomuceno, "a pesar de toda su flema", terminó por perder la paciencia. En un despacho confidencial, en vísperas del ataque a Puebla, Saligny practicaba un análisis del frustrado héroe del 5 de mayo: "Espíritu tímido, adormecido, perezoso por no decir extinguido; carácter débil, incapaz de iniciativas propias a la vez que de recibir las ajenas; jamás pide consejo, y desconfía de los que se lo dan, uniendo a todo ello una susceptibilidad enfermiza".[64]

El conde Lorencez era por lo visto un estuche de perfecciones, tanto que cuando el 4 de mayo llegaron a su campo algunas fuerzas mexicanas, con el fin de participar en el asalto, el francés las mandó a paseo. Allí también aconsejó Almonte que el ataque se emprendiera con un golpe sobre las tapias del convento del Carmen, a sus ojos el punto más vulnerable en las defensas de la plaza, mas el Conde resolvió emprenderlo sobre los fuertes de Loreto y Guadalupe, los puntos fuertes. Tal y como lo había descrito Saligny en

[61] Thouvenel a Barrot; instrucciones para hacerlas llegar a Calderón; París, 10 de junio de 1862, en AMAEE; *loc. cit. supra*.
[62] Metternich a Rechberg; despacho 41-B; París, 25 de junio de 1862, en OHHSA; Frankreich Berichte, *loc. cit. supra*.
[63] P. Merimée: Lettres a la Comtesse de Montijo; 3 de junio de 1862, vol. II, p. 212.
[64] Saligny a Thouvenel. Confidencial. Quecholac, 2 de mayo de 1862, en AMAEF, vol. 58, ff. 400-401.

su nota confidencial del día 2, el general Lorencez era un mentecato. Petulante por añadidura, como buen francés. La petulancia ha causado en Francia más víctimas que los alemanes.

Y sin embargo Napoleón confiaría en el genio militar de Lorencez pues el 7 de junio —ignorante todavía del mal rato— escribió a Maximiliano para decirle que las noticias de México "eran muy buenas", una vez libres de las ridículas gestiones que Prim emprendió cerca del gobierno mexicano; que si la ciudad de Puebla se pronunciaba en favor de la Intervención el resto del país la seguiría, y que sus representantes tenían instrucciones de no apoyar en México la formación de un gobierno cualquiera sino precisamente de una monarquía, siempre sobre la base de que hubiera en el país partidarios de esa forma de gobierno y esperanzas de su estabilidad. "El general Lorencez me dice que cuenta con estar en la ciudad de México a más tardar el 25 de mayo", concluía.[65]

Mientras tanto, océano de por medio, había ocurrido lo que es del dominio público: el general Lorencez atacó Puebla el 5 de mayo, y bajo el acoso de los hombres de Zaragoza tuvo que contramarchar a sus posiciones en el Chiquihuite. Más que una derrota, lo que sufrieron los franceses en Puebla fue un descalabro de los que no tuercen el curso de una campaña, y así lo entendieron en París. Mas las consecuencias *políticas* de la acción del 5 de mayo resultaron tan grandes a corto como inmensas a largo plazo, contándose entre las primeras que la estrella de Hidalgo perdiera brillo y que naufragara la confianza en que la campaña de México fuera sólo un paseo militar, y, entre las segundas, que mientras se planeaban las nuevas operaciones militares, los ejércitos de la Unión se recuperaban de los reveses iniciales y tomaban la iniciativa en la guerra civil americana.

Aunque en París se trató de restar importancia al fracaso de Puebla, lo cierto fue que la noticia afectó a Napoleón y sobre todo a Eugenia, quien según el Ministro de Bélgica deseaba que el pabellón español siguiera al francés en la expedición lejana, y quien ahora, "muy penosamente impresionada", atribuía el mal rato "a

[65] Napoleón a Maximiliano; París, 7 de junio de 1862, en KMMA, caja 7, Conte Corti reproduce también esta carta en *op. cit. supra*. Apéndice, p. 634; edic. cit.

la súbita retirada del general Prim".[66] Mas peor todavía la pasaba Hidalgo, sobre todo porque Lorencez había tenido la ocurrencia de disculpar su fracaso con el argumento que él esgrimió mil veces en Biarritz, en Compiègne y en las Tullerías: que la marcha de los soldados franceses hasta la capital de México sería una caravana triunfal entre una lluvia de flores.

> La marcha sobre México —dijo Lorencez en la proclama que dirigió a sus hombres el 6 de mayo— ha sido detenida por obstáculos materiales que no debíais esperar según las noticias que se os habían dado. Se os repitió cien veces que la ciudad de Puebla os llamaba con todos sus votos y que su población acudiría solícita a recibiros, cubriéndoos de flores. Con la confianza inspirada en esas seguridades engañosas nos hemos presentado frente a Puebla...[67]

No, Hidalgo no podrá recordar "sin punzante emoción" lo que ocurrió en la Corte al recibirse la noticia, cuando "no hubo improperio" que no se aplicara a los exiliados por los "informes equivocados" que habían dado. Dice Hidalgo que el 14 de junio recibió un recado de Pepa —ama y confidente de Eugenia—, para que se presentara de inmediato en Fontainebleau.

> Aunque fue por culpa exclusiva de los franceses el descalabro de Puebla —escribió Hidalgo—, me presenté allí aterrado aunque tranquilo en apariencia. Así me encontré a la Corte, pero ni una queja, ni una indirecta. Todos tristes, aunque tranquilos. El Emperador, sombrío y meditando; la Emperatriz nerviosa, pero dominada. Me recibieron como siempre, y la Emperatriz me dijo que me fuera a vivir con ellos unos días. A nadie se convidó, no hubo las fiestas y cacerías al ciervo de costumbre, todo presentaba un aire de tristeza del que participaba el séquito de los Emperadores. El primer día apenas se habló en la mesa; el Emperador no hacía más que quitarse y ponerse el anillo nupcial. Una dama, la condesa de Reyneval me dijo algún tiempo después: 'Yo creí que le iban a lapidar', porque oyó lo que decían entre el público. Entonces comprendí por qué la Emperatriz quiso que me

[66] Beyens a Rogier; despacho 584; París, 21 de junio de 1862, en AMAECEB, vol. XX. France 1861-1862. "Todo se hace caer sobre la cabeza de la Emperatriz", escribió Merimée a la Condesa de Montijo el 9 de julio. Lettres a la Comtesse de Montijo, vol. II, p. 213, edic. cit.
[67] La Proclama en Zamacois: *op. cit. supra*, t. XVI, p. 193; edic. cit. *supra*.
[68] Hidalgo: Apuntes para... en *Cartas*, p. 44; edic. cit. *supra*.

> alojase con ellos durante diecisiete días, para sustraerme a la vista de los demás, ¿qué mayor prueba de justicia y de bondad?[68]

Sólo Dios sabe lo que pasó ese día en el pecho de cada quien. Cómo se pudo guardar tanta amargura sin reventar. Que Napoleón se quitara y pusiera la sortija de bodas sin decir palabra traicionaba tal vez sus pensamientos más ocultos ¿pues no era ella la que en fin de cuentas lo había embarcado en el desventurado asunto? ¿No fue ella quien primero tragó el cuento de las flores, el mismo que ahora le arrojaba a la cara el imbécil de Lorencez? ¿No fue ella quien introdujo a Hidalgo en su corte? ¿No fue ella quien lo llevó a su gabinete de trabajo, en Biarritz, el 1o. de septiembre del año anterior? ¿No fue ella...? ¡Sí, claro que ella fue! Y el hombre, como dice Hidalgo, jugaba con la sortija nupcial.

Ecos de aquel día dramático quedaron algunos. Próspero Merimée por ejemplo, un buen cronista de la Corte, refiere cuánto alarmaban en Palacio la mala cosecha de ese año y las elecciones próximas. Pero sobre todo cuánto preocupaba lo de México. "Me parece muy severa la conducta que se guarda hacia la Emperatriz, a quien se atribuye la expedición de México", escribió a su amigo Panizzi.[69] Y unos días más tarde: "Mucho preocupa el asunto de México. Hay muchas quejas sobre la debilidad de Lorencez y sobre la pillería (*coquinerie*) de los mexicanos".[70] Sí, muchos ecos, pero ninguno tan patético como el que hallo entre los papeles de Maximiliano en el archivo de Viena. Una carta de Hidalgo al barón De Pont cuando la fortuna le sonreía nuevamente, dos meses antes de que el Archiduque aceptara la corona y emprendiera el viaje sin regreso. Eugenia le había confiado que todo lo ocurrido "le parecía un sueño". "Y a mí —contestó él— ¿qué quiere usted que me parezca?"

> Hablamos de nuestras conversaciones entre 1857 y 1860, de nuestras desilusiones de 1861, y de nuestras lágrimas, sí, lágrimas de 1862. Y después de todos esos recuerdos nos preguntamos si hemos vuelto a nacer.[71]

[69] P. Merimée: Lettres a Panizzi; París, 2 de julio de 1862, en vol. I, p. 260; edic. cit. *supra*.
[70] P. Merimée: *op. cit. supra*. París, 18 de julio de 1862, vol. I, p. 264; edic. cit:
[71] Hidalgo a De Pont; París, 25 de enero de 1864, en KMMA, caja 6.

Sí, de "nuestras lágrimas" de 1862. De las lágrimas del 14 de junio, para ser exactos, cuando un correo llevó a Fontainebleau la noticia absurda, ilógica, inesperada.

3. Nunca segundas partes fueron buenas

Era forzoso que el descalabro de Puebla acarreara consecuencias en todos los órdenes, pero sobre todo en la conducción de las operaciones militares en México. Que se sustituyera a Lorencez por el general Forey, y que los efectivos del Cuerpo Expedicionario se aumentara hasta los 25 000 hombres era por lo menos de esperarse, pero no así que Napoleón aprovechara el incidente militar para desenmascarar sus intenciones políticas en la carta que el 3 de julio de 1862 dirigió al nuevo jefe de sus fuerzas en México, y menos todavía que se incurriera en la imprudencia de permitir que la famosa misiva llegara un par de años más tarde al dominio público. Si en Washington no conocían exactamente cuáles eran los objetivos de Napoleón, les bastó la carta del 3 de julio para ponerse en guardia y adoptar las medidas consiguientes.

Comenzaba Napoleón por instruir a Forey para que no protegiera querellas en México; para que mostrara "gran deferencia" por la religión y para que "tranquilizara" a los poseedores de los bienes eclesiásticos nacionalizados; para que alimentara, pagara y armara a las fuerzas auxiliares mexicanas, y para que organizara un gobierno provisional que sometiera a los pueblos "la cuestión del sistema político" que debiera adoptarse, sin imponerles alguna forma concreta de gobierno, aunque sí debería ayudarles en el caso de resolverse por la Monarquía. Hasta ese momento la carta del Emperador figuraba entre las muestras universales de buen juicio, y parecía imposible que abandonara terreno tan seguro para aventurarse en el planteamiento de sus *objetivos reales*. Un misterio sólo explicable por la acción del demonio que tienta de continuo a los hombres más inteligentes. Porque lo cierto fue que su carta a Forey adoptó, en su última parte, el tono y los conceptos que años antes esgrimieran contra "el peligro americano" hombres como Gabriac y Levasseur:

No faltará quien os pregunte: ¿Por qué vamos a gastar hombres y dinero para formar un gobierno regular en México? En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América no es indiferente a Europa, porque ella alimenta nuestras fábricas y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la república de los Estados Unidos prospere y sea poderosa, pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el Golfo de México y desde allí domine las Antillas y la América del Sur, y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Por una triste experiencia vemos hoy lo precaria que es la suerte de una industria que está reducida a buscar sus materias primas en un mercado único, cuyas consecuencias tiene que sufrir.

Si, al contrario, México conserva su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si un gobierno duradero se organiza allí con el auxilio de Francia, habremos hecho recobrar a la raza latina del otro lado del Atlántico su fuerza y su prestigio; habremos garantizado la seguridad de nuestras colonias y las de España en las Antillas, y esta influencia, al crear salidas inmensas a nuestro comercio, nos proporcionará las materias primas indispensables para nuestra industria.[72]

Cuando alguna traducción de esa carta llegó a manos de Mr. Seward, en Washington, el hombre no daría crédito a sus ojos. Aunque al fin, benévolo y sonriente como buen puritano, aplaudiría a los pobres latinos que caen en sus propias trampas cuando dan explicaciones que nadie les pide. En el caso de Napoleón, nórdico en parte, es posible que el descalabro de Puebla le afectara la cabeza.

Otros que se exhibieron entonces sin necesidad fueron los directores de la política española, puesto que el Gobierno de doña Isabel II cedió a la presión de los partidarios de la mano dura y designó al general Concha, Marqués de La Habana, nuevo embajador en París.[73] La misión de Concha se dirigía a estrechar los vínculos entre ambas naciones, tan deterioradas, y de las instrucciones que se le dieron el 29 de julio resulta:

1. Que el gobierno de S.M.C. no consideraba rota sino "en suspenso" la Convención de Londres, y que por lo mismo accedería a negociar su restablecimiento, y

[72] Napoleón a Forey: Fontainebleau, 3 de julio de 1862, en Genaro García: Documentos . . . t. XIV, pp. 9-19; México, 1907.

[73] Firmin Rogier, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Bélgica, escribía en esos días que la designación de Concha había producido magnífica impresión en las Tullerías "por haber criticado mucho la conducta de Prim en México". París, 26 de julio de 1862, en AMAECEB, vol. XX France 1861-1862.

2. Que el gobierno de S.M.C. estaba dispuesto, de estarlo también los de Francia e Inglaterra, a enviar de nuevo a México fuerzas de mar y tierra siempre y cuando:

a) Se respetara la libertad del país para darse el gobierno que mejor le conviniera;
b) Se garantizara la integridad de su territorio, y
c) Se definiesen previamente por separado, para exigirles también en esa forma, las reclamaciones de cada una de esas potencias.[74]

El gobierno de la Reina, terminaba el Ministro de Estado, no creía que los hechos ocurridos pudiesen "ser obstáculo para un nuevo acuerdo", mas de ser ése el caso se reservaba el derecho de proceder con entera independencia, consultando sólo "sus intereses y la honra del país".[75]

Alguna noticia anticipada tendría la Emperatriz sobre la gestión de sus antiguos compatriotas cuando el 24, cinco días antes de que se proporcionaran las nuevas instrucciones al Marqués de La Habana, dijo a Metternich que España estaba en vías de "faire amende honorable" a la conducta de Prim, y que suponía que Calderón Collantes se vería forzado a dejar a Mon su puesto en el Ministerio de Estado. Eugenia, aunque feliz según el diplomático austriaco por el cambio que advertía en la política española, aseguró que si bien se rechazaría la idea de una nueva expedición tripartita a México, indudablemente la oferta tendría que provocar en Francia un magnífico efecto.[76]

Gaspar Muro mientras tanto, al fin y al cabo en contacto con los personajes más importantes de la política francesa, no se mostraba muy optimista en cuanto a la viabilidad del nuevo proyecto, y el 26 de ese mes, todavía sin conocer las instrucciones al Marqués de La Habana, opinaba que si las tropas españolas quisieran regresar al escenario mexicano, Francia se opondría. Razonaba Muro que una medida de esa naturaleza pudo adoptarse al canto de los he-

[74] Calderón al Marqués de La Habana; Madrid, 29 de julio de 1862, en AMAEE, legajo 2549.
[75] Calderón al Marqués de La Habana; *op. cit., loc. cit. supra.*
[76] Metternich a Rechberg; despacho 46, Secreto. París, 24 de julio de 1862, en Frankreich Berichte, caja 72, P.A. IX. OHHSA.

chos del 5 de mayo, cuando por añadidura Prim o Serrano debieron tomar esa decisión por su cuenta, caso en el que Francia, muy seguramente, habría aceptado y agradecido el apoyo de sus antiguos aliados en una situación de emergencia,[77] sobre todo porque la opinión pública consideraba que si bien los plenipotenciarios franceses pudieron incurrir en errores al favorecer intereses determinados, las faltas cometidas no estaban en proporción con la resolución de Prim, y menos cuando la adoptó en medio de un país enemigo y con la tropa a punto de entrar en batalla.[78] No era pues favorable la situación para volver a las andadas, pero tampoco pudo preverse que empeorara por ese concepto ya que la nueva gestion era de entenderse, en el peor de los casos, como una especie de "amende honorable", para usar las palabras de la emperatriz Eugenia.

También esta vez se pasaron por alto ciertos imponderables, y en concreto que cuando median las prevenciones el roce más insignificante encona los ánimos, pues para que la mecha se encendiera de nuevo bastó que el Emperador dijera, en el acto de recibir al nuevo Embajador de España, "que dependería de la Reina el futuro de las relaciones" entre ambos países.[79] Calderón ordenó al diplomático que pidiera explicaciones, y Thouvenel —sin tomar el pleito por su cuenta— se concretó a decir que las palabras del Emperador sólo expresaban sus mejores sentimientos hacia España y que por eso le había impresionado tanto "la divergencia que surgió en la cuestión de México", pero que aun así sus conceptos eran "más que los de un amigo afligido los de un amigo irritado".[80]

No contento con las explicaciones del Ministro, Concha habló el 29 de agosto con Napoleón, quien se mostró muy amable y le dijo que Francia había apoyado siempre a España, tanto que de acuerdo con esa norma tomó parte en la expedición de México aunque fuera España la que tenía "más agravios que vengar"; que para

[77] Muro a Calderón; despacho 282; París, 26 de julio de 1862, en AMAEE, México 1859-1867; legajo 2549.
[78] Muro a Calderón, despacho 188, París, 23 de mayo de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*
[79] Concha a Calderón; telegrama cifrado 729, París, 13 de agosto de 1862, en AMAEE, legajo 2549.
[80] Concha a Calderón; despacho 315. París, 24 de agosto de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*

conferir a España el papel principal envió a México pocas tropas y las confió a un general de menor graduación que Prim; que instruyó al almirante Jurien para que siguiera las indicaciones del Conde de Reus en todo lo que no afectara la dignidad de Francia, y que si no aprobó los Convenios de La Soledad fue porque consideró que el honor nacional quedaba comprometido, todo lo cual no modificaba su convicción en el sentido de que los intereses de ambas naciones en México eran los mismos, certeza que sólo vino a acentuar su sentimiento por lo ocurrido en Orizaba.[81]

Napoleón se hallaba arrepentido, y por lo visto lamentaba sus palabras en el acto de recibir al nuevo Embajador de España hasta el extremo de dar como excusa a Beyens la facilidad con que se forma un lío sólo con soltar la lengua. "Dadme dos líneas escritas por alguien de su propia mano, y le haré colgar", le dijo.[82] Pero con todo y eso el Marqués de La Habana se hallaba desesperado, pues independientemente de que ahora se daba contra la pared por hacerse cargo de una misión que aceptó con grandes vacilaciones,[83] no era posible que si España hacía depender de Inglaterra su propia conducta —como los periódicos españoles lo propalaban abiertamente— pudiera Francia acceder sin más a restablecer la Convención.[84]

Mas Francia sin embargo, y pese a las apariencias, no se cerraba por entero a un entendimiento, y así lo dijo Thouvenel al diplomático español el 20 de agosto. Aunque de momento buscaba sólo vindicar el prestigio de sus armas, el Ministro francés consideraba "ventajoso" que pudiera restablecerse la Convención, aunque ahora para que las tres potencias contribuyeran "a la consolidación del nuevo gobierno que se formara en la República". Thouvenel, según Concha, veía con buenos ojos que las tres potencias proporcionaran la solución final, mas pedía también que primero definiera España su conducta sobre el régimen que apoyaría en México al caer el gobierno de Juárez, seguro por añadidura de que Inglaterra no se

[81] Concha a Calderón; despacho 318. París, 1o. de septiembre de 1862, en *arch. cit., loc. cit. supra.*
[82] Beyens a Rogier; despacho 772; París, 2 de septiembre de 1862, en AMAECEB, Vol. XX France 1861-1862.
[83] Beyens a Rogier; *op. cit., loc. cit. supra.*
[84] Concha a Calderón; despacho 312; París, 18 de agosto de 1862, en 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*

interesaría más en el negocio. Aseguró el Ministro, por último, que Lorencez llevaba instrucciones de no favorecer alguna forma determinada de gobierno, y que los compromisos del gobierno imperial "en la cuestión de una monarquía en México y en la candidatura del príncipe Maximiliano" se reducían a los que ya conocía Mon, el antecesor de Concha en París.[85]

Que Thouvenel asegurara que Lorencez no llevaba instrucciones para sostener una forma determinada de gobierno, y que los compromisos de Francia con Maximiliano se reducían a los que ya conocía Mon, debió bastar a Concha para replicar que tan llevaba otras instrucciones Lorencez que en su equipaje figuraban los señores Almonte, Haro y Miranda, y que tan el proyecto de una monarquía con Maximiliano en el trono era cosa resuelta que lo sabían no sólo Mon sino los criados de las Tullerías, mas en vez de llegar a esa conclusión, tan simple, Concha, que de seguro era tonto, escribió que el Emperador no tenía "opinión fundada en favor de ninguno de los hombres políticos que en México pudieran reunir condiciones para formar un gobierno respetable".[86] ¿Que Napoleón no tenía en septiembre del 62 "predilección marcada" por ningún candidato para México? Por lo visto el diplomático español estaba en el limbo, donde efectivamente nada se sabía de lo que se tramó y puso en marcha en Biarritz un año antes.

En octubre se produjo en París una crisis ministerial a cuyas resultas dejó Thouvenel a Drouyn de Lhuys el ministerio de Asuntos Exteriores. Con este motivo Concha siguió con Drouyn las negociaciones, y éste reiteró que el gobierno del Emperador no se proponía "imponer en México una forma determinada de gobierno" ni obtener ventajas territoriales, y que de momento Francia no tenía más propósito que "dejar en su lugar el honor de las armas francesas empeñadas en aquella expedición".[87] Mas pese a tan sanas intenciones, ambos personajes hablaron de cómo constituir un nuevo gobierno "en reemplazo del de Juárez", punto en el que Concha sugirió que podrían adoptar el plan español de 1860, consistente en me-

[85] Concha a Calderón; despacho 314; París, 21 de agosto de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*
[86] Concha a Calderón, despacho 342; París, 18 de septiembre de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*
[87] Concha a Calderón, despacho 382; París, 24 de octubre de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*

diar pacíficamente para que en México se convocara una asamblea constituyente, a lo que el francés se limitó a pedir que le proporcionara antecedentes del plan de "mediación pacífica"[88] que Calderón respaldaba todavía, con las modificaciones "que han hecho necesarias las circunstancias", siempre y cuando fuera aprobado "por una mayoría legítima (mexicana), bien aconsejada, pero exenta de la coacción interior y exterior".[89]

Mas las esperanzas españolas de que se restableciera la Convención se esfumaron una vez que el 30 de octubre Drouyn recibió a Concha para comunicarle la decisión final de Napoleón. El Emperador reconocía y apreciaba los deseos del gobierno español —dijo el Ministro— mas a pesar de ello, "y atendiendo a la situación en la que hoy se encuentra", creía que mientras no existiera en México un gobierno con el que pudieran entablarse negociaciones formales sería imposible un nuevo acuerdo entre las potencias signatarias del Convenio de Londres, palabras de las que el diplomático español concluyó —por muy limitadas que sus luces fueran— que el gobierno francés no tenía ningún interés en restablecer pacto alguno, sobre todo "en el momento que están por empezar las operaciones de las fuerzas francesas, y en medio de las eventualidades que con ese motivo puedan surgir".[90]

El Marqués de la Habana dejó el despacho de Drouyn de Lhuys convencido de que el gobierno imperial estaba resuelto a obrar en México por sí solo y hasta conseguir el derrocamiento de Juárez, por más que no tuviera el ánimo de imponer en el país "forma alguna determinada de gobierno". Pero así y todo "recelaba" que Francia encontraría grandes obstáculos para consumar sus fines, empresa para la que sería necesaria "no sólo la fuerza militar sino —y muy principalmente—, la moral que influya en el espíritu de las poblaciones mexicanas".[91]

La actitud francesa era clarísima, mas ello no obstante Calderón volvió a las andadas, y el 21 de noviembre instruyó de nuevo a Concha para que aprovechara todas las oportunidades a fin de "persua-

[88] Concha a Calderón; *op. cit. supra.*
[89] Calderón a Concha. Minuta rubricada. Madrid, 31 de octubre de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*
[90] Concha a Calderón, despacho 390; París, 31 de octubre de 1862, en AMAEE, *loc. cit. supra.*
[91] Concha a Calderón; *op. cit., loc. cit. supra*

dir" al gobierno imperial de que el pacto de Londres se restableciera con el objeto de poner término "a las graves complicaciones que ha ocasionado la cuestión mexicana",[92] tosudez que Napoleón bloqueó al reiterar Drouyn que, "una vez que terminaran las operaciones militares", podría pensarse en convalidar la Convención y en consolidar en México un estado de cosas que asegurara la prosperidad del país y ofreciera seguridades a los intereses extranjeros. Al comunicar a Concha los puntos de vista del Emperador, el Ministro de Asuntos Extranjeros tomó la precaución de advertirle que los consideraba "definitivos".

No había pues ninguna posibilidad de que España pudiera inducir a Francia a negociar un nuevo convenio o a restablecer el de Londres, y menos todavía cuando el 13 de diciembre declaró Calderón en el Senado español "que Francia no podría establecer en México ningún gobierno sólido sin contar con España e Inglaterra", opinión tan insólita que obligó a Drouyn a llamar a Gaspar Muro para decirle que "hallándose metida España en tan mal paso" el gobierno francés había pensado que podrían salir todos bien librados, pero que en vista de lo ocurrido en Madrid "temía que no pudiera lograrse" ese objetivo tan deseado.[93]

Las discusiones en el Senado español precipitaron la separación de Calderón del Ministerio y favorecieron una nueva y grave fricción entre ambos gobiernos. Pensaba Drouyn que si el escándalo en el Senado no pudo evitarse, sí pudo al menos no señalarse a los plenipotenciarios franceses como autores del rompimiento, y menos todavía reincidir en la defensa del general Prim. Al poner fin al incidente el Ministro recalcaba, "con mucho sentimiento", que la cordialidad de las relaciones entre ambos países tendría que resentirse por algún tiempo, convicción que igualmente compartía el Encargado de Negocios, temeroso de que nuevos conflictos pudieran complicarlas más todavía.[94]

Mal terminaba el año, con Forey estancado en México, donde su

[92] Calderón a Concha; Madrid, 21 de noviembre de 1862. Concha alude a esta Real Orden en su despacho 423; París, 2 de diciembre de 1862. Con estos documentos termina el legajo 2550 del AMAEE.
[93] Muro a Calderón, despacho 451; París, 22 de diciembre de 1862, en AMAEE. México 1859-1867, legajo 2554.
[94] Muro a Calderón; despacho 449; París, 22 de diciembre de 1862, en *op. cit., loc. cit. supra.*

inactividad exasperaba a los exiliados, y con las relaciones franco-españolas a punto de romperse, como lo informó sin ambages Drouyn de Lhuys al príncipe de Metternich,[95] quien para colmo se hallaba descorazonado, sin pizca de confianza en el futuro del asunto mexicano. Sospechaba el Embajador que si Napoleón hubiera tomado en cuenta las condiciones impuestas por Maximiliano para aceptar el trono habría abandonado el proyecto —imposible como era a esas alturas la "garantía colectiva" exigida por el Archiduque—, y que si no lo hizo fue por contar con la fuerza de los hechos, y en especial con la coacción que en el ánimo del Príncipe ejercería el voto mexicano.[96]

Metternich pensaba muy cuerdamente que la mejor actitud que podría adoptar Maximiliano sería la de rehusar el trono a menos que se le concedieran las garantías colectivas exigidas y *antes de que se conociera el voto de los mexicanos*, aunque temía también que el Archiduque dejaría que las cosas siguieran su curso hasta conocer ese voto y replantear sus exigencias a continuación. Traer a cuenta el cumplimiento de las garantías, antes de conocer el voto de los mexicanos, permitiría según Metternich aclarar la situación y retirarse a tiempo, ya que parecía evidente que Inglaterra no se comprometería a otorgar garantías de ninguna especie, y que aun la aislada garantía de Francia resultaba problemática.[97]

Tres días más tarde De Pont visitó a Metternich, y confirmó sus temores en el sentido de que Maximiliano se inclinaría por la segunda y temida alternativa, o sea que nada exigiría a Francia e Inglaterra antes de conocer el voto de los mexicanos. "Lo que aligera un poco el peso de mi responsabilidad —escribió Metternich entonces— es que los papeles de cada quien se dibujan más y más, y que las relaciones cada vez más directas entre S.A.I. y el Emperador permiten que me mezcle lo menos posible en este asunto tan delicado".[98] Maximiliano, era muy obvio, quería caer en la trampa del

95 Metternich a Rechberg; despacho 70-D; París, 30 de diciembre de 1862, en Frankreich Berichte, P.A. caja 69, OHHSA.
96 Metternich a Rechberg; despacho 64-B; París, 13 de noviembre de 1862, en *arch. cit., loc. cit. supra.*
97 Metternich a Rechberg; *op. cit., loc. cit. supra.*
98 Metternich a Rechberg; carta personal; París, 16 de noviembre de 1862, en *arch. cit., loc. cit. supra.*

voto mexicano, trampa que le preparaba su gran amigo el emperador Napoleón.

Malos tiempos aquellos, en los que apenas si don José María Gutiérrez Estrada conservaba su optimismo, pues con motivo de las navidades escribió a Maximiliano para recordarle que un año antes, "en esa noche tan gloriosa para la humanidad", estuvo en Miramar por vez primera y tuvo el privilegio de conocerle. Estaba todavía seguro de que la Providencia había señalado al Archiduque "para ser el restaurador y el padre" de su patria.[99]

99 Gutiérrez a Maximiliano; París, 24 de diciembre de 1862, en KMMA, caja 3, OHHSA.

Capítulo quinto

DONDE NO HAY HARINA . . .

1. Los futuros monarcas se alarman

Era explicable que Maximiliano y Carlota desearan informes verídicos sobre la situación del país que les ofrecía un trono, pues resultaba imprudente meterse sin examen previo en un barco cuyas condiciones desconocían, por más que en el mástil flotara la gloriosa bandera de Francia. Si en febrero de 1862 solicitó Maximiliano la venia de Napoleón para que su consejero Sebastián Schertzenlechner indagara en México la situación del país,[1] era juicioso que un año más tarde tanto él como su mujer siguieran con el deseo de enterarse. En el curso de los últimos doce meses se produjeron acontecimientos capaces de modificar la decisión más resuelta, entre ellos que no se contaría ya con el apoyo angloespañol y que la campaña de México distaba de ser juego de niños, como la retirada de Lorencecz en Puebla lo probó *urbi et orbe*. Pero sobre todo pesaba en el ánimo de ambos la convicción de que la versión de los exiliados no era confiable, y que por lo menos cabía poner en tela de juicio la existencia, en México, del "poderoso partido" del que tanto se hablara un año antes. Telar de deudas en el que hilaban, además, los informes de Prim y los de no pocos miembros del Cuerpo expedicionario que regresaban a Francia.

Era pues razonable que los presuntos soberanos desearan conocer la situación de México por otra voz que no fuera la de los exiliados en Europa, "excelentes personas pero muy pocas para expresar la opinión del país", como decía Carlota a su padre el 1o. de febrero de 1863, al plantearle sus inquietudes sobre la cuestión me-

[1] *Cfr. supra*, cap. III, p. 108.

xicana.[2] Pretendía la Archiduquesa que su padre —y sin que Napoleón se enterara de la "demarche"— le proporcionara alguna persona de su confianza para que emprendiera el viaje y le proporcionara datos sobre el país, agregando que de tal informe dependería la final aceptación o rechazo de la corona pendiente. "No nos hallamos ligados a este asunto, gracias a Dios, por ningún compromiso, y cualquiera que sea el camino que tomen los acontecimientos podremos siempre retirarnos a tiempo. Sin embargo, como la cuestión no carece de cierto interés, no se la puede abandonar sin haberla estudiado a fondo, y para ello la primera condición será la de estar al tanto del estado de la opinión en el país",[3] argumentaba la entonces prudente Archiduquesa.

Aunque no fuera exacto decir que no existía por entonces "ningún compromiso", cuando obviamente mediaban por parte de Maximiliano aceptaciones tácitas tales como reunirse con Almonte para trazar las bases del Imperio[4] y escribir a Napoleón en términos de aquiescencia inequívoca, sí era cierto que estaban aún en condiciones de retirarse, como decía la Archiduquesa, y que ejercían su derecho de no adoptar decisiones irrevocables cuando, por añadidura, los griegos pedían a la Corte austriaca un príncipe para su trono y Lord Russel —con el propósito de malograr los planes de Napoleón en México— les sugería la candidatura de Maximiliano con "un descaro" que escandalizaba al Embajador español en Viena.[5]

Sólo que en el rey Leopoldo dominaba sobre todo la razón política, y lejos de aplaudir como un padre benévolo la sensatez de su hija le respondió como un político interesado en colaborar con Napoleón, pues sin referirse en concreto a las inquietudes de Carlota se limitó a contestar lo que más o menos habían dicho el Empera-

[2] Carlota a Leopoldo; Miramar, 1o. de febrero de 1863, en KMMA, caja 3, OHHSH.
[3] Carlota a Leopoldo: *op. cit., loc. cit. supra.*
[4] *Cfr. supra*, cap. III, p. 106.
[5] De la Torre Ayllon al general Serrano, Duque de la Torre, despacho 51, reservado. Viena, 27 de febrero de 1863, en AMAEE. Austria, 1862-1864, legajo 1364. Una vez que don Saturnino Calderón Collantes dejó el Ministerio de Estado, el 17 de enero de 1863, poco duraron cada uno de sus sucesores en el desempeño del alto cargo. Al separarse don Saturnino ocupó el puesto el general Serrano, Duque de la Torre, quien cesó dos y medio meses más tarde, el 2 de marzo. Vino luego don Manuel Pando, marqués de Miraflores, quien fue ministro de Estado hasta el 17 de enero de 1864. A partir de esta fecha ocupó el Ministerio don Lorenzo Arrazola, a quien a su vez sucedió don Joaquín Francisco Pacheco el 10 de marzo del mismo año de 1864.

dor o Drouyn de Lhuys: que en México no había partidos políticos; que los intereses personales lo dominaban todo; que un tal Bourdillon, gran conocedor del país, iría pronto a Miramar para informarles, y que antes de adoptar cualquier providencia sería prudente esperar a que los franceses se instalaran y pusieran al país en paz.[6] ¡Y eso cuando ya estaba en Miramar el proyecto del discurso que Gutiérrez Estrada pronunciaría ante el Archiduque en el acto de ofrecerle la corona mexicana![7]

Otra de las circunstancias que tenían en vilo tanto a los Archiduques como a los exiliados mexicanos era la lentitud de las operaciones que Nepoleón encomendó al genio militar del general Forey, dilación que si por un lado favorecía las medidas defensivas mexicanas por el otro daba alas en Francia a los enemigos del gobierno imperial —que por supuesto veían con malos ojos la Intervención—, sin reparar, como decía Hidalgo, en que con su actitud apoyaba la "pérfida política" inglesa, satisfecha de ver a Francia enredada en un lío tan lejano. A esas alturas no se sabía qué cosa era peor, si la imprevisión, la tontería y el arrojo meridional de Lorencez, que le llevó a sufrir el descalabro de Puebla, o la flema y la falta de espíritu bélico del famoso Héroe de Italia.

Todos se mostraban desolados, e Hidalgo particularmente, aunque confiado todavía en que podría "sacar del corazón la espina que lo hace sangrar", mientras conservaba "la sonrisa en los labios",[8] se hallaba en situación terrible. Por lo visto también él había sido engañado como Eugenia, Napoleón y los Archiduques, pues aunque se condujo siempre de buena fe, "nada de lo que anunció ha sucedido". Mas luego buscaba y hallaba la explicación:

> Puede ser, es cierto, que ha habido exageraciones, no en punto a los deseos de la sociedad mexicana sino en el valor que mostraría a la llegada de las escuadras. S.S.M.M. no me cometen la injusticia de creer otra cosa de mí, mas cuando se habla del origen de este asunto, comprenderéis que este recuerdo es, para un hombre de honor, un verdadero suplicio moral. Sin embargo podemos decir, con el Marqués de La Habana en el Senado: "El Partido Conservador no podía luchar contra Juárez y Europa aliados, pues eso, una alianza con Juárez, es

[6] Leopoldo a Carlota; Laeken, 8 de febrero de 1863, en KMMA, caja 3, OHHSA.
[7] Gutiérrez a De Pont; París, 3 de febrero de 1863, en KKMA, caja 6, OHHSA.
[8] Hidalgo a De Pont; París, 24 de febrero de 1863, en KMMA, caja 2.

lo que aparentemente hicieron los aliados de un principio. Si el asunto se hubiera resuelto en la forma que convenimos en Biarritz, cuando yo lo inicié, y luego en Compiègne como el leal y sensato Mon, el mundo, admirado, no hubiera visto más que la grandeza de los hechos y los resultados. Mas después de la traición de Prim, Francia quedó sola y sobrevino la catástrofe... Todo mundo aquí me acusa de haber ejercido influencia sobre la Emperatriz en una empresa loca, y se me señala con el dedo... La otra noche platicaba con M. Nigra, cuando Primoli se nos acercó riendo: 'Ecco la rovina della Francia'. Yo le respondí riendo también: 'Credette, ma parlare con Prim o con Lorencez'. En otra ocasión una señorita vino a mí y me dijo: 'yo soy, señor, la nieta del coronel Chancel, que acaba de morir en México'.[9]

Mas pese a todo no estaba dispuesto a pasar "como una víctima de la sociedad". Ponía al mal tiempo buena cara; no se perdía de fiestas y bailes; se divertía aquí y allá, aunque "atormentado" porque no se quisiera conocer la verdad de las cosas, y sobre todo porque el desgraciado negocio "pudiera ocasionar penas a Sus Majestades". Hasta que un rayo de esperanza iluminó su vida: al comenzar marzo, supo que Forey se movía en la dirección de Puebla.[10] Ya era algo, que Forey "se moviera", cuando el Héroe de Italia parecía representar la inmovilidad total.

Mas otro mes corrió todavía, la primavera volvió a París, y con ella la proximidad del primer aniversario del 5 de mayo. Hidalgo se hallaba seriamente preocupado por la actitud hostil de la opinión pública francesa, cuyo ardor e imaginación reclamaba el éxito sobre todas las cosas. "Tienen la conciencia de su fuerza, de su genio y su hábito de triunfo —escribía a De Pont— y encuentran mal que, al fin de quince meses, no haya más que reveses, gastos y sangre vertida", todo lo cual se cargaba, para colmo, en la cuenta de la Emperatriz.[11] El Emperador por su parte, sin perder la calma, justificaba la lentitud de Forey con el argumento de que un nuevo fracaso "sería irreparable", pero también tranquilizó al mexicano cuando le dijo que, contra los informes de algunos periodistas, no pensaba llamar al ejército por causa de la insurrección polaca. Napoleón era un hombre admirable, "tan tranquilo y resignado, trabajando un día y otro en un negocio que no le ha reportado más que penas inmensas".[12]

[9] Hidalgo a De Pont; *op. cit.*, *loc. cit. supra.*
[10] *Ibid.*
[11] Hidalgo a De Pont; París, 3 de abril de 1863, KMMA, caja 2.

Problemas de otra laya tampoco faltaban, tales como el desacuerdo entre las ideas políticas de Gutiérrez y las de Eugenia, don José María entercado en que Francia contara sólo con el partido conservador para los fines del Gran Designio, y ella firme en reclamar la colaboración de todos los "partidos de orden",[13] divergencia que nada bueno anunciaba para el futuro del Imperio. Luego, el mal ambiente que rodeaba a la Intervención, desde que por culpa de los españoles se supo que un asunto tan oscuro como el de los bonos de Jecker figuraba entre las demandas de Francia. "El asunto Jecker nos ha hecho más daño que todas las calumnias contra la Intervención", sentenciaba Hidalgo, un negocio que él no conocía ni quería conocer porque nunca le gustó "meterse con los números",[14] desdén que sin embargo no le impidió llenarse de alegría cuando el Ministro de Hacienda expresó que de no conseguirse un empréstito exterior para financiar al Imperio mexicano, "ellos mismos" proporcionarían los fondos. Este "nosotros mismos" —recalcaba Hidalgo— quiere decir Francia, "y Francia quiere decir *garantía*, pues sin ella no habría dinero en ninguna parte".[15]

No es pues extraño que en presencia de tantos problemas, e insatisfecha por la actitud de su padre, Carlota insistiera a fines de abril en conocer la verdad del país, para lo cual pidió a Leopoldo que le proporcionara los despachos que Kint Roodenbeck, ministro de Bélgica en México, envió a su gobierno durante el último año. Kint estaba de regreso en Bruselas, y que Carlota reclamara el consentimiento de Leopoldo para que el diplomático les visitara en Miramar[16] revelaba sus inquietudes, y el deseo de enterarse por otro conducto que no fueran los informes exiliados y las cartas protocolarias de Sus Majestades. Esta vez no pudo negarse Leopoldo a las justas pretensiones de su hija, y Kint viajó a Miramar a fines de mayo. Con sus informes dejó a Carlota tan satisfecha que pidió a

[12] Hidalgo a De Pont; París, 20 de abril de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*
[13] Hidalgo a De Pont; París, 3 de abril, en KMMA, *loc. cit. supra.*
[14] Hidalgo a De Pont; París, 24 de febrero de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*
[15] Hidalgo a De Pont; París, 20 de abril de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.* [La cursiva es de Hidalgo.]
[16] Carlota a Leopoldo; Miramar, 26 de abril de 1863, en KMMA, caja 3.

su padre que el viejo diplomático regresara como Ministro al establecerse el Imperio,[17] mas no es remoto que Roodenbeck llegara a Miramar aleccionado por Leopoldo, y que tampoco de él obtuvieran los Archiduques la versión real de México que tanto les interesaba.

La inactividad militar de Forey tenía a los exiliados en ascuas, pues aunque el 3 de marzo supo Hidalgo que el Héroe de Italia iniciaba al fin sus operaciones, la verdad era que se echaba encima el aniversario del 5 de mayo, y que en París se sabía "más de China que de México".[18] En esa espera llegó y pasó la fecha tan temida. "No sin amargura recordaba ayer tarde, en la *Soirée* de la Emperatriz, que hoy hace un año ocurrió el desastre de Puebla", escribía Hidalgo. Alguien —alguno de sus malquerientes— le dijo que había malas noticias, mas el mexicano no se inmutó porque habló ese día con Eugenia y la encontró contenta, y porque además Arrangoiz le aseguró que Forey exigía la rendición sin condiciones, y que Puebla estaba a punto de capitular.[19]

La batalla de Puebla se había convertido en una pesadilla, apenas endulzada por la convicción de que Francia no cejaría hasta reparar su honor, mas ciertamente sorprendía a tirios y troyanos la obstinada resistencia, un hecho que mudo y todo contradecía los informes optimistas que Hidalgo, Gutiérrez y Almonte propalaron en las Tullerías. Gutiérrez, cuyo cerebro le alcanzaba sólo para enhebrar sandeces, eludía tocar el espinoso asunto y se concretaba a endulzar los oídos de los Archiduques, quienes perplejos ante los sucesos de México eran el blanco de las tiradas líricas del yucateco: "Arrasada más que nunca de sangre y de lágrimas, esta tierra, para la cual ha sido el cielo en todo tiempo tan pródigo en dones —*non facit taliter omni nationi*— será todavía más próspera bajo la mano bienhechora escogida para fecundarla".[20] Si alguien tiene el valor de escribir una antología de lo cursi, hallará en los escritos de Gutiérrez Estrada un material de valor incalculable.

A Hidalgo, bastante más práctico que su compañero, le sorprendía en cambio la "resistencia tenaz" que Puebla oponía a los fran-

17 Carlota a Leopoldo; Miramar, 2 de junio de 1863, en KMMA, caja 2.
18 Hidalgo a De Pont; París, 2 de mayo de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*
19 Hidalgo a De Pont; París, 5 de mayo de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*
20 Gutiérrez a Maximiliano; París, 30 de mayo de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*

ceses, y aunque la minimizaba diciendo que la artillería estaba a cargo de desertores españoles, americanos y alemanes, reconocía que los mexicanos se "batían muy bien", de lo que concluía que de contar con jefes instruidos, morales y disciplinados, había elementos de sobra para formar un buen ejército.[21] Y tan franco fue don José Manuel que dijo a De Pont que era "contrariante" que mientras los mexicanos se batían estupendamente, los aliados no pudieron hacer "nada que valiera la pena".[22]

Hidalgo contaba por añadidura con los informes —éstos sí nada líricos— que de México le enviaba Almonte, "consumido en desesperación" por la conducta de Forey. "Forey no comprende nada —escribía don Juan Nepomuceno—; es un animal; literalmente un animal", y aunque el hijo de Morelos "no tenía ya fuerzas para tolerar a tanto imbécil", reiteraba su fe en el triunfo de la Intervención "porque el país la quería realmente" y porque Francia contaba con los elementos para el éxito.[23] La carta dejó en su destinatario "una triste impresión", sobre todo porque Eugenia atribuía el poco halagüeño resultado de las elecciones francesas a que Puebla se defendiera todavía, por más que también la consolara pensar que era preferible "ese resultado a la muerte de veinte soldados".[24]

Cuando el 8 de junio fue Hidalgo a Fontainebleau, encontró que corrían malas noticias sobre lo de Puebla. Cierto que Eugenia se veía tranquila, mas el embajador de Austria telegrafiaba a Viena que el Emperador estaba "más preocupado con las noticias de México que con cualquier otro asunto del momento", temeroso, para colmo, de que lo de Puebla terminara mal: "Hace siete días que no vivo", dijo Napoleón a Metternich,[25] temores que Hidalgo confirmó cuando volvió a París y el Ministro de Italia le comunicó la renuncia del Ministro de la Guerra. El barco hacía agua sin lugar a dudas, e Hidalgo temblaba ante el naufragio: "He podido comprobar por mí mismo el estado de ánimo que priva en París

21 Hidalgo a De Pony; París, 15 de mayo de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*
22 Hidalgo a De Pont; *op. cit. supra.*
23 Almonte a Hidalgo; Cerro de San Juan, 19 de abril de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*
24 Hidalgo a De Pont; París, 4 de junio de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*
25 Metternich a Rechberg; telegrama cifrado 49, París, 9 de junio de 1863, en OHHSA, P.A. Frankreich Berichte, caja 80, 1863.

—escribió el 8 de junio—, y eso me coloca frente a la situación que tendría que afrontar si las malas noticias llegaran a consumarse".[26]

La cosa estaba ese 8 de junio como para comprar una pistola, o una dosis de arsénico en el caso de que don José Manuel fuera poco afecto a los disparos.

Mas por fortuna los terribles augurios no llegaron a confirmarse. A la media noche del 10 de junio llegaba Hidalgo a su casa de la Rue d'Alger en compañía de Arrangoiz, y el portero le entregó un telegrama de Fontainebleau. ¡Qué momento! ¡Y qué temor de romper el sobre! El fantasma del 5 de mayo invadía los últimos rincones de la casa esa noche del 10 de junio, pues de haber ocurrido lo que se temía, ¿qué hacer? Ni asomar las narices, ni circular por las calles sin ser blanco de cuchufletas, o de ser lapidado ahora sí. Contuvo el aliento mientras rasgaba el sobre, y leyó por fin: "Fontainebleau, 10 juin 1863. L'Imperatrice a M. Hidalgo. 3, Rue d'Alger. Paris. Puebla est pris. Ortega s'est rend avec 18,000 hommes sans conditions".[27] Puebla, efectivamente, había capitulado sin condiciones. Y si José Manuel Hidalgo no pudo llevar a los Soberanos la noticia de que primero Veracruz y luego la ciudad de México tapizaban las calles con flores al paso de los soldados de Francia, ahora se conformaba con que ellos le comunicaran la buena nueva de una victoria militar. De una victoria militar cuaquiera, de esas que marcan el principio de una campaña y nada dicen de su fin.

Por supuesto que todos enloquecieron al saberlo. Gutiérrez decía a Maximiliano el 11 que el horizonte se despejaba "una vez vencido el gran obstáculo", confiado en que a esa hora habría desaparecido de México "la demagogia sangrienta e impía".[28] Si el cañón de los inválidos despertó "los más patrióticos sentimientos" entre los mexicanos de París, era también el momento de recordar con agradecimiento a Napoleón, "el poderoso monarca que nos defiende y nos protege con toda la elevación de su inteligencia y con toda la fuerza de sus armas".[29] Y cuatro días más tarde escribió el Archiduque al

26 Hidalgo a De Pont; París, 8 de junio de 1863, en KMMH, *loc. cit. supra.*
27 Hidalgo: Apuntes... en *Cartas*, p. 48, *edic. cit.*
28 Gutiérrez a Maximiliano; París, 11 de junio de 1863, en KMMA, caja 3.
29 Gutiérrez a Maximiliano; *op. cit., loc. cit. supra.*

Emperador que la toma de Puebla, y el efecto moral que había causado en el país, era un buen augurio "para la realización de nuestros deseos".[30]

El 10 de julio —horas antes de recibir el telegrama de Fontainebleau—, Hidalgo escribió a Eugenia: "Dios sólo puede permitir de momento el triunfo de nuestros enemigos, y es preciso esperar días mejores". El telegrama que nuestro hombre recibió a la media noche fue la respuesta de Eugenia. "Luego supe que el primer pensamiento de la Emperatriz fue telegrafiarme por el gusto y consuelo que eso me daría", escribió después.[31] ¡Pobre Hidalgo! Cuando recibió el telegrama no sabía si reír, llorar, o echarse a la calle para propalar la buena nueva por los bulevares, ebrio, enloquecido entre los tilos opulentos. ¡Puebla est pris! ¡Pueba est pris! gritaría hasta perder la voz. Pero ¿y si la noticia no se confirmaba? Esa noche no pudo pegar los ojos, y al amanecer corrió en busca del *Moniteur* —el periódico mejor informado— donde no halló una sola palabra sobre la suerte de Puebla. El mexicano quedó de una pieza, helado, y vuelto a casa escribió a De Pont:

> Si México no es feliz; si a resultas de nuestros esfuerzos yo debo sufrir una perpetua adversidad, estoy listo; cuento con la fortaleza necesaria, pero esa fuerza me faltará si este asunto llega a ser peligroso para Sus Majestades. En mi situación, un hombre no puede hallar aquí abajo más que la resignación. Mas no; espero ser lo suficientemente dichoso para poder anunciaros mejores noticias.[32]

Pero inmediatamente abajo, con letra descompuesta, su alegría porque oía tronar el cañón de los Inválidos:

> Je entends tonner le canon des Invalides...

Lo oía tronar al mismo tiempo que el portero ponía en sus manos un torvo periódico español, con el anuncio de que Forey había capitulado en Puebla.

30 Maximiliano a Napoleón; Miramar, 15 de junio de 1863, en: Conte Corti. Apéndice a *op. cit. supra*; p. 637, *edic. cit.*
31 Hidalgo: en *Cartas*, p. 48, *edic. cit.*
32 Hidalgo a De Pont; París, 11 de junio de 1863; en KMMA, caja 2.

2. Un paréntesis para las flores

La capitulación de Puebla era la primera buena noticia que se recibía en París al año y medio de estar en México el Cuerpo expedicionario, y era natural que se la tomara como lenitivo para calmar una dolencia grave. Resultaba evidente, para cualquier mediano observador, que el plan original de la Intervención había fracasado, y no tanto por el desacuerdo entre los aliados —que culminó en el rompimiento— cuanto porque se había frustrado *la base* del apoyo nacional a la aventura. Así lo entendía en Washington el juicioso Tassara, quien al oír los primeros rumores de la caída de Puebla comentaba que, aun en el caso de que la noticia se confirmara, y más todavía en el de que la capital cayera pronto en poder de los franceses, era indudable que la expedición no ofrecía a Napoleón más alternativa que la de aprovechar la primera oportunidad para retirarse honrosamente. "El prestigio no sólo de Francia sino de Europa ha acabado con esto en América —concluía el diplomático—; mas para nosotros habrá grandes compensaciones si sabemos aprovecharlas".[33]

El Emperador, por su parte, estaba o aparentaba estar satisfecho. "Jamás vi al Emperador tan contento —escribió Hidalgo cinco días más tarde—; yo estaba feliz de verle así, y no sólo por la causa sino porque sé todo lo bueno que es".[34] Ahora se podían tomar medidas para un futuro menos incierto, que Napoleón aprovechó para recordar a Almonte que no se trataba de proteger a un solo partido sino a toda la gente interesada en el bienestar general, "única y última" tabla de salvación que se les ofrecía,[35] en tanto que Eugenia recomendaba que los obispos mexicanos regresaran al país y explicaran al pueblo "que Francia no deseaba hacer de México una colonia", mensaje que Hidalgo prometió comunicarles desde luego.[36]

Por otro lado, al informar a Maximiliano sobre la capitulación de Puebla, Napoleón insistió en que la joven pareja debería echar mano de sus influencias sobre el rey Leopoldo con el fin de que Inglaterra secundara los propósitos de Francia en México, sugerencia que Carlota trasladó a su padre al mismo tiempo que le decía que el asunto "no terminaría bien" de no contar con el acuerdo de las dos potencias marítimas en apoyo de la monarquía.[37]

[33] Tassara al Marqués de Miraflores; despacho 111; Washington, 19 de mayo de 1863, en AMAEE, legajo 2556.
[34] Hidalgo a De Pont; París, 15 de julio de 1863, en KMMA, caja 2.
[35] Hidalgo a De Pont; *op. cit., loc. cit. supra.*
[36] *Ibid.*

Otra espina escocía a los Archiduques, y era la conducta tan poco aguerrida de Forey en México, con cuyo motivo De Pont escribió a Hidalgo para que gestionara su relevo, sólo que el mexicano contaba con buenas razones para no dar paso tan "ingenuo a raíz del éxito" del Héroe de Italia en la batalla de Puebla. De conferirse a Forey el mariscalato —como confiaba Hidalgo— la cosa resultaría fácil en cambio, por "no haber suficientes tropas en México para un cargo tan elevado".[38] Tanto los Archiduques como los exiliados mexicanos se hacían lenguas de las virtudes de Bazaine para sustituir al Héroe de Italia, sin sospechar los disgustos que don Aquiles les proporcionaría en un futuro nada lejano.

Todavía bajo los efectos de la recepción que le tributó Puebla de los Ángeles avanzó Forey sobre la capital, y en Buenavista, a pocos kilómetros de su destino, dirigió a sus hombres una sonora proclama: "Nuestras águilas victoriosas van a entrar en la capital del antiguo Imperio de Moctezuma y Guatimotzin; pero en vez de destruir, como Hernán Cortés, vais a edificar; en lugar de reducir a un pueblo a la esclavitud, vais a libertarle; no venís del mundo antiguo atraídos por el cebo de oro, para subyugar a este pueblo inofensivo. . ." El hombre se sentía un héroe, nada menos que por encima de Cortés. Como todos los mentecatos, Forey gustaba de parangones imposibles: Cortés, César, Alejandro. . . ¡Ya colocaba su nombre entre los autores de la historia![39]

El 10 de junio entró en México la columna expedicionaria, encabezada por él mismo en compañía de Márquez, Dubois de Saligny y Juan Nepomuceno Almonte. Encontró la ciudad ataviada como sabe hacerlo para las fiestas grandes: arcos, inscripciones, retratos de los recién llegados, coronas, y gallardetes, cintas de razo, versos de poetas ocasionales, y otra vez el pueblo en las torres de las iglesias, las

[37] Carlota a Leopoldo; Miramar, 3 de julio de 1863, en KMMA, caja 3.
[38] Hidalgo a De Pont, París, 1o. de julio de 1863, en KMMA, caja 2.
[39] La Proclama de Forey en Zamacois, *op. cit. supra*; t. XVI, p. 518; *edic. cit.*

campanas y los cohetes voladores. ¡Cerca de cien mil almas llenaban calles y balcones! Durante muchos años no se vio algo parecido, por lo menos desde el 27 de septiembre de 1821 en que Iturbide marchó al frente del ejército de las Tres Garantías. Después, en casi medio siglo, sólo la recepción que hoy tributaban a Forey, y la que se dará a Juárez cinco años más tarde, consumada la increíble victoria. Jamás sabremos de dónde salen tantos bellacos cuando llegan los vencedores.

El 11 publicó Forey su Manifiesto a la Nación, ajustado a las instrucciones que Napoleón le envió el 3 de julio de 1862.[40] El Héroe de Italia mostraba "una gran deferencia por la religión", pero tampoco inquietaba "a los poseedores de bienes nacionales", un mal principio porque en México una deferencia excluía a la otra, y no era posible caravanear al mismo tiempo a las dos partes en pugna. De acuerdo con la Proclama, la religión católica sería protegida y sus obispos restaurados en sus diócesis, mas también se dejaba ver la posibilidad de que pudiera arraigar en México la libertad de cultos en un futuro cercano. Ahora, en cuanto a los bienes nacionalizados por virtud de las leyes de Reforma, los adjudicatorios, que los hubieran adquirido sin manejos fraudulentos, "no serían inquietados en forma alguna, y quedarían en posesión de los mismos". Se hablaba, por último, de proporcionar a los mexicanos una dosis de libertad bien entendida, esa curiosa pócima de que se valen los déspotas para disfrazar, con el asentimiento de los imbéciles, las diversas formas de la tiranía. Los conservadores aplaudieron tibiamente, y principiaron a perder el apetito. Ahora se preguntaban si no exageraron las flores, los versos y los cohetes. Si, en otras palabras, no se habrían equivocado en la elección del protector.

Errados andaban por supuesto, y no sabían hasta dónde. Por excesivo optimismo, o por cerebro defectuoso, permanecían ciegos a la evidencia de que Napoleón perseguía en México un doble fin, militar y comercial, sin el menor interés por enredarse en controversias ideológicas. A los conservadores mexicanos, por otra parte, no interesaba el aspecto francés de la empresa, pues aun cuando con él transigieron como simple requisito circunstancial, les importaba sobre todo el problema ideológico-político: echar marcha atrás en el

[40] *Cfr. supra*, cap. IV, pp. 134 y ss.

programa de la Reforma, y satisfacer de paso su rencor contra sus autores. Y aquí la primera incompatibilidad de raíz: la de que para satisfacer los fines ideológico-políticos mexicanos era preciso enfrentarse a los objetivos franceses en la misma materia. Ni Francia veía con simpatía el fin fundamental de los conservadores, ni a éstos agradaba el objetivo central de Francia. A falta de un acuerdo sobre lo que importaba verdaderamente, unos y otros se acogieron al rotulón que en apariencia conciliaba los intereses contrarios: la salvación de la raza latina en este continente, un lazo incapaz de resistir la primera prueba.

Había otro problema en el que nadie pensó siquiera. En su concepción del mundo, de la sociedad, del Estado y de la vida, no diferían sustancialmente los franceses que formaron el Cuerpo expedicionario y los que quedaron en Francia, mas no era ése el caso de los conservadores mexicanos que vivían en México respecto de los que radicaban en Europa, entre quienes sí se daban diferencias sustanciales en punto a problemas sociales y políticos, con la excepción tal vez única de José María Gutiérrez Estrada. Es un hecho que los conservadores de México se parecían mucho más a Gutiérrez que a Almonte, digamos, y otro es que Napoleón jamás pudo soportar a don José María, en tanto que Hidalgo fue su gran amigo y don Juan Nepomuceno le mereció incluso el elogio de llamarlo "inteligente". Cualquier francés, grado más o menos, compartiría la reacción personal de Napoleón hacia Gutiérrez, en su opinión un sujeto escapado de algún museo y colocado en un mundo que ni compartía ni comprendía. O sea la misma actitud de Forey hacia los conservadores, que luego se agudizó en Bazaine y Maximiliano. Cabrá recordar aquí la acritud un poco injusta con que el Príncipe les enjuició, al llamarles "viejas pelucas" con desdén no exento de conmiseración. Mas si los conservadores mexicanos eran "viejas pelucas" en su propia salsa, la doble peyoración no correspondía a Almonte ni a Hidalgo, este último más bien un francés venido a menos que un mexicano ido a más. Si las "viejas pelucas" mexicanas eran como Gutiérrez, podía explicarse la mala impresión que los "aliados" de Francia produjeron entre los expedicionarios, antipatía que reventó poco más tarde en la funesta querella entre Forey, Neigre y la Regencia.

En cuanto llegó, Forey principió a organizar el gobierno provisional de acuerdo con las instrucciones que Napoleón le proporcionó el 3 de julio del año anterior, mas Almonte, que también las conocía, y estaba mejor enterado del medio político mexicano que el francés, se dispuso a conciliar lo inconciliable. Recordaba don Juan Nepomuceno la amistosa reprimenda de la Emperatriz a raíz del "pronunciamiento" que él mismo organizó y jefaturó en Córdoba: "No podemos aliarnos con un partido; remplazar a los *puros* por los reaccionarios sería indudablemente mejorar la situación actual, pero no se satisfaría el fin propuesto. Es necesario que todos los partidos se fusionen, y que la sola idea de la patria domine en ese caos de personalismos".[41] Para prevenir tal alianza Eugenia y Napoleón pensaron en Almonte, porque ausente del país durante largo tiempo, moderado de carácter, tránsfuga del partido liberal y extraño a odios y venganzas, le suponían "lazo de unión entre hombres que, afiliados a partidos diametralmente opuestos, no tendrían otra oportunidad mejor para establecer contactos".[42]

Como Napoleón, como Eugenia, como la mayoría de los franceses, Forey creía en el sufragio universal, y Almonte, astuta y cautelosamente, puso en juego sus argucias para que mudara de ideas. En este punto compartía don Juan Nepomuceno el criterio de Gutiérrez, quien desde que la empresa se puso en marcha en 1861 no quería ni pensar en congresos, en estatutos y bases orgánicas que sólo aprovecharían "a los enemigos", inclinándose por "una dictadura civilizadora" para la que nuestra raza estaba hecha, más que otra alguna, por su propensión "a obedecer a una autoridad única".[43] Un hombre de ideas fijas que dos años más tarde, en los días de la segunda batalla de Puebla, escribía al padre Miranda: "Antes de una dictadura enérgica y justa, por espacio de algunos meses, será imposible establecer, en los ánimos, la calma necesaria. ¿Quién será el dictador? Un general francés, entendido y prudente, no me disgustaría".[44] Comprenderemos su gozo, pues, al enterarse de que Almonte consiguió modificar la convicción de Forey, o sea cuando supo que el Jefe francés se hallaba ya convertido en favor

[41] Hidalgo: Apuntes para . . . en *Cartas*, p. 45; *edic. cit.*
[42] Hidalgo: *op. cit. supra*, p. 45, reproduce la carta completa de la Emperatriz.
[43] Hidalgo: *op. cit. supra*, p. 22; *edic. cit.*

del voto de los Notables en vez de pensar en el sufragio universal. "La fuerza de las cosas es la que está haciendo esos milagros", escribió al padre Miranda.[45]

El 18 de junio integró Forey la Junta Suprema de Gobierno con base en treinta y cinco individuos, organismo provisional destinado a nombrar a los miembros del Poder Ejecutivo, también provisional, y a designar a los caballeros que iban a formar la Asamblea de Notables. Gutiérrez pensaba que si "la monarquía y el monarca no se eligen sobre la marcha por la Junta de Notables. . . nada hemos avanzado y volveremos a las andadas". De hacerse las cosas como él preconizaba, en cambio, la opinión nacional vendría a coronar la obra más tarde, en forma tan espontánea "como la de los bienaventurados para gozar de la perpetua felicidad", escribía el pobre hombre, arrebatado por visiones angélicas.[46]

Una vez que se cumplió la primera parte del decreto, y los treinta y cinco miembros de la Junta Suprema integraron el Poder Ejecutivo provisional con don Juan N. Almonte, don Mariano Salas y don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, arzobispo de México, la misma Junta satisfizo la segunda de sus funciones, y el 2 de julio designó a los doscientos quince individuos avocados —con los treinta y cinco de la Junta— a formar la Asamblea de Notables, máxima autoridad política del gobierno provisional. Por cierto que el nombre del general Santa Anna, candidato de Gutiérrez y de Maximiliano para encabezar el Poder Ejecutivo primero y luego la Regencia del Imperio se quedó en el tintero, seguramente por la acción de Hidalgo en las cámaras privadas de Sus Majestades.[47]

El 8 de julio de 1863, en el local de la antigua Cámara de Diputados, se reunieron los Notables para determinar el sistema de gobierno que darían a la nación. A la una de la tarde las salvas de artillería anunciaron la llegada de los miembros del Poder Ejecu-

[44] Gutiérrez a Miranda; París, 13 de marzo de 1862, en Genaro García: *op. cit. supra*; t. XIII, p. 20; *edic. cit.*
[45] Gutiérrez a Miranda; París, 30 de diciembre de 1862, en García, *op. cit. supra*; t. IV, p. 230; *edic. cit.*
[46] Gutiérez a Miranda; París, 27 de marzo de 1862, en G. García, *op. cit. supra*; t. XIII, p. 31; *edic. cit.*
[47] Maximiliano a Napoleón; Miramar, 22 de enero de 1862: "Aussi il me semble, et M. Almonte a paru parteger cet avis, que l'on risquerait rien en mettant Santa Anna à la tête de la Régence qui aurait à administrer l'Etat jusqu'à l'arrivée du Souverain". KMMA, caja 8.

tivo, y en su compañía Forey y Saligny. Almonte aprovechó la ocasión para pronunciar un discurso en el que habló de "reconstruir" el arruinado edificio social mediante un orden nuevo que conciliara la autoridad con la libertad y la prosperidad con la justicia, y una vez que terminó se retiraron Forey y Saligny, los miembros del Poder Ejecutivo y los militares y el público invitado. Se deseaba alejar hasta la más remota sospecha de que alguna influencia exterior afectara la libertad de los Notables, y seguramente lo habrían conseguido de no conocerse, el 10, el resultado de sus deliberaciones, consignado en cuatro puntos resolutivos:

1º Que la nación adoptaba la monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico.
2º Que el soberano tomaría el título de Emperador de México.
3º Que la corona imperial se ofrecería a S.A.I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, para él y sus descendientes, y
4º Que en caso de que, por circunstancias imposibles de prever, el archiduque Fernando Maximiliano no llegara a tomar posesión del trono que se le ofrecía, la nación mexicana se remitía a la benevolencia del Emperador de los franceses, para que le indicase otro príncipe.[48]

Era preciso carecer de la más remota noción de la vergüenza para suscribir un acuerdo como el que se consignaba en el cuarto punto. Remitirse a la decisión del Emperador de los franceses para el caso de que Maximiliano no aceptara la corona era tanto como reconocer que el Archiduque era el candidato de Napoleón, y que sólo a éste correspondía el derecho de designar a otro en el caso de no aceptar aquél. Ésa era la verdad, por supuesto, pero resultaba excesivo admitirla en México, oficialmente, por un grupo de caballeros que decían respetar la voluntad de la nación. Lo cierto era que entre la plebe que lanzaba cohetes y aclamaba a Forey y a sus franceses, y los Notables que suscribían decisiones como ésa, era natural que el Héroe de Italia llamara "pueblo inofensivo" a los mexicanos. Era lo menos que podía pensar de aquella gente, del pueblo por pueblo y de los Notables por notables.

[48] Zamacois: *op. cit. supra*; t. XVI, p. 596; *edic. cit.*

Bastante más decente que ellos fue el Archiduque, pues al contestar una carta en que Napoleón le felicitaba por su designación como Emperador de México, hizo hincapié en la urgencia de que no sólo los Notables de la capital sino el país entero se pronunciara sobre su destino. "Aunque no quepa duda alguna en punto a que las decisiones del gobierno provisional se encuentran dictadas por el celo más leal —agregaba Maximiliano—, no es menos cierto que podría temerse, en la dirección de la cuestión política, una especie de precipitación que pudiera llegar a resultar enojosa."[49]

Dos días más tarde, el 12 de julio, Almonte comunicó a Maximiliano que una diputación mexicana se disponía a marchar a Europa para ofrecerle la corona, mas puntualizó también la urgencia de que emprendiera el viaje pronto para no exponerse al "montón de intrigas" que tanto en México como en el extranjero se urdían para que diera marcha atrás en sus proyectos, "exagerándole las dificultades con las que tendría que luchar en su nuevo Imperio".[50] También ese día la Asamblea de Notables envió a Hidalgo "un voto de gracias" por los servicios que prestó a la nación "en circunstancias memorables", halagándole con la esperanza de que, al consolidarse el nuevo estado de cosas, la nación, "en mucha parte", le quedaría en deuda por tales beneficios.[51] Hermosos conceptos que sirvieron a don José Manuel "de alivio y consuelo" y compensaron las penas tan grandes y excepcionales que "con el corazón hecho pedazos aquí, y con la vista allá", nuestro hombre sufrió durante tantos años.[52] Será pura coincidencia la semejanza entre las palabras que emplean los políticos actuales para agradecer los favores del Jerarca en turno y las que utilizaron los Notables para dirigirse a Hidalgo. Aunque sea lamentable que las que éste escogió para contestarles —tan floridas— hayan caído en desuso.

La recepción sin paralelo que se tributó en México al Cuerpo

[49] Maximiliano a Napoleón; Miramar, 10 de agosto de 1863, en Conte Corti: Apéndice a *op. cit. supra*; p. 638; *edic. cit.* Al mismo asunto se refiere el Memorándum de la secretaría del Archiduque, al que nos referiremos luego, que se encuentra en KMMA, caja 4, OHHSA.
[50] Almonte a Maximiliano; México, 12 de julio de 1863, en KMMA, caja 6.
[51] Asamblea de Notables a Hidalgo; México, 12 de julio de 1863, en KMMA; *loc. cit. supra.*
[52] Hidalgo a la Asamblea de Notables; Trieste, 1o. de octubre de 1863, en KMMA; *loc. cit. supra.*

francés expedicionario entusiasmó a los exiliados mexicanos, quienes con los vítores, arcos triunfales y balcones engalanados confirmaban las promesas y seguridades que dieron a los Soberanos. Gutiérrez saludaba a la bandera de Francia "que ya flotaba en México al lado de la nuestra", protegiendo con sus alas "al águila mexicana", y de la que el país esperaba su completa liberación, "su regeneración y salvación",[53] en tanto que a Hidalgo le quitaban un peso de encima con la recepción que se tributó a los franceses, "muy mejor a como la esperaba", tan grandiosa que los jóvenes no habían visto algo semejante: "La generación que se va grita: desde la entrada de Iturbide en 1821 nunca se vio alegría parecida, verdadera apoteosis de la que, por contraste, España debería estar de duelo y esconderse bajo tierra".[54]

Aunque bastante más sereno que Gutiérrez, don José Manuel se sentía el hombre más dichoso del mundo porque los que antes criticaron sus gestiones ahora le daban la razón.[55] Alguien le dijo en Saint Cloud que "en otro tiempo se necesitaba valor para pronunciar su nombre", a lo que el mexicano agregó que si "con el corazón destrozado" concurrió a bailes y saraos fue porque lo contrario habría sido tanto como "ocultar su vergüenza cuando no tenía de qué ruborizarse".[56] El Emperador se hallaba en las aguas de Vichy cuando los franceses hicieron su triunfal entrada en la ciudad de México, e Hidalgo le escribió para decirle que ese día, el 12 de junio, había sido "le jour plus beau" de su vida. Por cierto que su estrella estaba tan alta que el conde de Clermont Tonnerre, ayudante del Emperador, le confió: "Si el proverbio es cierto le habrán zumbado los oídos (*les oreilles ont dû vous tinter*) por lo mucho que se habló de usted. Se dijeron tan halagadoras palabras que una sola de ellas bastaría para hacerle olvidar todo lo que ha sufrido".[57]

Mas el exiliado no se dejaba llevar por el canto de la sirena, pese a su vanidad hipertrofiada, y pensaba en las medidas urgentes que era preciso adoptar si se quería consolidar el éxito de las armas francesas, sobre todo formar el ejército imperial mexicano y

[53] Gutiérrez a Napoleón; París, 5 de julio de 1863, en KMMA; *loc. cit. supra.*
[54] Hidalgo a De Pont; París, 20 de julio de 1863, en KMMA, caja 2.
[55] Hidalgo a De Pont; París, 24 de julio de 1863, en KMMA; *loc. cit. supra.*
[56] Hidalgo a De Pont; *op. cit., loc. cit. supra.*
[57] Hidalgo: Apuntes para ...., en *Cartas*, p. 49; *edic. cit.*

hacer que el país se pronunciara por la monarquía antes de que terminara la guerra civil en los Estados Unidos, pues al liberarse la Unión de su conflicto interno "podría hacer creer que Francia no actuaba de buena fe, y empujar a nuestros demagogos a la revolución bajo el pretexto de defender nuestra independencia", ya que no era cosa de olvidar que los enemigos de la Intervención, en Francia y en el extranjero, decían que Napoleón se proponía convertir a México en una colonia.[58]

Almonte por su parte, en México, temía que Maximiliano estableciera nuevos y gravosos requisitos para aceptar la corona —o bien que la rechazara del todo—, y para eliminar esa contingencia previno al Archiduque el 27 de julio tanto contra las maniobras de quienes diciéndose defensores de México perseguían que la independencia del país se perdiera en beneficio de los Estados Unidos, como contra los tejemanejes de España, dirigidos a evitar la consumación de un hecho que, al "asegurar para siempre la independencia, la grandeza y la prosperidad de México" sólo dejaría "un lugar a los lamentos, pero ninguno a la esperanza".[59] Para prevenir los peligros que avizoraba, don Juan Nepomuceno sugirió al Archiduque que se diera por satisfecho con los votos de las ciudades de México y Veracruz, ante la imposibilidad de proporcionarle de momento los sufragios del resto del país, tomando en consideración los riesgos cada vez mayores que aparejaba su denuncia en aceptar la corona y emprender el viaje. Apoyaba Almonte, por último, la apertura de nuevas negociaciones entre las tres potencias signatarias de la Convención de Londres para que ante los hechos consumados —y con el concurso de Bélgica y de Austria, se transformara el convenio londinense del 31 de octubre en un acto "que colocara la independencia de México y la integridad de su territorio bajo la garantía de las cinco potencias contratantes.[60]

Pero Maximiliano había perdido el entusiasmo de los primeros días, y ahora utilizaba la cabeza para lo que se la dio el Señor, o sea para pensar con ella. Entre los papeles de su archivo personal, en Viena, se encuentra el borrador de un escrito fechado en agos-

[58] Hidalgo a De Pont; *op. cit., loc. cit. supra.*
[59] Almonte a Maximiliano; México, 27 de julio de 1863, en KMMA, caja 3.
[60] Almonte a Maximiliano: *op. cit., loc. cit. supra.*

to, en el que el Archiduque reitera sus condiciones *sine qua* para la aceptación del trono mexicano, o sea el voto libre y claramente expresado de los mexicanos y el apoyo no sólo moral sino material de Francia e Inglaterra. En el primer punto se adelantaba a la sugerencia que le hizo Almonte el 27 del mes anterior —que de momento aceptara la corona con base en los votos de México y Veracruz—, y en el segundo mostraba cuánto habían arraigado en su ánimo los temores hacia los peligros que su Imperio tendría que afrontar por el lado de la América del Norte. Por lo demás, Francia tendría que fijar el monto de sus reclamaciones financieras, establecer con Inglaterra las garantías para el empréstito por contratar, definir la duración de su ocupación y cederle la legión extranjera. En cuanto al problema de la sucesión del trono, Maximiliano se obligaba a dejarla arreglada en término de tres años a partir de su llegada.[61]

Cierto que Maximiliano estaba absolutamente resuelto a colaborar con el Emperador en la obra de regeneración de México, pero habría necesitado ser tonto de solemnidad para no comprender que la obra misionera tropezaba con el problema de la vecindad de los Estados Unidos, donde por añadidura los confederados se batían en retirada en todos los frentes. La Unión se reconstruía sin remedio, y frente a la amenaza del monroísmo ninguna precaución sobraba. El fantasma de la Unión, poderosa y vencedora se le echaba encima, y ante el riesgo inminente —escribió a Napoleón el 10 de agosto— sólo cabía el apoyo armado de Francia como "sólido baluarte" frente a un enemigo "al que le bastará fortalecerse interiormente para intentar destruir el Imperio erigido a sus puertas".[62]

Que Maximiliano no deseaba embarcarse a tontas y a locas en la aventura del trono mexicano se sabía por supuesto en las Tullerías, tanto que Hidalgo —sin lugar a dudas portavoz de Eugenia— hablaba el 6 de agosto de la posibilidad de que el movimiento de la capital se viera secundado en las provincias para remplazar de ese modo "el sufragio universal y dar al movimiento un carácter verdaderamente nacional", pues ya le parecía evidente que el Archiduque no quería partir "con base en la sola declaración de la Junta de Notables de la capital".[63] A su ver era también urgente que se estableciera el nuevo gobierno antes de terminar la guerra civil americana, puesto que de terminar ésta, y encontrarse "un solo hombre armado y dispuesto a sostener a Juárez", los Estados Unidos le proporcionarían los medios de continuar la guerra, punto de vista que Drouyn de Lhuys compartió cuando el mexicano le comunicó sus temores.[64] La Emperatriz, terminaba Hidalgo, confiaba en que el movimiento de la capital se extendiera a todo el país, ya que de no ocurrir tal cosa era posible que Maximiliano rehusara la corona.

[61] Memorándum de la secretaría personal de archiduque Maximiliano, agosto de 1863, en KMMA, caja 4.
[62] Maximiliano a Napoleón; Miramar, 10 de agosto de 1863, en KMMA, caja 8.

Desgraciadamente no existía ninguna correspondencia entre la razón de Maximiliano y sus decisiones, o sea que el hombre pensaba cuerdamente y actuaba como un imbécil, conducta seguramente explicable por la acción de su mujer, ella sí resuelta desde el primer momento y sin que la arredraran los obstáculos en el camino. El Archiduque sabía cuán difícil era que en las condiciones del país pudiera conocerse el "voto mayoritario" de la población, y presumía también que los Estados Unidos no tolerarían un Imperio a sus puertas, menos todavía sostenido por las armas de Francia. Pero así y todo se contentaba con suponer que el "sólido baluarte" del poder militar francés era suficiente garantía para la subsistencia del Imperio, a pesar de que como europeo, y al tanto de la historia política del Continente, pudo entender cuán poco podía confiarse en un apoyo a tan largo plazo, a tan enorme distancia, y cuando el equilibrio del poder en Europa pendía de un hilo no ya por el clásico enfrentamiento anglo-francés —Napoleón cuidaba de que sus relaciones con Londres fueran buenas—, pero sí por el riesgo de un conflicto franco-ruso o franco-prusiano. Maximiliano sabía que la paz en Europa era una situación excepcional, y si por otro lado era Francia la primera potencia militar y política ¿podría quedar al margen de cualquier eventual enfrentamiento?

En Viena se advertían los riesgos tan netamente que si en 1861 accedieron a que se ofreciera al Archiduque la candidatura mexicana, en 1863 adoptaban una actitud bastante más cautelosa, y era natural que así fuera porque las nuevas condiciones exigían una

[63] Hidalgo a De Pont; París, 6 de agosto de 1863, en KMMA, caja 2.
[64] Hidalgo a De Pont; *op. cit., loc. cit. supra.*

conducta diversa. En agosto informaba el embajador de España que había hablado con Rechberg, quien le dijo que un Archiduque austriaco no podía ser "ni un usurpador" ni "un aventurero", y que su opinión adversa a la candidatura de Maximiliano no se modificaba por "la elección de una Junta de Notables, a quienes no era dable reconocer derechos de ninguna especie para conferir una corona",[65] confirmándole unos días más tarde que el gobierno austriaco haría cuanto estuviera a su alcance para evitar que el Archiduque aceptara.[66] Consideraba Rechberg que para pensar en la aceptación sería condición irrevocable la triple garantía de las potencias marítimas, en aquellas condiciones remota por no decir imposible. O sea que por una u otra razón —o por las dos juntas— Viena modificaba sus opiniones y política en punto a la candidatura de su Archiduque.

Viena sí pero Maximiliano no, pues también en agosto se reunió con Hidalgo para establecer las "bases ideológicas" de su futuro gobierno —por llamarlas de algún modo—, que don José Manuel comunicó de inmediato al general Almonte por órdenes del mismo Archiduque. Se trataba nada menos que de establecer en México una especie de gobierno juarista sin Juárez, o sea de apuñalar por la espalda al partido conservador que le consiguió el trono. La explicación que Hidalgo dio a Almonte por cuenta de Maximiliano no podía ser más amañada:

> Usted sabe el terreno tan grande que han ganado en Europa las ideas liberales, y cómo sin ellas no es posible gobernar. Es preciso marchar con su época porque el que se para es arrollado por los que marchan, y el siglo marcha.[67]

La carta de Hidalgo es un documento de valor singularísimo ya que don José Manuel —poco afecto a la economía epistolar— se extendió en explicaciones sobre la pésima imagen que la Intervención tenía en Europa, donde era corriente la idea de que Francia prestaba apoyo a la reacción —o sea al partido clerical—, propósito que no entraba en los planes de Napoleón ni mucho menos en los de Inglaterra.[68] "Mil veces" oyó de la Emperatriz que era preciso pensar en una Constitución que sirviera a México y justificara el Imperio a los ojos de Europa, y en obsequio de sus deseos le enviaba Hidalgo un proyecto "que tenía algo de la Constitución francesa, algo de la belga, y muchas otras cosas de la inspiración de S.A.I.".[69] El Archiduque estaba completamente de acuerdo con el proyecto; esperaba que la Regencia le diera forma de ley para "aceptarla y jurarla a su llegada", y recomendaba que el proyecto se entregara "bajo mano" a la Cámara, nombrada de acuerdo con la ley electoral de 1845, para que se aprobara de acuerdo con la misma ley y sin entrar en discusiones. Maximiliano era muy liberal y progresista, pero no parecía interesado en el diálogo, y menos en la oposición que pudiera provocar su proyecto de ley constitucional entre quienes le ofrecieron el trono: era preciso que "esos señores" supieran —sin duda los obispos y demás personajes conservadores— que la voluntad de Maximiliano "era inquebrantable".[70]

En agosto de 1863, al darse los últimos toques al edificio imperial, era natural que la correspondencia entre el Archiduque y Napoleón se volviera más copiosa y cubriera temas más concretos. El mismo día que Hidalgo envió a Almonte las instrucciones "irrevocables" del Príncipe, el 26 de agosto, éste se dirigió al Emperador para plantear el catálogo de sus exigencias, o de sus requisitos, para emplear una palabra más amable. Reiteró que el país entero tendría que ratificar los votos de México y Veracruz para levantar "un edificio sólido y durable", pues sólo en la voluntad nacional podría encontrar respaldo moral su gobierno, independientemente de que una "fuerza material" suficiente fuera también garantía *sine qua* para la estabilidad del nuevo Imperio. Si desde el principio reclamó el apoyo de las dos grandes potencias marítimas, ahora sugería que el apoyo en cuestión adoptara la forma de un tratado de alianza, destinado a poner a salvo al Imperio contra cualquier ataque armado y por un periodo de quince a veinte años.

[65] De la Torre Ayllon al Marqués de Miraflores, despacho 16; Viena, 13 de agosto de 1863, en AMAEE, México 1863-1867, legajo 2551.
[66] De la Torre Ayllon al Marqués de Miraflores; despacho 162; Viena, 6 de agosto de 1863, en: *arch. cit., loc. cit. supra.*
[67] Hidalgo a Almonte; Miramar, 26 de agosto de 1863, en KMMA, caja 2, OHHSA.

[68] Que poner coto a la influencia de los Estados Unidos era lo único que daba a la Intervención cierta popularidad en Francia es opinión de Harold Kurtz en *The Empress Eugenie, 1826-1920*; London, 1964.
[69] Hidalgo a Almonte; Miramar, 26 de agosto de 1863, en *loc. cit. supra.*
[70] Hidalgo a Almonte; *op. cit., loc. cit. supra.*

Puesto así al abrigo de los peligros que no podría resistir por sus propias fuerzas —concluía—, la monarquía naciente estaría en condiciones de procurar el bienestar del país, y de trabajar concienzudamente en una obra cuyo mérito corresponderá, en primer lugar, al ilustre soberano cuya generosa iniciativa ha puesto la espada de Francia al servicio de la causa del orden y de la humanidad.[71]

Soñaba Maximiliano si creía que Inglaterra se prestaría a suscribir un tratado de alianza para defender su trono, mas lo intentaba mientras Hidalgo se ocupaba de detalles tan menudos como la forma de amueblar las habitaciones de Chapultepec —"con sencillez pero confortables"—, ya que el Archiduque residiría en el Alcázar y utilizaría el Palacio para actividades oficiales. En septiembre llevó Hidalgo a Biarritz un ejemplar de la Constitución del Imperio, que él mismo tradujo al francés,[72] cuyo texto objetó Napoleón sobre todo "por los muchos detalles que podrían atar las manos de S.A.I., y otros que tal vez no cabrían si se declaraba soberano constitucional".[73]

Poco imaginaban los conservadores a ultranza —las "viejas pelucas"— la píldora que entre Miramar y Biarritz les preparaban, pues Hidalgo se las ingeniaba para que ninguno husmeara lo que se cocinaba. Tres meses antes se quejaba Gutiérrez de que Hidalgo se creía "una verdadera potencia", y que no desaprovechaba ocasión para hacerlo sentir, muy consciente de que "si la Providencia le colocó en tan feliz circunstancia "era a él a quien tocaba aprovecharla".[74] Pero más les valía seguir en la ignorancia, pues de haber sabido lo que tramaban Sus Majestades con la complicidad de Hidalgo y Almonte, seguramente no habrían sobrevivido a la decepción. Ni Gutiérrez, ni Arrangoiz, ni Miranda —ni los de México— tuvieron esa evidencia instantánea, y a la idea del desastre se hicieron más tarde y paulatinamente. Las penas —como ciertas drogas— han de administrarse con cuentagotas.

[71] Maximiliano a Napoleón; Miramar, 26 de agosto de 1863, en KMMA, caja 9.
[72] Hidalgo a De Pont; París, 2 de septiembre de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*
[73] Hidalgo a De Pont; Biarritz, 9 de septiembre de 1963, en KMMA, *loc. cit. supra.*
[74] Gutiérrez a De Pont; París, 1o. de mayo de 1863, en KMMA, caja 3.

3. Los nuevos sinsabores

En París se unió don José María Gutiérrez Estrada a la Diputación mexicana que ofrecería la corona a Maximiliano. Pensaban los mexicanos ir primero a presentar sus respetos al Emperador y a la Emperatriz en Biarritz, mas Napoleón, temeroso de que Gutiérrez aprovechara la ocasión para hacer algún discurso, decidió verles a su regreso de Miramar: "La maison n'est pas à vendre", telegrafió Hidalgo a De Pont el 19 de septiembre. Que la casa no estaba en venta significaba que el Soberano no recibiría a los mexicanos.

En Bruselas, mientras tanto, Carlota sostenía largas conversaciones con el Rey su padre,[75] quien quemó sus últimos cartuchos con su sobrina la reina Victoria para que el gobierno inglés reconociera al Imperio mexicano bajo la cuádruple condición de que mediara el voto libre de los mexicanos; de que se garantizara la absoluta independencia del país; de que se aceptara satisfacer las reclamaciones británicas, y de que se llegara a un nuevo acuerdo entre las potencias signatarias de la Convención de Londres. Tales eran las noticias que comunicó a Madrid don Diego Coello y Quezada, ministro de España en Bélgica, donde nadie veía con buenos ojos la aventura mexicana. De no ser por los lazos de familia que mediaban entre el futuro soberano y la Casa Real —pensaba el Ministro— Bélgica sería el último país en reconocer la monarquía en México.[76]

En la primera semana de septiembre recibió Maximiliano la carta de Almonte del 27 de julio,[77] y las ideas y sugerencias que contenía le llevaron a replantear un problema que en rigor era ya nada más que suyo. Preocupado por los informes y puntos de vista que tenía sobre su mesa, el 12 se dirigió de nuevo a Napoleón para decirle que ni él ni el Emperador su hermano compartían la opinión de don Juan Nepomuceno en punto al sentido y alcances del voto de los Notables; que si bien el mexicano parecía considerar dichos votos como la expresión de la voluntad nacional, él y

[75] El resumen de las conversaciones que sostuvieron ambos en Laeken, entre el 12 y el 19 de septiembre de 1863, en KMMA, caja 4.
[76] Coello y Quezada al Marqués de Miraflores; Ginebra, 17 de septiembre de 1863, despacho 102, en AMAEE. Legajo Bélgica, 1860-1867.
[77] *Cfr. supra*, cap. V, p. 165.

Francisco José sólo podían tomarlos "como un primer resultado, muy feliz en sí mismo", pero que tendría que ser convalidado "por la adhesión del país entero o de la mayoría de las provincias que lo componen". En el caso de que ese y los otros requisitos se cumplieran —agregaba Maximiliano—, "ni los clamores ni las maniobras que el general Almonte teme en su carta me harán vacilar en el cumplimiento del compromiso eventual que tengo contraído con V.M.".[78] Pero si bien no le satisfacía enteramente el voto de los Notables, el Archiduque apoyaba con entusiasmo la idea de Almonte en el sentido de que la independencia y la integridad territorial del nuevo Imperio se colocara bajo la garantía de las potencias signatarias de la Convención de Londres. No desesperaba de lograr el apoyo inglés mediante las gestiones del rey Leopoldo, quien vería en esos días a la reina Victoria, y con cuyo motivo recordaba Maximiliano que en todo ello andaba de por medio una de las condiciones que desde un principio impuso para su aceptación. "Almonte, con verdadero patriotismo, ha reconocido que una monarquía en México sería incapaz de sostenerse sin el apoyo de Europa, y sin antes de adquirir la fuerza que sólo el tiempo da, frente a los peligros que amenazarán su frontera septentrional",[79] puntualizaba.

Napoleón contestó el 19 para curarse en salud, pues consciente de no contar con Inglaterra para otorgar garantías de ningun género, se concretó a decir que una vez que el país estuviera pacificado moral y materialmente el Imperio sería reconocido por todo el mundo, en cuyo caso "nada aportaría a su estabilidad una garantía de las potencias marítimas, *tan difícil de obtener*".[80] En cuanto a los Estados Unidos —consolaba Napoleón al Archiduque—, saben bien que si el nuevo régimen de México es la obra de Francia, "no podrían atacarlo sin tenernos inmediatamente como sus enemigos".

Obviamente Maximiliano recibió con gran interés la sugerencia de Almonte en el sentido de que se abrieran nuevas negociaciones entre las tres potencias signatarias del convenio londinense, ahora con la concurrencia de Austria y Bélgica, con el objeto de que la

[78] Maximiliano a Napoleón; Miramar, 12 de septiembre de 1863, en KMMA, caja 8.
[79] Maximiliano a Napoleón; *op. cit., loc. cit. supra.*
[80] Napoleón a Maximiliano; Miramar, 19 de septiembre de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra* [La cursiva es nuestra.]

independencia de México y la integridad de su territorio se colocaran bajo la garantía de las cinco potencias, pero de eso a que la idea resultara viable mediaba un abismo. Así lo entendía Napoleón al escribir a Maximiliano el 19 de septiembre, y así también lo reconocía este último cuando le contestó el 29, enterado de que la reina Victoria se inclinaba por la abstención británica no obstante que Carlota, a su regreso de Bruselas, aseguró que su padre estaba resuelto "à plaider chaleureusement à Londres la cause mexicaine". Sabía también que su hermano el Emperador adujo falta de recursos marítimos para emprender expediciones trasatlánticas; que no estaba dispuesto a proporcionar ninguna clase de garantías, y que tampoco le daba esperanzas de que Austria pudiera respaldar el empréstito, arguyendo que, de hacerlo, "se impondrían al tesoro austriaco cargas eventuales que no podrían adoptarse sin la intervención de las cámaras, y que éstas retrocederían ante un compromiso de esa naturaleza".[81]

El mismo día que Maximiliano firmó su desconsolada carta del 27 de septiembre, la Diputación mexicana salía de París con destino a Miramar, donde el 3 de octubre su presidente Gutiérrez Estrada ofreció al Príncipe la corona "que el pueblo, por un decreto solemne de los Notables, ratificado ya por tantas provincias, y que lo será en breve por la nación entera" había resuelto conferirle. Maximiliano, en su breve respuesta, se concretó a puntualizar sus viejas condiciones: que la monarquía sólo podía establecerse sobre bases legítimas y sólidas si la nación ratificaba la decisión de los Notables; que él hacía de ese voto la primera de sus condiciones para aceptar el trono; y que para que el Imperio quedara al abrigo de los peligros que amenazarían su libertad e independencia tendría que reclamar las garantías indispensables. Agregó el Archiduque que, en el caso de obtener "dichas prendas", el saludable ejemplo del Emperador su hermano le serviría para abrir al país "ancha vía del progreso" mediante la adopción de un régimen constitucional.[82]

[81] Maximiliano a Napoleón; Miramar, 27 de septiembre de 1863, en KMMA; *loc. cit. supra.*
[82] Zamacois: *op. cit. supra*; t. XVI, cap. XII, p. 766; *edic. cit.* Tengo entre mis libros una plaqueta de lujo con los discursos de Gutiérrez y Maximiliano, en francés y español, publicada en la imprenta de Laine y Havard, Rue des Saints Pères, París, 1863.

Días antes de pronunciarlo, Maximiliano envió un ejemplar de su discurso a Napoleón, quien lo aprobó en todo salvo en el énfasis que el Archiduque puso "en la adopción de un régimen constitucional", pues a su juicio no era la libertad lo que podría regenerar a un país víctima de la anarquía. "Lo que hace falta en México es una dictadura liberal, es decir un poder fuerte que proclame los grandes principios de la civilización moderna como la igualdad frente a la ley, la libertad civil y religiosa, la probidad en la administración y la equidad de la justicia. La Constitución tendrá que ser obra del tiempo", sentenciaba el Emperador, quien también proporcionaba al Príncipe la opinión del *Times* inglés, uno de cuyos recientes artículos subrayó que lo que urgía en México era sobre todo la pacificación del país, dando seguridad a la propiedad y a las personas, antes de pensar en la libertad, que llegaría más tarde y por ella misma.[83] Por cierto que Maximiliano, al contestar, no tuvo mejor ocurrencia que justificar su alusión al régimen constitucional "en atención a las consideraciones que reclama la opinión pública de Inglaterra y de Austria".[84] Si la sinceridad es una virtud digna del aplauso, también es verdad que se dan casos de franquezas que matan.

Decidido, pese a todo, a aceptar la corona mexicana, Maximiliano fue el 1o. de octubre nada más que un simulador ante los señores de la Diputación mexicana que le ofrecieron la corona. Simulador porque sujetaba su aceptación a condiciones que sabía imposibles, una del orden internacional y la otra —la más importante desde el punto de vista moral— del orden interno mexicano. Cuando los franceses ocupaban solamente la capital y las poblaciones en el camino de Veracruz, cuando ya se tenía una experiencia de casi dos años sobre lo que significaba la guerra en México, no era lógico que el Archiduque sujetara su aceptación a que la población mexicana expresara "su voluntad muy libremente", sobre todo porque esa gente habitaba la mayor parte del territorio nacional, dominado en esos momentos por el gobierno de Juárez. Tal condición pudo ser admisible de pensarse en una campaña relámpago, o bien en el caso de existir indicios de que el "partido considerable" estuviera a punto de "hacerse del poder", mas ninguna de esas eventualidades era de tomarse en serio ni era previsible que se produjera. Si al cabo de dos años de guerra sólo se hallaban ocupadas dos ciudades importantes, Maximiliano pudo sospechar que ni Forey ni Bazaine tendrían vida suficiente para adueñarse del inmenso territorio, condición muy obvia para que la población "expresara libremente su voluntad". Tal ha sido durante muchos años el problema de los mexicanos para dar a conocer su voluntad política: que cuando su territorio no ha estado ocupado por los unos, lo ha estado por los otros.

83 Napoleón a Maximiliano; Biarritz, 2 de octubre de 1863. Este documento en Conte Corti: Apéndice a *op. cit. supra*, p. 645; *edic. cit.*

84 Maximiliano a Napoleón; Miramar, 9 de octubre de 1863, en *op. cit., loc. cit. supra.*

Que Hidalgo escribiera en esos días que en cuanto las fuerzas francesas salieran de la capital harían "más que un paseo militar, una marcha triunfal",[85] no pasaba de ser una opinión sin el menor respaldo. Mas también es cierto que si Hidalgo podía engañar a Maximiliano con esas o parecidas palabras era porque el Archiduque —como Napoleón— estaba dispuesto a dejarse engañar para engañar a los demás, o para intentarlo por lo menos. Con poco éxito por cierto, ya que el embajador de España en Viena informaba días más tarde que las palabras que el Príncipe dirigió en Miramar a la Diputación mexicana se entendían "como una comedia concertada con el Emperador de los franceses para dar aquí una satisfacción al gobierno y a la opinión pública, y prevenir de paso cualquier interpelación de las cámaras".[86]

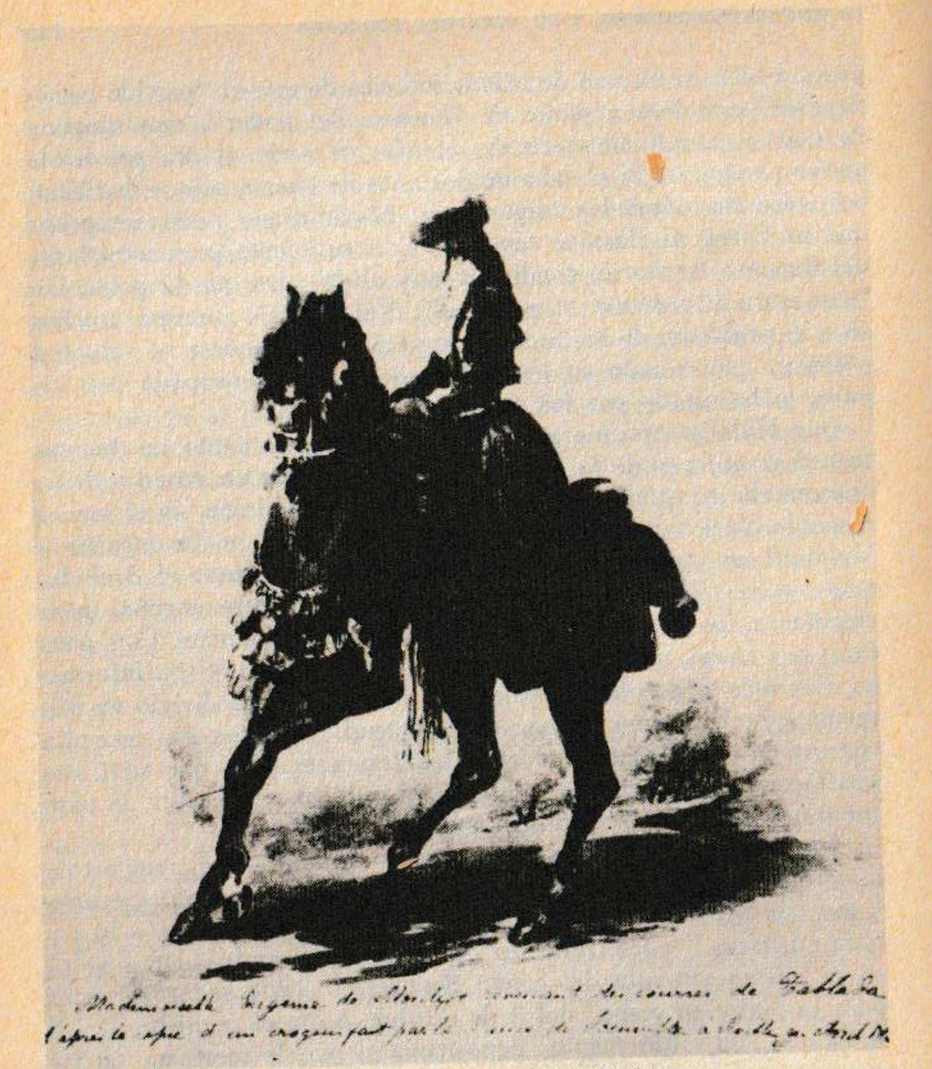
Cinco días antes de que Maximiliano aceptara condicionalmente la corona, el gobierno de Viena estaba seguro de que daría ese paso y tomaría providencias sobre la renuncia de sus derechos a la corona austriaca,[87] pues Gutiérrez dijo tal cosa al embajador español en la misma antesala del conde Rechberg.[88] Todo se previó pues para la "mise en scene" del 3 de octubre, hasta el requisito de los votos que "muy libremente" depositaría el pueblo mexicano en las urnas imperiales. Tan fue así que cuando De la Torre Ayllón habló

85 Hidalgo a De Pont; París, 21 de octubre de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*

86 De la Torre Ayllón al Marqués de Miraflores; despacho cifrado 191, Viena, 14 de octubre de 1863, en AMAEE, México 1863-1867, legajo 2551.

87 De la Torre Ayllón al Marqués de Miraflores; despacho reservado 173; Viena, 25 de septiembre de 1863, en: *arch. cit., loc. cit. supra.*

88 De la Torre Ayllón al Marqués de Miraflores; despacho 43, reservado 178; Viena, 25 de septiembre de 1863; en: *arch. cit., loc. cit. supra.*



Eugenia en el campo de Tablada:
la sangre podría más que la corona

con el duque de Gramont, embajador francés en Viena, y le expresó sus dudas sobre que la votación pudiera efectuarse "mientras Juárez conservara sombra de autoridad en aquellas dilatadas regiones". Gramont le contestó muy tajante: "¿Cuántos millones de votos le hacen falta? ¡Nosotros le proporcionaremos tantos como quiera!"[89] El duque de Garmont compartía sin duda la convicción "democrática" de Maximiliano: la misma que ejerce sus derechos en México desde el siglo XIX hasta nuestros días.

Forey en la capital, la expedición en el mejor de sus momentos, Eugenia pensó en las ventajas de atraer a España a los planes franceces, y emprendió el viaje del que tanto se habló en esos días. El 18 de octubre llegó a Valencia a bordo del *Aigle* con la duquesa de Mouchy, y tras una corta visita a su tierra andaluza siguió a Madrid para entrevistarse con doña Isabel II.[90] Era un viaje de carácter político, en el que apenas intervendría la nostalgia por sus antiguas tertulias en palacio de Ariza, domicilio madrileño de la condesa de Montijo y sus hijas,[91] por más que al regresar escribiera a su sobrino el duque de Huéscar: "Tengo siempre delante de mis ojos el Palacio de Liria,[92] y me parece que sueño cuando pienso que he vuelto a verlo, y que he tenido la dicha de abrazaros".[93] Y a su madre, la condensa de Montijo: "Me encuentro más triste que una fiesta. Son inevitables los recuerdos del pasado, contar los que nos faltan, decir que envidiamos a los que ya no existen, y ponernos a exclamar: ¡qué triste vida! ¡para qué quiero vivir! Pero estoy demasiado melancólica como ves, y es que estoy bajo la influencia de una gran fatiga mezclada con muchas inquietudes".[94]

Según Conte Corti, doña Isabel II aprovechó la ocasión para que-

[89] De la Torre Ayllón al Marqués de Miraflores; despacho cifrado 191; Viena, 14 de octubre de 1863, en: *arch. cit., loc. cit. supra.*

[90] El Marqués de Villaurrutia proporciona un buen relato del viaje de Eugenia por tierras de España, en: Eugenio Guzmán, *Emperatriz de los Franceses*, pp. 158 y ss.; Madrid, 1932.

[91] El Palacio de Ariza, frente a la Plaza del Ángel, desapareció para dejar lugar al horrible edificio que hoy ocupan los almacenes Simeón y el Hotel Victoria.

[92] Residencia de los duques De Alba, que por supuesto lo fue también de su hermana Paca, madre de Huéscar y Duquesa de Alba por su matrimonio con Jacobo Luis Stuart Fitz James, XV Duque de Alba.

[93] F. de Llanos y Torriglia: La Emperatriz Eugenia en el Archivo del Palacio de Liria. Boletín de la Academia de la Historia, p. 28; Madrid, 1935.

[94] F. de Llanos y Torriglia: *op. cit., loc. cit. supra.*

jarse de que no se hubiera tomado en consideración para el trono mexicano a una princesa española —a su hija por ejemplo—, a lo que Eugenia contestó que de la suerte de México dependía la de Cuba, y que si el Imperio mexicano tenía éxito otros países lo imitarían, abriendo campo muy amplio a las aspiraciones españolas.[95] Hidalgo asegura por su parte que Eugenia dijo "grandes verdades" a la Reina,[96] si bien admite "que se la recibió muy bien y volvió muy satisfecha" a pesar de que doña Isabel no se comprometió a pagarle la visita por la "repugnancia" que sentía por Napoleón, cuya dinastía ocupó dos veces el trono de sus padres, "y no creía digno ni patriótico olvidar el 2 de mayor de 1808".[97]

El gobierno de doña Isabel II contaba con su propio programa, no sólo para México sino para toda la América española, y en él figuraba el proyecto de oponer "al exclusivismo de las aspiraciones norteamericanas" la idea de "una gran comunidad política" para la solución de las cuestiones pendientes y futuras entre las naciones de Europa y América,[98] punto en el cual convergía más o menos su política con la de Francia. Así lo vería también el Embajador americano en Madrid, quien con motivo de la visita de Eugenia escribió a su gobierno: "Odio al Imperio y a todo cuanto se le relacione. Creo que además acierto al decir que la Emperatriz vino a España, y especialmente a la Corte, a preparar el camino para una unión, o por lo menos para una estrecha colaboración en la intriga mexicana".[99] Mas la verdad era, como dice Conte Corti, que doña Isabel no cejaba en el propósito de llevar al trono de México a su propia hija, a quien pensaba casar con un príncipe extranjero, y así lo confirmó Eugenia a Gutiérrez durante el banquete que los soberanos franceses ofrecieron a los miembros de la Diputación mexicana que volvió de Miramar, como le dijo también que, "con la mayor franqueza y categóricamente", respondió a la Reina que de acuerdo con el Convenio de Londres ninguna de las casas

95 Conte Corti: *op. cit. supra*, p. 213; *edic. cit.*
96 Hidalgo a De Pont; París, 4 de noviembre de 1863, en KMMA, caja 2, OHHSA.
97 Hidalgo a García Pimentel; París, 1o. de febrero de 1893, en *Cartas*, p. 232; *edic. cit.* La mención del 2 de mayo de 1808 alude al levantamiento del pueblo de Madrid contra las tropas de Napoleón I, que se produjo ese día.
98 De la Torre Ayllón al Marqués de Miraflores; despacho 205; Viena, 5 de noviembre de 1863, en AMAEE, México 1863-1867, legajo 2551.
99 Stoddard, Jane; *The Life of the Empress Eugénie*, p. 157; London, 1906.

reinantes que lo suscribieron podrían arrogarse el derecho de llevar al trono mexicano a un miembro de su familia,[100] no obstante lo cual Aguilar y Marocho, representante personal de Maximiliano en Madrid, telegrafiaba a De Pont el 22 de noviembre que la Reina persistía en su actitud hostil, confiada todavía en que Milán (Maximiliano) no iría a México, y que algún Borbón llegaría a ser Emperador.[101]

Gutiérrez Estrada, mientras tanto, había dejado a un lado sus antiguas prevenciones hacia Maximiliano, conquistado por las atenciones que tanto a sus compañeros como a él se les prodigaron primero en Miramar y luego en París, sobre todo cuando se acomodó al mexicano a la izquierda de la Emperatriz durante el agasajo de Saint Cloud, y pudo hablar con ella largamente. Don José María no ocultaba su satisfacción "por el interés que Mme. Lavisón (Eugenia) demostraba en el asunto de la Campisse (México), hasta confiarle todos los detalles de su reciente viaje a Madrid,[102] mas el yucateco no se daba cuenta de que ni Maximiliano había renunciado a sus antiguas ideas liberales, ni Napoleón a practicar el doble juego que le permitiera servirse de los conservadores para sus fines mientras los traicionaba bajo cuerda, fiel a la política que trazó en su carta para Forey del 3 de julio del año anterior.

Las instrucciones que tres meses antes se proporcionaron a Bazaine, como nuevo Jefe del Cuerpo expedicionario, dejaban ver que la política imperial no sufría cambios sustanciales. El Ministro de Marina ponía en guardia al nuevo Jefe de las fuerzas francesas en México contra el riesgo de establecer cualquier alianza que dejara lugar a sospechar que la política francesa pudiera quedar bajo el control de "alguno de los partidos que tienen dividido al país",[103] criterio que un mes más tarde ratificó Drouyn de Lhuys al prevenirlo contra actitudes que pudieran interpretarse en apoyo "de una política reaccionaria y exclusivista".[104]

Bazaine tomó el mando del cuerpo expedicionario el 1o. de oc-

100 Gutiérrez a De Pont; París, 5 de noviembre de 1863, en KMMA, caja 4, OHHSA.
101 Aguilar a De Pont; Telegrama cifrado 1026; Madrid, 22 de noviembre de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra*.
102 Gutiérrez a De Pont; París, 5 de noviembre de 1863, en: *arch. cit.*, *loc. cit. supra*.
103 Ministro de Marina y Colonias al general Bazaine; París, 17 de julio de 1863, en: AMAEF, vol. 60, f.f. 186-195.
104 Arrangoiz: *op. cit. supra*; t. III, p. 140; *edic. cit.*

tubre —el mismo día que la Diputación mexicana ofrecía la Corona a Maximiliano—, y el 11 llegó a México y ocupó su puesto en la Regencia monseñor Labastida, en quien inexplicablemente cifraban en París grandes esperanzas para frenar la política "un poco reaccionaria de la Regencia", giro que se atribuía al genio duro y ultramontano de su suplente el obispo Ormaechea,[105] quien apenas llegados los franceses a la capital, y establecido el primer simulacro de gobierno, produjo los primeros roces al ordenar —como encargado del Ministerio de Justicia— que se suspendieran las obras de los adjudicatorios de los bienes del clero, el pago de los pagarés de ese origen, y que los tribunales se negaran a conocer de los negocios relativos al mismo asunto.[106]

Es difícil —imposible seguramente— que un gran político hubiera podido conciliar los intereses en pugna, pero Bazaine era sin duda el menos indicado para lograr ese objetivo. Sea por natural torpeza, sea porque —muy a la castrense— quiso poner los puntos sobre las íes sin andarse con rodeos, la verdad fue que el 15 de octubre ordenó a la Regencia que decretara la circulación de los pagarés originados en la nacionalización de los bienes eclesiásticos, y que se diera curso a las demandas enderezadas contra quienes se rehusaban a pagar los alquileres de las fincas adjudicadas, decisión que Labastida tomó como virtual declaración de guerra, consciente de que la medida serviría "para desalentar a los únicos amigos que hasta aquí ha tenido la Intervención". Pero el belicoso Arzobispo iba más lejos todavía:

> Personas necesita Francia en este suelo —puntualizaba—, y después de lo hecho ¿cuáles le quedarán? *Las mismas que acaban de huir,* y que por muchas concesiones que les hagan nunca dirán que basta. La Francia grande, la Francia sabia... ¿vendrá por último, volviendo sus espaldas a este pueblo, a unirse con esas mismas personas después de haber aceptado sus principios y ratificado sus hechos? *Pues entonces habría podido ahorrarse el erario francés los millones invertidos en la guerra...* y a los pastores la pena y el vilipendio de volver de su destierro, bajo la salvaguardia de este nuevo orden de cosas, a presenciar la legitimación del despojo de sus iglesias y la sanción de los principios revolucionarios.[107]

105 Hidalgo a De Pont; Biarritz, 22 de septiembre de 1863, en: KMMA, caja 2.
106 Zamacois; *op. cit. supra*; t. XVI, p. 639; *edic. cit.*
107 Arrangoiz: *op cit. supra*; t. III, p. 164; *edic. cit.* [Las cursivas son nuestras.]

Que Francia debía seguir una política favorable al incremento de sus amigos; que Juárez y los suyos jamás encontrarían suficientes "las concesiones que les hicieran"; que si la Intervención venía a ratificar los actos y las leyes de Juárez pudieron ahorrarse los millones y la sangre invertidos ¡era tan evidente! Mas no podría ser de otro modo. Napoleón se encontraba cogido en su propia trampa, y con él sus colaboradores, desde Bazaine hasta los regentes Almonte y Salas. Ya se hallaban en el extremo de que sólo un acto de fuerza les permitiría salvar el conflicto, y a él acudieron sin pestañear: si Francia no podía gobernar con Labastida, o al menos en su compañía, gobernaría sin él. Los regentes instrumentales —Almonte y Salas se plegaron a Bazaine, y decretaron el curso legal de los pagarés derivados de la desamortización de los bienes de la Iglesia. Medida violentísima, que aparejaba otra más grave todavía: la destitución del Arzobispo como miembro de la Regencia, que se le comunicó el 17 de noviembre.

Nada valió la protesta del afectado, fundada en argumentos tan fuertes como el de que, habiéndose constituido la Regencia por el voto de la Asamblea de Notables, se requería ese voto para reformarla en un punto tan importante como saber "si sólo dos de los tres pueden formarla", empleando palabras de Labastida:

> Protesto de nulidad —terminaba el Arzobispo—, contra el atentado de la destitución, dejando a salvo todos los demás recursos que a mi derecho corresponden como Regente y como mexicano. Todo lo cual digo a V.V.E.E. para su doble conocimiento y el del Excmo. señor Bazaine, supuesto que la destitución se ha hecho de acuerdo con S.E.[108]

"De acuerdo con" Bazaine escribía el caritativo prelado, cuando pudo y debió decir que "por órdenes" de él. Mas no apuraba todavía el Arzobispo el trago más amargo. Tenía por cierto que Almonte y Salas no atenderían su protesta, mas confiaba en la cerrada fidelidad de los magistrados y funcionarios del ramo judicial, encargados de aplicar las leyes y decretos del nuevo régimen, y no se equivocaba, pues cuando el decreto relativo a la circulación de los pagarés llegó al Supremo Tribunal para su cumplimiento, los magistrados le negaron acatamiento, argumentando que "ni

108 Arrangoiz: *op. cit. supra*; t. III, p. 171; *edic. cit.*

individual, ni colectivamente" podían guardar silencio, sobre todo al conocer la opinión de las "dignas personas del episcopado mexicano, residentes hoy en esta capital".[109]

Vigorosamente arremetían contra "leyes que lo son puramente de nombre", y mantenían la "gloriosa libertad" de los católicos para oponer su resistencia a los ataques dirigidos contra la Iglesia de Dios. "A ella pertenecemos los miembros del Tribunal Supremo del Imperio, y conservamos hoy esa misma libertad que en los días en que imperó la funesta administración de la Reforma", para concluir "con pena", pero terminantemente, que ni cumplirían ni harían cumplir el decreto de circulación de pagarés aprobado por la Regencia.[110] Monseñor Labastida se salía aparentemente con la suya, y colocaba a Bazaine y a sus colegas, los regentes instrumentales, en un callejón sin salida.

Mas sólo aparentemente, ya que no imaginaba —como ocurrió—, que Bazaine fuera capaz de disolver el Supremo Tribunal de Justicia con el apoyo de los dos regentes de paja, "medida increíble de la que no había habido ejemplar ni en los días más turbulentos de la República.[111] Los conservadores pasaban por alto, y el Arzobispo con ellos, que no hay callejón sin salida para quienes disponen del poder y lo ejercen a su arbitrio. No barruntaban hasta dónde estaba dispuesto a llegar Napoleón en su propósito de "reconciliar" a los mexicanos.

Sólo que los últimos acontecimientos —el decreto sobre los pagarés y la destitución de los Magistrados— eran hechos tan abultados que los conservadores advirtieron el rumbo de la política francesa, y se aprestaron a combatir. Por primera vez, en aquel paraíso del orden y la religión, principió la lucha clandestina. Escritos contra los franceses, contra Napoleón y la Regencia circularon subrepticiamente, ensalzando a la Iglesia y a sus pastores. Uno de esos escritos cayó en manos del general Neigre, comandante militar de la ciudad de México, quien presuroso escribió al Arzobispo:

> Yo me inclino a creer, Illmo. Señor, que V.S.I. no tiene noticia de esos

109 Oficio del Supremo Tribunal de Justicia a la Regencia, diciembre de 1863, en: Genaro García, *op. cit. supra*; t. III, p. 192; *edic. cit.*
110 *Op. cit. supra in fine*, 204; *edic. cit.*
111 Arrangoiz, *op. cit. supra*; t. III, p. 172; *edic. cit.*

> manejos criminales... y le hago una súplica por el interés del orden y de la paz pública. Puesto que un partido ínfimo se agita, para turbar la paz de la nación en nombre de la religión católica, de la cual los franceses somos los hijos mayores; en nombre de los Prelados, a quienes cubrimos con nuestro respeto, decid a ese partido, Illmo. Señor, que le vigilamos, que conocemos sus arterías, y que de acuerdo con el Gobierno legítimo del país, los ejércitos de Francia mantendrán la tranquilidad...[112]

Neigre hacía gala de favorecer a Labastida con la suposición de que él, el Arzobispo, no llevaba parte en los "manejos criminales", pero encontró que el Regente no buscaba tales favores. Tipo de una pieza, jamás entendió la transacción. "Nos encontramos en la alternativa de negar esos escritos o retractarnos. No nos retractaremos, porque hemos hablado con verdad, reclamado con justicia, obrando con derecho, y tenemos el convencimiento de que se nos ha colocado en la triste necesidad de hacerlo así."[113]

En Francia, como era de esperarse, el nuevo conflicto mexicano puso a los Soberanos de un humor negro. Drouyn dijo a Hidalgo en Compiègne, y "por enésima vez", que era urgentísimo que Maximiliano se presentara en México porque el "estado provisional" de la situación preocupaba mucho al gobierno francés, y porque la Regencia terminaría por perder todo su prestigio.[114] El mexicano volvió a París, mas el 1o. de diciembre se le llamó de nuevo a Compiègne, y allá fue seguro "de no oír cosas agradables", al tanto ya de los primeros incidentes entre Bazaine y Labastida. "Es mi destino y estoy listo", escribió al disponerse a tomar el tren.[115]

Acertaba Hidalgo en sus temores, pues la razón de tanta urgencia era "el caso" Labastida. Napoleón acababa de recibir una carta de Bazaine llena de noticias alarmantes: que el Arzobispo decía que si los franceses estaban en México se lo debían al clero; que si querían dominar al país necesitarían 25 000 hombres, que si en lo futuro no contarían más con el clero y los conservadores, etc., etc. "Me afectan estas contrariedades que sufren S.S.M.M. en un

112 General Neigre a S.I. el señor Arzobispo; México, 16 de enero de 1864, en: Arrangoiz, *op. cit. supra*; t. III, p. 182; *edic. cit.*
113 Pelagio Antonio de Labastida al general Neigre; 17 de enero de 1864, en: Arrangoiz, *op. cit. supra*; t. III, p. 184; *edic. cit.*
114 Hidalgo a De Pont; Compiègne, 20 de noviembre de 1863, en: KMMA, caja 5.
115 Hidalgo a De Pont; París, 1o. de diciembre de 1863, en KMMA, *loc. cit., supra.*

negocio iniciado exclusivamente por mí desde 1857", escribió Hidalgo el 3 de diciembre,[116] sorprendido él mismo de la calma que guardaba en aquellas difíciles circunstancias. Alguien, al tanto de lo que Eugenia le dijo, comentó "os admiro; no habéis contraído un solo músculo". "Sí —le respondió Hidalgo—, pero tenía el infierno dentro." Y así lo tendría desde que en septiembre recibió Napoleón un informe confidencial en el que planteaba Forey tanto los problemas que afrontaba en México como el inminente conflicto. "Más desearía emprender un segundo sitio de Puebla que ser lo que soy aquí, moderador de gente que no desea ser moderada", decía, para comenzar, el ya mariscal de Francia.[117] Mas su problema era el mismo que provocaba la querella sin solución posible: la imposibilidd de establecer en México un gobierno "que no reconociera el principio de la venta de los bienes nacionalizados", gobierno que era precisamente el que exigían los conservadores. Forey hizo lo que pudo; habló con Almonte, con Salas, con Ormaechea, pero todos se negaron en redondo a aprobar una medida de esa naturaleza, aduciendo que estaba a punto de llegar de Roma monseñor Labastida, y que muy seguramente traería consigo la solución del problema.[118] Y ahora empeoraba la situación con la presencia del famoso Arzobispo. Los franceses se preguntarían por qué no naufragó, en beneficio de todos, el maldito barco que lo trajo.

En cuanto a Gutiérrez, no es difícil imaginar su estado de ánimo en esos días de diciembre: el pobre hombre estaba literalmente hecho polvo. Cierto que Drouyn de Lhuys repetía que era urgente que Maximiliano partiera, pero don José María pensaba —y por esta vez acertaba— que el Archiduque habría llegado tarde para evitar el conflicto aun en el caso de estar en México el 3 de octubre. Gutiérrez calificaba la decisión de Bazaine "como un verdadero desafío a la sociedad", o más vehementemente todavía, como un "golpe de estado protestante", preguntándose por qué Francia actuaba en México de ese modo cuando en Argelia era tan respetuosa del Corán.[119]

[116] Hidalgo a De Pont, París, 3 de diciembre de 1863, en KMMA, *loc. cit., supra.*
[117] Napoleón acompañó ese informe a la carta que el 25 de septiembre dirigió de Biarritz a Maximiliano. Ambos documentos en Conte Corti: Apéndice a *op. cit. supra.* p. 642; *edic. cit.*
[118] Informe de Forey a Napoleón; *loc. cit. supra.*
[119] Gutiérrez a De Pont; París, 5 de diciembre de 1863, en KMMA, caja 5.

La Emperatriz estaba particularmente furiosa con cada nueva noticia que llegaba a sus oídos: "Lo habéis visto, Hidalgo —dijo al mexicano el 8 de diciembre—, tanto que combatimos a los enemigos y nunca me sentí descorazonada. Mas si los amigos nos meten zancadilla no les tendremos paciencia y actuaremos en otra forma".[120] Y cuando en busca de apoyo acudió a Gutiérrez, para que éste hiciera alguna declaración contraria a la actitud del Arzobispo, don José María escurrió el bulto para no comprometerse, pues según Hidalgo hablaba de los bienes de la Iglesia "como una cuestión de dogma" y llegó a decir que preferiría la República "antes que hacer nada que atentara contra el catolicismo".[121] Era tal el apremio que Metternich, al informar a Viena que un enviado de Drouyn marchaba a Miramar con el encargo "de poner en juego todas las medidas posibles para comprometer al Archiduque a partir", expresaba temores de que la impaciencia francesa llegará a afectar seriamente las relaciones entre ambos gobiernos.[122]

Quemaba pues el problema mexicano cuando Napoleón recibió una carta en que Labastida explicaba y justificaba su conducta. Podría decirse que todo marchaba bien hasta su llegada —argumentaba el prelado—, mas si bien él sostuvo su promesa "de aplazar todas las cuestiones vitales" en espera del Emperador, inclusive la de los pagarés, arrendamientos y continuación de obras en edificios desamortizados, Bazaine por lo visto no creyó que tales asuntos fueran vitales, puesto que los planteó en forma tan abrupta que se vio obligado a reaccionar ya no como Arzobispo "sino como regente y como mexicano", seguro de que "un simple lego" habría seguido esa misma conducta.[123] Si aun Aguilar y Marocho, con todo lo conservador y batallador que era, pensaba que habría sido aconsejable "que nada se hubiera hecho sobre el problema de los bienes de la Iglesia", y que aun en el caso de publicarse el decreto de la Regencia "habría sido mejor que monseñor Labastida hubiera callado, sobre todo cuando en París dijo que el clero abandonaba los bienes

[120] Hidalgo a De Pont; París, 8 de diciembre de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*
[121] Hidalgo a De Pont; *op. cit., loc. cit. supra.*
[122] Metternich a Rechberg; París, 8 de diciembre de 1863; en: OHHSA. Frankreich Berichte, *loc. cit.*
[123] Labastida a Napoleón; México, 26 de noviembre de 1863, en KMMA, *loc. cit.*

eclesiásticos",[124] es de suponerse el estado de ánimo de Eugenia y Napoleón con el nuevo lío que les caía encima. La Emperatriz escribía a Carlota el 9 de diciembre:

> Desgraciadamente puede decirse que en ese bello país no hay más que hombres de partido, ardientes en la persecución de sus odios y rencores, habiendo borrado de su lenguaje la palabra *conciliación*, e incapaces de sacrificar su pasado en beneficio del país. La Regencia se encuentra desgraciadamente imbuida de esas ideas, y el Arzobispo, con quien habríamos contado para limar asperezas, sólo llegó a provocar la discordia.[125]

Confiada Eugenia en que Maximiliano partiría pronto para dar principio a la regeneración del país "con mano fuerte y enérgica", no ocultaba empero su desaliento al surgir de pronto tantos problemas inesperados. Su portavoz, Hidalgo, pintaba al Arzobispo en vivos colores el malestar de los Soberanos, y expresaba su propio desengaño porque en México no pudiera establecerse nada duradero. "Los franceses —decía— han llegado al momento de poner término a su magnanimidad. Mientras combatieron a los enemigos no perdieron la esperanza del triunfo, pero como ahora los embarazos vienen de los amigos sus ilusiones empiezan a decaer, y ni su honor ni sus intereses les permitirán prolongar esta situación". De persistir en tal estado las cosas

> Francia se retirará, y dejará la responsabilidad de los acontecimientos a quienes ni pudieron ni supieron secundar sus miras. Con toda franqueza se me ha anunciado ya que esta resolución es irrevocable, y el día que eso suceda no tendremos derecho a llamarnos sorprendidos por no haber sido advertidos a tiempo.[126]

¡Cómo estaría Eugenia, y qué no diría a Hidalgo para que éste se dirigiera al Arzobispo punto menos que como a un corneta de órdenes! Ella, tan europea, tenía de México un concepto europeo también. Tardará Eugenia todavía un año en conocer el juicio que su "très cher soeur" Carlota vertió sobre el país al medio año de vivir

[124] Aguilar a De Pont; Madrid, 10 de diciembre de 1863; en: *arch. cit., loc. cit. supra.*
[125] Eugenia a Carlota; Compiegne, 9 de diciembre de 1863, en KMMA, caja 5.
[126] Hidalgo a Labastida; París, 12 de diciembre de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*

en él: "Durante los primeros seis meses todo mundo encuentra encantador al gobierno, mas poned manos a la obra, haced cualquier cosa, y se os maldecirá. Es la Nada, que no permite que se la destrone. Vuestra Majestad creerá puede ser —como yo—, que la Nada es una sustancia maleable. Al contrario, en este país se la tropieza a cada paso, y es de granito; es más poderosa que el espíritu humano, y sólo Dios podría vencerla. Más fácil fue levantar las pirámides de Egipto que imponerse sobre la Nada mexicana".[127] Sí, la Nada, lo que por entonces no podría comprender un europeo. Ochenta años se hará esperar un filósofo francés para escribir *L'Etre et le Néant*, un libro que algo habría dicho al espíritu acongojado de Carlota. Un Juan Pablo que pudo ser filósofo oficial del Segundo Imperio mexicano.

Pero no, Eugenia no conocía todavía las ideas de Carlota sobre la Nada mexicana. Suponía que de momento todo se arreglaría con la llegada de Maximiliano, y así pensaría Napoleón cuando el 14 de diciembre aseguró a Metternich que, "aunque la cuestión de México se había vuelto muy grave", sabía —porque se lo dijeron— que la presencia del Archiduque "equivaldría a contar con una armada de 100 000 hombres", aunque también admitiera "que no lo tomaría a mal si difería su salida hasta que el negocio se asentara", pues él haría lo mismo en su lugar,[128] frase que el diplomático austriaco tomó no como un gesto de benevolencia sino como expresión de mal talante hacia el Archiduque, quien a su juicio haría bien en enterarse personalmente de cuáles fueran las intenciones de Napoleón.[129] El asunto de México era cada día más impopular en Francia —concluía Metternich—, hasta el grado de que cuando el Senado preguntó al gobierno si la guerra de México se hacía sólo en beneficio del Archiduque se contestó que no, y la respuesta fue tan tajante que el diplomático consultó a Viena si debería pedir explicaciones.[130] Dos días más tarde, Napoleón se dirigió a Almonte, para decirle que mientras su ejército estuviera en México no admitiría el

[127] Carlota a Eugenia; Chapultepec, 26 de enero de 1865, en: Conte Corti: Apéndice a *op. cit. supra*; p. 677; *edic. cit.*
[128] Metternich a Rechberg; despacho 59; París, 14 de diciembre de 1863, en PAFB, caja 75, PA IX OHHSA.
[129] Metternich a Rechberg; *op. cit., loc. cit. supra.*
[130] Metternich a Rechberg, *op. cit., loc. cit. supra.*

establecimiento de "una reacción ciega, que comprometería el porvenir de ese bello país y deshonraría nuestra bandera a los ojos de Europa".[131] Las cartas sobre la mesa, sólo que mientras el Emperador de los franceses definía su política los conservadores se cogían de su última esperanza: la llegada del "mesías político". Si a pesar de los últimos acontecimientos prestaban aún su apoyo a la Intervención, lo hacían bajo la suposición de que Maximiliano daría marcha atrás en cuanto ocupara el trono, y que rectificaría las medidas adoptadas por Almonte y Salas bajo la presión de Forey primero y de Bazaine después. Pensaron que el Emperador se enfrentaría a los procónsules de Napoleón, y a Napoleón mismo llegado el caso, y no sospecharon —salvo el extraordinario caso de Miranda— que las ideas de Maximiliano y las del Emperador de los franceses pudieran ser las mismas. Mas así era, para su desgracia. Tanto, que cuando el Archiduque recibió en Miramar una carta de Almonte, con la noticia de la crisis, respondió que había hecho bien en "evitar choques con la autoridad francesa, manteniendo el *statu quo* en la cuestión de los bienes de la Iglesia".[132] Un *statu quo* que, para hablar claro, era el mismo establecido por las leyes de Reforma. Los políticos —hasta los malos políticos como Maximiliano— son incapaces de llamar a las cosas por su nombre.

El hecho de que al finalizar 1863 el Archiduque se encontrara ausente sólo retardó el rompimiento entre los conservadores y la Intervención. Lo retardó, porque supusieron que a su llegada enmendaría la política napoleónica en punto sobre todo a los bienes de la Iglesia, mas cuando el Emperador llegó, y lejos de rectificarla la ratificó, el rompimiento inevitable se produjo. Se consumó porque nadie pude violar la lógica de la historia, que encarnaba en Juárez o en Labastida. En Juárez, que arrostraba en el Norte reveses y deserciones, en Labastida destituido y vejado en México, pero seguro de su verdad y su derecho. Simplemente la lógica. Nada de agonías, episodios transitorios entre la vida y la muerte. Se quiso fincar el Segundo Imperio en combinaciones políticas a la francesa, y su breve historia fue nada más que incertidumbre y convulsio-

131 Napoleón a Almonte, París, 16 de diciembre de 1863, en Zamacois, *op. cit. supra*; t. XVII, p. 35; *edic. cit.*

132 Fernando Maximiliano a Juan Nepomuceno Almonte; Miramar, 10 de enero de 1864, en Arrangoiz, *op. cit. supra*, t. III, p. 185; *edic. cit.*

nes. Quedaban —y quedarían— a salvo Juárez y Labastida. Ambos encarnaban soluciones totales. Y se salvó también, a última hora, Maximiliano. Se salvó en Querétaro, como Juárez en el desierto.

Terminaba 1863, y las perspectivas eran peores que nunca. Cuando el 14 de diciembre dijo Napoleón a Metternich que Maximiliano hacía bien en diferir su partida, y que él, de estar en su lugar, haría lo mismo, seguramente no estaba de mal humor —como el diplomático pensaba—, sino en un momento de entrañable sinceridad. Eugenia, en cambio, vivía el mejor momento de su breve paraíso artificial, tanto que al encontrarse con Hidalgo en esos días le hizo "la recepción más cálida que pueda imaginarse", y al tanto de "lo mucho que sufría" por los asuntos de México lo reprendió diciendo "que hacía mal entristeciéndose por causa de contrariedades que son inherentes a todos los negocios". Don José Manuel le prometió "no atormentarse más", pero aunque podía resignarse a perder sus ilusiones y esperanzas "en el país que he visto desdichado desde que nací", y aunque también podía hacerse a la idea a un triste futuro personal, no le resultaba en cambio posible permanecer indiferente "frente a los Emperadores comprometidos, cuando ni puedo ni quiero renegar la inmensa responsabilidad moral que pesa sobre mí. ¡Sólo Dios sabe lo que he sufrido!".[133]

Decía que no podía resignarse, pero terminó por hacerlo cuando de él quedaba sólo un despojo. El que escribió en 1889: "La sociedad brillante es para mí una copa de champaña que me distrae mientras chisporrotea. Soy como un borracho inveterado que ya no gusta del licor, y sigue bebiendo por costumbre".[134]

133 Hidalgo a De Pont; París, 29 de diciembre de 1863, en KMMA, caja 4, OHHSA.

134 Hidalgo a García Pimentel; Coburgo, 23 de agosto de 1889, en: *Cartas*, p. 7, *edic. cit.*

Capítulo sexto

LOS DOLORES DEL ALUMBRAMIENTO

1. Ya nada más partir

Maximiliano, que con todo derecho pudo dudar siempre, tan aleatorias como eran las seguridades que se le daban, despreció sin embargo el consejo de los hechos, como si nada hubiera aprendido desde que en septiembre de 1861 le hablaron por primera vez del trono mexicano. Cuando Bazaine cortó por lo sano —o por lo enfermo— con motivo de la disputa sobre los bienes de la Iglesia, todo quedó aparentemente en paz, el Jefe francés dedicado a preparar la campaña del Interior, y los conservadores a cultivar la ilusión de que con la llegada del "mesías político" terminarían sus cuitas.

En los primeros días de 1864 ordenaba Hidalgo la impresión de papel "para el gabinete del Emperador", y compraba la ropa que se proponía usar en cuanto le confirieran el puesto de Ministro del Imperio Mexicano cerca del Emperador de los franceses,[1] en tanto que Eugenia se consolaba con la idea de que "si se dejaba a la Regencia el lado odioso del asunto" las medidas que adoptara en nada perjudicarían al futuro Emperador,[2] criterio que si bien era correcto en punto a Maximiliano no dejaba bien parado el nombre de Francia ni el de la Regencia. También en esos días el Encargado español de Negocios, en México, hablaba del descontento del partido conservador hacia la Regencia, a la que acusaba de ser "un servil instrumento en los proyectos del Emperador de los Franceses",[3]

1 Hidalgo a De Pont; París, 4 de enero de 1864, en KMMA, caja 6, OHHSA.
2 Hidalgo a De Pont; París, 1o. de enero de 1864, en KMMA, *loc. cit. supra.*
3 Ballesteros al Marqués de Miraflores; México, 27 de enero de 1864, en AMAE, México, 1859-1867; legajo 1653.

situación que nada bueno anunciaba para el futuro del Gran Designio.

De acuerdo con Maximiliano, Napoleón y Eugenia convenían en que el espinoso problema de los bienes del clero podría resolverse mediante el reembolso de los intereses del capital que la Iglesia había perdido, medida que se dirigía sobre todo a tranquilizar a quienes se habían adjudicado los bienes eclesiásticos conforme a la ley. Suponía Eugenia que tal arreglo satisfaría a tirios y a troyanos porque si la Iglesia cobraba lo suyo, y quienes hicieron la guerra a los bienes del clero "veían que se confirmaba su nacionalización", el Archiduque quedaría en buenos términos con ambos bandos en pugna,[4] o sea que en París se pensaba todavía en los términos del memorándum Maximiliano-Almonte de enero de 1862, que tenía todas las ventajas teóricas y la única desventaja práctica de no contar para nada con la realidad mexicana.

Y sin embargo todo parecía volver a sus cauces cuando en México se instaló el nuevo ministro de Francia —el Marqués de Montholon—, de quien los conservadores esperaban que ordenara la suspensión de las medidas que Bazaine y la Regencia tomaron sobre los bienes del clero.[5] En París Hidalgo pronosticaba que al terminar el mes estaría "el asunto resuelto",[6] y en Viena, aunque la familia real desaprobara todavía la decisión del Archiduque, no se resolvían a negarle su consentimiento, sobre todo "por el extraordinario interés" que la corte de las Tullerías llevaba en el asunto.[7]

En cuanto a Drouyn de Lhuys, no hacía más que repetir: "il faut partir", "il faut partir"; mas Hidalgo, si bien le aseguraba "que nadie llevaba más prisa que él", también argüía que el Archiduque no podía presentarse en México con las manos vacías, o sea "sin las actas de adhesión que justificaran a los ojos de Europa su aceptación",[8] problema que no era de votos más o menos sino de pesos más y más, pues aunque Maximiliano fuera un soñador concedía lo suyo a los bienes de la tierra, sobre todo cuando las últimas no-

[4] Hidalgo a De Pont; *op. cit., loc. cit. supra.*
[5] Ballesteros al Marqués de Miraflores, despacho 2; México, 17 de enero de 1864, en AMAEE, *loc cit. supra.*
[6] Hidalgo a De Pont; 19 de enero de 1864, en KMA, caja 6, OHHSA.
[7] De la Torre Ayllon al Marqués de Miraflores; despacho 8, reservado; Viena, 19 de enero de 1864, en: AMAEE, Austria 1859-1867, legajo 1363.
[8] Hidalgo a De Pont; París, 2 de febrero de 1864, en KMMA, caja 8.

ticias de México, "tan favorables a la causa de la Intervención", le hacían suponer que los votos "de la gran mayoría del país" no tardarían en llegar a conocerse en Europa, cumpliéndose de ese modo la primera de las condiciones planteadas a la Diputación mexicana.[9] De esos días, aunque sin fecha, se encuentra en el archivo vienés de Maximiliano la minuta de una carta para Napoleón, en la que el Archiduque planteaba una serie de condiciones para aceptar finalmente la corona, entre otras la de que se fijara un término mínimo de tres años a la estancia de las tropas francesas en México, y que la legión extranjera, con efectivos de seis a ocho mil hombres, permaneciera en México de seis a ocho años.[10] Maximiliano estaba deseoso de "firmar todo eso desde ahora" aunque no de manera definitiva, toda vez que aún no era Emperador de México, si bien se comprometía a ratificar el convenio tan pronto como llegara a serlo. Muy realista por último, y seguramente bajo el apremio de sus antiguos y nuevos acreedores, el Archiduque advertía al Emperador, con franqueza de avezado hombre de negocios, que no podría aceptar la corona "sin tener algunos millones" a su disposición para los gastos que aún haría en Europa, y para los primeros que tendría que hacer en México.[11]

Muchas otras instancias dirigiría a Napoleón con peticiones que adoptaban ya el tono de las exigencias, porque en la carta que el Emperador le envió el 30 de enero[12] es patente el propósito de poner punto final a las solicitudes. Seguramente estaba de mal humor cuando escribió al Archiduque que "aunque le resultaba difícil comprender sus deseos", el gobierno francés no podría comprometerse a otorgar más que las garantías siguientes:

1ª que el ejército francés no saldría de México sino en forma sucesiva, y cuando pudiera hacerlo sin comprometer la existencia del nuevo gobierno.

2ª que al partir dejaría en México a la legión extranjera por un período de seis a ocho años, cuyos efectivos, integrados con in-

[9] Maximiliano a Napoleón; Viena, 19 de enero de 1864, en KMMA, *loc. cit. supra.*
[10] Maximiliano a Napoleón; Miramar, sin fecha, en KMMA, *loc. cit. supra.*
[11] Maximiilano a Napoleón; *op. cit., loc. cit. supra.*
[12] Napoleón a Maximiliano; París, 30 de enero de 1864, en KMMA; *loc. cit. supra.* Conte Corti reproduce también esta carta en el Apéndice a *op. cit. supra*; p. 648; *edic. cit.*

dios o reclutas europeos, se elevarían hasta los ocho mil hombres. La cuestión del pabellón sería resuelta antes de regresar las tropas francesas.

3ª que las estaciones navales en las Antillas y en el océano Pacífico enviarían frecuentemente a sus navíos a mostrar el pabellón francés en los puertos mexicanos, y

4ª que el gobierno francés aceptaría las condiciones menos desfavorables para México, a efecto de que éste pudiera reembolsar los gastos de la expedición.

Tales eran "las seguridades" que el Emperador podía darle, y no más. La cuestión del empréstito era la más importante, y puesto que la presencia del Archiduque era indispensable para concluirlo, esperaba Napoleón que a la mayor brevedad se decidiera a trasladarse a París.[13]

Para el 12 de febrero estaba ya resuelto Maximiliano a emprender el viaje para ajustar el empréstito, "antes de lo cual no podría soñar en marcharme a México",[14] y dos días más tarde tomó el camino de Bruselas en unión de la Archiduquesa, donde Gutiérrez, Arrangoiz, Facio, Murphy y Velázquez de León le esperaban para discutir los arreglos que haría en París. Hidalgo no se apartaba de la capital por obvios motivos, pero sentíase tan deprimido y enfermo por causa de los últimos disgustos, que tuvo que ver al médico. No era para menos —razonaba don José Manuel—, cuando sin el incidente del arzobispo Labastida "todo marcharía sobre ruedas", y cuando por otra parte "temblaba" ante lo que "su imaginación" le anunciaba en caso de que el Archiduque no partiera antes de la primavera.[15]

En Bruselas habló Maximiliano con su suegro y los mexicanos, y es Arrangoiz quien relata cómo se esforzaron todos para que el Príncipe pospusiera por unos días su encuentro con Napoleón, siquiera hasta deslindar las consecuencias de ciertas exigencias francesas "incompatibles con la independencia de México, la dignidad del Emperador y el futuro del Imperio",[16] una de las cuales, la de los mandos militares, amenazaba convertirse en semillero de problemas porque los franceses pretendían consagrar la superioridad de sus oficiales sobre los mexicanos —sin considerar sus respectivos grados castrenses—, de suerte que un capitán francés, por ejemplo, sería el jefe de un coronel mexicano.[17] En Arrangoiz y en Gutiérrez, por añadidura, renacía el temor de que las ideas liberales de Napoleón afectaran los proyectos políticos del partido conservador, y aun cuando comprendían que nada podían hacer para evitar que el Emperador y el Archiduque se reunieran, pretendían diferir el encuentro hasta definir ciertas cuestiones, y sobre todo hasta que el Príncipe, convenientemente adoctrinado, pudiera resistir las insinuaciones de su protector.

[13] Napoleón a Maximiliano; *op. cit., loc. cit. supra.*
[14] Maximiliano a Napoleón; Miramar, 12 de febrero de 1863, en KMMA, caja 8.
[15] Hidalgo a De Pont; París, 17 de febrero de 1863, en KMMA, *loc. cit. supra.*
[16] Arrangoiz; *op. cit. supra*; t. III, p. 185, *edic. cit.*

No todo era ideología o escrúpulos morales por supuesto, pues el mismo Arrangoiz relata cómo se temía que Maximiliano autorizara el establecimiento de un Banco, ya aprobado por la Regencia en beneficio de la Casa Fould. Cuando por encargo del Archiduque examinaron la concesión Facio y Arrangoiz, ambos le aconsejaron que dejara pendiente la decisión hasta llegar al país y conocer la opinión de los capitalistas mexicanos, mas Fernando Max no tomó en cuenta sus argumentos y el 5 de marzo llegó con su mujer a París, donde fueron objeto de una serie de recepciones con cuyo motivo el sagaz príncipe Metternich destacaba el buen talante de Eugenia y Napoleón, "felices de ver desaparecer una tras otra las dificultades que en los últimos tiempos parecieron obstaculizar sus planes relativos a México".[18] Maximiliano y Carlota, por su parte, se ganaron desde luego la simpatía tanto de los Emperadores como de la Corte; el 11 recibieron en la Embajada de Austria a los mexicanos radicados en París, y en el parecer de todos, franceses, austriacos y mexicanos, quedó la convicción de que la joven pareja gozaba "de la verdadera amistad y del eficaz sostén de Napoleón III".[19]

Tal fue la escenografía, lo que muchos parisienses atestiguaron entonces. Prácticamente nadie supo, en cambio, que recién llegado Maximiliano se le presentó una persona de gran importancia como hacendista y político para tratar con él el negocio de la concesión

[17] Arrangoiz; *op. cit., loc. cit. supra.*
[18] Metternich a Rechberg; despacho 32, París, 14 de marzo de 1864, en PAFB, exp. 12-D, OHHSA.
[19] Metternich a Rechberg; *op. cit., loc. cit. supra.*

bancaria aprobada por la Regencia, quien empleó todos los argumentos para arrancarle su confirmación.[20] Nada consiguió sin embargo el importantísimo sujeto —cuya identidad guardó pudorosamente el Archiduque—, que resultó ser nada menos que Fould, ministro de Hacienda, "banquero muy rico y marrullero —asegura Hidalgo—, y quien en 1851 dio cuanto dinero pudo al presidente de la República Luis Napoleón para el golpe de Estado que un año después lo llevó al trono".[21]

Pero aquí pararon las complacencias del Príncipe con sus súbditos, pues ya no les tomó en cuenta para negociar el empréstito que contrató el conde Zichy, "quien debió tan ilimitada confianza, y la buena comisión que le produjo el negocio, única y exclusivamente al favor que gozaba en el Archiduque",[22] y tampoco les llamó para finiquitar el convenio con los acreedores ingleses. Era un mal síntoma, aunque peor se anunciara el futuro porque los mexicanos sabían que Maximiliano y Napoleón convenían sus obligaciones y derechos recíprocos sin concederles la menor ingerencia en las conversaciones. Nada podía hacer sin embargo, y ni siquiera Hidalgo supo que ambos socios concertaron en esos días el famoso Tratado de Miramar, conocido con ese nombre porque oficialmente se suscribió un mes más tarde en el palacio del Archiduque, donde Velázquez de León firmó "al barbecho", y con "debilidad muy culpable", según Arrangoiz, el famoso Convenio "puesto en limpio desde París".[23] Mal principiaba la cosa. Apenas nacía el Imperio, y ya Fernando Maximiliano sólo necesitaba a los mexicanos para firmar. Todo lo demás era negocio de él, de Napoleón y de los soldados de Napoleón.

Al lado de una serie de estipulaciones de carácter público, consignadas en dieciocho artículos, los otorgantes del Tratado de París —o de Miramar— suscribieron tres "artículos secretos" de los que sólo Velázquez de León tuvo entonces conocimiento. Si las "cláusulas públicas" se referían a cuestiones sobre todo económicas y

[20] Hidalgo: Apuntes para... en *Cartas*, p. 189; *edic. cit.*
[21] José Manuel Hidalgo; *op. cit. supra*, p. 54, *edic. cit.*
[22] Arrangoiz; *op. cit. supra*, t. III, p. 190; *edic. cit.*
[23] Arrangoiz; *op. cit. supra*, t. III, p. 204, *edic. cit.* También el Ministro de Asuntos Extranjeros al marqués de Montholon; París, 15 de marzo de 1864, en Genaro García, *op cit. supra*, t. XVII, p. 78, edic. cit.

militares, las "secretas" satisfacían objetivos políticos, mas para analizar unas y otras será prudente consignar primero el contenido literal de las obligaciones, a fin de examinar después sus consecuencias. Las cláusulas "públicas" del Tratado de Miramar cubrían:

1º Problemas militares

a) La permanencia, en México, de tropas francesas regulares, cuyos efectivos deberían reducirse, "lo más pronto posible", a un total de veinticinco mil hombres, incluidos en esta cifra los ocho mil hombres de la Legión extranjera (Art. 1o.).

b) La permanencia de la Legión extranjera en el país durante los seis años posteriores a la retirada de los efectivos del ejército francés (Art. 3o.).

c) La asignación del mando militar a oficiales franceses, salvo en el caso de guarniciones compuestas exclusivamente por tropas mexicanas. En el caso de expediciones combinadas, el mando correspondería también a los oficiales franceses (Art. 5o.).

2º Problemas económicos

a) Se fijaban los gastos ocasionados por la expedición en doscientos setenta millones de francos (cincuenta y cinco millones de pesos aproximadamente, al tipo de cambio de la época), con números al primero de julio de 1864. A partir de esa fecha esa suma causaría intereses al tipo del 3% anual (Art. 9o.).

b) También a partir del primero de julio de 1864, y hasta la retirada del ejército francés, el gobierno imperial de México se obligaba a pagar al de Francia, por concepto de alimentos, sueldos y manutención en general de las fuerzas expedicionarias, la cantidad de mil francos anuales por plaza.

c) Por último, para garantizar los posibles excedentes en gastos de guerra, así como los servicios de transportes, indemnización a súbditos franceses por los perjuicios sufridos en México hasta esa fecha, así como para asegurar el pago de los gastos de manutención por plaza referidos en el punto anterior, el gobierno imperial de México se obligaba a pa-

gar anualmente la suma de veinticinco millones en numerario.[24]

Si tales eran los términos "públicos" del Convenio de Miramar, sus cláusulas "secretas" se reducían a tres, las dos últimas complementarias de las estipulaciones "públicas", y sólo importantes por revelar la cuantía del contingente francés comprometido en la aventura mexicana: nada menos que treinta y ocho mil hombres del ejército regular, que se reduciría gradualmente, año por año, de modo que el Cuerpo expedicionario, comprendida la Legión extranjera, fuera de veintiocho mil hombres en 1865, de veinticinco mil en 1866, y de veinte mil en 1867.

El Imperio, según el primer artículo "secreto" del Tratado de Miramar, tendría que ser francés. Podría ser luego juarista, si Juárez escuchaba "el llamado de la concordia". Pero no podría ser como sus padres mexicanos lo tramaron: conservador. Destinado a devorar a sus autores —a los Hidalgos, Gutiérrez y Almontes—, no nacía todavía y era ya un Imperio parricida.

Mas la euforia —lo mismo si la provoca el alcohol que otro agente cualquiera— altera la estimación de los actos y sus consecuencias. *Entusiasmo* es "endiosamiento", estado de ebriedad a veces culpable. Todos estaban así, endiosados, hasta Drouyn, quien el 17 de marzo recibió a Hidalgo con un prematuro "¡Buenos días, triunfador!".[25] El empréstito mexicano concluía en las mejores condiciones según Beyens, pues llegó a los 126 millones de francos de los cuales 8 se adelantaron al futuro Emperador, desde luego.[26] El Embajador inglés en París dijo a Drouyn que el gobierno de S.M.B. reconocería al Imperio tan pronto como Maximiliano estuviera en México, y en cuanto a España, ya Eugenia se entendía directamente con el gobierno de S.M.C. para el mismo objeto.[27] El mismo Dayton,

24 El texto del Tratado de Miramar, con sus cláusulas públicas y las secretas, en: Zamacois, *op. cit., loc. cit. supra*. En este punto mi libro: *Juárez y el Imperio*; cap. I, pp. 26-30; 2a. edición, México, 1972.
25 Hidalgo a De Pont; París, 17 de marzo de 1864, en KMMA, caja 7.
26 Beyens a Rogier; carta de 21 de marzo de 1864, AMAECEB, France, Vol. XXI.
27 Hidalgo a De Pont; París, 17 de marzo de 1864, en: KMMA, caja 7.

ministro americano, salió feliz del Ministerio cuando Drouyn disipó sus temores de que Francia reconociera a los Estados Confederados al partir Maximiliano, agregando que, de no mediar los apremios, el Emperador tendría la satisfacción de hacer una visita a Washington.[28]

Y sin embargo algo no marchaba en esos días de marzo. Algo. Beyens veía a la Emperatriz muy inquieta, estado de ánimo que el ministro belga atribuía "a la responsabilidad directa que sobre ella pesaba" en el asunto de México.[29] Advertía el diplomático que Eugenia mostraba "una agitación febril", cuyos motivos no acertaba a explicarse. ¿Presentiría la noticia que una semana más tarde sucudió a las Tullerías como un terremoto? Los que saben aseguran que la mujer cuenta con un sentido que le permite adivinar lo que el hombre no alcanza. Seguramente barruntaba el gran lío: que por el hecho de negarse Maximiliano a renunciar sus derechos a la Corona austriaca, la otra corona, la más modesta de México, caería automáticamente de su cabeza.

2. Con el alma en vilo

El problema de la sucesión de la corona austriaca, con el que Maximiliano y el Emperador su hermano contaron desde el primer momento, culminó el 3 de octubre de 1863, una vez que las gestiones preliminares llegaron hasta la oferta formal de la corona mexicana. Arrangoiz proporciona la primera pista cuando relata que en enero de 1864 le llamó Maximiliano para que le acompañara a Viena, a donde iba con motivo "de asuntos particulares y de familia",[30] aunque por supuesto sólo el conde Rechberg estuvo presente en las entrevistas de los dos hermanos, que se prolongaron durante doce días, a cuyo término marchó Arrangoiz a París y el Archiduque regresó a Miramar.

A principios de febrero volvió Maximiliano a Viena, sin que los caballeros de la Diputación mexicana sospecharan el gravísimo problema que justificaba los ires y venires. No suponían, por supuesto,

28 Hidalgo a De Pont; *op. cit., loc. cit. supra.*
29 Beyens a Rogier; Carta personal, París, 21 de marzo de 1864, en: AMAECEB, *loc. cit. supra.*
30 Arrangoiz, *op. cit. supra*, t. III, p. 185, *edic. cit.*

que a puerta cerrada discutían la exigencia de Francisco José para que su hermano, al aceptar la corona de México, renunciara a sus derechos eventuales a la sucesión de la corona austriaca en favor del archiduque Carlos Luis, hermano menor de ambos. Pero tampoco en las entrevistas de febrero llegaron los hermanos a un acuerdo, y Maximiliano dejó poderes a Carlos Luis para que continuara las negociaciones con el representante de Francisco José. Admitía renunciar, sí, pero no en forma irrevocable sino por el tiempo que su dinastía reinara en México, o sea que, en el caso de no prosperar el Imperio, Maximiliano ejercería de nuevo sus derechos sobre la corona de sus mayores, como Enrique III lo hizo en el caso de Polonia.[31]

Esta oscura discusión en torno a la renuncia de tales derechos carecería de interés, por lo menos en un primer plano, de no probar que Fernando Maximiliano no quemaba sus naves al aceptar la corona mexicana. En contra suele aducirse el hecho de no abandonar el país cuando pudo hacerlo, a sabiendas de que su vida andaba de por medio, mas el argumento, sólido en apariencia, demuestra cuando más que en 1867 Maximiliano resolvió quedarse, no que ése fuera su propósito en los años anteriores. Cualquier hombre muda de opiniones en tres años, y Maximiliano solía hacer eso mismo en tres minutos. Sus viajes a Viena en enero y febrero de 1864, y sobre todo su protesta formal y pública cuando la renuncia de sus derechos se dio a conocer en el Parlamento austriaco, prueban hasta dónde carece de fuerza argumentar que el Archiduque pensaba en 1867 igual que en 1864.

Para mantener en vigor sus derechos eventuales a la corona de sus mayores Fernando Max luchó con todas las armas, y no lo hizo por capricho sino porque era el segundo agnado y la corona le correspondería en el caso de faltar Francisco José. Bien que el Emperador su hermano fuera en 1864 joven como él, sano y robusto, pero nadie le garantizaba la inmortalidad. Aquí y allá se ocultaban anarquistas dispuestos a todo, y además las enfermedades no solían respetar las cámaras imperiales. Las gentes mueren el día menos pen-

[31] Paul Gaulot: Sueño de Imperio La verdad de la expedición a México según documentos inéditos de Ernesto Louet, pagador en jefe del Cuerpo expedicionario; cap. IX, p. 302. Trad. E. Martínez Sobral; México, 1905.

sado, hasta los emperadores. Cierto que Francisco José tenía un hijo, el archiduque Rodolfo, su heredero legítimo, pero éste contaba entonces seis años apenas, y no podría ocupar el trono hasta 1876 en el caso de faltar su padre. Además el hijo único, y heredero legítimo, tampoco tenía la vida comprada. A lo mejor se la arrancaba él voluntariamente un día, en Mayerling, junto al cuerpo de su amada María Véczera. Por lo pronto, el destino colocaba a Fernando Maximiliano frente a una situación cargada de horribles alternativas. La ambición y la cordura, el presente y el futuro, la razón natural. Si el Emperador y el archiduque Rodolfo eran hombres de carne y hueso, mortales de necesidad, no era razonable allanarse a una renuncia definitiva. No era razonable, no. Pero el Emperador manejaba también la lógica a su modo, y tenía sobre su hermano la ventaja de ser el Emperador.

En la más estricta reserva se guardó la visita del Archiduque a Viena en febrero de 1864, pero así y todo algo trascendió a los círculos diplomáticos puesto que De la Torre Ayllón escribió a Madrid, el 9, que el nuncio Fancinelli halló vacilante a Maximiliano en su determinación de aceptar la corona mexicana "por causa de su renuncia a sus derechos al trono" austriaco,[32] todo eso un mes antes de que Gutiérrez Estrada enviara a Miramar, ya retocado, el discurso que preparó "para la próxima y final solemnidad".[33]

Y sin embargo el 12 de marzo marcharon Carlota y Maximiliano a Londres para despedirse del rey Leopoldo, de visita en Inglaterra. El 15 se encontraba la pareja en Bruselas, con el fin de reclutar dos mil belgas para la Guardia de la Emperatriz; el 19, en Viena, se les dio tratamiento de Emperadores; visitaron oficialmente a Francisco José, y el Cuerpo diplomático acudió a saludarlos de acuerdo con el protocolo. El 21 asistieron a un banquete en su honor, y al siguiente día presentó Rechberg a Maximiliano, para su firma, el Pacto de Familia: nada menos que la renuncia irrevocable de sus derechos eventuales al trono austriaco, aun en el caso de extinguirse todos los varones de la familia.

[32] De la Torre Ayllon a Arrazola; despacho 25, muy reservado; Viena, 9 de febrero de 1864, AMAEE, Austria, 1859-1861, legajo 1363.
[33] Gutiérrez a De Pont; París, 11 de marzo de 1865, en: KMMA, caja No. 7, OHHSA.

Indignado despidió Maximiliano a Rechberg y se encerró en las habitaciones de su madre, quien luego le acompañó al gabinete del Emperador, mas éste sostuvo su decisión contra viento y marea, y nada pudieron lágrimas y ruegos contra la razón de Estado que fundaba la decisión. Mil rumores circulaban en la ciudad mientras tanto, aunque nada se supiera en forma oficial: todo era ires y venires, versiones audaces, cabos sueltos que ataban los que se decían enterados. En Viena, sólo los miembros de la Diputación mexicana continuaban en la luna, ajenos al conflicto que se dirimía entre bastidores. Sin dárseles explicaciones, el 25 de marzo recibieron orden de marchar a Trieste. Suponían estar a punto de que se les recibiera en Miramar, e incluso se habló del 27 como fecha de aceptación de la corona, pero ese día Maximiliano llamó a Gutiérrez Estrada, a Velázquez de León y a José Manuel Hidalgo. A ellos solamente.

Gutiérrez, Velázquez e Hidalgo hablaron apenas en el camino. La incertidumbre les clavaba una espina en el alma, y sin embargo no llegaron a sospechar la sorpresa que les deparaba su "mesías político". En Miramar, los consejeros Herzfeld, Scherzenlechner y De Pont estaban consternados; Maximiliano en febril agitación; Carlota con huellas de llanto reciente. Apenas saludaron, y Herzfeld principió a leer un documento recién llegado de Viena: nada menos que el Pacto de Familia que Rechberg presentó a Maximiliano en el palacio imperial, y que ahora, imperativamente, le exigían firmar. Sobre la lógica de Maximiliano prevalecía la de Francisco José. Y la alternativa del pájaro en mano frente a la de otros muchos, más bellos a la vez, en la alegría del viento.

Cuando Herzfeld terminó la lectura, quedaron en el salón siete hombres silenciosos. "En el mismo momento en que creíamos ver el término feliz de tantos afanes, contratiempos y amarguras —escribió Hidalgo—, veíamos levantarse un nuevo obstáculo, que no nos competía ni podía allanar".[34] Maximiliano habló por fin, abatido, para posponer la aceptación de la corona hasta hablar en Roma con el Santo Padre, un escrúpulo plausible tal vez en otras circunstancias mas no en ésa, cuando todos habían ido demasiado lejos. Los mexicanos estaban en Trieste para conocer su resolución, pero

[34] Hidalgo, Proyectos para... en *Cartas*, cap. V, p. 52, *edic. cit.*

sobre la base de tener por cierta la respuesta. Todo lo demás era escenografía. La verdad era que estaban allí para oírlo aceptar, y no era cosa de que se pospusiera el acto, so capa de nuevas consultas. No podían pensar en que Fernando Max marchara a Roma cuando el prestigio de tantos andaba de por medio, el de Napoleón en primer término, y así lo entendían todos menos Maximiliano. Todos, desde los miembros de la Diputación mexicana hasta el emperador Francisco José. De la Torre Ayllon, en Viena, recogía los primeros sacudimientos del cataclismo que el 26 de marzo amenazaba la construcción entera: Francisco José, cuya calma constrastaba con la postración de la emperatriz Elizabeth, rehusaba admitir "siquiera la posibilidad" de la renuncia de su hermano al trono mexicano, y no por otra cosa sino por la peligrosa posición en que quedaría ante Francia una vez concluido el empréstito,[35] tanto que el conde Rechberg gritó casi "¡il peut être mis en question!" cuando De la Torre Ayllon dio por un hecho el aplazamiento de la aceptación.[36] Rechberg fue además muy explícito en cuanto a las razones que asistían al Emperador para exigir la renuncia del Archiduque a sus derechos sobre la corona austriaca:

> Si no conseguimos esa renuncia —dijo—, indudablemente se apoderará de la cuestión el Consejo del Imperio; querrá saber lo que hemos hecho para resolverla, y si contestamos que nada pretenderá arreglarla él mismo, y la arreglará Dios sabe cómo. Luego los húngaros, que no reconocen la competencia del Consejo, vendrán con igual pretensión, sin perdonar la ocasión de volverlo todo problemático en punto a semejante competencia y otras muchas cosas.[37]

Preguntó Rechberg si el diplomático español sabía qué pensaban los mexicanos sobre la circunstancia de que Maximiliano no abandonara "la expectativa de otra soberanía en su propio país", y cuando De la Torre le aseguró que nada había oído de ellos, el Conde apostilló: "Pues es extraño que no les choque que el Archiduque dé a entender tan claramente que la corona de México no es para él sino un *pisaller*".[38] No, no hay indicios de que la conducta del

[35] De la Torre Ayllon a Pacheco, Telegrama cifrado; Viena, 26 de marzo de 1864, PAFB PA IX, 78, OHHSA.
[36] De la Torre Ayllon a Pacheco, despacho 66, Viena, 27 de marzo de 1864, en AMAEE, Austria, 1859-1867, legajo 1363.
[37] De la Torre Ayllon a Pacheco, *op. cit., loc. cit. supra.*
[38] De la Torre Ayllon a Pacheco, *op. cit., loc. cit supra.* Las cursivas, en el oriignal.

Archiduque chocara a los mexicanos, pero Rechberg tenía razón: para el Príncipe, la corona de México era un "pisaller"; ni más ni menos que un peor-es-nada.

Así se pensaba en Viena el 27 de marzo, el día en que José Manuel Hidalgo jugó el papel más importante de su vida. El mexicano salió de París el 18 camino de Miramar, y ese mismo día tuvo una larga entrevista con la Emperatriz, quien le recibió de muy buen talante: "Está usted como un chico con zapatos nuevos", le dijo. Y agregó: "Voy a darle la clave que tuve con el Emperador cuando la guerra con Austria, por si tiene que comunicarme algún secreto. Llévela usted siempre consigo".[39] Al recibir la clave no suponía Hidalgo su importancia, tan decisiva en la historia del Segundo Imperio mexicano. No, no podía imaginarlo entonces, pero más tarde lo comprendió.

> ¿Fue un bien o un mal que yo tuviera en el bolsillo la cifra de la emperatriz Eugenia? —se preguntaba años después. Ello es que yo, en medio de un silencio glacial, propuse servirme de ella para telegrafiar a la Emperatriz. La Archiduquesa fue la primera que habló, apoyándome, y el séquito de S.A., animado así, insistió también con el Archiduque a que aplazara su viaje, en lo que consintió hasta que yo recibiera la respuesta de mi telegrama.[40]

A toda prisa volvió Hidalgo a Trieste para cifrar "un enorme despacho" dirigido a la emperatriz Eugenia. De su lado no se apartaba Gutiérrez, quien "haciendo pucheros" le decía muy humilde: "ponga usted: Suavez-nous, Madame".[41] La del 27 de marzo fue una noche desolada para los exiliados mexicanos. Ahora el "mesías político" no era Maximiliano sino Eugenia. A ella clamaban: ¡sálvanos, señora, sálvanos! Hidalgo confiesa que le dolía sobre todo la situación desairada en que Napoleón quedaría por su causa, amén de los riesgos nada despreciables que por ese motivo correría él mismo: "estaba yo aterrado, pero sereno".

El telegrama de Hidalgo puso en un brete a la pareja imperial francesa, que daba ya por terminado el asunto desde el 16, fecha de la carta que Eugenia escribió a Carlota para desearle buen viaje.

39 Hidalgo: Apuntes para ... en *Cartas*, p. 56, *edic. cit.*
40 Hidalgo, *op. cit.*, p. 57, *edic. cit.*
41 *Op. cit.*, *loc. cit. supra.*

"En el largo viaje que emprendéis —le decía—, nuestros votos irán con vosotros, seguros como debéis estar de que los amigos que tenéis en nosotros lo son de verdad. La tarea que habéis emprendido puede hallar obstáculos, mas el corazón capaz de emprenderla tendrá también la fuerza de vencerlos."[42] Dos días más tarde se dirigió Napoleón a Maximiliano para asegurarle que contaría siempre con su amistad y con el reconocimiento de su valor y elevados sentimientos, al emprender la tarea de regenerar a un pueblo y fundar un Imperio sobre los principios de la razón y la moral. "Podéis estar seguro de que mi apoyo no os faltará en el cumplimiento de la tarea que emprendéis con tanto valor", terminaba la carta del Emperador.[43]

Ahora, claro, las inesperadas noticias de Miramar caían en París como sucesivos cubetazos de agua helada. La situación era tan tensa que no pasaba inadvertida a los diplomáticos acreditados: "Al fin de violentas discusiones —escribió Beyens a su gobierno el 28—, el archiduque Maximiliano ha rehusado partir para México, y se dispone a anunciar mañana esa decisión a la diputación mexicana".[44] Aludía a continuación Beyens a los problemas de familia que orillaban al Emperador electo a tomar esa decisión, por más que en París no se admitiera que tales escrúpulos pudieran excusar ni menos justificar "aun la más ligera vacilación para satisfacer el solemne compromiso". A los ojos de Eugenia y Napoleón, la de Maximiliano era sólo "una excentricidad", desastrosa para Francia y capaz de conducir a una grave "perturbación europea".[45]

En esos últimos días de marzo la situación era tan amenazadora que reclamaba acción y no palabras; decisiones, no censuras más o menos encendidas. A primera hora, en la madrugada del 28, Napoleón mandó sacar de la cama al príncipe de Metternich, y le pidió que de inmediato comunicara a Viena "el escándalo que produciría la negativa que el Archiduque acaba de anunciar". El telegrama de

42 Eugenia a Carlota; París, 16 de marzo de 1863, en Conte Corti: Apéndice a *op. cit. supra*; p. 649; *edic. cit.*
43 Napoleón a Maximiliano; París, 18 de marzo de 1863, en *op. cit.*, *loc. cit. supra.*
44 Beyens a Rogier; despacho 131, confidencial; París, 28 de marzo de 1863, en: AMAECEB, France, vol. XXI.
45 Beyens a Rogier; *op. cit.*, *loc. cit. supra.*

Metternich a su gobierno, en clave, se depositó en París a las 3:30 a.m. y se recibió en Viena a las 5.45 del mismo amanecer:

> S.M. cree que la excusa de la sucesión tendrá alguna salida, y que en todo caso dicha cuestión no es tan seria como para dominar sobre los horribles embarazos en los que se le colocaría después de haber firmado la Convención. Me pide demandároslo esta misma noche. Yo agrego que es necesario pensar bien las cosas, que pueden llegar a ser muy serias de no sopesarse debidamente.[46]

Una hora y veinte minutos más tarde, a las 4:50 a.m., Metternich depositó un nuevo telegrama en clave para informar a su gobierno que el general Frossard, en misión confidencial, partía ese día para Viena y Miramar; que el Emperador telegrafiaba al rey Leopoldo para que ejerciera su influencia sobre su yerno, y que se dirigía también a Maximiliano para que no tomara ninguna determinación sin hablar antes con Frossard. "Vistas las circunstancias —agregaba Metternich— sería bueno que se me autorizara a declarar que nuestro Augusto Señor (Francisco José) no puede arbitrariamente cambiar leyes de familia que rigen la cuestión de la renuncia en caso de que se trata."[47]

Eugenia y Napoleón telegrafiaban por su parte a Hidalgo, ahora paño de lágrimas de ambos:

> El telegrama de Eugenia: "Mettez la chiffre à la dispositión du general Frossard, qui part ce soir".
>
> Y el de Napoleón: "Transmettez à L'Archiduc le telegramme suivant: Je conjure votre A.R. et I. de ne prendre aucune détermination avant l'arrivée du general Frossard".[48]

Pero Sus Majestades no se contentaron con adoptar tales medidas, y el mismo 28, "bajo el golpe de una viva emoción" por las noticias que acababa de recibir de Viena, Napoleón se dirigió a Maximiliano. No pretendía discutir "cuestiones de familia", que no le competían, mas sí la situación que afectaba tan seriamente a ambos:

[46] Metternich a Rechberg; telegrama en cifra; París, 28 de marzo de 1864, en PAFB, IX, 78, OHHSA.
[47] Metternich a Rechberg; telegrama cifrado; París, 28 de marzo de 1864, en: *arch. cit., loc. cit. supra.*
[48] Hidalgo, *op. cit.*, p 58; *edic. cit.*

> Por el tratado que hemos concluido y que nos obliga recíprocamente; por las seguridades que hemos dado a México; por la palabra empeñada con los suscriptores del empréstito, V.A.I. ha contraído compromisos que no está en libertad de romper. *¿Qué pensaría S.A.I. de mí si, una vez en México, yo le dijera que no podía cumplir las obligaciones pactadas?*
>
> No, es imposible que renunciéis a ir a México y que digáis ante el mundo que intereses de familia os compelen a traicionar las esperanzas que Francia y México han puesto en vos. Es absolutamente necesario que en beneficio de vuestra familia y de vos mismo se arreglen las cosas, pues está de por medio el honor de la Casa de Habsburgo.
>
> Os pido perdón por este lenguaje un poco duro, mas las circunstancias son demasiado graves para que no se diga toda la verdad.[49]

Pudo Napoleón ahorrarse conceptos que tres años más tarde una Carlota medio loca le arrojara a la cara como látigo de fuego, pues en Miramar, casi al mismo tiempo, culminaba la crisis y renacía la calma. Culminaba porque ese día escribió Carlota a Eugenia una carta con la renuncia definitiva que su marido, tan débil, no tuvo el valor de redactar. Una carta que *nunca* se envió a París:

> Tomo hoy la pluma con el corazón desbordado por las más dolorosas emociones, mas lleno de afecto verdadero y vivo que V.M. ha sabido inspirarnos. Por una decisión impenetrable, el cielo nos priva de la dicha de contribuir a la realización de los deseos generosos de V.M. respecto de un país por el cual estabamos dispuestos a sacrificarlo todo, aun nosotros mismos. Habíamos tomado alegremente por este camino arduo sin otro móvil que hacer el bien, y nos sentíamos felices de consagrar nuestro joven ardor y de prestar nuestra voluntad a una obra tan difícil como grande. Mas las circunstancias que a última hora surgieron respecto de la aceptación de esta misión —tan laboriosamente llevada a su término al cabo de tres años— son de tal naturaleza que el noble corazón de V.M. comprenderá que resultaban incompatibles con el honor del Archiduque y aun con el futuro del nuevo Imperio. Con el corazón hecho pedazos se prepara él a recibir mañana a la Diputación mexicana, para decirle que la promesa del 3 de octubre *no se cumplirá jamás*, mas, al mismo tiempo, deja solemnemente a salvo su responsabilidad por las consecuencias de esta grave decisión a la que se ve obligado, consecuencias que son a su juicio incalculables.[50]

[49] Napoleón a Maximiliano; París, 28 de marzo de 1864, en KMMA, caja 8. Conte Corti la reproduce en el Apéndice de *op. cit. supra*; p. 650, *edic. cit.* Las cursivas son nuestras.
[50] Carlota a Eugenia; Miramar, 28 de marzo de 1864, en Conte Corti: Apéndice a *op. cit. supra*, p. 651; *edic. cit.* [Las cursivas son nuestras.]

"La promesa del 3 de octubre no se cumplirá jamás", decía Carlota en esa carta que nunca conocieron los mexicanos de la Diputación. Ni ellos, ni Eugenia, ni Napoleón. Era el 28 de marzo de 1864, el día en que según la condesa Foussemagne estuvo Maximiliano resuelto a rehusar la corona mexicana.[51] Pero la carta de Carlota para Eugenia no llegó a salir de Miramar, y la promesa del 3 de octubre pese a todo se cumplió.

Tantos son los seres que han sufrido que no es posible discernir cuál padeció más. Pero ése, el día en que Maximiliano se dispuso a recibir a la Diputación mexicana "con el corazón hecho pedazos" figura en el catálogo de los excepcionales, porque no hay pena mayor que la de los débiles cuando se ven en el caso forzoso de resolver. El carácter es la mejor receta para el dolor moral, y el Archiduque no contaba con esa defensa. Por eso no pudo escribir la carta que su mujer tuvo que redactar, ella sí señora de voluntad tan resuelta que sobrevivió a su razón. Todavía en su retiro de Bouchout, en sus largos años extraviados, fue Carlota voluntad pura. Él en cambio, encerrado en sus habitaciones de Miramar, no podía. Su lucha interior, tan superior a sus fuerzas, era la agonía del Imperio mexicano. Agonía en el sentido exacto de lucha inútil contra el destino trazado de antemano.

3. El Salvador a pesar suyo

Pasó la noche, la tormenta, y al siguiente día a las 13:55 p.m. Metternich telegrafió a Viena que Maximiliano prometía esperar, "para limar asperezas", y que Napoleón ordenaba a Frossard que se ocupara sólo de los intereses franceses comprometidos, sin inmiscuirse en la cuestión sucesoria de la corona austriaca.[52] Metternich, al decir de su colega Beyens, tenía ya en su poder una carta de Francisco José, anunciando a Napoleón la renuncia de su hermano a la corona mexicana, carta que el Embajador se abstuvo de llevar a

[51] Comtesse H. de Reinach Foussemagne: Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique; p. 151; París, 1925.
[52] Metternich a Rechberg; telegrama en clave, París, 29 de marzo de 1864, en PAFB PA IX-18. En el mismo sentido informaba Beyens a su gobierno en despacho confidencial 312 de la misma fecha, AMAECEB; Francia, vol. XXI.

su destinatario para no empeorar las cosas, en espera de que Maximiliano volviera sobre su decisión. Algo sin embargo anticipó al Emperador con el fin de hacerle comprender la conducta de su Soberano, pues nada importaba más al diplomático austriaco que disipar las posibilidades de un rompimiento entre las dos potencias.[53]

Todavía el 1o. de abril no las tenían todas consigo en París pese a que la dramática situación entraba en menguante, resuelto Napoleón a que Maximiliano decidiera sobre la marcha[54] y todo mundo de mal talante con el Archiduque, que se conducía "como si no le interesara la corona que se le ofrecía".[55] No iban mejor las cosas en Viena, donde el embajador de España lamentaba que el problema de la sucesión de la corona austriaca fuera ya del dominio público. Uno de los órganos periodísticos más acreditados, según De la Torre Ayllon, argumentaba que de no renunciar Maximiliano a sus eventuales derechos podría ocurrir que príncipes mexicanos llegaran a sentarse en el trono de María Teresa, ser reyes de Hungría, de Bohemia, y miembros de la Confederación Germánica.[56] Era ciertamente abominable que un príncipe de tez morena pudiera ser Señor de tantos rubios, mas para Francisco José resultaba también punzante que Maximiliano cediera no tanto a los intereses de su propia Casa cuanto a los de un soberano extranjero.[57] Todos recelaban, hasta los mexicanos de la Diputación, aunque a ellos nadie los tomara en cuenta.

El mismo 1o. de abril recibió Napoleón de Trieste un mensaje tranquilizador que le envió Frossard:

> V.M. sabe, por mi despacho de Viena, que he encontrado al Emperador en muy buena disposición... Vengo de Miramar. Tengo la convicción de que el Archiduque irá a México. Existe un proyecto de arreglo, una renuncia aunque con un artículo secreto satisfactorio para el Príncipe. Creo que este artículo será aceptado por Viena. Se desea la conciliación.

[53] Beyens a Rogier; despacho confidencial 313; París, 30 de marzo de 1864; en: *arch. cit., loc. cit. supra.*
[54] Metternich a Rechberg; telegrama cifrado. París, 1o. de abril de 1864, en PAFB PA IX-78.
[55] Merimée a la Condesa de Montijo; París, 1o. de abril de 1864, en APL, caja 127, Madrid.
[56] De la Torre Ayllon a Pacheco; despacho 68; Viena, 30 de marzo de 1864, en: AMAEE, Austria 1859-1867; legajo 1363.
[57] De la Torre Ayllon a Pacheco; *op. cit., loc. cit. supra.*

"La promesa del 3 de octubre no se cumplirá jamás", decía Carlota en esa carta que nunca conocieron los mexicanos de la Diputación. Ni ellos, ni Eugenia, ni Napoleón. Era el 28 de marzo de 1864, el día en que según la condesa Foussemagne estuvo Maximiliano resuelto a rehusar la corona mexicana.[51] Pero la carta de Carlota para Eugenia no llegó a salir de Miramar, y la promesa del 3 de octubre pese a todo se cumplió.

Tantos son los seres que han sufrido que no es posible discernir cuál padeció más. Pero ése, el día en que Maximiliano se dispuso a recibir a la Diputación mexicana "con el corazón hecho pedazos" figura en el catálogo de los excepcionales, porque no hay pena mayor que la de los débiles cuando se ven en el caso forzoso de resolver. El carácter es la mejor receta para el dolor moral, y el Archiduque no contaba con esa defensa. Por eso no pudo escribir la carta que su mujer tuvo que redactar, ella sí señora de voluntad tan resuelta que sobrevivió a su razón. Todavía en su retiro de Bouchout, en sus largos años extraviados, fue Carlota voluntad pura. Él en cambio, encerrado en sus habitaciones de Miramar, no podía. Su lucha interior, tan superior a sus fuerzas, era la agonía del Imperio mexicano. Agonía en el sentido exacto de lucha inútil contra el destino trazado de antemano.

3. El Salvador a pesar suyo

Pasó la noche, la tormenta, y al siguiente día a las 13:55 p.m. Metternich telegrafió a Viena que Maximiliano prometía esperar, "para limar asperezas", y que Napoleón ordenaba a Frossard que se ocupara sólo de los intereses franceses comprometidos, sin inmiscuirse en la cuestión sucesoria de la corona austriaca.[52] Metternich, al decir de su colega Beyens, tenía ya en su poder una carta de Francisco José, anunciando a Napoleón la renuncia de su hermano a la corona mexicana, carta que el Embajador se abstuvo de llevar a

[51] Comtesse H. de Reinach Foussemagne: Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique; p. 151; París, 1925.
[52] Metternich a Rechberg; telegrama en clave, París, 29 de marzo de 1864, en PAFB PA IX-18. En el mismo sentido informaba Beyens a su gobierno en despacho confidencial 312 de la misma fecha, AMAECEB; Francia, vol. XXI.

su destinatario para no empeorar las cosas, en espera de que Maximiliano volviera sobre su decisión. Algo sin embargo anticipó al Emperador con el fin de hacerle comprender la conducta de su Soberano, pues nada importaba más al diplomático austriaco que disipar las posibilidades de un rompimiento entre las dos potencias.[53]

Todavía el 1o. de abril no las tenían todas consigo en París pese a que la dramática situación entraba en menguante, resuelto Napoleón a que Maximiliano decidiera sobre la marcha[54] y todo mundo de mal talante con el Archiduque, que se conducía "como si no le interesara la corona que se le ofrecía".[55] No iban mejor las cosas en Viena, donde el embajador de España lamentaba que el problema de la sucesión de la corona austriaca fuera ya del dominio público. Uno de los órganos periodísticos más acreditados, según De la Torre Ayllon, argumentaba que de no renunciar Maximiliano a sus eventuales derechos podría ocurrir que príncipes mexicanos llegaran a sentarse en el trono de María Teresa, ser reyes de Hungría, de Bohemia, y miembros de la Confederación Germánica.[56] Era ciertamente abominable que un príncipe de tez morena pudiera ser Señor de tantos rubios, mas para Francisco José resultaba también punzante que Maximiliano cediera no tanto a los intereses de su propia Casa cuanto a los de un soberano extranjero.[57] Todos recelaban, hasta los mexicanos de la Diputación, aunque a ellos nadie los tomara en cuenta.

El mismo 1o. de abril recibió Napoleón de Trieste un mensaje tranquilizador que le envió Frossard:

> V.M. sabe, por mi despacho de Viena, que he encontrado al Emperador en muy buena disposición... Vengo de Miramar. Tengo la convicción de que el Archiduque irá a México. Existe un proyecto de arreglo, una renuncia aunque con un artículo secreto satisfactorio para el Príncipe. Creo que este artículo será aceptado por Viena. Se desea la conciliación.

[53] Beyens a Rogier; despacho confidencial 313; París, 30 de marzo de 1864; en: *arch. cit., loc. cit. supra.*
[54] Metternich a Rechberg; telegrama cifrado. París, 1o. de abril de 1864, en PAFB PA IX-78.
[55] Merimée a la Condesa de Montijo; París, 1o. de abril de 1864, en APL, caja 127, Madrid.
[56] De la Torre Ayllon a Pacheco; despacho 68; Viena, 30 de marzo de 1864, en: AMAEE, Austria 1859-1867; legajo 1363.
[57] De la Torre Ayllon a Pacheco; *op. cit., loc. cit. supra.*

Mas si eso no ocurriera, no por ello el Príncipe dejaría de partir. Mucho le afectó la carta de V.M. de quien dice que es un padre para él. La archiduquesa desborda resolución.[58]

Mas faltaba el rabo por desollar, pues contra las previsiones de Frossard en Viena no aceptaron "el artículo secreto" que Maximiliano propuso para el caso de que, de verse forzado a dejar el trono mexicano, se le reintegraran sus derechos sobre la corona austriaca.[59] Carlota había ido a Viena en compañía de Hidalgo, en busca de una fórmula de arreglo, mas el emperador Francisco José no estaba dispuesto a ceder más, y el 2 de abril declaró que había dicho y escrito su última palabra. "Entendeos francamente con el conde Zichy —telegrafió a Frossard el embajador de Francia en Viena—, y decidle que considero irrevocable la decisión del emperador Francisco José."[60] "La última palabra" de Francisco José podía agravar de nuevo la situación hasta el extremo de afectar las relaciones entre Francia y Austria, pues si Napoleón justificaba en principio la actitud del Emperador, ahora, según Beyens, pensaba que éste podría ceder para facilitar el arreglo, y no contraer la responsabilidad de las grandes calamidades que estaba en sus manos evitar.[61]

El duque Gramont, perfectamente informado, no permitía que Napoleón se hiciera ilusiones sobre la decisión de Francisco José. Si el 3 de abril indicó a Frossard cuál era "la última palabra" del Emperador, el 4, al reiterar su convicción, agregó que el proyecto de consignar en una cláusula secreta la reserva de los derechos que se renunciaban "oficialmente" produjo una pésima impresión en el ánimo del Monarca, pues lo calificó de "superchería indigna de su hermano, indigna de Austria e indigna de México".[62] No quedaba al Archiduque más que abandonar la idea, y hacerlo pronto para

[58] Frossard a Napoleón. Telegrama cifrado. Trieste, 1o. de abril de 1864, en Archives Nationales de France; A. B. XIX-172; legajo Frossard.
[59] Beyens a Rogier; despacho confidencial 340; París, 4 de abril de 1864; en: AMAECEB, France, vol. XXI.
[60] Gramont al Cónsul de Francia en Trieste, para comunicarlo al general Frossard; Viena, 3 de abril de 1864 a las 3:40 horas, a.m. ANF, AB XIX-172, legajo Frossard.
[61] Beyens a Rogier, despacho 340. Confidencial. París, 4 de abril de 1864, en: AMAECEB, France, vol. XXI.
[62] Gramont a Frossard; Viena, 4 de abril de 1864, en: ANF, A-B 19, 172, legajo Frossard.

evitar que el asunto llegara al dominio público en perjuicio de su honor. Al siguiente día, Gramont informaba que después de la entrevista de Carlota con el Emperador, éste se había reunido toda la mañana con sus ministros:

¿Qué resultará? No lo sé —agregaba— pero ciertamente no saldrá de allí ninguna aquiescencia a la *carta secreta.* Es preciso que el Archiduque renuncie a esa esperanza.[63]

Por su parte Napoleón, que veía que los días pasaban sin que cediera la situación tirante, presionaba para que el Archiduque resolviera sin mayores dilaciones. La indecisión de Maximiliano trascendía, y en Inglaterra la baja de los valores mexicanos en la bolsa dificultaba el nuevo empréstito.

Una decisión inmediata es indispensable —telegrafiaba Napoleón a Frossard el 5—; la nueva indecisión provocará complicaciones en México. Todas las cuestiones de familia debieron arreglarse por anticipado. No se puede sin graves riesgos dejar a un pueblo en suspenso; a nosotros frente a graves problemas, y a la escolta en las tierras cálidas, expuestos a los riesgos de la fiebre amarilla.[64]

Acertaba Napoleón en todos sus temores, y muy especialmente en la desastrosa situación que la conducta del Archiduque provocaba en México, hasta que finalmente, el 6 de abril, un telegrama de Frossard anunció que el Archiduque partiría el 10.[65] "Todo está arreglado —confirmó Beyens el 8. Su Majestad Apostólica estará presente en la reunión con la Diputación mexicana."[66]

Y así era, efectivamente, pues el mismo 8 se dirigió Maximiliano a Napoleón:

V.M. se persuadirá bien pronto por los hechos y por los informes que le transmitirán el general (Frossard) y M. Herbert verá que he respetado la palabra que le había empeñado de hacer, por apego sincero a su

[63] Gramont a Frossard; Viena, 5 de abril de 1864, en ANF, *loc. cit. supra.* El subrayado, en el original.
[64] Napoleón a Frossard, a través del Cónsul general en Trieste. París, 5 de abril de 1864, en: ANF, *loc. cit. supra.*
[65] Beyens a Rogier, despacho 350; confidencial. París, 7 de abril de 1864, en AMAECEB, *loc. cit. supra.*
[66] Beyens a Rogier; Telegrama cifrado. París, 8 de abril de 1864, en AMAECEB, *loc. cit. supra.*

> persona, todos los sacrificios compatibles con mi honor. Mi conducta, en todo este asunto, ha sido recta y leal. A mi llegada a México, no me faltarán ocasiones de testimoniar a V.M.I. mi reconocimiento por las bondades de que me ha hecho objeto. Hago todos los esfuerzos por satisfacer los intereses de los Bondholders que V.M. me ha recomendado mediante la carta que el conde Zichy puso en mis manos.[67]

Ahora todo estaba resuelto. Los miembros de la Diputación mexicana suspendieron su viaje de turismo y regresaron a Trieste, seguros de que de un momento a otro se les llamaría a Miramar. Carlota estaba de regreso —el 8 también— una vez que en Viena quemó infructuosamente sus últimos cartuchos. Apenas si consiguió de su cuñado, el Emperador, la promesa de que iría a Miramar a consumar el sacrificio. Ese día suscribieron Velázquez de León y Herbet el Tratado de Miramar —el mismo que según Arrangoiz "firmaron al barbecho" desde París—, aunque dejaran en blanco ciertos pormenores "hasta después de la proclamación".[68] Maximiliano, por último, anunció a Frossard que al siguiente día recibiría a su hermano el Emperador.

Muy de mañana, el 9 de abril, se detuvo en el apeadero de Miramar el tren imperial, y al atardecer emprendió el regreso. Los dos hermanos estuvieron juntos ocho horas, las ocho horas que cubrieron la recta final del Imperio mexicano. Sobre la lógica de Fernando Maximiliano se imponía la de Francisco José. Sobre la de Francisco José, la de Napoleón.

Poco antes del almuerzo firmaron el Pacto de Familia:

> S.A.I. el Archiduque Fernando Maximiliano renuncia por su augusta persona, y en nombre de sus descendientes, a la sucesión de la corona en el Imperio de Austria, así como a los reinos y países que de él dependen, sin excepción alguna, a favor de todos los demás miembros que se hallan en aptitud de suceder en la línea masculina de la Casa de Austria.[69]

67 Maximiliano a Napoleón; Miramar, 8 de abril de 1864, en: Conte Corti, Apéndice a *op. cit. supra*; p. 652, *edic. cit.*

68 Herbet a Napoleón; telegrama cifrado; Trieste, 7 de abril de 1864, en: AMAEF, vol. 61, f. I.

69 El Pacto de Familia en: Arrangoiz, *op. cit.*, t. III. p. 196, *edic. cit.*

Firmaron también los ministros, los archiduques, los cancilleres áulicos. Siempre que existiera un descendiente varón de cualquiera de los hermanos, aun cuando fuera lejano, su derecho prevalecería sobre el de Maximiliano y sus posibles descendientes. Cualesquiera otros miembros de la Casa de Austria, menos él. Era una renuncia total.

Al dejar el palacio por la tarde, Francisco José se cuadró ante Maximiliano. Ambos bajaron luego por los jardines, hasta el tren imperial. En el andén parecía que se despedirían como dos emperadores, pero Francisco José no pudo más:

¡Max! —exclamó— y abrazó a su hermano.

Fue un abrazo prolongado. El último. Fernando Maximiliano veía por última vez a su hermano mayor. Francisco José le vería todavía otra vez, cuatro años más tarde, como el faraón incorrupto que está en la cripta imperial de Viena, donde los austriacos tienen sus momias como los egipcios en su Valle de los Reyes.

A las diez de la mañana del 10 de abril de 1864, en cuatro carrozas precedidas de batidores, marchó la Diputación a Miramar. En los jardines del palacio aguardaba la servidumbre, ataviada para la gran solemnidad, y en la sala de recepciones Fernando Maximiliano, de pie, junto a su esposa. Vestía uniforme de vicealmirante austriaco, y lucía en el pecho la Gran Cruz de San Esteban. Carlota nerviosa y altiva; el Archiduque tranquilo en apariencia. Los mexicanos llegaron al centro de la sala, se inclinaron en discreta reverencia, y José María Gutiérrez Estrada avanzó unos pasos, hasta cerca de una mesa con actas de adhesión de las ciudades y pueblos de México.

> México —dijo en francés Gutiérrez Estrada, entre otras cosas—, con filial confianza pone en vuestras manos el poder soberano y constituyente que debe regular sus futuros destinos y asegurar su glorioso porvenir, prometiéndoos, en este momento de solemne alianza, un amor sin límites, y una fidelidad inalterable.[70]

70 El ofrecimiento de la Corona por Gutiérrez Estrada se reproduce íntegro en el Apéndice número uno, al t. XVII, de Historia de México de Niceto de Zamacois, *edic. cit.*



Maximiliano y Carlota,
floreció al fin el imperio mexicano

Fernando Maximiliano contestó en español:

> Acepto el poder constituyente con que ha querido investirme la nación, cuyo órgano sois vosotros, señores... grande es la empresa que se me confía, pero no dudo llevarla a cabo, confiado en el auxilio divino y en la cooperación de todos los buenos mexicanos.[71]

Apenas terminó Maximiliano, volvió a la carga Gutiérrez Estrada:

> Sire, con emoción sin límite, con gozo inefable recogemos, en nombre de la nación mexicana, el solemne sí que acaba de pronunciar Vuestra Majestad... nuestros hijos elevarán al cielo acciones de gracias por esta liberación milagrosa.[72]

En ese momento entraba al salón monseñor Jorge Rachich con mitra y báculo, en compañía de Fray Tomás Gómez y del doctor Ignacio Montes de Oca, quien presentó a Maximiliano un ejemplar de los Evangelios. Con la mano extendida sobre el Libro Sagrado dijo pausadamente: Yo, Maximiliano, emperador de México, juro a Dios, por los Santos Evangelios, procurar por todos los medios que estén a mi alcance el bienestar y la prosperidad de la nación, defender su independencia, y conservar la integridad de su territorio.[73]

¡Viva el Emperador!, ¡viva la Emperatriz!, gritaron todos. En la torre del palacio se izó la bandera de México, y tronaron veintiún cañonazos de la fragata de guerra *Bellona*, de la marina austriaca, contestados por los disparos de la fortaleza de Trieste y de la fragata francesa *Themis*. El telégrafo anunció oficialmente el acontecimiento mientras, en lo confidencial, el señor Herbet aseguraba a Drouyn de Lhuys que Carlota Amalia le dijo: "Es nuestra confianza absoluta en la amistad del Emperador lo que nos conduce a México".[74]

A las seis en punto, austriacos, franceses y mexicanos se sentaron a la mesa, y Carlota ocupó una de las cabeceras. Mas la otra quedó

71 Gaulot, *op. cit.*, segunda parte, cap. X, p. 334, *edic. cit.*
72 *Op. cit., loc. cit. supra.*
73 Hidalgo, Proyectos..., cap. V, 154, *edic. cit.*
74 Herbet al Ministro de Negocios Extranjeros, Trieste, 10 de abril de 1865, en AMAEF, Fonds: Mexique, vol. 61, ff.

vacía. Se dijo que el Emperador, indispuesto, no les acompañaría, excusa que algunos atribuyeron a las emociones del día, y otros al razonable temor hacia un nuevo discurso de Gutiérrez Estrada. Y sin embargo no había tal excusa: dos horas antes, el doctor Jilek le encontró en la biblioteca, trastornado, incapaz de ir a la mesa. De la biblioteca le llevó al Gartenhaus, al fondo del jardín, y a su lado estuvo mientras la Emperatriz comía con los mexicanos. Hidalgo, sobre todo, devoraba cuanto le ponían enfrente, y bebía como el "bon vivant" que era. El recuerdo de su última actuación le aguzaba el apetito. ¡La clave que le confió en París la emperatriz Eugenia!

> Muchas veces he pensado, escribió Hidalgo años después, en qué sesgo habrían tomado las cosas, y qué consecuencias habría traído el que yo no hubiese tenido la cifra, o si me hubiese callado ante la determinación del Archiduque. ¿Fue providencial el que yo la hubiese tenido, o habría sido mejor lo contrario? Ello es que todo tomó otro aspecto desde que, ante aquel lúgubre espectáculo de la renuncia, pudí poner todo en conocimientos del emperador Napoleón antes de que el Archiduque se embarcase para Civitavecchia e ir a Roma. Para mí, quien decidió todo fue la Archiduquesa con sus lágrimas y miradas.[75]

Sin la cifra, la "pícara cifra" que le confió en París Eugenia de Montijo, sin las "lágrimas y miradas" de Carlota Amalia, no estarían sentados a la mesa imperial. Sin Hidalgo no había nacido todavía el Imperio mexicano, y tal vez no habría nacido nunca. Dos jóvenes habrían conservado vida y razón en vez de agotarlas en el sacrificio, y también se habrían salvado Miguel Miramón y Tomás Mejía, otros dos artistas maravillosos. Se habrían salvado todos desde aquel momento, desde el 10 de abril de 1864.

El mismo 10 telegrafió Napoleón al nuevo Emperador para prometerle su amistad y apoyo,[76] en tanto que Eugenia se dirigió a Carlota para expresar sus votos sobre la prosperidad del país en que iban a reinar.[77] Maximiliano, por su parte, escribió a Napoleón, también el 10, para notificarle oficialmente la aceptación de la co-

[75] Hidalgo, en *Cartas...*, p. 56; *edic. cit.*

[76] Napoleón a Maximiliano, París, 10 de abril de 1864, en KMMA, caja 9. También Corti: *op. cit. supra*, p. 652, *edic. cit.*

[77] Carlota a Eugenia; París, 10 de abril de 1864, en KMMA, y Conte Conti, *loc. cit. supra.*

rona mexicana, dispuesto a consagrarse, "con el auxilio divino, a la grande empresa de remediar los males que por tanto tiempo han aquejado aquel desgraciado país, y procurar hacer su felicidad".[78] Llamaba ya "Señor y Padre" al antiguo *carbonieri.* Consumatum erat.

Cuando el 11 almorzaba Maximiliano con el doctor Jilek, Carlota, alborozada, entró con el telegrama de Napoleón en la mano. Mas el horno no estaba para bollos, y el nuevo Emperador gritó casi: "¡te dije que por ahora no quiero oír nada de México!"

Durante tres días permaneció aislado, a veces con Jilek, a veces solo. No podía volver atrás, pero tampoco quería oír nada de México. Nada, como si ese país desapareciera en fumarola distante. ¡Cuánta argucia para no afrontar la punzante realidad! ¡Y Frossard aseguró a Napoleón que el nuevo Emperador partiría el domingo, al día siguiente de la aceptación! Era miércoles, y todavía estaba allí, sin querer oír una palabra sobre México. Todo le ataba a Miramar. Tal vez sentía que Miramar era una parte de su organismo, como una víscera que quisieran arrancarle brutalmente, y el sueño de un imperio no le servía de calmante.

A todos nos han arrancado alguna vez algún Miramar. Las cosas viejas. ¡Qué profundo amor el de las cosas viejas! Cualquiera ama a un hombre, a una mujer, a un caballo. Amor fincado en reciprocidades. Sólo en el amor a las cosas se da el desinterés absoluto, y algunas veces se las quiere tanto, tan por encima de la recompensa, que algo de ese amor se comunica a las cosas, que luego nos atan con mil hilos invisibles. Maximiliano no quería ver a nadie porque tenía la oscura seguridad de que le harían daño, mas como Dios le dio a entender se sobrepuso al fin, y el 12 escribió a Napoleón que aún estaba en Miramar por causa de "un enfriamiento motivado por la visita de S.M. el Emperador de Austria",[79] pero también le tranquilizaba con la noticia de que hacia el fin de semana "bogaría hacia su nueva patria", confiado en llegar a merecer "los sabios consejos, el importante apoyo y la benévola aprobación" del

[78] Un ejemplar de este documento, con la firma de Maximiliano, en AMAECEB, legajos miscelánea 1860-1866.

[79] Maximiilano a Napoleón; Miramar, 12 de abril de 1864, en Conte Corti: *op. cit. supra*, p. 653; *edic. cit.*

Emperador de los franceses.[80] También Eugenia echó su cuarto a espadas el 15, en una carta destinada a alcanzar en Roma a los Emperadores de México, satisfecha de que se superaran "las dificultades de los últimos tiempos", que fueron "tan penosas".[81] Y entusiasmada con el hermoso amanecer del nuevo Imperio.

¡Cómo se ocultaron las lágrimas, las últimas vacilaciones de Maximiliano, el trance terrible de los días inmediatos a la partida! Ahora estaban todos felices, Napoleón e Hidalgo, Eugenia y Carlota, Francisco José y Metternich. Todos ya sobre su objetivo menos Max, arrastrado hasta el trono por fuerzas que no eran suyas; hasta su trono "peor-es-nada" mexicano, en las palabras del conde Rechberg. Metternich, particularmente, no ocultaba su entusiasmo:

> El alza de los fondos (del empréstito) y la satisfacción general prueban suficientemente la importancia de la solución que hemos logrado, y yo creo fundamente que el emperador Napoleón tendrá a orgullo mostrarse reconocido hacia el Soberano que le ayudó a salir bien librado de los embarazos en que se hallaba.[82]

Eran ya las horas de la travesía, cuando Maximiliano convalecía en el mar. Salió de Miramar, el 14, como un sonámbulo. A la una de la tarde diversas comisiones llegaron al palacio, con un álbum de marfil, lleno de vistas de Trieste, y una dedicatoria calzada con mil firmas. A instancias del doctor Jilek les recibió y escuchó Fernando Max, mas apenas articuló algunas palabras de respuesta. La servidumbre de palacio le abordó entonces, y le besó manos y ropas. El hombre no podía más. *La Novara* calentaba su máquina unas cuantas brazas más allá. *La Novara*, "cuyo sólo nombre era ya de buen agüero para un austriaco", escribió algunos años antes.[83]

A las dos de la tarde se abrieron las puertas de palacio y Fernando Maximiliano apareció junto a Carlota. La multitud se descubrió, y los músicos tocaron sus instrumentos. Unos le arrojaban flores y otros se echaban a sus plantas. Maximiliano lloraba, y sonreía la Emperatriz. Subieron por fin al bote que les llevó a *La Novara*. Desde el puente saludaron ambos. Abría marcha la fragata *Fantasía*, y Fernando Maximiliano sonrió por primera vez en muchos días. Meditaba tal vez las palabras que doce años antes escribió en sus libros de recuerdos: "El miedo y la ambición son los motores de la rueda del mundo". ¡El miedo y la ambición! ¿De quién sería el capricho de juntarlos?

80 Maximiliano a Napoleón; *op. cit.*, *loc. cit. supra*.
81 Eugenia a Carlota; París, 15 de abril de 1864, en Corti; *op. cit.*, *loc. cit. supra*.
82 Metternich a Rechberg; despacho 16; París, 19 de abril de 1864, en PAFB PA IX-78.
83 Fernando Maximiliano, Recuerdos de mi vida, t. I, cap. I, p. 1, Trad. de José Linares y Luis Méndez, México, 1869.

Ahora le interesaba seguir a Civitavecchia, y recibir en Roma la bendición del Papa. Continuar luego a Veracruz sin dilaciones. Olvidar el pasado cuanto antes, e inaugurar su vida nueva junto a su nueva nación. Porque él crearía una nueva nación. Para eso tenía a Carlota a su lado. "Las naciones viejas padecen la enfermedad de los recuerdos", escribió cierta vez,[84] y ahora se daba cuenta de que ésa era una verdad como el mundo. Ya más tranquilo bajó con su mujer a la sala de mandos, un lugar hermoso como su despacho en Miramar.

Por delante el mar, y lejos el puerto que Cortés bautizó con el nombre de la Vera-Cruz. Más allá un país apasionante, alegre, trágico, a veces digno y a veces despreciable, con su ciudad capital entre las nubes, donde escribía el Encargado de Negocios de España:

> Sensible es tener que decirlo, pero es inegable que la obra de pacificación no sólo no está terminada sino que se halla aún bastante lejos el día en que ha de tener lugar. Las guerrillas juaristas pululan por todas partes, y no se puede decir que cuenten los franceses más que con las poblaciones que ocupan y con el escaso territorio que recorren sus tropas.[85]

Si Maximiliano lo sabía era un suicida, y si no qué más daba, pues era como quiera una aventura digna del joven que nació hijo de reyes, y que para su desgracia tuvo que conformarse con un trono cualquiera.

4. No entonó la palinodia

Los dos imperios, el de México y el de Francia, tomaban caminos convergentes a su fin cercano, el primero en Querétaro y el segun-

84 Aforismos, en *op. cit. supra*, t. II, p. 228; *edic. cit.*
85 Ballesteros a Pacheco; despacho 29; México, 25 de abril de 1864, en AMAEE, México, 1862-1867, legajo 1653.



Eugenia de Montijo en el ocaso.
Sólo quedaba una memoria cargada de recuerdos

do en el campo de Sedán. Salvo en las confidencias que entre 1904 y 1919 hizo Eugenia a Mauricio Paléologue, no se sabe que la ex Emperatriz se ocupara alguna otra vez de su desventurada aventura mexicana.[86] Y cosa sorprendente: desde que en 1866 estaba a la vista el triste fin del Segundo Imperio, nunca más vio a José Manuel Hidalgo,[87] el mexicano de su mal fario y responsabilidades compartidas, el depositario de una larga y cordial amistad salpicada con alguna calumnia en cuanto al cariz de sus relaciones íntimas.[88]

Es incuestionable que Eugenia no entregó a su marido el proyecto de México como quien pone un paquete en manos de un maletero, pero de eso a sostener que el desastre del Imperio mexicano afectó tanto a la Emperatriz porque "suponía sin razón" que empujó a su consorte a la aventura, como quiere Hanna, media un abismo.[89] Su responsabilidad en el Gran Designio napoleónico es patente en mil testimonios de ese tiempo, buena parte de los cuales se aducen en ese libro, y ella misma la asumió valerosamente cuando tomó la decisión de sincerarse en el curso de sus conversaciones con Paléologue.

Sobra decir que sin el apoyo de Napoleón la empresa nunca habría pasado de ser el sueño de unos pocos exiliados mexicanos, pues es un hecho que si bien ella aceptó como buenos los informes de Hidalgo, su marido los admitió sólo en cuanto favorecían sus planes, pero sin dejar de contar con la posibilidad de que las cosas resultaran de acuerdo con los informes que tenía sobre su mesa de trabajo. Napoleón no era un soñador, pese a que la oposición francesa daba por cierto que durante su prisión en el fuerte de

86 Maurice Paléologue: Les Entretiens de l'Imperatrice Eugénie; París, Plon, 1928.

87 Nunca más, a pesar de que hizo algunas visitas a la capital francesa antes de morir Hidalgo en 1896. Doña Sofía Verea de Bernal atribuye tal conducta no a que mediara algún disgusto entre ellos sino a que Eugenia no quiso mantener con Hidalgo las relaciones que tan cerca le recordarían el trágico fin del Imperio. Cfr. Nota en *Cartas* de José Manuel Hidalgo; p. 171; edic. cit. La explicación de la señora Verea de Bernal me parece razonable.

88 Guy Breton: Historias de Amor de la Historia de Francia; t. X, p. 121; Barcelona, 1971. Dice: "Uno de los *flirts* de Eugenia ocasionó una de las empresas más desdichadas y más sangrientas del Segundo Imperio: la campaña de México". Durante 1975 se exhibió un pobre filme mexicano con el tema del Segundo Imperio, cuyo guionista, por lo visto, no tuvo mayor información que la que halló en el libro de Bretón.

89 A. J. Hanna: Napoleón III y México; trad. E. de G. Champourcin, p. 258; México, 1973.

Ham acarició el proyecto de crear un gran Imperio centroamericano. Es posible que Luis Napoleón soñara en los días interminables de Ham, pero de seguro no hizo lo mismo cuando se instaló en las Tullerías, si bien Eugenia aprovechó la vieja ilusión de su marido —y en el momento justo— para forzar la decisión final. "Si en Biarritz era ya Napoleón un convencido —escribe Nancy Nichols Barker—, habrá que reconocer a Eugenia el mérito de haberlo convencido."[90] En los testimonios que se aducen en este libro resulta que el ascendiente de la Emperatriz sobre el Emperador era "inmenso" —la expresión es de Hidalgo—, y que tomó el asunto de México "con el mismo ardor que Isabel la Católica tomó la empresa de Colón", por lo que era ella "el alma de la nuestra",[91] pero además la paternidad de Eugenia en la aventura fue moneda corriente entre las partes directamente involucradas, o sea entre Maximiliano, Carlota y Napoleón, como el primero lo reconoció en la carta que el 2 de enero de 1862 dirigió al Emperador de los franceses:

> Un informe del príncipe Metternich, del que me da cuenta el conde Rechberg, y que se refiere a la entrevista que V.M. y la Emperatriz se dignaron concederle últimamente, me deja ver *que V.M. continúa prestando a la realización del proyecto que ella concibió* el mismo interés que os ha llevado a pensar en mí para este importante negocio.[92]

Convicción que la archiduquesa Carlota confirmaba en esos días, al agradecer el interés que tomaba la Emperatriz en la regeneración "de un país desdichado":

> V.M., que siempre favorece las buenas causas, *parece visiblemente señalada por la Providencia para iniciar una obra* que podría llamarse santa por la regeneración que está llamada a consumar, y sobre todo por el nuevo impulso que ha de comunicar a la religión en un pueblo cuyas discordias civiles no han podido extinguir la ardiente fe católica de sus antepasados.[93]

90 Nancy Nichols Barker: Distaff Diplomacy. The Empress Eugenie and the Foreign Policy of the Second Empire, pp. 91-94; Austin, 1967.
91 Hidalgo: Apuntes para ... en *Cartas*, p. 29; *edic. cit.*
92 Maximiliano a Napoleón; Miramar, 2 de enero de 1862, en KMMA, caja 12, OHHSA También Conte Corti reproduce este documento en el Apéndice a *op. cit. supra*; p. 630; *edic. cit.* Las cursivas son nuestras.
93 Carlota a Eugenia; Miramar, 2 de enero de 1862, en Conte Corti; *op. cit.*, *loc. cit. supra*. Las cursivas son nuestras.

Al abrazar la idea del Segundo Imperio mexicano "con el mismo ardor" con el que Isabel la Católica tomó la de Colón, Eugenia coincidía con el viejo proyecto de su marido en Ham, aunque sea también muy obvio que la coincidencia tuvo raíces diversas, pues si ella pensaba sobre todo en levantar una barrera frente al protestantismo, atribulada por el riesgo de que la raza española de América llegara a desaparecer, Napoleón tenía interés, sobre todo, en disponer de las materias primas del Continente y en conservar sus mercados abiertos a las manufacturas francesas cuando los Estados Unidos amenazaban con dejar caer el peso de su ya poderosa industria en la balanza del poder mundial. Resortes diversos en Eugenia y Napoleón, en los que seguramente pensaba Paul Gaulot cuando escribió: "Al lado del Emperador, a quien su idea dominaba, seduciéndole por su indiscutible grandeza, la Emperatriz, obediente a móviles distintos, impulsaba también con todas sus fuerzas hacia la expedición,[94] móviles que nada tuvieron que ver con otra calumnia: la de que el Duque de Morny pagó sus deudas para inducirla a prestar su apoyo a la aventura. Porque ni esto faltó a Eugenia: la calumnia del cohecho que Maxime du Camp prohijó al asegurar que "Morny ganó su apoyo mediante el expediente de pagar sus deudas".[95]

Es interesante seguir las intromisiones de Eugenia en la política interior y exterior del Segundo Imperio,[96] pues si bien a raíz de su boda permaneció alejada de los asuntos de Estado, paulatinamente ejerció su influencia hasta tomar las riendas prácticamente por su cuenta, sobre todo cuando los excesos eróticos afectaron la salud y la voluntad de su marido, independientemente de que pesara también en ella algún espíritu de desquite, tan común en las mujeres engañadas. Los amoríos de Napoleón con la condesa Castiglione, gota que derramó la copa, marcaron el primer hiato en el

94 Paul Gaulot: Sueño de Imperio, p. 24; *edic. cit.*
95 Maxime du Camp, Souvenirs d'un demi-siècle; París, Hachette, 1949. "Il (Morny) porte a l'Imperatrice six millions en bons Jecker, que le Credit Mobilier, gouvernée par Emile et Isaac Pereire escompta par quatre millions cinq cent mille francs qui fussent pasées a "Profites et Pertes". Les dettes de l'Imperatrice furent payées, et Morny etait près de l'oreille de l'Empereur, un alliée qui poussa si bien a l'expedition que celle-ci fut decidée, et se termine comme l'on sait."
96 El mejor libro sobre este tema es el ya citado de Nancy Nichols Barker, que aprovecha sobre todo fuentes primarias y llega por lo general a conclusiones de incuestionable validez.

deshielo político de Eugenia, grieta patente al ocupar la Regencia del Imperio con motivo de la guerra de Italia. Ausente el Emperador, Eugenia ejerció el poder sin vacilaciones; divergía, imponía sus puntos de vista sobre funcionarios y diplomáticos, y hacía valer conceptos políticos a escala política mundial.[97] El duque de Persigny —*alter ego* de Napoleón— la detestaba por eso, y su aborrecimiento creció en la medida en que aumentó la influencia de ella, tanto que habiéndole acusado cierto día el Emperador de hallarse en manos de su mujer, el Duque replicó que no era tan grave sacrificar a una mujer sus bienes y aun la vida cuando él —Napoleón— sacrificaba por la suya los intereses de su hijo y los del país.

En el alma de Eugenia bullía un sentido español y misional de la vida, notorio desde los días de su matrimonio, tan obvio que el 20 de enero de 1853, a raíz de su enlace, escribió a su primo Fernando Lesseps que jamás había pensado en pedir al Senado una dote (*douaire*) de cinco millones de francos, pues no deseaba provocar gastos que al fin afectaran las contribuciones que pesaban sobre el pueblo de Francia. "No quiero costar un centavo a Francia —concluía—, y toda mi ambición es servir de intermediaria entre el trono y los que sufren. Doy gracias a Dios por haberme escogido para una gran tarea, y tengo fe en Él para llevarla a cabo."[98]

Con los años y los desengaños conyugales se aguzó su decisión política, y su sentido de responsabilidad histórica se hizo más resuelto conforme se endureció en la adversidad. La aventura mexicana no anunciaba nada bueno a fines de 1863 con el Cuerpo expedicionario embarcado en una guerra larga y penosa en un territorio inmenso, nada eficaz el "partido considerable" que se supuso listo para hacerse del poder tan pronto como se presentaran en México las fuerzas intervencionistas, y a la vuelta de la esquina el triunfo de la Unión en la guerra civil norteamericana. En esos días, según Loliée, el Ministro de los Estados Unidos en París dijo

[97] F. de Llanos y Torriglia: María Manuela Kirkpatrick, Condesa de Montijo; pp. 195-197; Madrid, 1932; Octavio Aubry; Eugenia de Montijo, Emperatriz de los Franceses, Trad. J. G. de Lauces; p. 167; Barcelona, 1944, y N. Nichols Barker; *op. cit. supra*, pp. 109-111; *edic. cit.*

[98] Eugenia a Lesseps; París, 20 de enero de 1853, en NAF 24867, fol. 232 bis. Sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional de París.

a Eugenia: "Madame, el Norte vencerá; Francia tendrá que abandonar su proyecto, y todo eso terminará muy mal para el Austriaco", a lo que ella replicó: "Yo le aseguro que si México no estuviera tan lejos y mi hijo no fuese aún un niño, desearía que se pusiera él mismo a la cabeza del ejército francés para escribir, con su espada, una de las páginas más gloriosas de la historia del siglo". Sólo que el americano no se arredró y respondió fríamente: "Madame, dé gracias a Dios porque México esté tan lejos, y porque su hijo sea todavía un niño".[99]

No es posible minimizar —y menos desconocer— la intervención de Eugenia en el arranque de la aventura mexicana. La historia habla por ella o contra ella, según la lente que se adopte para enjuiciarla. En el fondo de su alma, la Condesa de Teba era un alma aventurera, lo mismo cuando en Biarritz emprendía riesgosos paseos marítimos que cuando ascendía por las peligrosas veredas de los Pirineos para asomarse a su adorada España.[100] Cuando en 1869 embarco en el *Aigle* para presidir la inauguración del Canal de Suez, obra sobre todo de Francia y de su primo Lesseps, dijo a su confidente María Larminat que si hubiera tenido la dicha de ser hombre seguramente habría sido marino; que ella se consideraba hecha para navegar eternamente, y que todos los palacios del mundo no valían, para ella, lo que el puente de un barco.[101]

Se resolvió a confiar a Mauricio Paléologue los grandes hechos de su vida porque no resistió la tentación de sincerarse ante sí misma y ante el mundo, por su aversión a la muerte como destrucción total. En el mismo viaje de 1869 por el Alto Egipto, conversó con la egiptóloga Mariette Bey sobre el culto de los muertos: "Siempre pensé —dijo— que los egipcios tenían el don superior de conservar en sus muertos la apariencia de la vida, pues es horrible la descomposición en la tumba. Me rebela pensar que un ser joven, hermoso y fuerte se convierta, al cabo de pocas horas, en motivo

[99] Fredéric Lolliée: La Vie d'une Impératrice: Eugénie de Montijo; cap. VII, p. 234; París, 1908.

[100] La princesa Pauline Metternich proporciona un estupendo relato de tales aventuras, en las que las damas de la Corte y las invitadas seguían por senderos y barrancas a la inquieta Emperatriz, con el alma en un hilo. Cfr. Souvenir de la Princesse Pauline de Meeternich 1859-1871; París, Plon, 1922.

[101] Marie de Larminat: Souvenirs d'une Demoiselle d'Honneur auprès de l'Imperatrice Eugénie, Chap. III, p. 64; París, 1928.

de horror incluso para quienes lo amaron. Jamás he podido admitir la idea de la destrucción total, sobre todo después de la muerte de mi hermana".[102] La muerte de la hermana, tan amada,[103] acentuó tanto su horror por la destrucción física como el viejo apetito de supervivencia que la llevó a escribir en la víspera de su boda: "Hoy miro todavía con espanto la responsabilidad que va a pesar sobre mí, y sin embargo cumplo mi destino. Tiemblo no por miedo a los asesinos sino por parecer, en la Historia, menos que Blanca de Castilla y Ana de Austria."[104] Temía la destrucción, y se proponía asegurar la supervivencia por la vía de sus obras. Tal vez por eso se resolvió a hablar, con Palélogue, de los grandes temas de su historia personal. De su intervención en la aventura mexicana entre otras cosas. Eugenia se hospedaba en el Hotel Continental, Rue de Castiglione, a tres pasos de las Tullerías, y Paléologue le preguntó cómo podía resistir los recuerdos lacerantes de su antigua residencia imperial:

> Nada me impresiona; he sufrido mucho —contestó la anciana. ¡Qué significa un espectáculo o el otro en comparación con los recuerdos que llevo en el fondo de mi alma! Por lo demás, en ocasiones me parece que he muerto hace largo tiempo. Como solo vivo entre sombras, yo misma me convierto en sombra. Algunas veces, sin embargo, padezco súbitos despertares de intensidad y violencia extraordinarias. Vuelven entonces a mi espíritu escenas completas de mi pasado, y veo de nuevo los personajes, los rostros, los gestos, las actitudes, las más nimias circunstancias y los menores detalles. ¡Y creo estar ahí! Es trágico.[105]

Ella, tan vieja, quería vivir los años que fueran precisos para que Francia fuera justa con ellos, y les rehabilitara. Conservaba en la memoria los cuatro acontecimientos más importantes de su vida: el día del bautizo del Príncipe, el Te-Deum de Notre Dame por la victoria de Solferino, el delirio de Annency con motivo de la ane-

[102] Marie de Larminat: *op. cit. supra*; p. 127; *edic. cit.*
[103] Su hermana Paca, la Duquesa de Alba, murió en París el 16 de septiembre de 1860, cuando Eugenia se hallaba en Argel con Napoleón. Un mes más tarde escribió Eugenia al Duque de Alba: "Nada puede devolverle la vida; esta idea me parece espantosa". Carta del 16 de octubre de 1860, en Cartas Familiares de la Emperatriz Eugenia; con un prólogo de Gabriel Hannotaux y notas de F. de Llanos y Torriglia; Barcelona, 1944. t. II. p. 247.
[104] Eugenia a la Duquesa de Alba; París, 22 de enero de 1853, *op. cit. supra*. t. I, p. 127.
[105] M. Paléologue; *op. cit. supra*; p. 11; *edic. cit.*

xión de Niza y la Saboya, y el día maravilloso en que su barco cruzó las aguas del Canal de Suez.[106]

Protestaba contra la calumnia que quiso abajarla con las manchas del clericalismo, de la expedición mexicana y de la guerra con Prusia, y rechazó los tres cargos:

> Dígase lo que se quiera nunca fui una clerical. Dios me hizo la gracia de concederme una fe plena, abundante, invariable... Toda mi personalidad moral está impregnada de catolicismo. No podría ni siquiera puedo concebirme como no católica, del mismo modo que no puedo pensarme como habitante de otro planeta. Pero no soy una clerical, si por ello se entiende la ingerencia excesiva del clero en la política.[107]

Apasionada por la política, rehuía sin embargo trivialidades y pequeñeces para ocuparse "de los grandes problemas en que el interés nacional estaba en juego". Tomó muchas iniciativas, pero no la de llevar a Francia a la guerra con Prusia.

> Se asegura que dije a Lesourd, primer secretario de nuestra embajada en Berlín: 'Cette guerre, c'est moi qui l'ai volue; c'est ma guerre'. ¡Jamás, oís, jamás esa palabra sacrílega ni otra semejante salió de mi boca![108]

Otras iniciativas sí, como la muy importante de México. Paléologue no sabía cómo abordar el erizado tema, y aprovechó el inminente conflicto ruso-japonés para decir que los rusos harían bien en recordar lo que la expedición de México pesó en el destino del Segundo Imperio. La flecha pegó en el blanco, pues ante la evocación de México la anciana "combó el pecho como si una descarga eléctrica le corriera por la espina dorsal". Sus pupilas recobraron el viejo brillo, y con voz ronca arrebató la palabra al diplomático, que se excusaba por la mención del asunto mexicano.

> ¿Excusarse?... ¿por qué? ¡No siento ninguna vergüenza por lo de México! Lo deploro, pero no me sonroja. Y estoy siempre lista a soltar la lengua, pues es uno de los temas que la injusticia y la calumnia han explotado más en contra nuestra.[109]

[106] M. Paléologue; *op. cit. supra*; p. 19; *edic. cit.*
[107] M. Paléologue; *op. cit. supra*; p. 57; *edic. cit.*
[108] M. Paléologue; *op. cit. supra*; p. 136; *edic. cit.*
[109] M. Paléologue; *op. cit. supra*; pp. 101-102, *edic. cit.*

Reiteró que la aventura mexicana se redujo a llevar a la práctica un pensamiento político elevado, y negó que la empresa, en sus orígenes al menos, tuviera algo que ver con especulaciones financieras, recuperación de créditos, obtención de derechos mineros en Sonora u otros intereses materiales por el estilo. Todo eso ocurrió posteriormente —reconoció—, cuando los agiotistas y defraudadores quisieron aprovechar la oportunidad que les llegaba a las manos, "algo que por lo demás se ha visto en todos los asuntos humanos, en todos los regímenes y en todas las épocas". Y no olvidó mencionar los sueños de su marido en la prisión en Ham, sobre todo el de crear "un sólido Imperio latino que cerrara el camino a las ambiciones de los Estados Unidos", oportunidad que llegó cuando "la dictadura de Juárez" agitó de nuevo las pasiones revolucionarias mientras la guerra civil, en los Estados Unidos, proporcionaba la oportunidad sin par. Y cuando Paléologue preguntó de dónde llegó a Napoleón la iniciativa final y decisiva, la anciana contestó sin inmutarse:

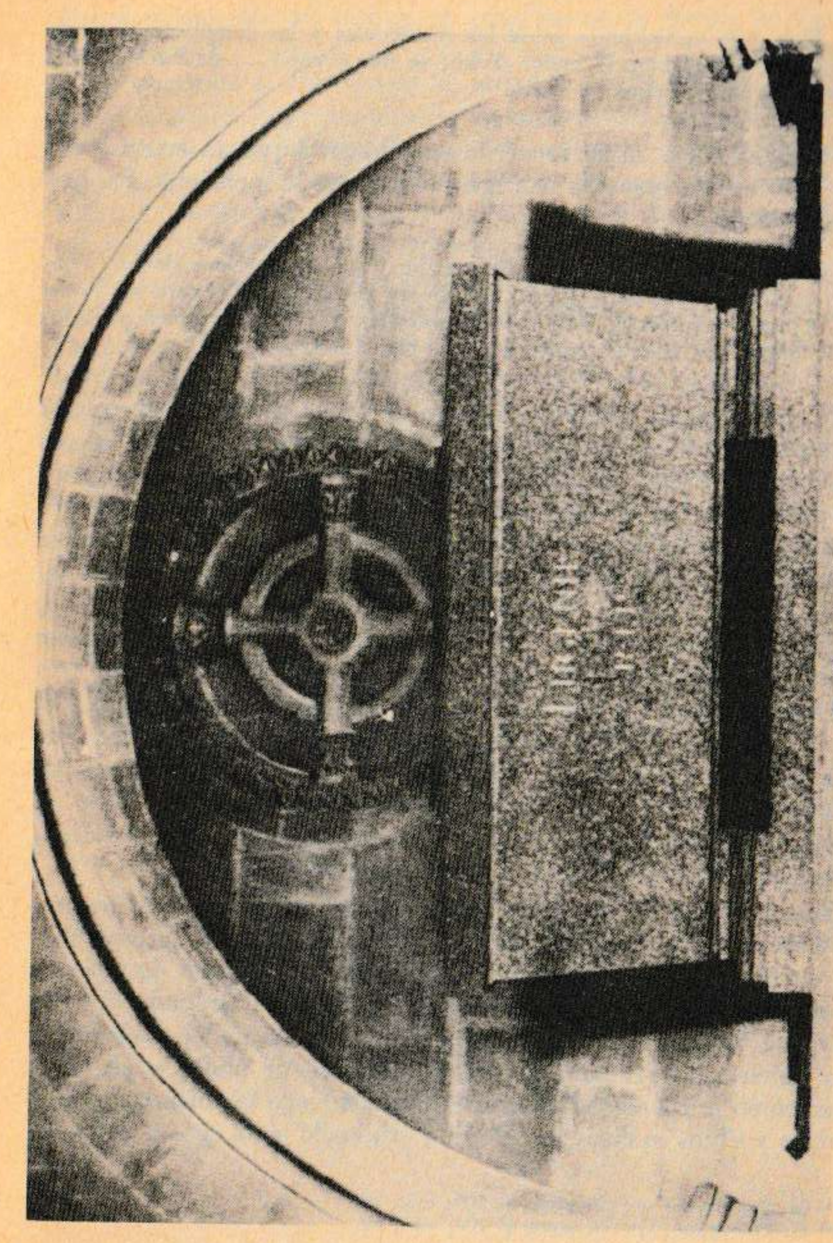
> De mí, en Biarritz, en 1861.[110]

No, la vieja Eugenia no rehuía responsabilidades por mucho que agraviaran su recuerdo. Fríamente relató sus reuniones con Hidalgo en el otoño de 1861, de donde concluyó que España, Francia e Inglaterra, cuyos nacionales eran los más numerosos en México, tenían el deber de intervenir para restaurar el orden. Algunos otros cabos sueltos andaban en el negocio, y la anciana no vaciló en mencionarlos:

> No le ocultaré que, en el pensamiento de mi marido, la elevación de un Archiduque austriaco al trono mexicano estaba llamada a servirle un día como argumento para obtener de Francisco José la cesión de Venecia a Italia. Así llevaría a sus últimas consecuencias el programa de 1859... ¡Le desafío a que encuentre algo que no sea absolutamente confesable y digno de Francia! [111]

Y Cuando Paléologue acentuó que todo eso pudo estar bien como construcción teórica, pero que el éxito de la aventura era imposible en la práctica, Eugenia asintió:

[110] M Paléologue; *op. cit. supra*, p. 107; *edic. cit.*
[111] M. Paléologue; *op. cit. supra*, pp. 103-105; *edic. cit.*



La tumba en Farnborough. Eugénie, R.I.P., nada más

Bien, nos equivocamos sobre las resistencias y las complicaciones que se nos deparaban. O mejor dicho: se nos engañó... de buena fe sin duda. ¡Yo no acuso a nadie![112]

Hidalgo estaría en su recuerdo cuando gritó ¡yo no acuso a nadie! Pero no mencionó su nombre. Nunca más lo mencionó. Explicó en cambio que:

En el asunto de México, el Emperador y yo resultaremos siempre condenados porque todo aquello terminó en Quéretaro. Mas para ser justos a nuestro respecto, será preciso recordar que muchas veces pudimos creer que la empresa sería coronada por el éxito.[113]

No se arrepentía Eugenia en enero de 1904, cuando declaró todo eso a Mauricio Paléologue. En 1867, en cambio, no admitió encontrarse en Salzburgo con la archiduquesa Sofía, de por medio la sangre recién vertida en Querétaro. "¡No tendría valor para verla!" exclamó en aquella ocasión. Pero cuando habló con Paléologue se había hecho ya a la idea de muchas sangres vertidas generosamente, desde las de Crimea, Magenta y Solferino hasta las de México, amén de las últimas y terribles de Querétaro. Y a la de la muerte también, desaparecidos la hermana, el marido y el hijo, sus tres seres entrañables. La del príncipe Imperial caído en Zululandia el 1o. de junio de 1879 bajo una lluvia de lanzas emboscadas, fue el golpe definitivo, el que formó al fin un callo en su corazón. "Tengo todavía el valor de decirte que vivo porque el dolor no mata", escribió a su madre el día que para ella será sólo "el día", parteaguas existencial entre un antes y un después.

Eugenia Ignacia Agustina de Guzmán, Palafox y Portocarrero, condesa de Teba, noble andaluza, Emperatriz de los franceses, murió en Madrid el domingo 10 de julio de 1920, poco después de ajustar sus noventa y cuatro años, pues nació en Granada el 5 de mayo de 1826. Mujer que lo tuvo todo —amor, poder y gloria—, y a quien todo arrebató su destino cargado de cimas y abismos, ciego como lo concibió Homero, el rápsoda ciego también cuya cuna Smirna y Chios se disputan. Destino originado en el caos y la noche,

112 M. Paléoloque; *op. cit. supra*, p. 106; *edic. cit.*
113 M. Paléologue; *op. cit. supra*, p. 108; *edic. cit.*

Moros griego con su corona de estrellas en la frente, su rueda y sus cadenas.

Me pregunto si algo quedó de la mujer estupenda que fue Eugenia de Montijo. Algo que no sean los convencionales retratos de Winterhalter, o las fruslerías que todavía adornan el palacio de Compiègne. Quedó, sí, lo que de todos se conserva al fin: un tejido apretado de hechos cotidianos que en su caso fraguaron su drama salpicado de luces y sombras, desde su juventud opulenta, su boda imperial y su aventura mexicana hasta la marcha del cortejo fúnebre por la madrileña calle de La Princesa, entre el Palacio de Liria y la Estación del Norte. Y hasta la solitaria capilla de Farnborough, cerca de Londres, entre las tumbas de sus dos amores, su hijo y su marido.

Leía *El Quijote* poco antes de morir, y recordaba que fue madre alguna vez. Nunca olvidó el 14 de junio de 1856, el día en que nació el Príncipe imperial. Ser madre fue al fin su mayor gloria y su mayor dolor, como una modistilla cualquiera de Granada.

BIBLIOGRAFÍA

ARRANGOIZ, Fco. de Paula: *México desde 1808 hasta 1867*; 4 volúmenes, Madrid, 1871-1872.
AUBRY, Octave: *L'Imperatrice Eugénie et sa Cour*; París, 1932.
AUBRY, Octave: *Eugenia de Montijo, Emperatriz de los franceses*, Barcelona, 1944.
AUBRY, Octave: *El Segundo Imperio*; Barcelona, 1943.
BOULANGER, Jacques: *Les Tuilleries sous le Second Empire*; París, 1932.
CARETE, née Bouvet, Madame: *Première Série des Souvenirs Intimes de la Cour des Tuilleries*, París, sin fecha.
Colegio de México: *Correspondencia Diplomática Hispano-mexicana*: selección y notas de Javier Malagón Barceló. Enriqueta Lópezlira y José Ma. Miguel i Vergés; 4 volúmenes; México, 1949-1968.
Colegio de México: *Versión Francesa de México. Despachos Diplomáticos 1853-1867*; 4 volúmenes. Traducción y selección de Lilia Díaz; México, 1963-1967.
CONTE CORTI, Caesar Egon: *Maximiliano y Carlota*; México, 1944.
CORLEY, T. T.: *Napoleón III*, Madrid, 1963.
CHAMBRIER, James de: *La Cour et la Societé du Second Empire*, París, 1902.
D'ALMÉRAS, Henry: *La Vie Parisienne sous le Second Empire*; París, 1933.
DAUDET, Lucien: *L'Imperatrice Eugénie*; París, 1911.
DE ALBA, Duque: *La Emperatriz Eugenia*; Conferencia en la Universidad de Oxford, el 15 de julio de 1841. Madrid, 1942.
DEBUSSY, Jacques: *L'Imperatrice Eugénie*; París, 1944.
DESTERNES, Suzanne y CHANDET, Henriette: *L'Imperatrice Eugénie Intime*, París, 1964.
DU CAMP, Maxime: *Souvenirs, d'un Demi-Siècle*; París, 1949.
Emperatriz Eugenia: *Lettres Familières, publiées par le soins du Duc d'Albe*; 2 volúmenes, París, 1935.
FILON, Augustine: *Souvenirs de l'Imperatrice Eugénie*; París, 1928.
FLEISCHMANN, Héctor: *Napoleón III et les Femmes*; París, 1913.
FLEURY, Comte de: *Memorien der Kaiserin Engénie*; Leipzig, 1919.

FUENTES MARES, José: *Juárez y la Intervención*; 2a. ed. México, 1972.
FUENTES MARES, José: *Miramón, el Hombre*; 2a. ed., México, 1975.
FUENTES MARES, José: *Juárez y el Imperio*; 2a. ed., México, 1975.
GARCÍA, *Genaro*: *Documentos inéditos y muy raros para la Historia de México*; 37 vols.; México, 1905-1913.
GAULOT, Paul: *Sueño de Imperio*. Según documentos inéditos de Ernest Louet, México, 1904.
GUERIOT, Paul: *La Captivité de Napoleón III en Allemagne*; París, 1926.
Haus of Representatives: *The Present Condition of Mexico*. Documentos presentados al XXXVII Congreso. Washington, 1862.
HERMANT, Abel: *Eugenia de Montijo, la Española que fue Emperatriz de los Franceses*; Barcelona, 1943.
HIDALGO, José Manuel: *Apuntes para escribir la historia de los Proyectos de Monarquía en México, desde el reinado de Carlos III hasta la instalación del Emperador Maximiliano*; París, Garnier, 1868.
HIDALGO, José Manuel: *Cartas, con notas de doña Sofía Verea de Bernal*; México, 1960.
KURTZ, Harold: *The Empress Eugénie*; London, 1964.
LANÓ, Pierre de: *Le Secret d'un Empire: l'Imperatrice Eugénie*; París, 1891.
LEGGE, Edward: *The Empress Eugénie and her Son*; New York, 1916.
LERMINANT, Marie de, Comtese de Garets: *Auprè de l'Imperatrice Eugénie. Souvenirs d'un Demoiselle d' Honneur*; París, 1928.
LOLIÉE, Fréderic: *La Vie d'une Imperatrice. D'Après des Mémoires de Cour Inédites*; París, 1908.
LLANOS Y TORRIGLIA, Félix: *María Manuel Kirkpatrick, Condesa de Montijo. La Gran Dama*; Madrid, 1932.
LLANOS Y TORRIGLIA, Félix: *La Emperatriz Eugenia en el Archivo del Palacio de Liria*. Boletín de la Academia de la Historia de Madrid. Año 1935.
MANNING, William R.: *Diplomatic Correspondence of the United States, 1831-1860*; vol. VII. Washington, 1937.
MAXIMILIANO, Archiduque Fernando: *Memorias*; 2 volúmenes, México, 1869.
MERIMÉE, Prosper: *Lettres a Panizzi, 1850-1870*; 2 volúmenes, París, 1881.
MERIMÉE, Prosper: *Lettres a la Comtesse De Montijo, publiées par les soins du Duc d'Alba*. Preface de G. Hanotaux; 2 volúmenes, París, 1930.
METTERNICH, Paulina Princesa: *Souvenirs*; París, 1922.
NICHOLS BARKER, Nancy: *Distaff Diplomacy, The Empress Eugénie and the Foreign Policy of the Second Empire*; Austin, 1967.
NIOX G., Capitaine d'Etat Major: *Expedition du Mexique 1861-1887; Recit Politique et Militaire*; París, 1874.
PALÉOLOGUE, Maurice: *Les Entretiens de l'Imperatrice Eugénie*; París, 1928.
SAINT AMAND, Imbert de: *Napoleón III*; 4 volúmenes. Barcelona, 1898.
SENECOURT, Robert: *The Life of the Empress Eugénie*. London, 1931.
STODDARD, Jane: *The Life of The Empress Eugénie*. London, 1906.

TASCHER DE LA PAGERIE, Stéphanie, Comtesse de: *Mon Séjour aux Tuileries, Première Série: 1852-1858*; París, 1893.
TASCHER DE LA PAGERIE, Stéphanie, Comtesse de: *Mon Sejour aux Tuileries, Trosième Série: 1866-1871*; París, 1895.
VIEL CASTEL, Horace, Conde de: *Memoires sur le Regne de Napoleón III*, 2 volúmenes, Bruselas, 1942.
VILLAURRUTIA, Marqués de: *Eugenia de Guzmán, Emperatriz de los Franceses*; Madrid, 1932.
ZAMACOIS, Niceto: *Historia de México*; 19 volúmenes, Barcelona-México, 1876-1882.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Se terminó de imprimir en el mes de junio de 1976 en Imprenta Madero, S. A., Avena 102, México 13, D. F. Se tiraron 3 000 ejemplares, en papel chebuco y 750 en papel litografía acremado 106 más sobrantes para reposición. Cuidó de la edición el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México

Nº 3001